

ESTUDIOS



MINISTERIALES

LA HOMOSEXUALIDAD:
COMPASIÓN Y CLARIDAD
EN EL DEBATE
THOMAS E. SCHMIDT

COLECCIÓN TEOLÓGICA CONTEMPORÁNEA

LA HOMOSEXUALIDAD:

COMPASIÓN Y CLARIDAD EN EL DEBATE

Traducción de Marga Llavador Martínez-Soria

LA HOMOSEXUALIDAD:

COMPASIÓN Y CLARIDAD EN EL DEBATE

Traducción de Marga Llavador Martínez-Soria

Thomas E. Schmidt



EDITORIAL CLIE

M.C.E. Horeb, E.R. n.º 2.910-SE/A

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

E-mail: libros@clie.es

Internet: [http:// www.clie.es](http://www.clie.es)

LA HOMOSEXUALIDAD: COMPASIÓN Y CLARIDAD EN EL DEBATE

Thomas E. Schmidt

Publicado originalmente en inglés bajo el título *STRAIGHT & NARROW?:
compassion and clarity in the homosexuality*

Copyright © 1995 by Thomas E. Schmidt

InterVasity Press, Downers Grove, Illinois

Copyright © 2008 por CLIE para la edición en español

Todos los derechos reservados

Director de la colección: Dr. Matt Williams

Traducción: Marga Llavador Martínez-Soria

Equipo editorial (revisión y corrección):

Anabel Fernández Ortiz

Diseño de cubiertas: Ismael López Medel

Depósito legal:

ISBN: 978-84-8267-543-5

Impreso en

Printed in Spain

Clasifíquese:

0800 HOMOSEXUALIDAD

CTC: 02-09-0800-03

Referencia:224673

Reconocimientos

En la portada de este libro deberían aparecer los nombres de muchas personas, como lo hacen en los créditos de una película al final. Como “productores” tenemos a David y Judy Neuneubel, sin quienes el libro hubiera tardado años en salir, en caso de hacerlo. El apoyo de David adoptó formas diversas; entre ellas, ambiciosos esfuerzos para recaudar fondos que suplieran la excedencia académica. Como “productores asociados” de los Neuneubel, hubo un grupo de unas 20 personas que pusieron todos los medios a su alcance para ver terminado el proyecto. Como “director”, el editor de InterVarsity Press Rodney Clapp, fue puntual y de ayuda en cada momento del proceso de publicación.

Los “actores secundarios” estuvieron soberbios, cada uno en su papel. El decano Bud Blankenbaker resultó de gran ayuda para conseguir mi excedencia. Walter Hansen tuvo la generosidad de dar clases en mi ausencia con pocas revisiones por parte de los estudiantes. A Connie Tappy hay que agradecerle que fuera la correctora de frases tan espantosas como ésta en los tres primeros capítulos antes de que naciera el *bebé*. Los *ratones* de biblioteca Kimi Moran, Steve Baker y Rosalee Velloso me ahorraron innumerables horas gracias al tedioso trabajo de buscar y hacer fotocopias. Ned Divelbiss fue raudo en conseguir material de préstamo entre bibliotecas. La iglesia presbiteriana El Montecito tuvo la gentileza de dejarme una oficina vacía para resguardarme de las distracciones de casa y de la Universidad. Lois Gundry me hizo cientos de favores para simplificar mi existencia transitoria vis-à-vis de la facultad. Jonathan Wilson hizo útiles comentarios sobre temas teológicos, al igual que varios médicos (cuyos nombres he decidido obviar) sobre temas de Medicina.

Todas estas personas y muchas otras me ofrecieron su ánimo y sus oraciones durante el intensivo periodo de escritura. Durante todo ese tiempo gocé de capacidad de concentración y pude trabajar durante muchas horas seguidas. Siento haber sido tan monotemático durante todo ese tiempo, aunque más deben de haberlo sentido las personas más allegadas que, sin duda, estaban ansiosas por encontrar algún otro tema del que hablar.

Dedico este libro a la memoria de Kenneth R. Hansen, quien murió justo después de que saliera a la imprenta. Ken respaldó este proyecto, como lo había hecho con otros cientos, con energía, generosidad y oración. Fue uno de los grandes guerreros.

COLECCIÓN TEOLÓGICA CONTEMPORÁNEA

Libros Publicados

Estudios bíblicos

Michael J. Wilkins & J.P. Moreland (editores), *Jesús bajo sospecha*, vol. 4, 2003.

F.F. Bruce, *Comentario de la Epístola a los Gálatas*, vol. 7, 2004.

Peter H. Davids, *La Primera Epístola de Pedro*, vol. 10, 2004.

Gordon Fee, *Comentario de la Epístola a los Filipenses*, vol. 18, 2004.

Gordon Fee, *Comentario de las Epístolas a 1ª y 2ª Timoteo, y Tito*, vol. 23, 2007.

Murray J. Harris, *3 preguntas clave sobre Jesús*, vol. 14, 2005.

Leon Morris, *El Evangelio de Juan*, 2 volúmenes, vols. 11 y 12, 2005.

Robert H. Mounce, *Comentario al Libro del Apocalipsis*, vol. 21, 2005.

Robert H. Stein, *Jesús, el Mesías: Un estudio de la vida de Cristo*, vol. 17, 2006.

Estudios teológicos

Richard Bauckham, *Dios Crucificado: Monoteísmo y Cristología en el Nuevo Testamento*, vol. 6, 2003.

G.E. Ladd, *Teología del Nuevo Testamento*, vol. 2, 2002.

Leon Morris, *Jesús es el Cristo: Estudios sobre la teología joánica*, vol. 5, 2003.

N.T. Wright, *El verdadero pensamiento de Pablo*, vol. 1, 2002.

Clark H. Pinnock, *Revelación bíblica: el fundamento de la teología cristiana*, vol. 8, 2004.

Estudios ministeriales

Bonnidell Clouse & Robert G. Clouse, eds., *Mujeres en el ministerio. Cuatro puntos de vista*, vol. 15, 2005.

Michael Green & Alister McGrath, *¿Cómo llegar a ellos? Defendamos y comuniquemos la fe cristiana a los no creyentes*, vol. 3, 2003.

Wayne. A. Grudem, ed., *¿Son vigentes los dones milagrosos? Cuatro puntos de vista*, vol. 9, 2004.

J. Matthew Pinson, ed., *La Seguridad de la Salvación. Cuatro puntos de vista*, vol. 16, 2006.

John Piper, *¡Alégrense las Naciones!: La Supremacía de Dios y las Misiones*, vol. 22, 2006.

Dallas Willard, *Renueva tu Corazón: Sé como Cristo*, vol. 13, 2004.

Gregory J. Ogden, *Discipulado que transforma: el modelo de Jesús*, vol. 19, 2006.

Gregory J. Ogden, *Manual del discipulado: creciendo y ayudando a otros a crecer*, vol. 20, 2006.

Bill Hybels, Stuart Briscoe y Haddon Robinson, *Predicando a personas del s. XXI*, vol. 24, 2006.

J. Scott Duvall y J. Daniel Hays, *Entendiendo la Palabra de Dios*, vol. 25, 2007.

Schmidt, Thomas E., *La Homosexualidad: compasión y claridad en el debate*, vol. 26, 2007.

Índice

<i>Reconocimientos</i>	5
<i>Presentación de la Colección Teológica Contemporánea</i>	11
Capítulo 1: Acerca de mí. Acerca de ti.....	21
Capítulo 2: ¿A qué viene tanto alboroto?.....	35
Capítulo 3: La sexualidad desde el principio.....	53
Capítulo 4: Romanos 1:26-27: El texto principal en contexto.....	83
Capítulo 5: De Sodoma a Sodoma.....	111
Capítulo 6: El precio del amor.....	129
Capítulo 7: El gran debate: naturaleza o entorno.....	175
Capítulo 8: Homosexualidad: compasión y claridad en el debate.....	213
Posdata: Carta a un amigo.....	229
<i>Bibliografía de la edición original en inglés</i>	235

Presentación de la Colección Teológica Contemporánea

Cualquier estudiante de la Biblia sabe que hoy en día la literatura cristiana evangélica en lengua castellana aún tiene muchos huecos que cubrir. En consecuencia, los creyentes españoles muchas veces no cuentan con las herramientas necesarias para tratar el texto bíblico, para conocer el contexto teológico de la Biblia, y para reflexionar sobre cómo aplicar todo lo anterior en el transcurrir de la vida cristiana.

Esta convicción fue el principio de un sueño: la “Colección Teológica Contemporánea.” Necesitamos más y mejores libros para formar a nuestros estudiantes y pastores para su ministerio. Y no solo en el campo bíblico y teológico, sino también en el práctico - si es que se puede distinguir entre lo teológico y lo práctico -, pues nuestra experiencia nos dice que por práctica que sea una teología, no aportará ningún beneficio a la Iglesia si no es una teología correcta.

Sería magnífico contar con el tiempo y los expertos necesarios para escribir libros sobre las áreas que aún faltan por cubrir. Pero como éste no es un proyecto viable por el momento, hemos decidido traducir una serie de libros escritos originalmente en inglés.

Queremos destacar que además de trabajar en la traducción de estos libros, en muchos de ellos hemos añadido preguntas de estudio al final de cada capítulo para ayudar a que tanto alumnos como profesores de seminarios bíblicos, como el público en general, descubran cuáles son las enseñanzas básicas, puedan estudiar de manera más profunda, y puedan reflexionar de forma actual y relevante sobre las aplicaciones de los temas tratados. También hemos añadido en la mayoría de los libros una bibliografía en castellano, para facilitar la tarea de un estudio más profundo del tema en cuestión.

En esta “Colección Teológica Contemporánea,” el lector encontrará una variedad de autores y tradiciones evangélicos de reconocida trayec-

toria. Algunos de ellos ya son conocidos en el mundo de habla hispana (como F.F. Bruce, G.E. Ladd y L.L. Morris). Otros no tanto, ya que aún no han sido traducidos a nuestra lengua (como N.T. Wright y R. Bauckham); no obstante, son mundialmente conocidos por su experiencia y conocimiento.

Todos los autores elegidos son de una seriedad rigurosa y tratan los diferentes temas de forma profunda y comprometida. Así, todos los libros son el reflejo de los objetivos que esta colección se ha propuesto:

1. Traducir y publicar buena literatura evangélica para pastores, profesores y estudiantes de la Biblia.
2. Publicar libros especializados en las áreas donde hay una mayor escasez.

La “Colección Teológica Contemporánea” es una serie de estudios bíblicos y teológicos dirigida a pastores, líderes de iglesia, profesores y estudiantes de seminarios e institutos bíblicos, y creyentes en general, interesados en el estudio serio de la Biblia. La colección se dividirá en tres áreas:

Estudios bíblicos
Estudios teológicos
Estudios ministeriales

Esperamos que estos libros sean una aportación muy positiva para el mundo de habla hispana, tal como lo han sido para el mundo anglófono y que, como consecuencia, los cristianos –bien formados en Biblia y en Teología– impactemos al mundo con el fin de que Dios, y solo Dios, reciba toda la gloria.

Queremos expresar nuestro agradecimiento a los que han hecho que esta colección sea una realidad, a través de sus donativos y oraciones. “Tu Padre ... te recompensará”.

Dr. Matthew C. Williams
Editor de la Colección Teológica Contemporánea
Profesor en IBSTE (Barcelona) y Talbot School of Theology
(Los Angeles, CA., EEUU)

Lista de títulos

A continuación presentamos los títulos de los libros que publicaremos, DM, en los próximos tres años, y la temática de las publicaciones donde queda pendiente asignar un libro de texto. Es posible que haya algún cambio, según las obras que publiquen otras editoriales, y según también las necesidades de los pastores y de los estudiantes de la Biblia. Pero el lector puede estar seguro de que vamos a continuar en esta línea, interesándonos por libros evangélicos serios y de peso.

Estudios bíblicos

Nuevo Testamento

D.A. Carson, Douglas J. Moo, Leon Morris, *Una Introducción al Nuevo Testamento* [An Introduction to the New Testament, rev. ed., Grand Rapids, Zondervan, 2005]. Se trata de un libro de texto imprescindible para los estudiantes de la Biblia, que recoge el trasfondo, la historia, la canonicidad, la autoría, la estructura literaria y la fecha de todos los libros del Nuevo Testamento. También incluye un bosquejo de todos los documentos neotestamentarios, junto con su contribución teológica al Canon de las Escrituras. Gracias a ello, el lector podrá entender e interpretar los libros del Nuevo Testamento a partir de una acertada contextualización histórica.

Jesús

Murray J. Harris, *3 preguntas clave sobre Jesús* [Three Crucial Questions about Jesus, Grand Rapids: Baker, 1994]. ¿Existió Jesús? ¿Resucitó Jesús de los muertos? ¿Es Jesús Dios? Jesús es uno de los personajes más intrigantes de la Historia. Pero, ¿es verdad lo que se dice de Él? *3 preguntas clave sobre Jesús* se adentra en las evidencias históricas y bíblicas que prueban que la fe cristiana auténtica no es un invento ni una locura. Jesús no es un invento, ni fue un loco. ¡Descubre su verdadera identidad!

Robert H. Stein, *Jesús, el Mesías: Un Estudio de la Vida de Cristo* [Jesus the Messiah: A Survey of the Life of Christ, Downers Grove, IL; Leicester, England: InterVarsity Press, 1996]. Hoy en día hay muchos escritores que están adaptando el personaje y la historia de Jesús a las demandas de la era en la que vivimos. Este libro establece un diálogo con esos escritores, presentando al Jesús bíblico. Además, nos ofrece un estudio tanto de las

enseñanzas como de los acontecimientos importantes de la vida de Jesús. Stein enseña Nuevo Testamento en Bethel Theological Seminary, St. Paul, Minnesota, EE.UU. Es autor de varios libros sobre Jesús, y ha tratado el tema de las parábolas y el problema sinóptico, entre otros.

Michael J. Wilkins & J.P. Moreland (editores), *Jesús bajo sospecha*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 4, 2003. Una defensa de la historicidad de Jesús, realizada por una serie de expertos evangélicos en respuesta a “El Seminario de Jesús,” un grupo que declara que el Nuevo Testamento no es fiable y que Jesús fue tan solo un ser humano normal.

Juan

Leon Morris, *El Evangelio según San Juan* [Commentary on John, 2nd edition, New International Commentary on the New Testament; Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishers, 1995]. Los comentarios de esta serie, *New International Commentary on the New Testament*, están considerados en el mundo anglófono como unos de los comentarios más serios y recomendables. Analizan el texto de forma detallada, deteniéndose a considerar temas contextuales y exegéticos, y el sentido general del texto.

Romanos

Douglas J. Moo, *Comentario de la Epístola a los Romanos* [Commentary on Romans, New International Commentary on the New Testament; Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishers, 1996]. Moo es profesor de Nuevo Testamento en Wheaton College. Los comentarios de esta serie, *New International Commentary on the New Testament*, están considerados en el mundo anglófono como unos de los comentarios más serios y recomendables. Analizan el texto de forma detallada, deteniéndose a considerar temas contextuales y exegéticos, y el sentido general del texto.

Gálatas

F.F. Bruce, *Comentario de la Epístola a los Gálatas*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 7, 2004.

Filipenses

Gordon Fee, *Comentario de la Epístola a los Filipenses* [Commentary on Philippians, New International Commentary on the New Testament; Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishers, 1995]. Los comentarios de esta serie, *New International Commentary on the New Testament*, están considerados en el mundo anglófono como unos de los comentarios más serios y reco-

mendables. Analizan el texto de forma detallada, deteniéndose a considerar temas contextuales y exegéticos, y el sentido general del texto.

Pastorales

Gordon Fee, *Comentario de las Epístolas a 1ª y 2ª Timoteo, y Tito*. El comentario de Fee sobre 1ª y 2ª a Timoteo y sobre Tito está escrito de una forma accesible, pero a la vez profunda, pensando tanto en pastores y estudiantes de seminario como en un público más general. Empieza con un capítulo introductorio que trata las cuestiones de la autoría, el contexto y los temas de las epístolas, y luego ya se adentra en el comentario propiamente dicho, que incluye notas a pie de página para profundizar en los detalles textuales que necesitan mayor explicación.

Primera de Pedro

Peter H. Davids, *La Primera Epístola de Pedro*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 10, 2004. Los comentarios de esta serie, *New International Commentary on the New Testament*, están considerados en el mundo anglófono como unos de los comentarios más serios y recomendables. Analizan el texto de forma detallada, deteniéndose a considerar temas contextuales y exegéticos, y el sentido general del texto. Davids enseña Nuevo Testamento en Regent College, Vancouver, Canadá.

Apocalipsis

Robert H. Mounce, *Comentario al Libro del Apocalipsis* [The Book of Revelation, rev. ed., New International Commentary on the New Testament; Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans Publishers, 1998]. Los comentarios de esta serie, *New International Commentary on the New Testament*, están considerados en el mundo anglófono como unos de los comentarios más serios y recomendables. Analizan el texto de forma detallada, deteniéndose a considerar temas contextuales y exegéticos, y el sentido general del texto. Mounce es presidente emérito de Whitworth College, Spokane, Washington, EE.UU., y en la actualidad es pastor de Christ Community Church en Walnut Creek, California.

Estudios teológicos

Cristología

Richard Bauckham, *Dios Crucificado: Monoteísmo y Cristología en el Nuevo Testamento*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 6, 2003. Bauckham, profesor de Nuevo Testamento en St. Mary's College de la Universidad de St. Andrews, Escocia, conocido por sus estudios sobre el contexto de los Hechos, por su exégesis del Apocalipsis, de 2ª de Pedro y de Santiago, explica en esta obra la información contextual necesaria para comprender la cosmovisión monoteísta judía, demostrando que la idea de Jesús como Dios era perfectamente reconciliable con tal visión.

Teología del Nuevo Testamento

G.E. Ladd, *Teología del Nuevo Testamento*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 2, 2002. Ladd era profesor de Nuevo Testamento y Teología en Fuller Theological Seminary (EE.UU.); es conocido en el mundo de habla hispana por sus libros *Creo en la resurrección de Jesús*, *Crítica del Nuevo Testamento*, *Evangelio del Reino* y *Apocalipsis de Juan: Un comentario*. Presenta en esta obra una teología completa y erudita de todo el Nuevo Testamento.

Teología joánica

Leon Morris, *Jesús es el Cristo: Estudios sobre la Teología Joánica*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 5, 2003. Morris es muy conocido por los muchos comentarios que ha escrito, pero sobre todo por el comentario de Juan de la serie *New International Commentary of the New Testament*. Morris también es el autor de *Creo en la Revelación*, *Las cartas a los Tesalonicenses*, *El Apocalipsis*, *¿Por qué murió Jesús?*, y *El salario del pecado*.

Teología paulina

N.T. Wright, *El verdadero pensamiento de Pablo*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 1, 2002. Una respuesta a aquellos que dicen que Pablo comenzó una religión diferente a la de Jesús. Se trata de una excelente introducción a la teología paulina y a la “nueva perspectiva” del estudio paulino, que propone que Pablo luchó contra el exclusivismo judío y no tanto contra el legalismo.

Teología Sistemática

Millard Erickson, *Teología sistemática* [*Christian Theology*, 2nd edition, Grand Rapids: Baker, 1998]. Durante quince años esta teología sistemática de Millard Erickson ha sido utilizada en muchos lugares como una introducción muy completa. Ahora se ha revisado este clásico teniendo en cuenta los cambios teológicos, igual que los muchos cambios intelectuales, políticos, económicos y sociales.

Teología Sistemática: Revelación/Inspiración

Clark H. Pinnock, *Revelación bíblica: el fundamento de la teología cristiana*, Prefacio de J.I. Packer, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 8, 2004. Aunque conocemos los cambios teológicos de Pinnock en estos últimos años, este libro, de una etapa anterior, es una defensa evangélica de la infalibilidad y veracidad de las Escrituras.

Estudios ministeriales

Apologética/Evangelización

Michael Green & Alister McGrath, *¿Cómo llegar a ellos? Defendamos y comuniquemos la fe cristiana a los no creyentes*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 3, 2003. Esta obra explora la Evangelización y la Apologética en el mundo postmoderno en el que nos ha tocado vivir, escrito por expertos en Evangelización y Teología.

Discipulado

Gregory J. Ogden, *Discipulado que transforma: el modelo de Jesús* [Transforming Discipleship: Making Disciples a Few at a Time, Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2003]. Si en nuestra iglesia no hay crecimiento, quizá no sea porque no nos preocupemos de las personas nuevas, sino porque no estamos discipulando a nuestros miembros de forma eficaz. Muchas veces nuestras iglesias no tienen un plan coherente de discipulado y los líderes creen que les faltan los recursos para animar a sus miembros a ser verdaderos seguidores de Cristo. Greg Ogden habla de la necesidad del discipulado en las iglesias locales y recupera el modelo de Jesús: lograr un cambio de vida invirtiendo en la madurez de grupos pequeños para poder llegar a todos. La forma en la que Ogden trata este tema es bíblica, práctica e increíblemente eficaz; ya se ha usado con mucho éxito en cientos de iglesias.

Gregory J. Ogden, *Manual del discipulado: creciendo y ayudando a otros a crecer*. Cuando Jesús discipuló a sus seguidores lo hizo compartiendo su vida con ellos. Este manual es una herramienta diseñada para ayudarte a seguir el modelo de Jesús. Te ayudará a profundizar en la fe cristiana y la de los otros creyentes que se unan a ti en este peregrinaje hacia la madurez en Cristo. Jesús tuvo la suficiente visión como para empezar por lo básico. Se limitó a discipular a unos pocos, pero eso no limitó el alcance de sus enseñanzas. *El Manual del discipulado* está diseñado para ayudarte a influir en otros de la forma en que Jesús lo hizo: invirtiendo en unos pocos.

Dones/Pneumatología

Wayne. A. Grudem, ed., *¿Son vigentes los dones milagrosos? Cuatro puntos de vista*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 9, 2004. Este libro pertenece a una serie que se dedica a exponer las diferentes posiciones que hay sobre diversos temas. Esta obra nos ofrece los argumentos de la perspectiva cesacionista, abierta pero cautelosa, la de la Tercera Ola, y la del movimiento carismático; cada una de ellas acompañadas de los comentarios y la crítica de las perspectivas opuestas.

Hermenéutica/Interpretación

J. Scott Duvall & J. Daniel Hays, *Entendiendo la Palabra de Dios [Grasping God's Word]*, rev. ed., Grand Rapids: Zondervan, 2005]. ¿Cómo leer la Biblia? ¿Cómo interpretarla? ¿Cómo aplicarla? Este libro salva las distancias entre los acercamientos que son demasiado simples y los que son demasiado técnicos. Empieza recogiendo los principios generales de interpretación y, luego, aplica esos principios a los diferentes géneros y contextos para que el lector pueda entender el texto bíblico y aplicarlo a su situación.

La Homosexualidad

Thomas E. Schmidt, *La homosexualidad: compasión y claridad en el debate*. Escribiendo desde una perspectiva cristiana evangélica y con una profunda empatía, Schmidt trata el debate actual sobre la homosexualidad: La definición bíblica de la homosexualidad; Lo que la Biblia dice sobre la homosexualidad; ¿Se puede nacer con orientación homosexual?; Las recientes reconstrucciones pro-gay de la Historia y de la Biblia; Los efectos sobre la salud del comportamiento homosexual. Debido a toda la investigación que el autor ha realizado y a todos los argumentos que presenta, este libro es la respuesta cristiana actual más convincente y completa que existe en cuanto al tema de la homosexualidad.

Misiones

John Piper, *¡Alégrense las Naciones!: La Supremacía de Dios en las Misiones*. Usando textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, Piper demuestra que la *adoración* es el fin último de la Iglesia, y que una adoración correcta nos lleva a la acción misionera. Según él, la *oración* es el combustible de la obra misionera porque se centra en una relación con Dios y no tanto en las necesidades del mundo. También habla del *sufrimiento* que se ha de pagar en el mundo de las misiones. No se olvida de tratar el debate sobre si Jesús es el *único camino* a la Salvación.

Mujeres en la Iglesia

Bonnidell Clouse & Robert G. Clouse, eds., *Mujeres en el ministerio. Cuatro puntos de vista* [Women in Ministry: Four Views, Downers Grove: IVP, 1989]. Este libro pertenece a una serie que se dedica a exponer las diferentes posiciones que hay sobre diversos temas. Esta obra nos ofrece los argumentos de la perspectiva tradicionalista, la que aboga en pro del liderazgo masculino, en pro del ministerio plural, y la de la aproximación igualitaria; todas ellas acompañadas de los comentarios y la crítica de las perspectivas opuestas.

Predicación

Bill Hybels, Stuart Briscoe, Haddon Robinson, *Predicando a personas del s. XXI* [Mastering Contemporary Preaching, Multnomah Publications, 1990]. Éste es un libro muy útil para cualquier persona con ministerio. Su lectura le ayudará a entender el hecho en sí de la predicación, las tentaciones a las que el predicador se tiene que enfrentar, y cómo resistirlas. Le ayudará a conocer mejor a las personas para quienes predica semana tras semana, y a ver cuáles son sus necesidades. Este libro está escrito en lenguaje claro y cita ejemplos reales de las experiencias de estos tres grandes predicadores: Bill Hybels es pastor de Willow Creek Community Church, Stuart Briscoe es pastor de Elmbrook Church, y Haddon Robinson es presidente del Denver Seminary y autor de *La predicación bíblica*.

Soteriología

J. Matthew Pinson, ed., *La Seguridad de la Salvación*. Cuatro puntos de vista [Four Views on Eternal Security, Grand Rapids: Zondervan, 2002]. ¿Puede alguien perder la salvación? ¿Cómo presentan las Escrituras la compleja interacción entre la Gracia y el Libre albedrío? Este libro pertenece a una serie que se dedica a exponer las diferentes posiciones que hay sobre

diversos temas. En él encontraremos los argumentos de la perspectiva del calvinismo clásico, la del calvinismo moderado, la del arminianismo reformado, y la del arminianismo wesleyano; todas ellas acompañadas de los comentarios y la crítica de las posiciones opuestas.

Vida cristiana

Dallas Willard, *Renueva tu Corazón: Sé como Cristo*, Terrassa: CLIE, Colección Teológica Contemporánea, vol. 13, 2004. No “nacemos de nuevo” para seguir siendo como antes. Pero: ¿Cuántas veces, al mirar a nuestro alrededor, nos decepcionamos al ver la poca madurez espiritual de muchos creyentes? Tenemos una buena noticia: es posible crecer espiritualmente, deshacerse de hábitos pecaminosos, y parecerse cada vez más a Cristo. Este *bestseller* nos cuenta cómo transformar nuestro corazón, para que cada elemento de nuestro ser esté en armonía con el reino de Dios.

1

ACERCA DE MÍ, ACERCA DE TI

Sentado con la mirada fija en la pantalla del ordenador, busco palabras para presentar una cuestión moral; una cuestión tan importante que parece ir ocupando cada vez más el campo de batalla de todas las fuerzas que compiten por dar forma al mundo del siglo que viene. Sin embargo, lo que se me aparece no son palabras, sino caras. Y es que después de que los políticos, los consejos escolares y la Justicia hayan dado forma a la política pública, después de que las denominaciones hayan interpretado las Escrituras y las tradiciones, después de que los educadores, científicos y psicólogos hayan explicado el fenómeno, después de que los Medios lo hayan confeccionado todo para el consumo de masas; después de todo esto, las personas, de una en una, siguen deseando amar y ser amadas. Algunas buscan el amor entre personas de su mismo sexo.

Se trata de personas con rostro, personas con nombre, a menudo personas cristianas y, sea cual sea nuestra conclusión sobre el tema más general que representan sus historias, nunca debemos perder de vista su lucha individual, su dolor individual, sus rostros. Si desdeñamos los rostros, desdeñamos el Evangelio. El Evangelio es un medicamento poderoso, pero a fin de cuentas no administrado ni por dosis, ni por votos, ni por veredictos. Lo administra una sola mano temblorosa que sujeta una cuchara ante el dispuesto rostro de otra persona.

En mi mente veo a Jim: uno de mis mejores amigos de Secundaria, muy popular, un líder nato, todo un deportista, un joven comprometido con profundizar en la fe de su juventud. Compartimos el mismo apartamento de solteros durante unos meses al terminar la Universidad y pude observar a Jim sembrando avena silvestre con algunas amigas que pasaron allí la noche. Pero al cabo de menos de un año, cuando ya nos habíamos trasladado a costas opuestas del país, Jim me escribió inmerso

en una gran confusión. Había recibido una beca de una prestigiosa escuela de Artes Escénicas y durante el primer año de su estancia allí, la amistad con el compañero de habitación había cobrado una dimensión sexual. Decidió volver a su tierra para aclarar las ideas y luego me escribió expresando lo mucho que agradecía mi carta, pero con el tiempo dejó de escribirme y se volvió a ir a la costa Este. Era el año 1980. Me pregunto si todavía sigue vivo y si todavía podríamos ser amigos.

Otro rostro que veo es el de Laura, una gran pensadora y una creyente comprometida con quien asistí a una universidad cristiana. Recientemente y, tras un lapso de tiempo de 15 años, me escribió diciendo que le gustaría asistir a uno de nuestros encuentros de ex - alumnos, pero que sabía que nunca iba a sentirse aceptada ahí con su pareja lesbiana. Ya en la Universidad había estado luchando en privado contra sus deseos de intimidad con otras mujeres, pero luego con el tiempo llegó a la conclusión de que sus deseos eran un don de Dios, no una tentación. Ahora debe vivir con la confusión de tener un pie en el mundo gay, que es ampliamente anticristiano, y el otro en el mundo cristiano, que es ampliamente antigay. Me pregunto de qué manera experimenta Laura la Justicia de Dios.

Y luego veo el rostro de Frank, un familiar que tuvo sus primeras experiencias sexuales de pequeño y con un miembro del clero de su propia iglesia. A Frank dichas experiencias le resultaron agradables. Ahora de adulto prefiere la intimidad sexual con los hombres y es un activista gay. Su bien intencionada familia cristiana quiere “odiar el pecado y amar al pecador”, pero lucha con el conflicto entre los valores de Frank y aquellos que quiere infundir en sus propios hijos. Frank, por su parte, lucha por mantener su lealtad a una familia que desaprueba lo que él percibe como su verdadera identidad. Me pregunto qué significa la familia para Frank.

Finalmente, veo el rostro de Bill, un estudiante de la universidad cristiana en que doy clases. Recientemente y, de manera anónima, escribió al periódico estudiantil acerca de su soledad. No piensa que esté bien meterse en una dinámica homosexual, pero entre sus colegas encuentra poca comprensión por esta lucha. Percibe que cuando otros estudiantes hablan abiertamente de sus tentaciones y fracasos heterosexuales, los demás los consideran modelos de vulnerabilidad dignos de apoyo y oración. Pero Bill se guarda dentro todas sus propias tentaciones y fracasos, pues teme que si los comparte, se convierta en un leproso social. Me pregunto quién tiene las manos de Jesús para tocarle.

Estos son algunos de los rostros que veo y algunas de las cosas que me pregunto cuando pienso en ellos. No pretendo que estas historias se tomen como representativas de la experiencia sexual en general; como tampoco pretendo arrancar un juicio positivo o negativo en torno al comportamiento de estos individuos. Sencillamente son personas que he conocido, algunos de los rostros que veo cuando pienso en todo este tema. Los describo por varias razones.

Autoridad, experiencia y yo

Al presentar las historias ya insinuaba que no se puede tratar un tema al margen de la experiencia humana. Nuestra experiencia es variada, compleja y cargada de emociones, por lo cual se puede caer en el peligro de lo demasiado general o abstracto. Desdichadamente, esto es algo que a menudo no parecen comprender aquellos que se hallan en el lado más conservador de la controversia que nos ocupa. Como consecuencia, los debates suelen enfrentar a gays y lesbianas, narrando su emotiva experiencia de haber superado la duda y la persecución, contra clérigos fríos y racionales, citando versículos sobre el pecado sexual y el juicio eterno. Quienes defienden un acercamiento objetivo no entienden el debate público, que lejos de buscar la verdad se convierte en un deporte de espectador. Nos guste o no, los espectadores reaccionan ante historias emotivas y animan al desvalido. Es más, dado que el valor reinante en la cultura moderna no es la verdad, sino la tolerancia, todo aquel que adopte una postura que desapruueba la conducta de otro está condenado a perder el debate.

¿Se trata, entonces, de alentar a ambas partes a que se limiten a intercambiar historias o argumentos y a dejar de actuar como si nada? No. La vida consiste tanto en Historia como en argumentación, tanto en experiencia como en autoridad. Las dos cosas deben entrar en diálogo, no en enfrentamiento. Es decir, las experiencias de personas reales deberían moderar nuestras abstracciones; al mismo tiempo, nuestras actividades deberían responder a autoridades más altas, tales como la Razón, la Familia, la Tradición y las Escrituras. Errar en una u otra dirección produce exactamente la misma fatua exigencia: “Yo lo sé mejor que tú”. La única diferencia es que quienes ponen a la experiencia contra la autoridad acentúan el “yo”, mientras que los que ponen a la autoridad contra la experiencia acentúan el “se”. Ambos

reivindican servir a la *causa* de Cristo. Ambos han perdido de vista el *camino* de Cristo.

Mi propia historia

¿Y quién soy yo para tocar este tema? Ya que acabo de explicar la importancia del diálogo entre la experiencia y la autoridad, haría bien en aplicarme el cuento y abrirme todo lo que pueda, explicar quién soy y por qué estoy escribiendo. ¿Qué puedo revelar de mi vida, mi rostro y de cualquier pretensión de experiencia que pueda ayudar al lector a apreciar la perspectiva de este libro?

En términos profesionales, estoy preparado para interpretar textos de la Antigüedad con orígenes cristianos y estoy especializado en la Ética del Nuevo Testamento. Obtuve un doctorado en la Universidad de Cambridge, ejerzo en la enseñanza y escribo en boletines académicos nacionales e internacionales, y también para editoriales (como este libro) cuyos lectores son primordialmente cristianos. Este libro ofrece parte de la investigación erudita más reciente en un formato accesible al público en general. También estoy publicando toda una colección de ensayos académicos sobre la homosexualidad con la participación de expertos en toda una serie de campos distintos.

En términos de sexualidad, represento a esa clase de gente responsable de la vasta mayoría de maldad sexual de hoy en el mundo: los varones heterosexuales. He sobrepasado mi propia cuota de maldad y necesito el perdón y la Gracia de Dios a diario para convertirme en el ser sexual que Dios desea. Jamás he deseado la intimidad sexual con otro hombre, ni jamás he recibido proposiciones ni he sido tratado más que con respeto por parte de los hombres gay que he conocido.

Al margen de la preocupación natural por que algún extremista pueda amenazarme a mí o a mi familia como venganza por haber expresado mi opinión públicamente, no pienso que tenga ninguna razón para temer a los gays y las lesbianas. Sin excepción alguna, mi experiencia es que los hombres gays y las mujeres lesbianas son de las personas más inteligentes, con más talento y más consideradas que he conocido. Sus deseos y prácticas sexuales difieren de las mías, pero ni me repulsan ni me siento amenazado por ellas. Sencillamente las desapruero, del mismo modo que desapruero algunos deseos y prácticas heterosexuales.

Por tanto, no me siento amenazado. ¿Cómo me siento, entonces? Pues la sensación de fastidio es la que me ha llevado a escribir este libro. Pero lo que me fastidia no son ni los gays ni las lesbianas, sino sus partidarios y detractores. Mi fastidio tiene dos vertientes. Empezó por fastidiarme el debate unilateral que se halla en los círculos académicos, en el cual se da una caracterización común de la postura cristiana tradicional sobre la homosexualidad como simplista y basada en el temor. Eso me condujo a investigar algunos de los temas por mi cuenta y la consiguiente labor académica desembocó en una serie de charlas para iglesias. Pero entonces me empezó a fastidiar la poca preparación de muchos cristianos para tratar este tema. La mayoría goza de un instinto moral conservador, pero desconoce casi por completo el punto de vista liberal, encuentra confusa la posible tensión entre Ciencia y Escrituras y habla de soluciones casi exclusivamente en términos políticos. Como resultado, suele adoptar una mentalidad de asedio y una sospecha de conspiración que, irónicamente, refleja como en un espejo todo aquello que detesta de la comunidad homosexual.

Ambas partes sienten frustración por no ser escuchadas, por no tener poder suficiente como para influir en la política pública, por no ganar enseguida. Pero ese desacuerdo degenera demasiado rápido en una batalla de etiquetas, la guerra cultural entre los Derechos Religiosos (que son todos “homófobos”) y la Agenda Homosexual (respaldada por el “humanismo secular”). A pesar de la verdad parcial que tales etiquetas representan, lo que de hecho hacen es socavar los esfuerzos de quienes las emplean. Aquellos que están en desacuerdo se alejan incluso más y la gente sabía que todavía no se ha decidido sospecha que, de donde hay etiquetas con intercambio de temores al acecho, solo se pueden esperar argumentos deshonestos.

Si quería ser de ayuda en esta volátil situación, primero debía preguntarme a quién iba a dirigir el libro. Haber elegido editor reducía, de alguna manera, el abanico de posibilidades, ya que InterVarsity Press sirve primordialmente a la comunidad cristiana de moral conservadora y de moderadamente a bien instruida. Esto quiere decir que no estoy escribiendo para convencer a la comunidad gay y lesbiana y sus partidarios, sino más bien para profundizar en la comprensión y sensibilidad de quienes cuestionan o desaprueban las prácticas homosexuales.

Pero incluso dentro de este mismo ámbito, escribo para muchos tipos diferentes de personas. A un amigo que ha vivido una larga y solitaria lucha por reconciliar su fe y sus deseos de intimidad sexual

con alguien del mismo sexo. Al feligrés que jamás se ha preocupado por el tema y que se pregunta a qué viene todo esto, si la Biblia lo deja tan claro. Al profesional de la salud que trabaja con pacientes de SIDA. A la mujer inquieta que quiere fomentar un debate más a fondo en su iglesia. Al estudiante universitario con una fecha tope, que está desesperado por encontrar en una sola fuente toda la información que necesita sobre este tema. Al miembro de una familia cuyo ser querido le acaba de comunicar su orientación homosexual. Al médico, psicólogo o pastor que quiere salvar la distancia entre Ciencia y Teología. Al creyente que se está muriendo de SIDA.

Todas estas personas me están mirando por encima del hombro mientras escribo. Más rostros, más personas a quienes rendir cuentas con veracidad, claridad y honradez. Casi nada. ¡Que el lector extienda algo de gracia sobre mí en aquellos puntos en los que no dé la talla!

Aunque considero mi responsabilidad primordial fomentar una mayor comprensión y sensibilidad entre los cristianos de moral conservadora, espero también cumplir otro propósito para quienes estén en desacuerdo con mis conclusiones, es decir, demostrar la posibilidad de discrepar sin estupideces, sin odio y sin consignas. Discutan conmigo, pero no me coloquen dentro de una caja, no hagan de mí una caricatura para poder descartar mis conclusiones. Consíntame un rostro.

Un enfoque evangélico

Mi rostro es un rostro *evangélico*, y puede ser un rostro difícil de enfocar, sobre todo para quienes prefieren oponentes extremistas y predecibles. Los evangélicos suelen desafiar las suposiciones de la gente sobre los denominados Derechos Religiosos (“Religious Rights” en inglés, con referencia al movimiento conservador así denominado) y sus presuntas posturas sobre temas de actualidad. Hay algunos evangélicos activos en el liderato internacional de causas tradicionalmente “liberales” tales como la reforma en las prisiones, la reforma del sistema sanitario, la ayuda humanitaria y el desarrollo del Tercer Mundo. Muchos evangélicos disienten de las posturas evangélicas mayoritarias sobre el aborto, la violencia, la moralidad de la guerra, la mujer en el ministerio, la evolución, la crítica bíblica y la afiliación política. Ocurre que yo mismo mantengo posturas minoritarias en la mayoría de estos temas y me siento libre de hacerlo sin tener que asistir a una igle-

sia especial para discapacitados doctrinales. En lo que se refiere a la homosexualidad resulta que mantengo la postura de la mayoría, pero aun así no llamaría a mi postura “la postura cristiana”, ni siquiera “la postura evangélica”.

Si mis opiniones en torno a éste y otros temas no pueden *inhabilitarme* como evangélico, ¿qué es lo que me *habilita* para serlo? Si para empezar no hay una línea de pensamiento establecida, ¿cómo vas a formar parte de la misma? Preguntas difíciles de contestar. Los eruditos no llegan a ponerse de acuerdo en la definición de la palabra *evangélico*. Del mismo modo en que los términos *Bible Belt* y *Midwestern* tienen una relación muy frágil con la Geografía, el término *evangélico* representa también un desafío para los cartógrafos religiosos. El fenómeno abarca tal desconcertante diversidad de opiniones, denominaciones y grupos sociales, que cualquier intento de explicarlo o de dar ejemplos deja siempre a alguien pobremente representado.

Al no haber un cuerpo directivo que marque la distinción entre los de dentro y los de afuera, el evangelicalismo no puede describirse como un sistema con unos límites claramente definidos y hay que entenderlo en términos de unos principios centrales. En otras palabras, no se trata tanto de lo que se *excluye* como de lo que se *afirma*. (Algunos que ya se han cansado de la etiqueta preferirían llamarse “cristianos y nada más”, a lo que da pie el influyente libro de C.S. Lewis *Cristianismo y nada más*).

Mi esbozo de algunas afirmaciones evangélicas centrales tiene la intención de aclarar la perspectiva de este libro, sobre todo en contraste con el fundamentalismo tanto de la derecha como de la izquierda. También quiero dejar claro, desde el principio, que no se trata de un intento de abarcarlo todo, sino de describir aquellas afirmaciones que para mí dan un sentido particular a este tema.

El centro de todas las cosas

En primer lugar, el evangelicalismo afirma la centralidad de Jesús. Es más, Jesús es el hijo unigénito de Dios, que estuvo dispuesto a sufrir la muerte y luego vencerla a fin de liberar a todas las personas de las consecuencias de la rebelión humana contra Dios. Jesús es también, para algunos, un dispensador de sabiduría popular, un capitalista, un feminista, un instructor de líderes, un símbolo de vida en comunidad

y un ejemplo de justicia social. Pero todos esos títulos representan, como mucho, adiciones, nunca substitutiones de lo que, según la Biblia misma describe, y Jesús mismo afirma, es su rol primordial.

Mientras algunos trabajan para vestir a Jesús con el traje de seda de un tele-evangelista o con las ropas caquis de un revolucionario, la tarea más humilde y difícil es la de mantenernos leales a la verdad recibida hace dos mil años. Para estar seguros, en parte se trata de guardarnos de ciegos puntos culturales y de vacíos clichés religiosos. Sin embargo, la afirmación central acerca de Jesús seguirá siendo relevante mientras lo sigan siendo el sufrimiento, la muerte y el pecado; seguirá cambiando vidas mientras permanezcan la fe, la esperanza y el amor.

Las Escrituras y otras voces

La segunda afirmación del evangelicalismo, que acompaña a la primera, es la primacía y la finalidad de la autoridad de la Biblia en términos de fe y práctica. He escogido con detenimiento los términos *primacía* y *finalidad*. El significado es que las Escrituras son el primer y último lugar al que mirar cuando se busca una guía. Eso da lugar también a que se escuchen otras voces durante el proceso de interpretación y aplicación.

Con unos pocos ejemplos se puede demostrar lo positiva que es la aportación de otras tres voces importantes. La *experiencia humana* es un maestro importante, como podemos observar en el caso de las relaciones entre razas; tema sobre el que la Biblia no dice casi nada. Las *tradiciones humanas* producen un rico tapiz de patrones de adoración, devoción y gobierno de la Iglesia; pocos de los cuales ordena la Biblia de manera explícita. La Biblia nos dice que cuidemos a los enfermos y los necesitados y la *Razón humana* produce medicamentos, máquinas y programas que nos permiten implementar dicho cuidado.

Está claro que tanto la Experiencia, como la Tradición y la Razón tienen usos destructivos, pero lo que aquí nos interesa es que también tienen el potencial de contribuir a nuestro amor a Dios y al prójimo. La experiencia, la tradición y la razón participan de manera esencial en una misma conversación dirigida a aplicar las Escrituras en nuestras vidas. Decir que no tienen lugar, que la Biblia habla sola, es simplista y quizás engañoso; siempre hay una interpretación por en medio. Por otro lado, sugerir que la Experiencia, la Tradición y la Razón debe-

rían pasar, o inevitablemente pasan, por encima de las Escrituras es perder legitimidad. En cualquiera de los extremos, y ambos están bien representados en el debate actual sobre la homosexualidad, el deseo de ejercer el poder supera al deseo de encontrar la verdad. Se pueden ganar batallas, pero el ganador queda lejos del Evangelio predicado y vivido por Jesús, el cual exige renunciar al poder en bien del amor.

Afirmar la primacía y finalidad de la autoridad bíblica nos ayuda a evitar que las Escrituras se conviertan en una herramienta manipulada, sea por la mano derecha o por la izquierda. Siempre lucharemos contra nuestra tendencia a manipular la Biblia y hoy luchamos con la ausencia de un método universalmente aceptado para encontrar la verdad. Solo nos podemos limitar a intentarlo, sopesando las voces que se oponen e intentando en primera y última instancia armonizarlas con la Palabra de Dios.

El contexto en la interpretación

Una tercera afirmación, que contribuye a concretar más la segunda, es que la tarea principal del estudio de la Biblia es buscar el significado pretendido por sus autores. Es cierto que cada lector lleva consigo un bagaje de cierta envergadura, que complica la tarea de leer (un idioma distinto, unos condicionantes culturales y una tendencia personal), pero también es cierto que los autores originales querían decir algo con sus palabras. Si queremos hacer justicia a las ideas de aquellos autores, sobre todo cuando se trata de un tema tan polémico, debemos ser responsables y aprender todo lo que podamos de sus idiomas, historia e imaginario colectivo. Solamente podremos valorar la vigencia de sus palabras si hemos intentado comprenderlas.

Limitarnos a darles nuestro propio significado denota vagancia y falta de interés, o ambas cosas a la vez. De nuevo, ambos tipos de fundamentalismo consienten esta conducta. Los de la derecha suelen ignorar las ambigüedades o el contexto histórico debido a la prisa por encontrar aplicaciones contemporáneas. Los de la izquierda echan mano justamente de esas ambigüedades y diferencias de contexto histórico para justificar la invención de sus propias aplicaciones.

La moralidad bíblica en nuestro mundo

En cuarto lugar, el evangelicalismo afirma la vigencia de la moralidad bíblica; lo que algunos llaman *normatividad*. Ciertamente, el mundo cambia y no podemos limitarnos a crear de nuevo códigos de conducta para todo. Al mismo tiempo, cada nueva generación no es libre de producir nuevos códigos de conducta, por muy iluminada que se considere a sí misma. La inspiración de las Escrituras y la rectitud generada por siglos de influencia nos sugieren que los valores bíblicos son duraderos. Deberíamos resistirnos a jugar con la moralidad de la Biblia a menos que se haga con todas las de la ley.

En raras ocasiones se da el caso. Por ejemplo, la repetida prohibición bíblica de la usura (cobrar intereses) fue algo normativo hasta épocas bastante recientes, debido a que en las economías simples, el dinero prestado con intereses, a menudo a unas tasas altísimas, tan solo enriquecía a los prestamistas privados. En una economía compleja, sin embargo, el sistema de intereses beneficia más a la gente que al prestamista, quien a su vez suele ser una institución cuya tasa de interés queda bajo el control de los reglamentos y la competencia. El cambio de coyuntura ha desembocado con el tiempo en una nueva manera de entender la prohibición bíblica. En estos casos, la experiencia, la tradición y la razón pueden todas ellas contribuir a una nueva valoración de un mandamiento bíblico en concreto, pero en tal evaluación se debe proceder con extrema cautela.

La unidad de la Biblia

Una quinta afirmación evangélica es que la Biblia es una unidad, en el sentido de que está inspirada por el Espíritu de Dios. Esto no significa que sus palabras de alguna manera se hayan desplomado desde el Cielo; son palabras totalmente humanas. Tampoco las palabras dicen siempre lo mismo sobre el mismo tema. Algunas ideas acerca de los comportamientos buenos y malos cambian con el tiempo dentro de las Escrituras (algunos llaman a esto “revelación progresiva”) y algunos temas tienen varias respuestas.

En cuanto al tema de la riqueza y las posesiones, por ejemplo, vamos desde el respaldo material de Dios a los patriarcas del Antiguo Testamento y de los consejos profesionales de los Proverbios, hasta la

renuncia radical exigida por Jesús, pasando por la puesta en común de las posesiones en el libro de los Hechos, el apoyo misionero pedido por Pablo y llegando a Santiago y el Apocalipsis con más crítica social; y, por fin, las calles de oro. ¿Dónde está la unidad? El fundamentalista de la derecha puede seleccionar textos del Antiguo Testamento sobre las bendiciones materiales y el diezmo, espiritualizando otros textos más amenazadores. El fundamentalista de la izquierda puede convertir a los profetas y a Jesús en prototipos de socialistas y descartar textos por considerarlos culturalmente condicionados.

Pero mirar los textos que no nos gustan a través de la lente de los que sí nos gustan es una visión demasiado simple y descaradamente interesada. Cuando la Biblia nos ofrece diversidad, deberíamos considerar como alternativa el desarrollo y unas respuestas distintas para situaciones distintas o personas distintas. En algunos casos, unificar principios (en el caso que acabo de citar, la justicia y la dependencia de Dios) puede resultar más importante que cualquier situación concreta descrita en la Biblia. La búsqueda de la unidad a veces es difícil, pero fluye de la convicción de que ese mismo Dios inmutable inspira toda la Biblia y nos invita a encontrar algo de su carácter en cada página.

El cuidado de Dios y el juicio de Dios

En sexto lugar, los evangélicos afirman que el mundo se halla, al mismo tiempo, bajo el cuidado de Dios y bajo el juicio de Dios. Esto implica que la cultura contemporánea, el orden mundial o como queramos llamar a “lo que ocurre ahí afuera” nos puede ofrecer oportunidades de aprender, pero también oportunidades de confrontación.

No debemos dar por sentado que todo cambio es degeneración y quedarnos en un circuito cerrado; pero tampoco debemos dar por sentado que todo cambio es progreso y apuntarnos a un bombardeo. Los temas morales que las épocas de cambio nos presentan son difíciles de evaluar sin el beneficio de la retrospectiva. ¿Han aprendido los cristianos durante las últimas décadas que divorciarse y volverse a casar es un camino aceptable de crecimiento para algunas personas, o es que hemos racionalizado nuestra propia participación en el declive de la familia? ¿Son las nuevas oportunidades de liderazgo que la Iglesia da a la mujer resultado del movimiento del Espíritu de Dios o resultado de la presión del espíritu de nuestro tiempo?

Presento estos ejemplos no porque lleven una respuesta implícita, sino para demostrar la ambivalencia y la confusión que los evangélicos suelen sentir cuando intentan mirar de manera crítica en dos direcciones a la vez. Un cínico sugirió que los fundamentalistas son aquellos que hablan como si odiaran al mundo y actúan como si odiaran al mundo; los liberales son aquellos que hablan como si amaran al mundo y actúan como si amaran al mundo; los evangélicos son aquellos que hablan como si odiaran al mundo y actúan como si amaran al mundo. Se trata de un zapato feo si encaja, pero el desafío sigue siendo andar, por muy mal calzados que vayamos, por un mundo que Dios trabaja por redimir y promete, a la vez, destruir.

La imagen de Dios

Una séptima afirmación del evangelicalismo es que las personas importamos, de una en una, puesto que somos entes físicos y espirituales. Los evangélicos comparten con los fundamentalistas el derecho y el interés por la evangelización mundial y la influencia política. Con los fundamentalistas de la izquierda comparten el interés por la responsabilidad social y la sensibilidad hacia las diversas culturas y tradiciones. Pero a fin de cuentas un evangélico no es tan solo una persona que está de acuerdo con Billy Graham, sino una persona que invita a su vecino a asistir a una campaña de Billy Graham con vistas a que dicha persona se convierta. De hecho, un evangélico no es el que se limita a aprobar la labor de la Madre Teresa, sino aquel que se apunta a un equipo de misión médica para ir a un país en vías de desarrollo.

El Evangelio va de individuos con almas eternas y de un Dios a quien deberemos rendir cuentas de la manera en que las hemos tratado, de una en una. Los sistemas sociales y las estructuras políticas son importantes, pero secundarios. Las etiquetas que usamos para identificar a una persona en particular (negro, con estudios, gay, mujer, republicano) son importantes, pero secundarias. Lo primordial es que cada persona es una criatura eterna por quien Jesús murió y Dios desea que ande “como es digno del Señor, agradándole en todo, dando fruto en toda buena obra y creciendo en el conocimiento de Dios” (Col. 1:10).

Como esto es verdad, la Biblia encomienda a los cristianos que sean personas apacibles, pero con convicciones, que se rindan cuentas unos a otros y que amen con tenacidad. Cuando los evangélicos adoptan una

postura sobre un tema moral, la izquierda puede acusarles de falta de amor; cuando adoptan una postura con humildad y respeto, la derecha los puede acusar de insuficiente firmeza.

Quizás nos sirva de consuelo pensar que Jesús fue crucificado cuando las personas defraudadas por su negativa a ser rey le entregaron a los romanos, acusándole de que decía serlo. Ninguno de los grupos comprendió que su mofa, la túnica y la corona de espinas, eran etiquetas que transformaron la cruz en un trono. He aquí un Dios de la alta comedia, un Dios de paradoja. Es difícil que la cultura contemporánea de persecución, en la que los fundamentalistas de la derecha y de la izquierda gimotean en armonía, pueda comprender a un Dios que abraza esa persecución para redimir a las personas, de una en una.

La organización del libro

De nuevo, el esquema previo de afirmaciones evangélicas no define el evangelicalismo. Hay otras afirmaciones quizás más distintivas y no menos centrales que éstas. Lo que intento aquí es, sencillamente, bosquejar unos rasgos que sirvan de introducción a la perspectiva de este libro.

Esta perspectiva dicta la secuencia. Partiré de un tratamiento detallado de textos bíblicos relevantes para, después, pasar a la consideración de cómo aplicarlos, luego pasaré a las implicaciones médicas y los descubrimientos psicológicos y luego a una carta personal dirigida a un amigo ficticio (que es, de hecho, una combinación de varios amigos no ficticios). Las notas finales permitirán a los lectores interesados hacer por su cuenta un seguimiento de la erudición reciente

Elección de términos

He dedicado una gran cantidad de espacio a la identidad del lector y a la identidad del escritor, pero debo sentar ciertos fundamentos finales respecto al *tema*. El lector puede haber notado que hasta este momento he ido alternando los términos *homosexual*, *gays*, *lesbianas* e *intimidad sexual con personas del mismo sexo*. Justificar la elección de estos términos exigiría escribir otro libro dedicado exclusivamente a eso.

Un problema es que algunos hombres gay y lesbianas consideran el término homosexual como un término clínico usado originalmente

por los psicólogos alemanes con el sentido de enfermedad en contraste con la heterosexualidad “sana” y “normal”. Por otro lado, hay gente que desaprueba la intimidad con personas del mismo sexo y a quienes no les gusta esta definición porque parece otorgar legitimidad a la práctica o a la orientación a través de una etiqueta “respetable”; después de todo, no dignificamos a la gente promiscua llamándoles “polisexuales”. Otros consideran que se trata de un término *simplista*, porque al igual que “heterosexual”, lleva implícitas dos opciones y no contempla una gama más amplia.

Tanto entre defensores y detractores de la intimidad con personas del mismo sexo, todavía hay quienes niegan que la “orientación” sea un concepto válido o que la intimidad con personas del mismo sexo en otros tiempos significara lo que ahora significa para nosotros; entonces, ¿por qué utilizar un término como *homosexual* que implica tanto orientación como continuidad histórica? ¿O deberíamos acuñar un nuevo término como *homosexo* para referirnos a esa actividad sin hacer referencia a la orientación? ¿No sería todavía más confuso añadir un término más a lista de opciones?

Gays y lesbianas es la terminología preferida actualmente por quienes practican la intimidad sexual con personas del mismo sexo, pero quizás no dure mucho. Los activistas más militantes ahora prefieren llamarse a sí mismos *maricas*, alegando que ese término de ridiculización, si es usado por ellos mismos, despoja de poder a quienes les persiguen. A propósito, el término *gay* fue acuñado a mediados del siglo veinte por ellos mismos con la intención de combatir el estereotipo de homosexual deprimido y solitario (*Gay* en inglés significa alegre).

Los términos *gay*, *lesbiana* e *intimidad con personas del mismo sexo* comparten dos desventajas: son sintácticamente engorrosos para el escritor y, más en serio, nos crean el problema inverso al del término *homosexual*, no denotando nada acerca de la orientación. ¿Preguntamos si una persona ha querido tener intimidad sexual con personas del mismo sexo desde su nacimiento?

No hay solución que complazca a todas las partes, así que lo mejor que puedo hacer es vigilar que mi elección de términos en un contexto dado no desvíe el argumento en una dirección concreta. En la mayoría de los casos voy a emplear *homosexual* y *homosexualidad*, son conocidos y de sintáctica fácil; con el previo reconocimiento de que son términos controvertidos para según quien.

2

¿A QUÉ VIENE TANTO ALBOROTO?

Un conocido del trabajo, o bien un vecino, viene y te dice: “Tú eres una persona religiosa, dime ¿qué piensas de todo este asunto de la homosexualidad?”

Respondes: “Bueno, pienso que la Biblia deja bastante claro que una actividad de este tipo es inapropiada.”

Te piensas que has dicho algo sencillo, que expresa tu creencia en la autoridad de las Escrituras. Sin embargo, lo que la otra persona escucha puede ser algo completamente distinto. Hoy en día a mucha gente le suena como si hubieras dicho: “Bueno, pienso que la Biblia deja bastante claro que las personas de piel clara son superiores a las personas de piel oscura.”

¿Por qué? Porque, para cada vez más gente, la sexualidad ya no es cuestión de moralidad, sino de de derechos civiles.

La cultura de la tolerancia

¿Cómo se ha dado este giro de moralidad a derechos civiles y por qué ha resultado tan convincente? En términos más amplios, consideraremos la evolución de la cultura occidental y, en concreto, la americana. Se empieza con la afirmación de que todas las personas han sido creadas iguales y se sigue con el principio según el cual el Estado no debe gobernar en materia de conciencia personal. Implicación: el Estado debería proteger la privacidad. Pero entonces, y aquí llega la llaga, si vas eliminando poco a poco la noción de un criterio universal para evaluar la conducta (la tradición judeocristiana), al final cada cual tiene que evaluar su propio comportamiento, que será siempre igual de moral que otros, puesto que será igual de legal. La otra cara de la moneda es que, expresar intolerancia se convierte en inmoral y, de hecho,

podría llegar a ser ilegal; entendiendo por intolerancia todo aquello que pueda llegar a desafiar una conducta u opinión legalmente protegida.

Detrás de la mayoría de los temas de actualidad se halla la confusión entre lo que es legal y lo que es moral, así como la emergencia de la tolerancia como virtud suprema. La mejor crítica breve de la situación actual que he encontrado es el discurso de inauguración que dio Aleksandr Solzhenitsyn en Harvard en el año 1978¹. Pero el problema de perder el equilibrio entre derechos y obligaciones no es nuevo. Platón predijo que la democracia se desmoronaría, abriendo camino a la dictadura, porque una mayoría enloquecida convertiría la libertad en libertinaje (*República* 562-65). Y, mirando todavía más hacia atrás, el libro bíblico de los Jueces se lamenta de un periodo de caos en el que “cada uno hacía lo que le parecía bien” (Jueces 21:25) en lugar de “lo justo ante los ojos del Señor” (Éx.15:26; Deut.13:18). Así que las particularidades cambian, pero no el problema subyacente. Dios está muerto, pero larga vida a Dios, porque ahora Dios somos nosotros.

¿Minorías, mujeres... y homosexuales?

En este clima cultural de confusión, durante las últimas décadas se ha legislado considerablemente a favor de los derechos civiles de las minorías y de las mujeres. Casi nadie discute hoy en día que el color de la piel o el sexo tengan que determinar el lugar en que uno vive, el puesto de trabajo que ocupa y el salario que cobra. ¿No es la elección de pareja sexual igualmente irrelevante a efectos económicos? Al argumento de que los homosexuales suelen estar mejor situados que la población en general, la respuesta es que quizás lo estarían todavía más si se les tratara con equidad, y que hay otros tipos de maltrato aparte de la discriminación económica.

Pero el asunto clave, en lo referente a derechos civiles, es el tema de la elección. ¿Es la *homosexualidad* algo que uno *es*, como el ser negro, anciano, minusválido o mujer? ¿O es algo que uno *hace*, como el adulterio, la poligamia o el incesto? Aquellos que practican estas últimas conductas han sido ciertamente discriminados, económicamente y de otras maneras, pero no están respaldados por el movimiento de derechos civiles.

¹ En *Alexander Solzhenitsyn Speaks to the West* (London: Bodley Head, 1978), pp. 77-90.

En el caso de la homosexualidad, la diferencia radica en la percepción pública de la inevitabilidad del comportamiento. Tratándose de sexo, ¿sobre qué base decidimos qué es inevitable y qué no lo es? Cuando un hombre hace un comentario descortés o comete adulterio, algunos se encogen de hombros y dicen: “los hombres son así.” Otros piensan que la masturbación y las caricias son cosas de la adolescencia. Pero cuando un adulto induce al sexo a un menor no decimos: “Déjalo, él es así y ya está”. ¿Es el homosexual “así y ya está”? ¿Significa esto que deberíamos ampliar a los homosexuales los mismos derechos civiles, incluso las acciones afirmativas, que a las minorías y a las mujeres?

Entremos, pues, en el debate “naturaleza o entorno” que trataré con profundidad en el capítulo 7. Por ahora, lo importante es únicamente comprender que la tolerancia pública aumenta drásticamente cuando las personas están convencidas de que el deseo de intimidad con una persona del mismo sexo tiene un origen biológico. Aunque, hasta la fecha, la mayoría de los científicos discutan todavía sobre la precisión y relevancia de la investigación; aunque muy pocos expertos en homosexualidad limiten la causalidad a factores biológicos; aunque la misma comunidad homosexual esté dividida al respecto; aún así, los Medios de Comunicación presentan con insistencia la visión, a la que el público se adhiere cada vez más, de que los homosexuales *nacen*, no se *hacen*. Si *nacen* así, y experimentan una opresión similar a la de otras minorías y a las mujeres, entonces debemos aceptarlo, incluso alegrarnos de igual manera.

Es simplista, y contraproducente en el debate moral, atribuir la imagen de la homosexualidad como algo biológico a una conspiración de los activistas homosexuales y de los liberales que dominan los medios. Lo más importante es entender de qué manera influye este retrato sobre la opinión pública. Aquí entran en juego, por lo menos, dos factores. Uno es el mito popular de que la Ciencia trata solamente con verdades objetivas y absolutas; cosas reales que si las pones en un hornillo y las calientas, crecen. En cambio, los teólogos y moralistas son personajes patéticos que discuten sin cesar sobre vagas abstracciones. Podemos hacerlos entrar en el debate para darle color y un toque cómico, pero todo el mundo sabe de dónde viene la *verdad*. La vestidura sacerdotal de nuestra época es ahora la bata blanca de laboratorio.

El segundo factor que entra en juego para modificar la opinión pública es la simplificación de los temas para el consumo de masas, sobre todo en la televisión. No es fácil “recorrer el mundo en 30 mi-

nutos” (como muestra un canal), deportes y Hollywood incluidos. Pocas personas tienen paciencia para una presentación minuciosa de un tema complejo, aunque se les ofrezca. En cambio, los noticieros consiguen mantener vivo el interés a fuerza de presentar las posturas extremas de los asuntos, valorando las afirmaciones como cortes de sonido.

Entonces, cuando aparece un nuevo estudio que propone, digamos, que los gemelos son propensos a una misma orientación sexual, el resultado televisado es previsible. Un torpe resumen de la investigación en 10 segundos, seguido de la imagen de un científico que nos dice: “estamos entusiasmados con las posibilidades que conlleva este nuevo descubrimiento”. De vuelta al plató, el presentador nos informa de que “la comunidad gay ha reaccionado de manera entusiasta ante la noticia” y presenta al líder de una iniciativa política que proclama: “Esto nos confirma algo que siempre habíamos sabido, que la sexualidad forma parte de nuestro ser”. Finalmente, sale un fundamentalista enfadado, afirmando que “se trata de mentiras perpetuadas por los pecaminosos siervos de Sodoma.” Todo eso en cuestión de 30 segundos, y de ahí se nos traslada a Bosnia, a Michael Jackson o a un anuncio de un coche de juguete que habla.

Esté calculado o no, esta manera de informar tiene un poderoso efecto de acumulación. Crea la impresión de que la Ciencia está al servicio de la causa de los derechos civiles contra la intransigencia de la religión tradicional.

Por eso, al vecino o compañero de trabajo no le extraña, incluso le puede ofender, que el cristiano se base en la Biblia para desaprobare la homosexualidad. Pero esto es solo un problema. Lo que puede sorprender a muchos lectores y, de hecho es el enfoque de este libro, no es el debate sobre la homosexualidad entre cristianos y seculares, sino el debate sobre la homosexualidad entre cristianos y cristianos.

El rabino invisible

Como profesor de universidad reconozco que los estudiantes son un público cautivo, susceptible de ser manipulado por profesores inseguros y sin escrúpulos que presentan visiones opuestas solamente para abatirlos con argumentos superficiales y el ridículo. Yo no me puedo escapar del todo de la tendenciosidad, pero puedo formular mis opiniones abiertamente y puedo intentar ser justo con quienes discrepo y no están en

mi clase para defender sus posturas. Por ejemplo, cuando hablo de los fariseos, aquellos notables opositores a Jesús de los Evangelios, explico su pasión por el estudio de las Escrituras, su celo por la santidad de Dios y su deseo de encontrar maneras prácticas de encarnar los caminos de Dios. Entonces, y solo entonces, paso a describir los puntos de conflicto con las enseñanzas de Jesús. Me gusta imaginarme que, al fondo del aula, hay un rabino judío ortodoxo, un descendiente religioso de los fariseos, sentado y con un dedo en el botón de power de mi micro. Durante una de esas clases, mientras el rabino daba cabezadas (espero que no fuera de aburrimiento), un alumno me interrumpió: “Oiga, parece que esté de parte de los fariseos.” Lo dijo en tono de crítica, pero yo me sentí muy halagado.

Los fariseos ya no existen y no conozco a ningún rabino ortodoxo, así que tengo que hacer un gran esfuerzo de imaginación. Pero sí conozco a algunos homosexuales, personas con cara y ojos y, por respeto a ellos, quiero hacer justicia a los argumentos en favor de la práctica homosexual. Por tanto, a partir del párrafo siguiente y hasta el final del capítulo voy a dar un paso más en el principio que rige mis clases. Voy a escribir desde el punto de vista con el que discrepo, intentando convencer al lector de que la práctica homosexual es aceptable desde el punto de vista cristiano.

Los argumentos que esgrimo proceden íntegramente de libros y artículos escritos por eruditos cristianos. No voy a atiborrar el texto con los nombres y los títulos de los libros; el lector puede acceder a las fuentes por medio de las notas. En los siguientes capítulos de este libro, en que repasaré y responderé a los argumentos que aquí presento, me referiré a éstos como argumentos “revisionistas” y a sus autores como “revisionistas”; es decir, que abogan por *revisar* la postura cristiana tradicional y así poder afirmar la práctica homosexual.²

² En mi opinión los más importantes son Pronk, *Against Nature? Types of Moral Argumentation Regarding Homosexuality* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1993), y Boswell, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1980); los más considerados con el material bíblico son Countryman, *Dirt, Greed and Sex* (Philadelphia: Fortress, 1988), Edwards, *Gay/Lesbian Liberation: A Biblical Perspective* (New York: Pilgrim, 1984), y Scroggs, *The New Testament and Homosexuality* (Philadelphia: Fortress, 1983).

Argumento 1: La Biblia no condena la homosexualidad

La homosexualidad es el deseo y el fenómeno de comportamiento sexual entre personas del mismo sexo.³ Las palabras *deseo* y *entre* implican una conducta de mutuo consentimiento entre adultos. La Biblia afirma la heterosexualidad sin género de duda, pero ¿condena la homosexualidad de hoy en día? Según los revisionistas, si lo estudiamos más a fondo, resulta que el puñado de textos que supuestamente condenan la homosexualidad, de hecho están describiendo actividades que los homosexuales de hoy también condenarían.

Génesis 19:1-8 y Jueces 19:16-30. El primero de estos textos es el famoso relato de Sodoma; el segundo es un texto paralelo menos conocido. En el relato de Sodoma, una noche Lot da refugio a dos ángeles:

Aún no se habían acostado, cuando los hombres de la ciudad, los hombres de Sodoma, rodearon la casa, tanto jóvenes como viejos, todo el pueblo sin excepción. Y llamaron a Lot, y le dijeron: ¿Dónde están los hombres que vinieron a ti esta noche? Sácalos para que los conozcamos. Entonces Lot salió a ellos a la entrada, y cerró la puerta tras sí, y dijo: Hermanos míos, os ruego que no obréis perversamente. He aquí ahora tengo dos hijas que no han conocido varón; permitidme sacarlas a vosotros y haced con ellas como mejor os parezca; pero no hagáis nada a estos hombres, pues se han amparado bajo mi techo. (vv. 4-8)

En Jueces, un hombre de Jebús acoge a un extranjero por una noche:

Mientras ellos se alegraban, he aquí, los hombres de la ciudad, hombres perversos, rodearon la casa; y golpeando la puerta, hablaron al dueño de la

³ Pronk, *Against Nature?* p. 126. Pronk es un eticista gay holandés cuyo tratado representará durante muchos años un desafío para los estudiosos de las distintas partes. Desafortunadamente, sus sofisticados argumentos filosóficos no son accesibles más que a los lectores más instruidos. Como Pronk mismo predeciría, lo más seguro es que su trabajo sea ignorado por los teólogos liberales que se han subido al tren de la teología de la liberación. Un editor de Eerdmans Publishing Company tuvo la amabilidad de facilitarme unas páginas de prueba del libro de Pronk antes de que saliera, a finales del 1993. Algunos lectores reconocerán en estas páginas mi deuda y respuesta a su trabajo. Espero que eticistas y teólogos competentes den a su trabajo una respuesta más esmerada que la que yo puedo ofrecer en un libro dirigido al público en general.

casa, al anciano, diciendo: Saca al hombre que entró en tu casa para que tengamos relaciones con él. Entonces el hombre, el dueño de la casa, salió a ellos y les dijo: No, hermanos míos, no os portéis tan vilmente; puesto que este hombre ha entrado en mi casa, no cometáis esta infamia. Aquí está mi hija virgen y la concubina de él. Permitidme que las saque para que abuséis de ellas y hagáis con ellas lo que queráis, pero no cometáis semejante infamia contra este hombre. (vv. 22-24)

En la historia judía y cristiana, este relato de Sodoma, en particular, fue adquiriendo vida propia, y la palabra inglesa ‘*sodomy*’ se ha aplicado a toda una variedad de prácticas sexuales, tanto entre heterosexuales como entre homosexuales; sobre todo con referencia al sexo anal y oral. Sin embargo, el evento en su origen no implicó práctica sexual alguna de hombre a hombre.⁴ La palabra hebrea *yadá’*, traducida en Génesis 19:5 como “conocer” y en Jueces 19:22 como “tener relaciones”, solamente se usa en sentido de coito 10 veces de los cientos en que aparece en el Antiguo Testamento. Para entender su significado en este caso, debemos tener en cuenta el hecho de que Lot era un extraño en aquella ciudad (como lo era el “anciano” del relato de Jebús (Jueces 19:16) y se hallaba bajo sospecha de albergar a traidores. Cuando se nos dice que los hombres de la ciudad querían “conocer” a los visitantes, deberíamos entender que querían *interrogarles*. Como eso hubiera sido un quebrantamiento de la hospitalidad, el huésped de ambos relatos ofrece a sus mujeres para proteger a sus visitantes. El lector moderno encuentra espantoso dicho comportamiento, pero se debe a que valora menos la hospitalidad, o más a las mujeres, que la gente del antiguo Oriente Próximo.⁵ Así que el pecado de Sodoma en este caso fue la *falta de hospitalidad*.

Así lo afirma el contexto circundante; como lo hacen más tarde otras referencias bíblicas, hasta los alrededores del siglo II a.C., cuando y como reacción a la homosexualidad predominante en la cultura griega, algunos judíos empezaron a reinterpretar el relato de Sodoma en términos de maldad general.⁶ Ezequiel 16:49 es más específico: “He aquí,

⁴ La explicación siguiente la avanza primero en detalle Bailey en *Homosexuality and Western Christian Tradition*, pp. 1-28, 55-57, y es adoptada con algunas modificaciones por casi todos los autores revisionistas.

⁵ Sobre la hospitalidad con los extranjeros, ver concretamente Éxodo 22:21 y Deuteronomio 10:18-19.

⁶ Génesis 13:13; 18:20; Deuteronomio 29:23; 32:32; Isaías 1:9-10; 3:9; 13:19; Jeremías 23:14; 49:18; 50:40; Lamentaciones 4:6; Amós 4:11; Sofonías 2:9. Lo mismo es

ésta fue la iniquidad de tu hermana Sodoma: arrogancia, abundancia de pan y completa ociosidad tuvieron ella y sus hijas; pero no ayudaron al pobre ni al necesitado.”⁷ Incluso en el Nuevo Testamento, Hebreos 13:2 recomienda la hospitalidad porque “por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles,” y Jesús mismo asocia la destrucción de Sodoma únicamente a la falta de hospitalidad (Mat.10:14-15; Lc 10:10-12).⁸ Al margen de las distorsiones que los intérpretes hayan añadido luego, los relatos de Sodoma y Jebús abordan fundamentalmente el trato apropiado a los extranjeros, no asuntos morales. De hecho, si se toman como lecciones sobre sexo, deberíamos preguntarnos entonces qué lección hay que extraer del trato de soborno sexual dado a las mujeres según el texto.

Pero incluso en el supuesto de que el relato de Sodoma tratara del sexo entre hombres, no trataría de la homosexualidad tal y como la hemos definido. Más bien describe la violación masculina, la cual no viene motivada necesariamente por el deseo homosexual. Expresa el hábito de muchas culturas antiguas de humillar al enemigo forzándole a “hacer de mujer.”⁹ Ciertamente, en este tipo de sexo no hay mutuo acuerdo y probablemente no agrade a ninguna de las partes. Los gays y las lesbianas de hoy condenan las conductas de este tipo tan vigorosamente como los heterosexuales. ¡Qué injusto, pues, aplicar hoy la condena (justa) de Sodoma a una actividad privada y consentida entre adultos del mismo sexo!

Levítico 18:22 y 20:13. Estos dos versículos, a primera vista, parece que describan la homosexualidad:

No te acostarás con varón como los que se acuestan con mujer; es una abominación.

cierto en el Nuevo Testamento: ver Mateo 10:14-15; Lucas 10:10-12. Otras posibles referencias a Sodoma que no la nombran de manera explícita son Job 18:15; Salmo 11:6; 140:10; Isaías 34:9; Jeremías 20:16; Ezequiel 38:22; Oseas 11:8.

⁷ Ver también el apócrifo La sabiduría de Salomón (s.II a.C.) 19:13-14: “Mas sobre los pecadores cayeron los castigos, precedidos, como aviso, de la violencia de los rayos. Con toda justicia sufrían por sus propias maldades, por haber extremado su odio contra el extranjero. Otros no recibieron a unos desconocidos a su llegada. Pero éstos redujeron a esclavitud a huéspedes bienhechores.” Comparar con Sabiduría de Salomón 10:8 y Siracida 16:8.

⁸ Ver también Mateo 11:23; Lucas 17:29.

⁹ Ver, por ejemplo, Edwards, *Gay/Lesbian Liberation*, pp. 42-46; McNeill, *The Church and the Homosexual*, pp. 58-60; Jung and Smith, *Heterosexism*, pp. 68-71. D. Lance (“The Anthropological Context of Genesis 19 and Judges 19,” documento presentado en

Si alguno se acuesta con varón como los que se acuestan con mujer, los dos han cometido abominación; ciertamente han de morir. Su culpa de sangre sea sobre ellos.

Los revisionistas nos recuerdan, sin embargo, que dichos versículos se hallan dentro del comúnmente denominado Código de Santidad de Levítico 16-26, que exhorta al pueblo de Israel a abstenerse de las prácticas de las naciones colindantes. Hay en contextos similares toda una serie de referencias a la prostituta de culto, la femenina *Kedeshá* y la masculina *kadesh*.¹⁰ Como en los rituales del templo solamente participaban los hombres, el *kadesh* debía estar disponible para ser penetrado por los visitantes del templo. El Código de Santidad contempla, por tanto, la prostitución en asociación con la idolatría (por consiguiente, “abominación”), no la conducta homosexual consentida entre iguales.¹¹ La versión King James traduce *kadesh* como “sodomita”, tipificando así el tratamiento impreciso que se ha venido dando a la tradición del Antiguo Testamento.¹²

Notemos que en el Nuevo Testamento, Jesús mismo nunca condena la homosexualidad. El único pecado sexual que menciona es el adulterio (Mat. 5:27-30; Jn 8:1-11) y aún así, lo hace pensando primordialmente en condenar la hipocresía de la lujuria y las actitudes legalistas. Ciertamente no era su estilo el soltar en cualquier momento una lista de pasajes bíblicos que condenaran conductas.

Romanos 1:26-27. Con todo, Pablo ciertamente parece condenar la homosexualidad. En el contexto de un pronunciamiento general de condena a los gentiles por su idolatría, escribe:

Por esta razón [la idolatría] Dios los entregó a pasiones degradantes; porque sus mujeres cambiaron la función natural por la que es contra naturaleza; y de la misma manera también los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lujuria unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos el castigo correspondiente a su extravío.

el encuentro anual de la Society of Biblical Literature, San Francisco, California) ha acumulado evidencia substancial sobre esta interpretación y probablemente aparecerá pronto en un libro.

¹⁰ Deuteronomio 23:17; I Reyes 14:24; 15:12; 22:46; II Reyes 23:7; Job 36:14.

¹¹ Edwards, *Gay/Lesbian Liberation*, pp. 54-69; Goss, *Jesus Acted Up*, p. 92.

¹² Bailey (*Homosexuality and the Western Christian Tradition*, pp. 48-53) argumenta que los prostitutos servían a las adoradoras; ver también Edwards, *Gay/Lesbian Liberation*, pp. 62-63.

Algunos revisionistas interpretan este pasaje al margen de la condena de la homosexualidad. Hay que poner el escrito de Pablo en el contexto de su época, cuando las relaciones comúnmente practicadas entre personas del mismo sexo eran la pederastia (relaciones entre hombres y niños) y la prostitución.¹³ Se trataba de prácticas degradantes (v.26) porque eran injustas; en lo cual estaría de acuerdo la mayoría de homosexuales modernos. Otra posibilidad aquí es que Pablo esté condenando los actos homosexuales cometidos por personas aparentemente heterosexuales; es decir, por quienes están, de manera ocasional, contradiciendo su verdadera naturaleza.¹⁴ Sea cual sea la interpretación, queda claro que Pablo no tenía en mente la homosexualidad en el sentido moderno de la palabra. Sea cual sea la interpretación, lo que Pablo condena, de igual modo lo condenarían los homosexuales modernos.

Otra posibilidad es tomar Romanos 1:18-32 como una unidad, cuyo propósito no es comunicar la moralidad propia de Pablo, sino el pensamiento judío helénico (al estilo griego) sobre los gentiles para así preparar el ataque de Pablo a la hipocresía judía del capítulo siguiente.¹⁵ Si el pasaje funciona de esta manera, debemos ser cautos en dar por sentado que Pablo esté completamente de acuerdo con su contenido.

I Corintios 6:9-10 y Timoteo 1:10. Estas listas de conductas inmorales incluyen palabras que, según los revisionistas, han sido erróneamente traducidas con referencia a la homosexualidad:

¿O no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os dejéis engañar: ni los inmorales, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los malakoi, ni los arsenokoitai, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios.

...para los inmorales, arsenokoitais, secuestradores, mentirosos, perjuros, y para cualquier otra cosa que es contraria a la sana doctrina...

La palabra *arsenokoitai* se compone de *arseno* (= masculino) y *koite* (= coito o cópula), pero una palabra no denota necesariamente la suma

¹³ Scroggs, *The New Testament and Homosexuality*, pp. 115-118. Sobre las prácticas en la época de Pablo, ver K. Dover, *Greek Homosexuality*, 2ª ed. (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1989), y E. Cantarella, *Bisexuality in the Ancient World* (New Haven, Conn: Yale University Press, 1992).

¹⁴ Boswell, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*, pp. 108-109.

¹⁵ Edwards, *Gay/Lesbian Liberation*, pp. 85-102. El material helenístico primariamente considerado es el capítulo 14 del apócrifo Sabiduría de Salomón.

de sus partes (por ejemplo, *comprender* no significa “como aprender”); denota más bien lo que la gente hace que denote. El inconveniente es que desconocemos un uso de la palabra previo a I Corintios 6:9, con lo que las tradiciones humanas antihomosexuales pueden haber influido en posteriores traducciones o explicaciones.¹⁶ En consecuencia, tiene sentido interpretar los pasajes a la luz de las prácticas comunes de la época. *Arsenokoitai* combinada con *malakoi* (literalmente, “delicado”) puede referirse a los procuradores de prostitutos y a los prostitutos o, más concretamente, a los pederastas adultos y sus compañeros preadolescentes.¹⁷ Alternadamente, *malakoi* puede no tener nada que ver en absoluto con el sexo entre personas del mismo género, pero sí puede referirse a “masturbadores”.¹⁸ *Arsenokoitai* a solas puede referirse sencillamente a un “prostituto”.¹⁹ De nuevo, los traductores de la Biblia a menudo han interpretado injustificadamente estas palabras como referencias a la homosexualidad.

II Pedro 2:6-7 y Judas 1:7. Estos textos hacen referencia a Sodoma bajo la influencia de la reacción judía contra la cultura griega, pero los revisionistas mantienen que no describen directamente prácticas homosexuales:

...si condenó a la destrucción a las ciudades de Sodoma y Gomorra, reduciéndolas a cenizas, poniéndolas de ejemplo para los que habrían de vivir impiamente después; si rescató al justo Lot, abrumado por la conducta sensual de hombres libertinos...

Así también Sodoma y Gomorra y las ciudades circunvecinas, a semejanza de aquéllos, puesto que ellas se corrompieron y siguieron carne extraña [literalmente, siguieron otra carne], son exhibidas como ejemplo al sufrir el castigo del fuego eterno.

En este caso el razonamiento es similar al aplicado a Génesis 19: la carga sexual de estos pasajes incluye la violación o, en el contexto del primer siglo después de Cristo, la pederastia y la prostitución. No es aplicable a la homosexualidad. La referencia de Judas 7 a “otra carne”

¹⁶ “Los que se echan con varones” (Reina-Valera 1960); “pervertidos sexuales” (Nueva Versión Internacional); “los homosexuales” (Reina-Valera 1995).

¹⁷ Scroggs, *The New Testament and Homosexuality*, pp. 62-65, 101-109, 127.

¹⁸ Boswell, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*, p. 106.

¹⁹ Ibid. pp. 107, 335-5; Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, pp. 117-20; Goss, *Jesus Acted Up*, p. 93.

es, de hecho, y probablemente una referencia al deseo de sexo con los ángeles, no los hombres, y está vinculado al extraño pasaje de Génesis 6 sobre los gigantes y el sexo entre humanos y ángeles.²⁰

Estos son, pues, los 9 pasajes bíblicos que supuestamente condenan la homosexualidad.²¹ Los revisionistas argumentan que al estudiarlos con esmero, en el contexto de la época en que fueron escritos, acaban condenando unas prácticas que los homosexuales modernos también condenarían. Debemos concluir que los juicios bíblicos contra las prácticas sexuales entre personas del mismo sexo no son relevantes en el debate actual sobre la homosexualidad; la Biblia “sencillamente no toca estos temas.”²²

Argumento 2: Queda por demostrar la condena bíblica de la homosexualidad

Hay otro acercamiento a la afirmación de la homosexualidad que admite que las Escrituras prohíben la intimidad sexual entre personas del mismo sexo o, como mínimo, que las Escrituras dan por sentado que la heterosexualidad es la única opción aceptable. Sin embargo, los intentos de aplicar la Biblia a la época moderna suelen ser “heterosexistas” y deben ser corregidos prestando atención a temas más amplios de la misma Biblia.

La homosexualidad se puede afirmar bíblicamente por varias vías distintas, que podemos caracterizar en relación con el material bíblico por medio de las palabras *implicación*, *expansión* y *corrección*.

La *implicación* del mensaje bíblico permite afirmar la homosexualidad si se dejan de lado los intereses de la pureza ritual en favor de los valores evangélicos del amor y la liberación. Se puede trazar un desarrollo cronológico en esta dirección a través de las Escrituras. Los relatos de Sodoma y Jebús (y por extensión, II Pedro 2:6,7 y Judas 1:7), según dicha interpretación, son irrelevantes. El pasaje de Levítico prohíbe la

²⁰ Bailey, *Homosexuality and the Western Christian Tradition*, pp. 11-18; Edwards, *Gay/Lesbian Liberation*, p. 101.

²¹ Apocalipsis 21:8 y 22:15 hacen referencia a “los contaminados” y “los perros”, respectivamente, pero las connotaciones sexuales en este caso son como mucho tenues: Bailey, *Homosexuality and the Western Christian Tradition*, pp. 41-45.

²² Scroggs, *The New Testament and Homosexuality*, p. 127; comparar con McNeill, *The Church and the Homosexual*, pp. 36-42.

intimidación entre personas del mismo sexo, pero es importante entender que lo hace en el contexto del Código de Santidad, incluyendo elementos de pureza ritual de los que el Evangelio ha liberado a los cristianos.²³ En Romanos 1:26-27, al describir la homosexualidad, Pablo prefiere usar la terminología de impureza ritual a la de inmoralidad.²⁴ Su público, los gentiles, debían conocer el pensamiento de Pablo lo suficientemente bien como para no asociar la homosexualidad con el pecado; se trata de algo sencillamente *impuro*, como comer bacon. En el siguiente capítulo, Pablo quiere sacar a relucir la hipocresía de los legalistas que hay entre su público y, por eso, busca como ejemplo una conducta que distinga a judíos de gentiles.²⁵ Su verdadero mensaje lo encontramos en Romanos 14:14: “nada es inmundo en sí mismo.”

El Nuevo Testamento libera a los creyentes del constreñimiento de la pureza ritual (Mc 7; Hch 10) y redefine el pecado como “la intención de hacer daño.”²⁶ Pablo condena la prostitución masculina (1 Co 6:9-10; 1 Ti 1:10) porque perjudica a otra persona, privándola de su propiedad sexual personal. Pero así como el Nuevo Testamento no perdona de forma explícita la homosexualidad, sí que siembra semillas de liberación de todas las restricciones legales sobre la sexualidad humana. La famosa fórmula bautismal de Pablo, Gálatas 3:28, advierte sobre el gobierno de la ley, los límites de la pureza: “No hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer; porque todos sois uno en Cristo Jesús [no hay gay ni heterosexual].”²⁷

La *expansión* del mensaje bíblico permite afirmar la homosexualidad extrayendo la sexualidad humana de las tradiciones ilógicas que la conectan con la reproducción y la complementariedad hombre-mujer.²⁸ El sexo es mucho más que procreación, el placer sexual no se limita

²³ Boswell, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*, pp. 106-7; Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, pp. 86, 107-9, 123.

²⁴ Boswell avanzó primero esta idea en *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*, pp. 112-3 n.73; Countryman la desarrolla en detalle en *Dirt, Greed and Sex*, pp. 98-123.

²⁵ Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, pp. 122-23. Lo que Pablo llama “fuera de lo natural” o “contra natura” significa “más allá de lo natural” (Boswell, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*, pp. 110-12) no en el sentido de algo mal hecho sino como observación del uso social, que los gentiles han “perdido cierta continuidad con su pasado remoto” (Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, p. 114).

²⁶ *Ibid.*, p. 86; comparar con p. 140.

²⁷ Edwards (*Gay/Lesbian Liberation*, p. 76) encuentra en Gálatas 3:28 la corrección a los intérpretes (hetero)sexistas de Pablo.

²⁸ Pronk (*Against Nature?* especialmente pp. 215-63) da el argumento más completo; ver también Jung and Smith, *Heterosexism*, pp. 140-44.

al coito y hay otras diferencias de género que son artificiales. Sin estas bases para la prohibición de relaciones entre personas del mismo sexo, debemos considerar con esmero cómo ha mejorado la vida de muchos homosexuales contemporáneos²⁹, que en esencia no es distinta de la de los heterosexuales.³⁰ A la luz de su experiencia, debemos expandir nuestras categorías de relaciones amorosas tradicionales y preguntarnos simplemente: “¿Qué es un amor correcto, un buen amor?”³¹

Una respuesta bíblica a esta pregunta acentuará diversos componentes, todos centrados en la calidad de la relación como base de la sexualidad.³² Primero, el amor debe ser autónomo; es decir, debe implicar consentimiento mutuo entre iguales.³³ Segundo, debe ser constante; es decir, debe implicar algún tipo de compromiso entre las dos personas.³⁴ Tercero, debe ser prolífico; es decir, debe nutrir a otras personas dentro y fuera de la relación.³⁵ Podemos añadir otros componentes a esta lista, pero la cuestión es que los humanos en esencia son seres de compañía cuyas relaciones, homosexuales o heterosexuales, están gobernadas por los mismos principios bíblicos del amor.

Como la experiencia ha demostrado que los homosexuales disponen de la misma capacidad de disfrutar el compañerismo en todos los aspectos importantes, debemos ampliar nuestras definiciones de matrimonio para así incluirlos. El celibato, bíblicamente hablando, es un recurso temporal para unos cuantos espiritualmente dotados y no deberíamos forzar a todos los homosexuales a adoptarlo, privándoles de la descarga sexual y de la intimidad con otras personas.³⁶

²⁹ Guinan, “Homosexuals,” pp. 71-77; Farley, “Ethic for Same-Sex relations,” pp. 99-100; Goss, *Jesus Acted Up*, p. xvii.

³⁰ *Ibid.*, pp. 246-63.

³¹ Farley, “Ethic for Same-Sex relations,” p. 100.

³² Edwards, *Gay/Lesbian Liberation*, pp. 103-29; Maguire, “Morality of Homosexual Marriage,” pp. 118-19; Goss, *Jesus Acted Up*, p. 116; McNeill, *The Church and the Homosexual*, pp. 99-108.

³³ Farley, “Ethic for Same-Sex Relations,” pp. 101-2; Hunt, “Lovingly Lesbian,” p. 148; Comstock, *Gay Theology Without Apology*, p. 130; Williams, “Toward a Theology,” pp. 140-44.

³⁴ Edwards, *Gay/Lesbian Liberation*, pp. 113-23; Farley, “Ethic for Same-Sex relations,” pp. 102-4; Pittenger, “Morality of Homosexual Acts,” p. 140; Jung and Smith, *Heterosexism*, pp. 181-86.

³⁵ Farley, “Ethic for Same-Sex Relations,” pp. 104-5; Hunt, “Lovingly Lesbian,” p. 149.

³⁶ Jung and Smith, *Heterosexism*, pp. 28, 110-12.

La *corrección* del mensaje bíblico permite afirmar la homosexualidad aplicando el mensaje bíblico de liberación justamente a los pasajes problemáticos. En general, este acercamiento afirma que el relato del Éxodo es central en el mensaje bíblico. Las personas oprimidas, incluidos los homosexuales, ven su propia experiencia cuando leen los relatos bíblicos que ofrecen liberación a los proscritos sociales. Esta experiencia les permite corregir elementos injustos (y, por tanto, no cristianos) de la Biblia o de las interpretaciones tradicionales de la Biblia.

Hay una variante de este enfoque que encierra una lectura feminista de las Escrituras. Esta perspectiva empieza por el reconocimiento de que la sexualidad bíblica es patriarcal (dominada por el hombre), no enraizada en la biología humana, sino en la cultura humana.³⁷ Si la Biblia no tiene que continuar siendo usada como medio de opresión, solamente las partes no sexistas y no opresoras de la interpretación bíblica pueden contar con la autoridad teológica de la Revelación.³⁸ Los textos del Antiguo Testamento que condenan la homosexualidad son todos patriarcales y esa actitud se mantiene en los textos clave del Nuevo Testamento. Cuando Pablo dice en Romanos 1:26-27 que la intimididad sexual entre personas del mismo sexo va “contra la naturaleza”, está equiparando equivocadamente lo “natural” con un orden establecido que da por sentado el papel dominante y activo de los hombres. Condena las relaciones lesbianas porque sigue su patrón cultural y entiende que dicha actividad implica una apropiación de la masculinidad. Este “robo” de la superioridad masculina se corresponde con la desgracia de la pérdida de masculinidad por parte del hombre que es penetrado por otro. Sin embargo, la experiencia nos enseña que la homosexualidad pone en entredicho tales estereotipos de comportamiento entre géneros y, en cambio, incluye la simetría del placer mutuo. Esto es “natural” para algunas personas. Por lo tanto, podemos dejar de lado el supuesto paulino de asimetría sexual o de roles activos-pasivos. Podemos definir la sexualidad en términos de equidad y justicia.

³⁷ Ver especialmente Goss, *Jesus Acted Up*, pp. 181-90, sobre la contribución de Michel Foucault a la comprensión contemporánea de la sexualidad como construcción social.

³⁸ E. Schüssler Fiorenza, “Toward a Feminist Biblical Hermeneutics: Biblical Interpretation and Liberation Theology,” en *The Challenge of Liberation Theology*, ed. B. Mahan y L. D. Richesin (Maryknoll, N.Y.: Orbis, 1981), p. 108; ver también Williams, *Just As I Am*, pp. 37-43. Gran parte de la explicación de la teoría feminista aplicada a la homosexualidad se basa en un discurso de Brooten que pronto aparecerá publicado.

Hay otra variante del acercamiento de la liberación que admite el patriarcado de las Escrituras, pero pone un mayor acento en la identificación entre los homosexuales y los pueblos oprimidos de la Biblia. Son los hijos de Israel quienes sufren en el Éxodo y quienes sientan el patrón del discipulado cristiano; no aquellos que controlan y excluyen en Levítico o Romanos.³⁹ Jesús vino a liberar a los cautivos y los homosexuales se identifican como tales.⁴⁰

Actuar como discípulos de Jesús, encarnar las implicaciones del Evangelio, es trabajar para la liberación; es decir, empuñar el poder en bien de la justicia de quienes han sido oprimidos.⁴¹ El poder ha permanecido demasiado tiempo en manos de opresores que han escrito las normas conforme a sus propios intereses. Han convertido a los homosexuales en proscritos y lo han hecho en el nombre de Dios, con lo cual han provocado una culpa y un temor que han conducido a muchos gays y lesbianas a la promiscuidad, el abuso de sustancias, la depresión y el suicidio. Del mismo modo que en el caso de las minorías y de las mujeres, hay que darle un giro a la tuerca, el cual debe mantenerse en efecto durante un largo periodo de tiempo para que los valores del Reino puedan asentarse. Trabajar en este sentido es obedecer al Evangelio.

Sumario

Los acercamientos descritos se solapan en algunos aspectos y entran en conflicto en otros. Los expongo, sencillamente, para dar una idea al lector de la gama de opciones que se presentan dentro de la Iglesia, para justificar la revisión de la prohibición cristiana tradicional de la homosexualidad. Algunas denominaciones (Metropolitan Community Church, United Church of Christ) ya han adoptado en cierto modo una postura revisionista. Parece ser que hay otras denominaciones (Episcopal, United Methodist, Presbyterian Church [EEUU]) que también se están moviendo en esa dirección, ya que muchos de sus líderes y profesores

³⁹ Comstock, *Gay Theology Without Apology*, p. 77; comparar con p. 38: “Estos pasajes serán utilizados contra nosotros una y otra vez hasta que los cristianos exijan su extracción del canon bíblico o, como mínimo, desacrediten formalmente su autoridad para prescribir comportamientos.”

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 100, 112, 128.

⁴¹ Goss, *Jesus Acted Up*, pp. 62, 83-84, 108; Comstock, *Gay Theology Without Apology*, pp. 21, 93.

de seminario intentan influir en la membresía general de la Iglesia, la cual suele ofrecer resistencia. Quedan otros grupos (la mayoría de los Bautistas, la Iglesia Católica Romana⁴² y los Pentecostales), que por razones diversas están a años luz de siquiera debatir el tema. Pero con el tiempo lo harán. La cuestión es ¿cómo lo harán?

Sea cual sea la fase del debate en que se halle una determinada denominación, el cristiano como individuo tiene la responsabilidad de pensar, evaluar los nuevos puntos de vista, discernir el bien del mal y lo verdadero de lo falso; así como de discrepar con respeto. Si ha leído hasta aquí, casi me atrevo a asegurar que usted es una persona preparada para asumir este riesgo. Después de la introducción a los acercamientos revisionistas, durante los siguientes capítulos le invito a considerar una respuesta entrelazada a la perspectiva cristiana sobre la moralidad homosexual.

⁴² Un gran número de católicos americanos, como da fe la literatura citada, cuestiona la posición del Vaticano, pero no hay signos de que se avecine ningún cambio.

3

LA SEXUALIDAD DESDE EL PRINCIPIO

En el capítulo dos hemos visto que el patrón de los enfoques revisionistas es hacer una lista de las aparentes prohibiciones bíblicas de intimidad sexual con personas del mismo sexo y cuestionar, bien su relevancia en la homosexualidad moderna, o bien su importancia en relación con los temas bíblicos de más envergadura. Después de todo, hay tan pocos versículos... ¿No estará la mayoría heterosexual simplemente “corrigiendo textos,” produciendo un puñado de versículos que racionalicen un balde lleno de temor y prejuicios?

No creo que éste sea el caso. La razón es que una visión bíblica de la sexualidad no depende de unas listas de actividades prohibidas, sino del arraigo y la racionalidad de una actividad consolidada: el matrimonio heterosexual. En este capítulo mantendré que la Biblia, la Razón y la Tradición se combinan entre sí para decirnos lo que está bien y explicarnos los alejamientos de ese bien.¹

Desde la Creación

En la historia de la Creación de la Humanidad de Génesis 1-2 encontramos ciertas claves sobre las intenciones de Dios para ella:

Creó, pues, Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó. Y los bendijo Dios y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla; ejerced dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra. (1:27-28)

¹ Para un tratamiento evangélico más completo de la sexualidad en general, ver Stanley Grenz, *Sexual Ethics: A Biblical Perspective* (Dallas: Word, 1990).

...el SEÑOR Dios dijo: No es bueno que el hombre esté solo; le haré una ayuda idónea. (2:18)

Y el hombre dijo: Ésta es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne; ella será llamada mujer, porque del hombre fue tomada.

Por tanto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán una sola carne. (2:23-24)

Está claro que estos versículos contienen descripciones, no mandamientos. Entonces, ¿cómo podemos saber que es lícito servirnos de ellos para definir la sexualidad? Cuatro observaciones. Primera: la Biblia está plagada de lecciones morales comunicadas en forma de historia; por lo tanto y, como mínimo, *no podemos descartar* la normatividad de estos versículos. Segunda: a esta descripción se le da un significado especial dado su *emplazamiento* previo a la rebelión, cuando Dios declara buenas todas las cosas. Tercera: estas descripciones son coherentes con los mandamientos relativos a la sexualidad que se dan en otros textos; incluyendo muchos escritos de casi la misma época que el Génesis. Cuarta, y quizás la más importante desde el punto de vista cristiano: observamos citas directas de estos versículos en declaraciones clave de Jesús y Pablo sobre la sexualidad.

Y se acercaron a Él [a Jesús] algunos fariseos para probarle, diciendo: ¿Es lícito a un hombre divorciarse de su mujer por cualquier motivo? Y respondiendo Él, dijo: ¿No habéis leído que aquel que los creó, desde el principio los hizo varón y hembra, y añadió: “por esta razón el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne”? Por consiguiente, ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios ha unido, ningún hombre lo separe. Ellos le dijeron: Entonces, ¿por qué mandó Moisés darle carta de divorcio y repudiarla? Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón, Moisés os permitió divorciaros de vuestras mujeres; pero no ha sido así desde el principio. (Mt 19:3-8)

Todas las cosas me son lícitas, pero no todas son de provecho. Todas las cosas me son lícitas, pero yo no me dejaré dominar por ninguna. Los alimentos son para el estómago y el estómago para los alimentos, pero Dios destruirá a los dos. Sin embargo, el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor es para el cuerpo. Y Dios, que resucitó al Señor, también nos resucitará a nosotros mediante su poder. ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Tomaré, acaso, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¡De ningún modo! ¿O no sabéis que el que se une

a una ramera es un cuerpo con ella? Porque Él dice: los dos vendrán a ser una sola carne. Pero el que se une al Señor, es un espíritu con Él. Huid de la fornicación. Todos los demás pecados que un hombre comete están fuera del cuerpo, pero el fornicario peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Pues por precio habéis sido comprados; por tanto, glorificad a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios. (1 Co 6:12-20)

Así que, siendo verdad que el relato del Génesis de la Creación no proporciona mandamientos explícitos sobre la sexualidad, sí que proporciona una base para los mandamientos bíblicos y para la subsiguiente reflexión por parte de quienes desean construir una ética sexual para hacer frente a las situaciones cambiantes. Si aplicamos este principio a nuestro tema, es justo decir que el autor humano del Génesis, cuando escribió el relato de la Creación, no estaba prohibiendo de manera consciente las relaciones entre personas del mismo sexo, pero es apropiado que exploremos la relevancia de los mandamientos bíblicos sobre el matrimonio y que evaluemos la homosexualidad moderna a la luz del Génesis.

Los críticos pueden achacarnos que se trata de un argumento circular; es decir, extraer del Génesis solamente lo que confirma las conclusiones previas derivadas de la tradición humana. Es cierto que los diferentes elementos del argumento dependen unos de otros, pero eso no lo convierte en un argumento circular. En cambio, sí exige que haya un diálogo entre las Escrituras, la Tradición, la Razón y la Experiencia. Pero como de los participantes en este diálogo, solamente las Escrituras ocupan el lugar de la revelación, una imagen mejor quizás sería la de una conversación entre un maestro y tres alumnos. Un diálogo puede resultar mejor que otro en función de la calidad de la relación con la autoridad bíblica, el maestro. En este caso, ¿honra el diálogo en torno a Génesis el intento original del autor y la relación del material pertinente en los otros lugares de las Escrituras? ¿Guarda coherencia con los grandes temas bíblicos sobre la sexualidad, el amor y la justicia? ¿Son útiles las interpretaciones tradicionales del Génesis? ¿Es razonable nuestra reflexión sobre el material, guarda coherencia con los descubrimientos científicos consolidados y con la experiencia humana?

Plantearse este tipo de preguntas genera un buen diálogo. Plantearlas en este orden también es importante porque la secuencia va

de lo específico a lo general y de “maestro” a “alumno.” Como voy a tocar algunas de estas cuestiones más adelante en otros capítulos, los comentarios que aquí hago sobre Génesis dependen en parte de ideas por venir. El lector puede verse obligado a ejercitar un poco la paciencia hasta que la conversación entera tenga lugar.

Afirmaciones de Génesis

Hay toda una serie de afirmaciones sobre la sexualidad humana, generadas por la historia de la creación de la humanidad en Génesis, su correspondencia con la moral sexual bíblica en general y, sobre todo, el uso que de ella hicieron Jesús y Pablo. Todas ellas son cruciales en el debate que nos ocupa a continuación.

Primera: *la reproducción es buena*. Génesis 1:28 encomienda a la gente que se multiplique, y el texto sigue para proclamar que Dios vio “lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn 1:31). A partir de este momento, la Biblia da por sentado que la reproducción es buena; quizás de manera más clara en la bendición prometida a Abraham de que Dios le “multiplicará en gran manera” (Gn 17:2). En el Antiguo Testamento, tener hijos es conocer una bendición de Dios (Sal 127:3). De hecho, Dios empieza a ofrecernos la salvación a través de la reproducción; centrada primero en el pacto con Israel, luego en el Mesías “venido en carne” (1 Jn 4:2) y finalmente en la comunidad perfeccionada de la Nueva Jerusalén (Ap 21-22). Llegado este momento, la salvación se ha cumplido, el matrimonio llega a su final (Mc 12:25) y con él, presumiblemente, el sexo y la reproducción. No porque estas cosas sean malas, sino porque ya han logrado su propósito.

Segunda: *el sexo es bueno*. El hecho de que el hombre disfrute del don de la mujer, con quien se convierte en una sola carne, y los dos no se avergüencen de su desnudez (Gn 2:23-25), implica que el proceso de producción de hijos no es una necesidad indecente, sino una experiencia bonita, que aquí se expresa en una canción. Esta celebración del amor sexual se confirma en la poesía erótica del Cantar de los Cantares, que leído tal cual hace enrojecer incluso al más *progre*.² En

² Soy perfectamente consciente de la historia de interpretación alegórica de este libro como profecía de Israel o de Cristo. Aunque sospecho que tales interpretaciones se deben a una motivación mojigata, incluso quienes se toman el libro como una

el Nuevo Testamento Pablo afirma que marido y mujer tienen derecho mutuo al placer sexual y a evitar la tentación solamente durante un largo periodo de abstinencia (I Co 7.4-5). La cultura judía del primer siglo, de la cual formaban parte Jesús y Pablo, era modesta y estricta, pero apenas inhibida según nos muestran las numerosas discusiones gráficas de los escritos de los rabinos.

Pablo y otros autores del Nuevo Testamento trabajaban por combatir la noción predominante en el mundo greco-romano de que el cuerpo era menos importante que el alma y, por tanto, irrelevante a las propias acciones.³ Durante el primer siglo, este esquema de pensamiento a menudo conducía a una conducta licenciosa. Pero con el tiempo, su efecto sobre la historia cristiana resultó ir en la dirección opuesta, es decir, hacia el ascetismo; la noción de que la gente debía negar a su “sucio” cuerpo todos sus deseos. Ambas manifestaciones de la errónea separación de cuerpo y mente van en contra de la visión bíblica de que cada persona es un *alma encarnada*, para quien el bien de la existencia física, identidad sexual incluida, se remonta a antes de la Caída y va más allá de la Resurrección.

Tercera: el matrimonio es bueno. Queda implícito en el Génesis, se da por sentado a lo largo de todo el Antiguo Testamento y lo radicaliza Jesús en el pasaje citado previamente. El Señor explica que la intención original de Dios era establecer el matrimonio, no como un contrato, sino como una unión; en terminología química, una solución, no una mezcla. Curiosamente, los discípulos reconocen en ello una amenaza para el control masculino y comentan: “Si así es la relación del hombre con su mujer, no conviene casarse” (Mt 19:10). La respuesta de Jesús significa que si no pueden hacer frente a su responsabilidad, es mejor que piensen en el celibato, convirtiéndose en “eunucos por causa del reino de los cielos” (19:12).

profecía tienen que admitir que el *vehículo* de esa profecía es sexualmente explícito; en algún momento, francamente descarado (por ejemplo, 2:6; 4:5-6; 5:2-5; 7:7-8; 8:1-3). Sin embargo, y a diferencia de equivalentes egipcios contemporáneos, el cantar nunca cruza el límite de la pornografía. Ver J. B. White, *A Study of the Language of Love in the Song of Songs and Ancient Egyptian Poetry*, Society of Biblical Literature Dissertation Series 38 (Missoula, Mont.: Scholars Press, 1978).

³Además del citado 1 Corintios 6.12-20, ver también 1 Corintios 15 en cuanto a la importancia de la resurrección física de los creyentes. El dualismo puede motivar la crítica del libertinaje en 2 Pedro 2 y en Judas, la “fe” sin obras en Santiago 2:18-26 y la desobediencia en 1 Juan 3-5. Contrariamente, el dualismo puede motivar la crítica del ascetismo en Colosenses 2:20-23, 1 Timoteo 4:3-5 y Hebreos 13:9.

Pablo afirma, asimismo, en 1 Corintios 6-7, que el matrimonio es una unión indisoluble, aunque cita el Génesis para disuadir de la fornicación más que del divorcio. Lo que tienen de común la comprensión de Génesis de Jesús y la de Pablo es la implicación de que el matrimonio es para toda la vida porque conlleva un vínculo profundo entre dos personas.

Cuarta: *hombre y mujer son complementos necesarios*. La Humanidad ha sido creada hombre y mujer (Gn 1:27). A Adán no se le ha dado de compañero una imagen en el espejo, se le ha dado a *ella* (Gn 2:18) y se deleita en su *correspondencia* con él (Gn 2:23), la cual reside tanto en su parecido (humana) como en su diferencia (mujer). Como pareja están hechos, literal y figuradamente, el uno para el otro. Como la unión es el remedio al ser incompleto (“por esta razón,” Gn 2:24), los humanos poseen la tendencia a “dejar y unirse” en matrimonio.

Estas afirmaciones no quedan expuestas en la Biblia, pero podemos deducir de las mismas unas implicaciones razonables. Lo que *no* estoy seguro que podamos deducir de ellas es una definición de la creación “a la imagen de Dios,” ni como diferenciación sexual, ni como compañerismo humano.⁴ Parece más natural entender la acción de Dios como la creación de alguien con quien Dios pueda comunicarse. En relación con la Creación, la Humanidad actúa como mayordomo de Dios, ejerciendo el “dominio” (Gn 1:28). Es necesario que los humanos “sean fecundos y se multipliquen” para así crear suficientes humanos que ejerzan la mayordomía; de ahí que los sexos sean necesarios; de ahí, “hombre y mujer” (1:27).

Pero la implicación crucial del pasaje no depende del significado preciso de *imagen*. Lo crucial es que la diferenciación sexual es buena, y es buena porque la unión de los sexos correspondientes remedia el hecho de que, apartados el uno del otro, están incompletos. Además, su correspondencia no se limita a la dimensión social o espiritual (la mujer es “ayuda” y “compañera,” 2:18). Esto es importante, pero limitar la relación a este ámbito crearía una abstracción totalmente ajena al contexto y a la comprensión hebrea del ser humano como alma encarnada. El encaje entre los dos, de hecho, queda descrito en términos *físicos* (“hueso de mis huesos,” “serán una sola carne,” 2:23-

⁴ Ver la discusión en Grenz, *Sexual Ethics*, pp. 31-37, y los comentarios principales, especialmente el de C. Westermann, *Genesis 1-11* (Minneapolis: Ausburg, 1984), pp. 144-61.

24). La pareja son dos partes que se completan mutuamente, incluso en su naturaleza física.

Estas afirmaciones e implicaciones de Génesis 1-2 nos conducen a otras cuestiones y desafíos. A nosotros puede que todo esto nos parezca bien, ¿pero es así para *todo el mundo*? ¿Y si hay situaciones o condiciones que constituyen la excepción a la norma? En la sección siguiente intentaré demostrar la exclusividad de la monogamia heterosexual en relación con la homosexualidad.

Reproducción, complementariedad y responsabilidad

Históricamente, los cristianos han centrado el debate sobre la sexualidad en torno a la reproducción. En lo que concierne a la homosexualidad, unión que no puede procrear, el argumento es que no se usa el sexo de la manera en que estaba pensado desde el principio y, por tanto, es “antinatural” tanto en el sentido biológico como en el bíblico. Sin embargo, hay que establecer ciertos límites razonables en la aplicación de este argumento. La sexualidad en sí no se limita a la reproducción. La sexualidad implica algo más que la mera reproducción. Encierra todo aquello que hace de nosotros hombres o mujeres. Se desarrolla mucho antes, y va mucho más allá de la capacidad reproductora de una persona. La mayoría de parejas heterosexuales disfrutan de la intimidad sexual de muchas maneras, antes y además del acto potencialmente reproductivo del coito (penetración de la vagina por el pene). Además, las Escrituras honran el celibato; y no tener hijos quizás fuera una vergüenza en tiempos bíblicos, pero no era un crimen. De hecho, podríamos argumentar que en un mundo tan superpoblado como el nuestro, el mandato de la reproducción ya se ha cumplido y la mayordomía de la Creación nos exige ahora que *no* nos reproduzcamos tanto.

La noción de complementariedad puede presentar otra importante objeción a la homosexualidad.⁵ La narración del Génesis afirma que el hombre y la mujer son diferentes y que hay correspondencia entre

⁵ Esto ha estado hábilmente argumentado por varios autores, incluyendo a J.P. Hanigan, *Homosexuality: The Test Case for Christian Sexual Ethics* (Mahwah, N.J.: Paulist, 1988), pp. 100-102. El de Hanigan es el mejor tratado reciente entre Católicos Romanos conservadores. Ver también Grenz, *Sexual Ethics*, p. 212; K. Barth, *Church Dogmatics* 3/4 (Edimburgo: T & T Clark, 1961), pp. 164-66.

uno y otro: su unión constituye una realización. Los eruditos debaten sobre si algunas de las diferencias entre hombre y mujer, tales como su manera de pensar o sus roles sociales, están presentes desde el nacimiento o son el resultado de la formación.⁶ Ciertamente, al margen de la causa, las diferencias de género están profundamente arraigadas. Y consideremos o no las diferencias sexuales como símbolo de otras diferencias entre sexos, la complementariedad física sigue estando indudablemente presente. Es decir, el pene encaja dentro de la vagina y dicho encaje es agradable para ambos. Las variaciones sobre esta actividad —manual, oral, anal— sean entre personas del sexo opuesto o entre personas del mismo sexo, sean en solitario, con otros humanos, con animales o con juguetes, todas exigen la misma complementariedad esencial: el hombre es estimulado por la envoltura de su pene, la mujer es estimulada por la penetración a través de sus labios vaginales y/o la vagina.⁷ En los actos homosexuales, o falta un pene o falta una vagina. Dichos actos, por tanto, solo pueden *simular* la penetración o la envoltura. Por tanto, *al menos* en el sentido físico, un acto de este tipo no puede conseguir la complementariedad total.

Esta falta de complementariedad va más allá de lo físico, dado que pueden faltar también otras diferencias entre hombre y mujer. Es decir, las parejas homosexuales cuanto menos encarnen el estereotipo de las lesbianas que hacen consistentemente el papel de hombre, o de los gays que hacen el papel de mujer, más posible es que cada miembro de la pareja se vea reflejado en el otro. En otras palabras, irónicamente, cuanto más se parezcan las parejas homosexuales “a todo el mundo”, menos parecido tendrán a la complementariedad de los heterosexuales. No habrán encontrado pareja, habrán encontrado espejos. Las parejas heterosexuales no están llamadas solamente a encajar físicamente en la parte del cuerpo que corresponde, sino a abrirse a sí mismas con humildad al misterio del otro género, para así conocer la unión.⁸

⁶Ver la discusión y la bibliografía de Grenz, *Sexual Ethics*, pp. 24-26 y, en este libro, la parte sobre el constructivismo social del capítulo 7.

⁷Hay evidencia científica de que la estimulación del ano, que algunos hombres encuentran placentera, con o sin participación de un pene, sigue siendo, fisiológicamente hablando, una forma indirecta de estimulación genital. Ver J. Agnew, “Some Anatomical and Physiological Aspects of Anal Sexual Practices,” *Journal of Homosexuality* 12 (Fall 1985): 77-96.

⁸El argumento de la complementariedad queda hábilmente reflejado bajo una perspectiva filosófica (no necesariamente cristiana) en R. Scruton, *Sexual Desire: A Moral Philosophy of the Erotic* (New York: Free Press, 1986), pp. 253-83, 305-11.

Sin embargo, el argumento de la complementariedad a solas conlleva algunos peligros. Como he explicado antes, tenemos razones para deducirlo de la Biblia, pero la Biblia en sí no lo explica con tantas palabras. Los críticos argumentarán que los roles sexuales son demasiado indistintos y variables como para permitir una noción atemporal de la complementariedad más allá de las estructuras físicas implicadas en el sexo. E incluso esta limitada definición de complementariedad es debatible como razón para excluir la homosexualidad. Cuando los heterosexuales disfrutan libremente del placer sexual al margen del coito, lo llamamos juegos previos o control de natalidad, no “falta de complementariedad.” Además, los homosexuales “encajan” lo suficientemente bien como para darse placer, así que, a menos que dirijamos de nuevo el argumento a la preocupación por la reproducción, ¿por qué reglamentar qué apéndice corresponde a cada orificio? Finalmente, se puede elevar la objeción de que la complementariedad sexual es de importancia secundaria y que deberíamos entender la complementariedad como el encaje de dos *personalidades*, cuyo sexo es fortuito y cuya actividad sexual es la pura expresión de su unión espiritual.

Las objeciones a los argumentos de la capacidad reproductora y de la complementariedad quedan, en cierto modo, solucionadas si se contemplan los dos argumentos a la vez. La noción de complementariedad admite que la sexualidad va más allá de la reproducción, extendiéndose hasta la esencia de quienes somos como personas. Por otro lado, el hecho de la capacidad reproductora sugiere que no podemos ignorar o descartar el aspecto físico de la complementariedad, que la manera en que los sexos encajan tiene repercusiones y sus correspondientes implicaciones.

Hay quien dirá que parece un argumento trasladado de la Biología a la moralidad; eso que los moralistas denominan “falacia naturalista” y que va de “lo que es” a “lo que debería ser.”⁹ Pero las Escrituras no se mueven de la Biología a la moralidad; contemplan ambas cosas a la vez, igual que contemplan cuerpo y alma a la vez. Es decir, nosotros los humanos, como almas encarnadas, debemos servir a Dios con nuestro cuerpo (Ro 12:1-2; 1 Co 6:20) y las actividades de nuestro cuerpo deben ser acordes a la manera en que fue creado. Honrar

⁹ Este es el tema principal de P. Pronk en *Against Nature? Types of Moral Argumentation Regarding Homosexuality* (Grand Rapids, Mich: Eerdmans, 1993), y lo argumenta con eficacia.

nuestra capacidad reproductiva y honrar nuestra complementariedad hombre-mujer es honrar a Dios.

Asimismo, debemos comprender que Dios no creó el sexo ni ninguna otra cosa simplemente para darnos placer. Más bien hemos sido creados para amar como Dios ama, y Dios hace que el amor sexual sea placentero. De hecho, la reproducción sexual como don de Dios es lo único que nos permite compartir la creatividad amorosa, haciendo que la gente se ame.¹⁰

Todavía podríamos preguntarnos por qué va a ser la monogamia sexual la única manera de honrar a Dios en calidad de seres sexuales. Aquí introduzco un nuevo factor en la ecuación: la noción de *responsabilidad*. Esta noción se construye sobre verdades que ya he dejado establecidas: la unión heterosexual es buena porque es la única que puede producir hijos, y porque es la única que reúne a dos personas totalmente complementarias. Naturalmente, los hijos son una consecuencia de la unión heterosexual y la producción de hijos es buena porque hace entrar a los padres en otra dimensión del amor, es decir, el don y el cuidado de una nueva vida que depende de ellos. El cuidado de los hijos por parte de los padres es bueno porque permite a los hijos aprender de ambos sexos y, sobre todo, encontrar en el progenitor del mismo sexo un modelo a seguir para el desarrollo de su propia sexualidad.

La Biblia contempla dos alternativas a la reproducción sexual: no tener hijos y el celibato (la abstinencia permanente o a largo plazo). En el mundo de la Biblia, el no tener hijos era algo involuntario y considerado un infortunio, pero no era pecado.¹¹ La adopción fue, desde los primeros tiempos (Gn 16) hasta la adopción de Jesús por parte de José (Mt 1:24-25), un remedio aceptable. Según el Nuevo Testamento, el celibato sirve para los creyentes que todavía no se han casado (1 Ts 4:3-8), para quienes lo estuvieron (1 Co 7:8; 39-40; comparándolo con 1 Ti 5:9-16) o para quienes eligen concentrar todas sus energías en el ministerio (Mt 19:10-12; 1 Co 7:25-38).

¹⁰ Este punto lo presenta bien D. A. Scott en "The Hermeneutics of Marriage," *Anglican Theological Review* 72 (Spring 1990): 168-71, en respuesta a tales acercamientos como el de R. Williams (en ese mismo número) que reducen el amor de Dios a una visión de propiedad sobre lo que Dios nos da.

¹¹ El no tener hijos como decisión *voluntaria* y por medio del control de natalidad (incluyendo la limitación a las relaciones sin coito) despierta una nueva serie de preguntas. ¿Es ahora posible para una pareja tener el pastel y a la vez orar por él? Es decir, ¿es posible disfrutar del sexo y hacer el ministerio sin la carga de los hijos o la perturbación del deseo? Quizás lo sea, pero por lo que yo he observado, la falta de

Lo que distingue a estas alternativas de la práctica homosexual es que operan dentro del marco de la monogamia heterosexual. Quienes practican dichas alternativas afirman que la monogamia heterosexual es buena para ellos ahora, lo será más tarde, lo fue anteriormente, o lo sería si no pudieran concentrarse en el ministerio. En cambio, la práctica homosexual está fuera del contexto de tiempo y lugar, constituyendo una declaración enérgica de que hay otra *expresión* de la sexualidad que es buena.

¿Por qué no? ¿Qué pasa, si la mayoría de gente anda alegremente por ahí haciendo bebés, o intentándolo, dentro de los límites tradicionales del matrimonio? ¿Qué daño hacen unas cuantas personas si, de manera privada y consensuada, expresan su sexualidad de una manera distinta?

Llegados a este punto, la noción de responsabilidad no se aplica solamente al individuo en relación con su contrapartida sexual, ni solamente a la pareja con relación a la consecuencia reproductiva del sexo, sino también a la *comunidad* de la que dicha pareja forma parte. En otras palabras, la sexualidad es mucho más de “lo que a mí me concierne” o de “lo que nos concierne a los dos”. También debemos tener en cuenta “lo que concierne a todo el mundo.” La actividad homosexual constituye en la práctica una negación de aquello que Dios instituyó como bueno desde el principio. Eso no quiere decir que el homosexual pretenda negar a Dios de manera consciente, sino que el resultado es una declaración llevada a la práctica de que hay otra cosa buena.

¿Sobre qué base se considera buena la práctica homosexual? El razonamiento más sofisticado que se ha escrito hasta la fecha mantiene que, a fin de cuentas, el individuo sencillamente descubre que le hace sentir bien.¹² Esto no sirve. No explica las implicaciones que para el cuerpo y la pareja tiene la creación; y lo que quizás es todavía más importante, no rinde cuentas a la comunidad humana. Como variante de expresión sexual, los actos homosexuales no mejoran la unión he-

hijos viene casi siempre motivada por la *conveniencia* (a menudo relacionada con la carrera profesional), que bajo mi punto de vista somete tal elección a la misma acusación de irresponsabilidad que la dirigida contra la homosexualidad: acepta el placer del sexo pero rechaza sus consecuencias.

¹²Pronk, *Against Nature?* Pp. 246-63; comparar G.D. Comstock, *Gay Theology Without Apology* (New York: Pilgrim, 1993), pp. 105-26. En el contexto de la argumentación de Comstock, esto nos debe llevar a la conclusión de que “Jesús me ama, si lo sé, porque el cuerpo me lo dice así.”

terosexual, ni tampoco permanecen neutrales. En cambio sí socavan la unión heterosexual y la familia.

Homosexualidad versus familia

Los más claros defensores de la liberación, en su propia literatura popular, son totalmente francos acerca de la extinción de la unidad familiar, y sus pretensiones conllevan serios refuerzos filosóficos. Consideremos las palabras del filósofo francés Michel Foucault, quien se autoproclamó pedófilo y murió de SIDA en 1984, y quien ha contribuido en gran manera a la revitalización “postmoderna” y contemporánea del conocimiento y la moralidad, sobre todo en el área del sexo:

*Las normas de por sí son vacías, violentas e inacabadas; son impersonales y pueden servir a cualquier propósito. Los éxitos de la Historia pertenecen a quienes son capaces de hacerse con dichas normas, reemplazar a quienes las habían usado, disfrazarse para pervertirlas, invertir su significado y redirigirlas contra quienes inicialmente las habían impuesto; controlando este complejo mecanismo, lo harán funcionar hasta derrotar a los creadores de las normas con sus propias normas.*¹³

Una revolución como esta no puede tener lugar en el vacío, debe hacerlo *en contra* de algo, en contra de las “normas;” según Foucault y otros líderes ideológicos del movimiento, de la unidad familiar.¹⁴ Queda clara la implicación, pero los lectores de los defensores más sofisticados de la liberación homosexual no necesitan que yo se lo diga. Todavía hay un ejemplo más extremo y explícito, Michael Swift, quien

¹³ M. Foucault, *Language, Counter-Memory, Practice* (Ithaca, N.Y.: Cornell University press, 1977), p. 151, citado con simpatía por R. Goss en *Jesus Acted Up: A Gay and Lesbian Manifesto* (San Francisco: Harper, 1993), p. 62. Comparar con el libro de Foucault, *The History of Sexuality*, vol. 1, *An Introduction* (New York: Vintage, 1980), p. 5: “Si la represión ha sido, de hecho, el vínculo fundamental entre el poder, el conocimiento y la sexualidad desde la etapa clásica, no queda ninguna razón para que no nos podamos librar de ella excepto el coste considerable que eso implicará: nada menos que la transgresión de las leyes, la elevación de prohibiciones, la irrupción de la conversación, la reinstauración del placer en la realidad y toda una nueva economía de mecanismos de poder.”

¹⁴ Ver J. Bethke Elshtein, “Homosexual Politics,” *Salmagundi* 58/59 (Fall 1982/ Winter 1983): 252-80.

proclama que “la unidad familiar – engendro de mentiras, traiciones, mediocridad, hipocresía y violencia – será abolida. La unidad familiar, que solo desalienta la imaginación y cohibe el libre albedrío, debe ser eliminada.”¹⁵

Llamo la atención sobre los defensores del cambio, como Foucault y Swift, para demostrar que mi análisis no es imaginario; pero eso que yo considero una acusación, otros lo consideran un manifiesto. Los activistas que escriben para el público en general, igual que la mayoría de publicaciones revisionistas religiosas, presentan una versión bajada de tono y recostada sobre el lenguaje de los derechos civiles, en un intento de llevar la homosexualidad a la principal corriente cultural. Aparte de algunos fundamentalistas que alienan a la mayoría de la gente con su feroz retórica, todo lo escrito por homosexuales y para ellos raras veces es leído por quienes no lo son. Como resultado, la mayoría de gente, incluidos los homosexuales, se sorprende de que el movimiento se oponga consciente o inconscientemente al matrimonio heterosexual y a la familia. Consuela más suponer que en el movimiento solamente piensan en estos términos unos cuantos extremistas, y que lo que quiere la mayoría de homosexuales es que los dejen en paz.

La cuestión, naturalmente, no es cuánta gente piensa así. La cuestión es, si el principio subyacente de oposición entre heterosexualidad y homosexualidad es una representación precisa. Si esto no queda claro, lo más seguro es que haya confusión en cuanto a la responsabilidad.

Un ejemplo interesante de dicha confusión es la película *Philadelphia* (1993), que relata la emotiva historia de un homosexual que se está muriendo de SIDA, y cuyo jefe le despidе injustamente cuando se entera de su situación. Una de las escenas clave es la visita que el protagonista y su amante hacen a la gran familia del protagonista en su casa de campo: media docena de hermanos casados, junto a sus padres, todos sentados en círculo, expresan sin excepción su apoyo al pleito del protagonista e (indirectamente) a su homosexualidad. La madre llega a decir: “No he criado a mis hijos para que se sienten en la parte de atrás del autobús,” en un paralelismo obvio entre el caso

¹⁵Citado en el bestseller de M. Kira y H. Madsen, *After the Ball: How America Will Conquer Its Fear and Hatred of Gays in the 90s* (New York: Pluma Books, 1989), p. 361. Los autores consideran a Swift como el típico radical de los medios gay y sugieren a los homosexuales que bajen el tono de su retórica si quieren seguir una estrategia dirigida al público en general (pp. 361-66).

de su hijo y el movimiento por los derechos civiles. La moral más bien opresiva que subyace aquí, es que a los homosexuales sus familias deben ofrecerles este tipo de apoyo unánime e incondicional. Lo que parece extraño es que este tipo de apoyo tenga que proceder de la familia biológica del protagonista (un estilo tan *Ozzie and Harriet*, famosa serie radiofónica y televisiva sobre la familia feliz americana que estuvo en radio y pantalla durante años), en lugar de proceder de la propia comunidad homosexual. Si el mensaje de la liberación homosexual es que la fidelidad heterosexual, el criar a los hijos y el cuidado familiar no son necesarios para la realización personal, ¿por qué el protagonista, de entre todos los lugares posibles a qué acudir, necesita ir *allí* para afrontar la crisis que se le avecina? Todo en esa escena rebosa tradición; excepto el mensaje explícito. Te quedas con la sospecha de que esta familia está siendo utilizada por una persona, cuyo estilo de vida simboliza la negación de la misma.

Finalmente, sin ni siquiera intentar responder a las grandes cuestiones argumentales (¿Descuidó su trabajo el protagonista? ¿Tenía la obligación de informar a su jefe de que se estaba muriendo? ¿Sabía su jefe que era gay?), la película echa mano de la conmovedora maniobra de un veredicto del jurado enormemente favorable, justo después de que el protagonista se desplome, muriendo ahí mismo en el suelo del juzgado. ¿Es cosa de Hollywood, o es que la compasión se ha convertido en criterio de justicia?

Al margen de mis aptitudes como crítico cinematográfico (me gustó la escena en la ópera), mantengo que la coexistencia de la monogamia heterosexual y la práctica homosexual conllevan problemas de base. Filosóficamente, como ya he argumentado, una cosa socava la otra; como mínimo podemos decir que no se apoyan mutuamente. Entonces, no podemos entender la homosexualidad como una simple variante de la sexualidad, como lo serían la falta de hijos o el celibato. Se trata de una expresión de la sexualidad contraria a la heterosexualidad, y que comporta visiones opuestas de los valores interdependientes de la reproducción, la complementariedad y la responsabilidad.

Estas visiones opuestas se centran en el principio de la realización personal como norma de vida. Es decir, que toda persona posee un derecho inalienable a “la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.” Sexualmente, como en todas las áreas de la vida, toda persona tiene derecho a trazar su carrera individual hacia la satisfacción personal. De otro modo esa persona estaría “reprimida” u “oprimida”.

La *reproducción*, bajo este punto de vista, es un efecto colateral, opcional o accidental, del placer sexual. Lo principal del sexo es el placer, y la práctica homosexual es su expresión definitiva ya que da lugar a una gama completa de placeres sin la posibilidad de confundirlos con el hecho de tener hijos.

La *complementariedad*, bajo el punto de vista revisionista, es un mito ideado para respaldar la tradición pasada de moda de que los hombres y las mujeres son distintos en esencia, y que sus diferencias físicas son significativas. La práctica homosexual se opone a este mito, demostrando que las diferencias físicas son irrelevantes al placer sexual. Además ofrece la simetría como alternativa a la falta de equilibrio y desigualdad de las relaciones tradicionales.

La *responsabilidad* queda redefinida en términos del ego, y quizás la relación primaria en función de su servicio al ego. La realización personal no implica ninguna obligación con la comunidad humana en general y su modelo familiar de procreación. La práctica homosexual proclama la independencia en lugar de la interdependencia de relaciones o individuos. Las personas o parejas que se han puesto al día son libres para amar y servir a los miembros de su familia biológica, o a la familia humana en general, pero lo hacen por elección, no por conexión.

En todos estos detalles, la práctica homosexual desconecta a la persona del cuerpo individual y corporativo. Pero cualquier intento de desencarnar el sexo es una contradicción de términos. Tampoco funcionaría: la población homosexual sigue contando con la población procreadora para el apoyo familiar, los patrones de relación y naturalmente la producción de más homosexuales. Es como si el bazo de una persona declarara su independencia, se fuera por medio de una incisión en el abdomen, y luego regresara periódicamente, como una sanguijuela, para obtener nutrición de ese mismo cuerpo. ¿Son los críticos *bazofóbicos*? ¿No será que el órgano descolocado vive en un mundo de ensueño?

La homosexualidad en relación con el pecado sexual

Al principio de este capítulo ya he advertido que, para tratar la homosexualidad, un punto de partida apropiado no es una lista de textos de prohibición, sino la comprensión de lo que la Biblia afirma sobre la monogamia heterosexual. Ahora lo importante es comprender el lugar

que ocupa la homosexualidad entre las desviaciones de esta norma. En el capítulo anterior observamos, por ejemplo, que algunos revisionistas reconocen la prohibición de los actos homosexuales, pero remiten dicha prohibición a los vestigios de un sistema legalista basado en la pureza ritual. En los dos capítulos siguientes trataré con detalle los textos de la prohibición, pero en los párrafos siguientes argumentaré de manera más general la prohibición del Nuevo Testamento de relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, no sobre la base de la impureza, sino sobre la base de la moralidad basada en la Creación. En otras palabras, el Nuevo Testamento presenta la práctica homosexual como una violación del *matrimonio*, como una actividad afín al adulterio.

Para poder entender la conexión entre práctica homosexual y adulterio, debemos mirar detenidamente la lista de conductas pecaminosas que Pablo da en 1 Corintios y en Romanos. Queda claro, en primer lugar, que la lista de conductas prohibidas en 1 Corintios 6:9-10 no es aleatoria; sigue la secuencia y el contenido del Decálogo (Éx 20:1-17),¹⁶ con la adición de *malakoi* (literalmente, “los tiernos”) y *arsenokoitai* (literalmente, “aquellos que se echan con hombres”) justo después del adulterio (Éx 20:13) y justo antes del robo (Éx 20:14). Pablo pasa directamente a prohibir las relaciones sexuales con prostitutas sobre la base de que violan la noción de unión marital establecida en Génesis (1 Co 6.12-20). Los pecados mencionados en Romanos 1:26-30 también se corresponden con Éxodo 20, pero en este caso, la homosexualidad reemplaza al adulterio. Ambos pasajes empiezan haciendo referencia a la idolatría, la cual, como violación del primer mandamiento (Éx 20:3), era considerada como la raíz de la inmoralidad.

¿Por qué esta similitud al Decálogo en la mayoría de aspectos, con esta desviación específica? La respuesta no tiene nada que ver con la preocupación por la pureza ritual, sino más bien con el propósito específico del autor en cada caso. En Romanos 1, Pablo quiere ofrecer un ejemplo de pecado sexual típicamente gentil, así que solamente menciona dicho pecado y luego pasa a dar una lista de pecados no sexuales. En su carta a los Corintios, lo que quiere es recordar a su público que en el pasado fue liberado de diversos pecados sexuales como individuos y como comunidad, por lo cual ofrece una lista más amplia y específica. Hace mención de las relaciones sexuales entre personas del mismo

¹⁶ Para un tratamiento más amplio de esta conexión ver: P. Zaas, “Catalogues and Context: 1 Corinthians 5 and 6,” *New Testament Studies* 34 (1988): 628-29.

sexo, no porque sean particularmente repulsivas o impuras, sino porque resultan relevantes para dicha situación en particular.¹⁷

En ambos casos, la referencia a relaciones sexuales entre personas del mismo sexo está estrechamente vinculada al adulterio, algo que concierne a la inalterable ley moral y que no es una mera peculiaridad de la reglamentación de la pureza de los judíos (Ro 7:7-25). Con una confianza explícita en la narración de la Creación en Génesis (Gn 2:24), el Nuevo Testamento prohíbe tajantemente la violación del vínculo matrimonial (Mt 19:1-12; 1 Co 6:12-20), incluso de pensamiento (Mt 5:27-28), y exalta el matrimonio (de nuevo citando Gn 2:24) comparándolo con la relación de Cristo con la Iglesia (Ef 5:21-23).¹⁸

Todo acto sexual al que la Biblia denomina pecado es, en esencia, una violación del matrimonio, sea en acto o en potencia.¹⁹ Por eso, Pablo hace referencia a las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo ya sea como complemento, o como sustitución del adulterio. Es por esto mismo que Pablo nunca hace referencia directa a la procreación cuando habla de moralidad sexual, ya que le preocupa menos la reproducción que la unión; algo que resulta engorroso a quienes equivocadamente suponen que la ética sexual de Pablo viene marcada por las desfasadas ideas judías sobre la importancia de “la semilla masculina”.

Y así es, casualmente, la carencia de hijos, el celibato, la abstinencia periódica y el sexo sin coito dentro del matrimonio no son pecado, ya que no conllevan uniones ajenas al matrimonio. Por tanto, la moralidad sexual en el Nuevo Testamento se centra en el acto, no en su posible resultado procreativo. La capacidad reproductora, la complementariedad y la responsabilidad para con la comunidad quedan más o menos im-

¹⁷ Notemos que la lista tan similar de Marcos 7:21-22, que en su contexto original iba dirigida a los judíos (para quienes la homosexualidad era prácticamente desconocida), no contiene ninguna referencia a las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo.

¹⁸ Sobre la importancia del matrimonio ver también Colosenses 3:18-19; 1 Timoteo 3:2, 11-12; 4:3; 5:14; Tito 2:3-6; Hebreos 13:4; 1 Pedro 3:1-7.

¹⁹ El término bíblico general para la violación de un matrimonio existente es el de *adulterio*. Un término todavía más general, que se aplica de manera más específica a la violación de un vínculo anterior, es el de *fornicación*. Las manifestaciones concretas más comunes de inmoralidad sexual en los tiempos bíblicos eran el adulterio, el uso de prostitutas y la violación. En la antigüedad judía hay poca evidencia de otras actividades tradicionalmente prohibidas como la homosexualidad, la pedofilia, el incesto, la zoofilia y las relaciones sexuales prematrimoniales. La masturbación podía haber estado prohibida por la condena de los *malakoi* (término de significado incierto; “masturbadores” según el uso actual en el griego contemporáneo) que se hace en 1 Corintios 6:9 o por la prohibición de la lujuria que encontramos en Mateo 5:27-28.

plícitas en la noción de unión matrimonial, pero la noción en sí no necesita ser defendida en el Nuevo Testamento más allá de lo que sería apelar a la intención de Dios, tal y como se revela en la narración de la Creación en el Génesis.

Ahora viene Romanos 2

Cabe destacar que, según la visión de la sexualidad del Nuevo Testamento, todas las desviaciones de la norma de la unión matrimonial son iguales. Algunos pecados sexuales pueden ser peores, por implicar a más personas o por perjudicar más al individuo, pero el Nuevo Testamento no da lugar a la repulsión ni al odio basados en las costumbres o el gusto, lo cual equivaldría a reinstaurar de nuevo el código judío de pureza ritual. Quienes aplauden el mensaje de Romanos 1 contra la inmoralidad de los gentiles deben prestar atención al mensaje que retumba de fondo en Romanos 2:

Por lo cual no tienes excusa, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas, pues al juzgar a otro, a ti mismo te condenas, porque tú que juzgas practicas las mismas cosas. Y sabemos que el juicio de Dios justamente cae sobre los que practican tales cosas...tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se debe robar, ¿robas? Tú que dices que no se debe cometer adulterio, ¿adulteras? Tú que abominas a los ídolos, ¿saqueas templos? Tú que te jactas de la ley, ¿violando la ley deshonras a Dios? Porque el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros, tal como está escrito. (Ro 2:1-2, 21-24)

Esto está dirigido a todo aquel heterosexual que reacciona con repugnancia ante la retransmisión televisiva de una manifestación a favor de los derechos de los gays, y luego cambia de canal para quedarse mirando como si nada el adulterio en una película, la trivialización del sexo en una serie, la fornicación en un vídeo clip y la prostitución virtual de la publicidad que se sirve de la provocación sexual para vender. ¿Es que estos otros pecados, por ser mayoritarios, ya son aceptables? Lo que está claro es que en términos de cantidad, los pecados de los homosexuales son una mota en el ojo frente a la viga del pecado heterosexual. Ninguno es justificable, pero lo más perjudicial, según Pablo aquí y según Jesús en Mateo 7:1-5, es quedarse mirando esa mota sin apreciar la viga.

Algunas personas podrían objetar que los adúlteros y los fornicarios no salen a la calle a manifestarse por sus derechos, ni a culpar a otros de sus enfermedades venéreas. No les falta razón. Pero los cristianos heterosexuales deben hacer frente a la hipocresía de su descolocada indignación si esperan comunicar las convicciones morales en el poder del Evangelio.

Y es más, el poder del Evangelio no reside en buscar el pecado sexual en una pantalla de televisión, sino en el espejo. No hay ningún heterosexual que no haya tenido problemas de pecado en el área de la sexualidad. Pecamos de formas distintas. Muchos confundimos la sexualidad con la satisfacción propia y buscamos la aventura o las emociones en nuevas parejas, numerosas parejas o en nuevas prácticas. Otros se sienten amenazados por el sexo y se retiran física y emocionalmente de su cónyuge. Y todavía hay quienes acumulan culpabilidad por sus adicciones secretas a prácticas y fantasías privadas.

El Dios que conoce todos nuestros pensamientos y obras (Sal 139) sabe que cada uno de nosotros necesita del perdón en el área de la sexualidad. Dios ofrece ese perdón (1 Jn 1:5 – 2:2), así como el poder de hacernos madurar en el área de la sexualidad (Ef 2:1-20; 1 P 4:1-6) y la promesa de que nos “perfeccionará, afirmará, fortalecerá y establecerá” (1 P 5:10; ver también Col 1:21-23). Ésta es la esperanza del Evangelio y quienes “hemos huido para refugiarnos” la tenemos segura y firme “como ancla del alma” (Heb 6:18-19).

Esa imagen del huir y del refugiarse es apropiada para todo aquel que es honesto en lo que a la tentación sexual se refiere. Para la mayoría de nosotros, la supervivencia moral es como atravesar un mar revuelto sobre una barca volcada. Si te quedas un poco dormido o no te agarras lo suficientemente bien, de repente la barca se volcará por un lado y tú por otro, inmerso en un agua fría y oscura. Tú lucharás desesperadamente por recuperarla, confiando de alguna manera en que, al final, esa barca te llevará a tierra firme.

Las personas que se ven a sí mismas como navegantes empapados y aferrados a barcas volcadas no son aptas para tratar con desprecio a quienes se hallan en su misma situación. Asimismo, la proclamación de la moralidad cristiana no da cabida a una mayoría íntegra que se dedique a despreciar a quienes no sigan las reglas del juego. Lo que se necesita son personas inicuas que reconozcan la necesidad universal de recibir la misericordia de Dios y el poder para la obediencia, sea cual sea la distorsión particular que cada cual haya hecho de la

intención inicial de Dios en cuanto a la sexualidad. Esa viga tiene que salir del ojo.

Si los cristianos expresamos nuestras convicciones sobre la homosexualidad en el contexto de nuestra propia falibilidad sexual en general, si admitimos abiertamente nuestras propias luchas, y si acompañamos nuestra exhortación a los pecadores homosexuales de una exhortación igual o mayor a los pecadores heterosexuales, entonces y solo entonces tendremos algo que decir. Si no quedan oídos para escuchar, los cristianos tendremos que asumir gran parte de la culpa por no haber sabido reconocer en nosotros mismos a los equivalentes modernos de los judíos de Romanos 2.

Revisión y respuesta

Hasta el momento he intentado centrar la discusión en un contexto de afirmaciones teológicas sobre la monogamia heterosexual que, a su vez tiene implicaciones, debidas a las desviaciones y a la manera en que los cristianos expresan sus convicciones morales. Nada de esto entra de manera directa en los enfoques revisionistas tratados en el capítulo dos. En lo que queda de este capítulo intentaré responder de manera general a aquellos enfoques que dejan de lado los textos de prohibición, en favor de los temas bíblicos más amplios; y en los dos capítulos siguientes entraré de lleno en los textos de las prohibiciones a la luz de los nuevos enfoques que las reinterpretan.

En el capítulo dos examinamos diversas categorías de enfoque, que reconocen una prohibición bíblica de las relaciones sexuales entre las personas del mismo sexo, pero que descartan la prohibición en pro de temas bíblicos más amplios como el amor o la liberación. En los párrafos siguientes examinaremos dichos enfoques, primero por separado y luego conjuntamente.

El enfoque de las *implicaciones*, el cual mantiene que el propio mensaje bíblico empieza a sembrar las semillas de la liberación, reemplazando la moralidad de la pureza por la moralidad del amor, peca de categorías equivocadas.²⁰ Es verdad que el Nuevo Testamento termina con el requisito de la pureza ritual, sobre todo en lo referido a las leyes de alimentación judía (Mc 7; Hch 10; Ro 12). Pero la moralidad sexual del Nuevo Testamento no se limita a la preocupación por la pureza.

²⁰ Este enfoque exige una interpretación especial de Romanos 1:26-27, que trataré en detalle en el capítulo 3.

Tampoco es que el Nuevo Testamento redefina el pecado sexual como “la intención de hacer daño”²¹. Casi nadie que vaya movido por la pasión va a tener la *intención* de hacer daño; por eso debemos considerar el *resultado* de un acto con relación a un criterio de bondad. Esto es justamente lo que hace el Nuevo Testamento, pero no se inventa un nuevo criterio, ni deja entrever que lo hará. De hecho, continúa con la moralidad sexual del Antiguo Testamento y su criterio del bien de la unión matrimonial. Las desviaciones de este modelo pueden ser o no ser impuras en los términos del Antiguo Testamento, pero son ciertamente injustas en términos de ambos testamentos, ya que se apropian del don del matrimonio, el cual es copropiedad de marido y esposa. Es por esta razón que el Nuevo Testamento equipara el pecado sexual a la codicia (Mc 7:22; Ef 5:3; Col 3:5; 2 P 2:14) y, en ocasiones, llega a describir el pecado sexual como un “robo” o un “lujo” (1 Ts 4:6; Ap 18:3,9).

Resumiendo, es importante distinguir entre la superioridad religiosa de judíos sobre gentiles, declarada obsoleta por el Nuevo Testamento (Gál 3:28) y la ley moral que gobierna las relaciones sexuales, basada en el relato de la Creación y repetidamente afirmada en el Nuevo Testamento. La fe cristiana no cambia la moralidad, la reviste de poder; tal y como Pablo explica claramente:

¿Anulamos entonces la ley por medio de la fe? ¡De ningún modo! Al contrario, confirmamos la ley. (Ro 3:31)

¿Entonces qué? ¿Pecaremos porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¡De ningún modo! ¿No sabéis que cuando os presentáis a alguno como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, ya sea del pecado para muerte, o de la obediencia para justicia? (Ro 6:15-16)

Así que la ley es santa, y el mandamiento es santo, justo y bueno. ¿Entonces lo que es bueno vino a ser causa de muerte para mí? ¡De ningún modo! Al contrario, fue el pecado, a fin de mostrarse que es pecado al producir mi muerte por medio de lo que es bueno, para que por medio del mandamiento el pecado llegue a ser en extremo pecaminoso. (Ro 7:12-13)

En el Nuevo Testamento, esta comprensión de la ley con relación a la fe es básica. Sembrar semillas de liberación de la ley moral equivale a cosechar la destrucción.

²¹L. William Countryman, *Dirt, Greed and Sex* (Philadelphia: Fortress, 1988), p. 86: “Solamente la intención de hacer daño convierte una actividad sexual en impura”.

El enfoque de la *expansión*, que para afirmar la homosexualidad desconecta la sexualidad humana de la reproducción y de la complementariedad entre hombre y mujer, peca de tener una noción no bíblica de la persona. Descansa mayoritariamente en la discutible noción de que ser creados a imagen de Dios equivale a “vivir en compañerismo.” Pero incluso aceptando el compañerismo como parte del significado del Génesis, sigue no siéndolo todo, y una abstracción del matrimonio de estas características niega la importancia fundamental de un cuerpo sexualmente diferente como parte de quienes somos.²²

Esta “desencarnación” del matrimonio conduce a los revisionistas a sugerir un nuevo criterio para las relaciones amorosas, pero el intento resulta preocupadamente vago. El requisito de “consentimiento mutuo entre iguales” no es realista, ya que las causas del desequilibrio de poder en las relaciones son múltiples y complejas (por ejemplo, el dinero, la inteligencia, la edad, la experiencia); como lo son también las variables del deseo (el momento adecuado, la fuerza, la expresividad). En consecuencia, la “igualdad” solo sirve como una justificación a posteriori para cualquier relación en curso. El requisito de “algún tipo de compromiso”, en la medida en que carece de la fidelidad de por vida, priva a la pareja de la seguridad y la confianza necesarias para experimentar el amor con toda su profundidad. Además (como documenta el capítulo 6), la fidelidad, incluso a corto plazo, es tan ajena a la experiencia de la mayoría de hombres homosexuales, que un requisito impuesto desde afuera, por muy bien intencionado que sea, es irrealista o no deseable. El requisito de que la relación sea “fructífera” y que “nutra a otros” implica, con razón, que una unión entre dos personas es más que tener hijos, pero esta verdad se aplica igualmente a las parejas que sí tienen hijos, y una cosa no quita la otra; sencillamente, es una manera de decir “sed buenos” en lenguaje procreativo. Estos y otros requisitos de la “nueva relación,” o son desesperadamente vagos, o débilmente derivados del matrimonio. Desdichadamente, lo que producen es tan solo una sombra del matrimonio, un espíritu sin cuerpo condenado a merodear sobre las tumbas de sus propias víctimas.

El enfoque de la corrección, que desautoriza la prohibición de la homosexualidad apelando al mensaje bíblico de la liberación, peca de no rendir cuentas a ninguna autoridad más allá de la experiencia per-

²² Sobre este punto, ver: O. O'Donovan, “Transsexualism and Christian Marriage,” *Journal of Religious Ethics* 11 (Spring 1983): 135-62.

sonal. Las dos variaciones se solapan cuando rechazan la sexualidad bíblica por opresiva, con la variable feminista que vincula la calidad de la opresión más directamente al dominio del hombre. Ambas reemplazan la sexualidad bíblica por algo parecido a la nueva definición de relación antes descrita.

La corrección feminista es incoherente en tanto que descarta la moralidad bíblica, intentando a la vez retener la teología bíblica. El relato esencial de la salvación está tan plagado de imagería masculina y de arquetipos sexuales (Dios penetra en el cielo para traer vida, que es su Hijo, etc.), que los intentos de “equilibrarlo” por medio de imagería bíblica femenina o feminizando a Cristo como Crista²³ se quiebran. La progresión lógica de la teología feminista es eliminar a ese fálico Dios de los cielos junto con su Hijo, para así adorar a la Madre Tierra y Diosa.²⁴ Esta jugada filosófica, naturalmente, nos mete en el círculo cerrado de la ética sexual, en el que se trata de eliminar la diferenciación sexual para dejarnos con la “simetría”. Pero como ya hemos visto, la simetría es una ilusión, tanto en el ámbito relacional como en el ámbito sexual, y hacer ver que hay complementariedad es un sustituto vacío de lo auténtico.

La alternativa no es ni sugerir que Dios es masculino (Dios es espíritu y, por tanto, no tiene sexo), ni que debemos regresar al patriarcado del antiguo Oriente Próximo. La alternativa es más bien reconocer que el Nuevo Testamento afirma la diferenciación sexual, pero eso no implica desigualdad (1 Co 11.11-12; Gál 3.28), y que las personas casadas gozan del mismo derecho a la gratificación sexual (1 Co 7.4-5). Esto, sin embargo, no es simetría, sino *reciprocidad* entre personas totalmente complementarias. El Cantar de los Cantares da fe del mutuo deleite que se proporcionan hombre y mujer, pero se trata de placeres distintos. Los pechos del hombre no son como dos cervatillos; las piernas de la mujer no son como columnas de alabastro. ¡*Vive la différence!*

El enfoque más general de la corrección de la liberación peca de arbitrariedad. Reclama el derecho a identificarse con toda la historia de opresión y liberación de Israel, tan solo porque la persona que lee la

²³ Goss, *Jesus Acted Up*, p. 71.

²⁴ Ver, por ejemplo, C. P. Christ, “Why Women Need the Goddess: Phenomenological, Psychological and Political Reflections,” en *Womanspirit Rising: A Feminist Reader in Religion*, ed. C. P. Christ y J. Plaskow (San Francisco: Harper Y Row, 1979), pp. 273-87.

historia también está oprimida. La conexión no queda autenticada por la causa común con la justicia de Israel o con la injusticia de la opresión de Israel, sino tan solo por la *experiencia* de la opresión. ¿Cómo se puede validar entonces dicha experiencia? “La base y la fuente del conocimiento más íntimo de uno mismo son las experiencias y deseos del propio cuerpo.”²⁵ Tal validación propia impide seguir debatiendo el tema, pero también descarta cualquier obligación en relación con la intención del texto bíblico; en definitiva, no puede ofrecer ninguna razón para invalidar *ninguna* conducta.

La liberación bíblica nunca es tan irresponsable. Cuando Jesús se encontró con una mujer cogida en adulterio (seguramente, miembro de un grupo oprimido), no reaccionó diciendo: “Vé y haz lo que el cuerpo te pida”, sino “Vete, desde ahora no peques más” (Jn 8:11). La Biblia no libera a las personas *de* la justicia, las libera *para* la justicia.

Liberación y *paidofilia*

Todos los enfoques aquí considerados, en algún momento, convierten la experiencia en maestra del diálogo, en detrimento de las Escrituras; es decir, en el ámbito moral consideran decisiva la experiencia positiva de los homosexuales modernos. Una manera de señalar la fragilidad de este enfoque es aplicar la misma lógica a otra actividad que casi todo el mundo considere moralmente indefendible. Queda claro que relativizar la moralidad bíblica es una caja de Pandora.

Los defensores de la liberación homosexual pocas veces discuten el incesto, la prostitución o la zoofilia (sexo con animales), pero sus conclusiones morales pueden ser muy variadas cuando lo hacen. ¿Por

²⁵Comstock, *Gay Theology Without Apology*, p. 112. En otra parte Comstock explica: “Quizás hemos considerado a Jesús exclusivamente como un héroe sin dejarle ser como un amigo que valora nuestras críticas y aportaciones” (p. 47). “Es Jesús, el maestro, quien dice: ‘no vengáis a mí en busca de respuestas; estáis solos’ no soy el jefe, soy sencillamente un amigo que pronto estará muerto y desaparecido. Adiós” (p. 99). “He empezado a recopilar y denominar como Escrituras propias una pequeña serie de escritos en los cuales me siento aceptado tal como soy” (p. 108). “En lugar de aceptar la singularidad de no encajar y de no encontrar ayuda en las prácticas y los consejos que se me dan, intento entrar en la familiaridad y la comodidad” (p. 110). En la última página del libro, Comstock cita como expresiones de su propia puesta al día su deseo de “ser embargado por el espíritu del ciervo” y de “personificar la flor de la calabaza” (p. 140). Recuerdo al lector que Comstock no es un chamán de la New Age, sino capellán protestante y profesor de Teología en la Wesleyan University.

qué? Porque la lógica de la postura revisionista, es decir, que todo es permisible si la experiencia es positiva, sigue chocando con los dichosos absolutos morales que consideran tales actos nocivos y perversos.

L. William Countryman, por ejemplo, aparece por todas partes con sus propuestas de nueva moralidad sexual.²⁶ Mantiene que el adulterio es malo porque es robar la “propiedad” sexual de la pareja. Pero el sexo prematrimonial puede ser aceptable si la persona no tiene el don del celibato, igual que la prostitución en el caso de que no haya suficientes mujeres que puedan hacer de esposas. La zoofilia y la pornografía las deja a juicio de cada cual. El incesto perjudica al niño afectado, pero la prohibición bíblica está basada en la pureza y el patriarcado y Countryman no toca la cuestión del incesto por mutuo consentimiento entre adultos dentro de una misma familia. Pero cuando llegamos a la paidofilia (desear a niños), Countryman hace la declaración más contundente, afirmando que “se infringe daño al niño” y que “la desigualdad entre adulto y niño...significa que, en una relación sexual, las necesidades del niño quedarán subordinadas a las necesidades del adulto.”²⁷

Un momento. Si Countryman ya ha definido el pecado sexual como la *intención* de hacer daño,²⁸ ¿por qué está ahora más interesado en el daño que en la intención? ¿Es que el daño puede ser mayor aunque pedófilo y niño no sean conscientes del mismo? ¿Va siempre a más? Y ¿cuál es en definitiva la base que tiene Countryman para la definición de daño? ¿Su propia experiencia? ¿La experiencia de la mayoría? Incluso con la mayoría de su parte, ¿qué le da a esa mayoría el derecho de imponerse a la minoría? ¿No es justamente eso lo que los heterosexuales hacen con los homosexuales? Las preguntas vuelan rápido y con furia, pero no hay respuesta, ya que en definitiva *queda descartado como “prejuicio” todo aquello que no responda a la experiencia personal.*

Pero vayamos un poco más allá ya que, al margen de las incoherencias de revisionistas en concreto, la fragilidad del enfoque revisionista es evidente. Tomemos por ejemplo el enfoque aplicado a la paidofilia, o lo que nos interesa más en este caso, a la paidofilia homosexual. La manipulación, o el abuso de poder y la desigualdad entre un hombre y un niño, es la acusación principal presentada contra el pedófilo; acusación que hace una distinción entre dicho comportamiento y el consentido

²⁶ Ver especialmente pp. 243-44, 263-64.

²⁷ Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, pp. 257-58.

²⁸ *Ibíd.*, pp. 86, 140.

entre homosexuales adultos. Bajo la lógica del revisionismo, ¿se trata de una acusación válida y suficiente para prohibir dicha actividad?

Veamos el argumento a favor de la paidofilia. La revista *The Journal of Homosexuality* dedicó en 1990 un número entero a “la intimidación masculina intergeneracional,” también llamada paidofilia o amor hombre-niño.²⁹ Los defensores de la paidofilia sostienen que “el movimiento gay...trata de sanear la imagen de la homosexualidad para facilitar su entrada en la sociedad,”³⁰ porque los gays temen que los paidófilos “confirman la tendencia de los homosexuales a seducir a niños.”³¹ Tales recelos, dicen, no tienen fundamento. El hecho es que los “gays en igualdad” (homosexuales adultos y en mutuo acuerdo) son mayoría solamente porque han sucumbido a la presión de la cultura heterosexual y definen su relación en términos de matrimonio consentido entre adultos. Los niños no están preparados para el matrimonio ni para las relaciones a largo plazo, por tanto debemos aceptar dichos encuentros sexuales mayoritariamente casuales.³²

La objeción común al amor entre hombre y niño es que no puede ser consensuado, que los miembros de la pareja no son iguales y que se coacciona o manipula a los niños para conseguir el sexo. Está claro que los niños no deben ser forzados, dice el argumento a favor de la paidofilia, pero ¿quién define lo que es “manipulación”? ¿Cuándo son los encuentros sexuales entre adultos plenamente “iguales”, sin técnicas de seducción o desequilibrios de poder que puedan ser considerados manipulación? ¿Y qué pasa con la manipulación por el bien del otro? ¿Es que los padres no se sirven constantemente de su poder para influir sobre el comportamiento de los hijos?

El argumento continúa: el hecho de que las leyes de mayoría de edad varíen de estado en estado (se refiere a los “estados” de los Estados

²⁹ La “pedofilia” no es lo mismo que la “pseudopedofilia”, en la que adultos que generalmente prefieren a adultos por diversas razones entran en contacto con niños. La palabra *pedofilia* también es preferible a otra como *pederastia* porque denota afecto y no implica necesariamente el contacto sexual.

³⁰ D. Thorstad, “Man/Boy Love and the American Gay Movement,” *Journal of Homosexuality* 20, num. 1/2 (1990): 252. Esto queda confirmado por las recomendaciones de Kirk y Madsen, *After the Ball*, pp. 306-7, 360: un código social de comportamiento debería incluir la máxima: “Si soy un pederasta o un sadomasoquista, lo mantendré a escondidas y fuera de las manifestaciones por el Orgullo Gay.”

³¹ T. Sandfort, “Pedophilia and the Gay Movement,” *Journal of Homosexuality* 13 (Winter 1986/Spring 1987): 96.

³² E. Brongersma, “Boy-Lovers and Their Influence on Boys: Distorted Research and Anecdotal Observations,” *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 156-57.

Unidos de América) y de país en país demuestra que la edad es tan solo un número asignado arbitrariamente para limitar la libertad humana. Hay personas de treinta y seis años de todo tipo de orientación sexual, cuya inmadurez les impide disfrutar del sexo con sentido; y a la inversa, hay jóvenes de 16 años, e incluso de 6 años, que pueden salir beneficiados de la experiencia sexual. ¿Qué es un número? La norma es relativa y las prácticas sexuales humanas están culturalmente condicionadas. Los paidófilos son blanco del odio porque los padres se resisten a la emancipación de sus hijos y porque la mayoría tiene miedo de sus propios impulsos pedófilos reprimidos; que son universales.³³ Nuestra cultura sufre de *pedofilofobia* aguda.

Las relaciones entre hombre y niño, argumentan sus defensores, pueden y suelen ser totalmente consensuadas.³⁴ Tales relaciones conllevan grandes beneficios para el niño. Se le estimula a ser más abierto en cuanto al sexo, aprende técnicas sexuales en un entorno no amenazador, un entorno de cuidado, y aprende a ser hombre. Todo ello le da seguridad y le ayuda a adaptarse como adulto.³⁵

Como respuesta a la acusación de que tales relaciones implican un dominio dañino por parte del adulto, los defensores de la paidofilia citan diversos estudios para demostrar que puede haber sexo entre hombres y niños “sin que el adulto ejerza ningún tipo de poder manipulador,”³⁶ y que los niños suelen considerarlo una experiencia positiva.³⁷ A fin de cuentas, todo el mundo sabe que, en una relación, la persona que más desea el sexo está a expensas del otro; así que, si el hombre quiere sexo, el niño es quien controla, porque es él quien lo permite.³⁸

Además, siguen abogando, la paidofilia es una parte natural de la constitución de algunos individuos,³⁹ y los terapeutas no han logrado que funcione la terapia de conversión.⁴⁰ Su aceptación en la antigua

³³ *Ibíd.*, p. 153.

³⁴ C. Li, “‘The Main Thing Is Being Wanted’: Some Case Studies on Adult Sexual Experiences with Children,” *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 141.

³⁵ Brongersma, “Boy-Lovers,” pp. 159-67; Li, “The Main Thing,” p. 137.

³⁶ G. P. Jones, “The Study of Intergenerational Intimacy in North America: Beyond Politics and Pedophilia,” *Journal of Homosexuality* 20 nos. 1/2 (1990): 256-57.

³⁷ R. Bauserman, “Objectivity and Ideology: Criticism of Theo Sandfort’s Research of Man-Boy Sexual Relations,” *Journal of Homosexuality* 20, nos.1/ 2 (1990): 297-312.

³⁸ Brongersma, “Boy-Lovers,” p. 166.

³⁹ Li, “The Main Thing,” p. 133.

⁴⁰ G. Van Zessen, “A Model for Group Counseling with Male Pedophiles,” *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/ 2 (1990): 189-98.

cultura griega y en otras sociedades a lo largo de la Historia es una demostración más de que se trata de un fenómeno natural de la experiencia humana. Miles de paidófilos se ven forzados a esconder su orientación natural por temor a caer en la deshonra social. En consecuencia, cualquier evidencia de desajuste psicológico o cualquier exceso de comportamiento ocasional debemos atribuirlo en gran parte a una sociedad represiva, que ha forzado a los paidófilos a pensar mal de sí mismos. En nuestra sociedad *paidofilofóbica*, los homosexuales paidófilos son una minoría perseguida dentro de otra minoría perseguida y, por eso, se merecen los derechos civiles más que nadie (incluyendo la acción afirmativa), como portadores de la teología de la liberación.

¿Convencidos? Podemos aplicar una lógica similar al incesto, la prostitución, la zoofilia o cualquier tipo de actividad sexual que algunas personas experimenten de manera positiva. La cuestión no es vaticinar que la paidofilia representa el siguiente tema de discusión en la batalla moral (aunque podría serlo perfectamente), sino demostrar que *si las Escrituras se enseñan por medio de la experiencia personal, no hay, en última instancia, argumento que valga contra la paidofilia ni contra cualquier posible desviación de la monogamia heterosexual*.

Sumario

Este capítulo empezó con el contencioso de que una visión bíblica de la sexualidad no depende de una lista de actividades prohibidas, sino de la consolidación y racionalidad de una actividad afirmada: el matrimonio heterosexual. El relato del Génesis de la Creación sirve de base a los mandamientos bíblicos y sus consiguientes reflejos en la sexualidad humana. Las Escrituras nos enseñan, y la razón y la tradición nos confirman, que el matrimonio heterosexual no es solamente bueno, sino es exclusivamente bueno. Esta bondad incluye la concepción y cuidado de los hijos, la complementariedad entre compañeros sexualmente diferentes y la responsabilidad ante la comunidad humana.

Los actos homosexuales no pueden desempeñar por completo todos estos aspectos de la bondad del matrimonio heterosexual y, en cierta manera, se oponen al matrimonio heterosexual, por eso quedan prohibidos en las Escrituras como actos afines al adulterio. Los intentos revisionistas de afirmar la homosexualidad desautorizando las prohibiciones bíblicas a la luz de temas bíblicos más amplios tienen

muchas deficiencias en muchos particulares, dependiendo del enfoque. Pero tales enfoques revisionistas, a fin de cuentas, no se basan tanto en temas bíblicos generales, sino en la experiencia individual que, con autoridad maestra, termina con toda discusión y empieza con toda la destrucción.

4

ROMANOS 1:26-27: EL TEXTO PRINCIPAL EN CONTEXTO

La visión bíblica del matrimonio desarrollada en el capítulo tres excluiría la actividad homosexual por implicación, aunque la Biblia no hiciera referencia expresa a la misma. Pero parece haber algunas referencias y nuestra obligación ahora es examinarlas y preguntarnos, primero, si prohíben las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo y, segundo, si tales prohibiciones se pueden aplicar a la homosexualidad tal y como la conocemos hoy.

El tema de este capítulo es el pasaje bíblico más importante. Romanos 1.26-27:

Por esta razón Dios los entregó a pasiones degradantes; porque sus mujeres cambiaron la función natural por la que es contra la naturaleza; y de la misma manera también los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lujuria unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos el castigo correspondiente a su extravío.

Según L. William Countryman, este pasaje ha sido erróneamente interpretado (y traducido) por la tradición cristiana para describir las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo como pecaminosas. De hecho, dice Countryman, Pablo retrata dichas relaciones como impuras porque le conviene a su argumentación, pero como el Evangelio libera a los gentiles del código de pureza, Pablo tiene mucho cuidado en no utilizar aquí la terminología de pecado.¹ Aunque este enfoque

¹ A este argumento se había avanzado ya J. Boswell (*Christianity, Social Tolerance and Homosexuality* [New Haven, Conn.: Yale University Press, 1980], pp. 112-13 n.72).

no haya convencido a muchos, ni siquiera entre los revisionistas, sí que proporciona un marco en el que considerar, palabra por palabra, éste y otros argumentos revisionistas sobre el pasaje.

La estructura del argumento de Pablo

Según Countryman, Pablo quiere describir el resultado de la decisión tomada por los gentiles de no adorar al verdadero Dios de una manera en que el segmento judío de su público quede “ubicado” para el siguiente capítulo.² La intimidación entre personas del mismo sexo resulta una elección apropiada como ilustración principal de la “suciedad” de los gentiles, porque los judíos la encuentran repulsiva, pero los gentiles ven dicha repulsa tan solo como una peculiaridad de los judíos. La homosexualidad es sencillamente una cosa más de la cultura de los gentiles, como el comer tocino. Los cristianos gentiles saben que Pablo no asocia la impureza con el pecado y, por tanto, no va a asociar estas palabras de aquí con el pecado.³

Los defectos principales del argumento de Countryman aparecen incluso antes de pasar al análisis de cada palabra, cuando consideramos el diseño de Pablo en este pasaje. En primer lugar, operar bajo la presunción de que los gentiles, universalmente, aceptaban las relaciones entre personas del mismo sexo, sobre todo aquellas parecidas a lo que hoy entendemos por homosexualidad, es un error colosal. La sociedad griega aprobaba el sexo entre hombres únicamente circunscrita a la élite, cuyos miembros tenían relaciones con chicos de entre doce y diecisiete años, quienes solamente cumplían con su papel durante el contacto sexual y quienes, al madurar, abandonaban esta conducta en favor de las relaciones heterosexuales.⁴ Algunos autores griegos destacados como Platón, condenaban las relaciones sexuales entre personas del mismo

L. William Countryman (*Dirt, Greed and Sex* [Philadelphia: Fortress, 1988]) amplía la tesis de Boswell con un relato de la terminología del pasaje mucho más integrador, extenso y detallado.

² Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, pp. 99-123. Ver concretamente pp. 122-23 sobre lo apropiado que es poner de ejemplo la homosexualidad.

³ *Ibid.*, p. 123.

⁴ E. Cantarella, *Bisexuality in the Ancient World* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1972); K. Dover, *Greek Homosexuality*, 2ª ed. (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1989).

sexo sobre la base de que no iban dirigidas a la procreación.⁵ En sus inicios, la sociedad romana legisló contra la pederastia y las relaciones entre hombres adultos, pero con el tiempo y bajo la influencia griega, los romanos llegaron a aceptar la pederastia (sexo con niños) como una alternativa de gratificación sexual para los hombres libres.⁶

La Roma de la época de Pablo se regía mayoritariamente por una norma simple y brutal: que un hombre adulto y libre “puede satisfacer sus deseos sexuales por medio de la subyugación de hombres y mujeres sin distinción.”⁷ Pero la práctica sexual entre personas del mismo sexo, incluso en Roma, contaba con críticos prominentes como Séneca y Plutarco, contemporáneos de Pablo.⁸ Finalmente, y esto es de extrema importancia, casi siempre y en todas partes se condenaba firmemente el sexo entre mujeres.⁹ Como la primera referencia que hace Pablo en el pasaje es a las relaciones entre mujeres y como entonces la relaciona con el deseo mutuo entre hombres, sería imposible para cualquier gentil limitar la aplicación de las palabras de Pablo a la pederastia, y menos aún, encontrar en dichas palabras aprobación o neutralidad.

El segundo problema es cronológico. Pablo escribe desde Corinto después de haber resuelto algunos problemas que allí había, y antes de esta carta no había visitado Roma. ¿Cómo iban los cristianos de Roma a saber tanto sobre la distinción que hace Pablo entre impureza y pecado? Podrían haber captado algunos conocimientos generales de otros viajeros misioneros, pero es muy poco probable que esos conocimientos se hubieran convertido en especificaciones sobre la moralidad sexual. Y es inconcebible que Pablo, después de los problemas que acababa de tener con los corintios, diera por sentado que los romanos disponían de tal información. De hecho, Pablo no toca el tema de la pureza hasta Romanos 14, y dados los extensos comentarios sobre la pureza ritual

⁵ Platón, *Leyes* 636c, 838e-839b; ver Cantarella, *Bisexuality in the Ancient World*, pp. 58-69. Cantarella comenta que la teoría de Platón no tenía necesariamente nada que ver con sus prácticas; probablemente, él mismo era un pederasta.

⁶ Cantarella, *Bisexuality in the Ancient World*, pp. 106-54.

⁷ *Ibid.*, p. 137.

⁸ Ver Séneca, *Epístolas* 47.7; Plutarco *Diálogos sobre el amor* 751 c-d; comparar con Dión Crisóstomo de finales del siglo primero, *Discurso* 77/78.36; 7.151-52.

⁹ Ver B. J. Brooten, “Patristic Interpretations of Romans 1:26,” *Studia Patristica* 18, no. 2 (1985): 287-91; B. J. Brooten, “Paul’s Views on the Nature of Women and Female Homoeroticism,” de *Immaculate and Powerful: The Female in Sacred Image and Social Reality*, ed. C. W. Atkinson, C. H. Buchanan y M. R. Miles (Boston: Beacon, 1985), pp. 61-87; Cantarella, *Bisexuality in the Ancient World*, pp. 91-93, 164-71.

de los alimentos, cabe suponer que no hay conocimiento previo de su postura. Además, como en el capítulo 14 no relaciona para nada los alimentos con el sexo, sería muy extraño que su público encontrara tal conexión en el primer capítulo.

El párrafo circundante nos ofrece todavía más evidencia de que Pablo condena tanto las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo como otros comportamientos mencionados en los versículos siguientes. Está claro que Romanos 1:18-32 es una unidad, introducida por la referencia a “la ira de Dios...contra toda impiedad e injusticia.” Tres veces escribe Pablo que como resultado de la idolatría de los gentiles “Dios los entregó”; frase que no solo introduce los versículos 26-27, sino también los elementos que subsecuentemente se caracterizan como “cosas que no convienen” en los versículos 28-32.

Una variante de la sugerencia de Countryman es que Pablo emplea Romanos 1:18-32 como condena legalista del comportamiento gentil, para que luego no suene tan fuerte la dirigida a los judíos, pero a Pablo en sí no le preocupa la rectitud legal.¹⁰ Se trata de una visión simplista del pensamiento de Pablo. La similitud de los vicios aquí descritos con los de la lista de 1 Corintios 6:9-10, que también empieza por la idolatría, fuerza la conclusión de que Pablo debe de haber pasado del legalismo a la ilustración en los pocos meses que separan estas dos cartas. Además, es imposible reconciliar el estatus supuestamente secundario de Romanos 1:18-32 con la observación posterior de Pablo de que “tanto judíos como griegos” están todos bajo pecado (3:9) y que, con toda probabilidad, una parte substancial, si no la mayoría, del público romano de Pablo sean cristianos *gentiles*.¹¹

Podemos dar cuenta del argumento de Pablo en este pasaje sin tener que echar mano de explicaciones tan complejas y enrevesadas. El pasaje consiste en una condena triple de los vicios gentiles y cada subdivisión empieza con las palabras “Dios los entregó.” La primera subdivisión (vv. 24-25) se refiere a la idolatría en general, la segunda (vv. 26-27) describe un vicio sexual concreto, y la tercera (vv. 28-32) presenta una lista

¹⁰ G. A. Edwards, *Gay/Lesbian Liberation: A Biblical Perspective* (New York: Pilgrim, 1984), pp. 85-102.

¹¹ Virtualmente, la mayoría de los comentarios importantes sostienen que el público estaba formado mayoritariamente por gentiles; ver por ejemplo, J. D. G. Dunn, *Romans 1-8* (Dallas: Word, 1988), pp. xlv-liv; C. E. B. Cranfield, *Romans 1-8* (Edinburgh: T & T Clark, 1975), pp. 18-21.

de vicios destructivos para las relaciones humanas. Esto muestra “la conexión inherente entre la idolatría, como la mentira sobre el estatus propio que nos hemos creado, la inmoralidad sexual y, en concreto la homosexualidad, como la mentira sobre nuestras relaciones con nuestro propio cuerpo y el asesinato, como la mentira sobre nuestra relación con la vida de otro ser humano.”¹²

Se destacan las relaciones entre personas del mismo sexo porque Pablo busca “una imagen vívida del rechazo primitivo de la Humanidad a la Soberanía del Dios Creador.”¹³ Es decir, la primera evidencia de adoración a alguna otra cosa que no sea el verdadero Dios es que la Humanidad se haga a sí misma algo distinto a la verdadera Humanidad. Como observaremos en los numerosos ejemplos que siguen, Pablo escribe desde el punto de vista del judaísmo helenista (de influencia griega), el cual consideraba el sexo entre personas del mismo sexo (con mucha literalidad) un acto de sublevación, en el sentido de que representaba sublevarse al orden creado. Pablo no rechaza esta reacción judía sino que la explota, manteniendo que los judíos también se hallan bajo el juicio de Dios.

De hecho, se confirma un punto importante del último capítulo cuando observamos que Pablo reemplaza las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo por el *adulterio*, al confrontar la hipocresía de los judíos en el versículo 2:22. Proviene de la idolatría de los gentiles o de la hipocresía de los judíos, Pablo ve el pecado sexual en contraste con lo bueno del matrimonio, que ha estado ahí desde el principio.

La estructura del argumento de Pablo en Romanos 1:18-32, el lugar que ocupa en el contexto más amplio de la carta y cómo están colocados los versículos 26-27 forman un todo bien cohesionado entre sí y con el pensamiento de Pablo en general. Los intentos de rebajar el tono de las palabras fuertes de Pablo nos crean tantas incoherencias, que tan solo podemos considerarlos como débiles iniciativas de salvar a Pablo de sí mismo.

¹² D. Novak, “Before Revelation: The Rabbis, Paul and Karl Barth,” *Journal of Religion* 71 (January 1991): 62. Comparar con el pasaje relacionado del Talmud, *b. Sanhedrin* 58a: “y se unirá, no con un hombre, sino con su esposa, no con la esposa del vecino, y serán una sola carne, aplicándolo a quienes pueden llegar a ser una sola carne; es decir, excluyendo al ganado y las bestias, que no pueden llegar a ser una sola carne con los hombres.”

¹³ R. B. Hays, “Relations Natural and Unnatural: A Response to John Boswell’s Exegesis of Romans 1,” *Journal of Religious Ethics* 14 (1986): 191.

Palabras clave de Romanos 1:24-27

Countryman intenta hacer una distinción entre una ética sexual del Antiguo Testamento, la cual condena el sexo entre personas del mismo género sobre la base de la impureza ritual, y una ética sexual del Nuevo Testamento, la cual define el pecado sexual como “la intención de hacer daño,” sobre todo en relación con la propiedad (sexual) del otro. Para proteger a Pablo de la incoherencia en este sentido, Countryman propone una traducción alternativa de Romanos 1:24-28, que evita la terminología de pecado y describe las relaciones entre personas del mismo sexo sencillamente como actos impuros. Las palabras clave están subrayadas y las griegas entre paréntesis y en cursiva:

Traducción propuesta por L. William Countryman: ¹⁴ La Biblia de las Américas:

Por esta razón [la idolatría], Dios los entregó a la suciedad [*akatharsia*] en los deseos [*epithymia*] de sus corazones, de modo que deshonraron [*atimazo*] entre sí sus propios cuerpos;

porque cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y reverenciaron a la criatura en lugar del Creador, que es bendito por los siglos. Amén.

Por esta razón [el pecado de la idolatría], Dios los rindió a pasiones [*pathos*] de deshonor [*atimia*]; porque sus mujeres cambiaron su función natural por una que va en contra de la naturaleza [*para physin*];

Y de la misma manera también los hombres, habiendo dejado el uso natural de la mujer, se encendieron en su deseo [*orexis*], cometiendo hechos vergonzosos [*aschemosyne*] hombres con hombres y recibiendo en sí mismos la recompensa [*antimisthia*] correspondiente a su error [*plane*].

Y como ellos no quisieron reconocer a Dios, Dios los entregó a una mente ingrata, para que hicieran cosas que no son apropiadas [*kathékonta*];

Por consiguiente, Dios los entregó a la impureza [*akatharsia*] en la lujuria [*epithymia*] de sus corazones, de modo que deshonraron [*atimazo*] entre sí sus propios cuerpos;

porque cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en lugar del Creador, que es bendito por los siglos. Amén.

Por esta razón Dios los entregó a pasiones degradantes [*pathos atimia*]; porque sus mujeres cambiaron la función natural por la que es contra la naturaleza [*para physin*];

y de la misma manera también los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se encendieron en su lujuria [*orexis*] unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos [*aschemosyne*] hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos el castigo [*antimisthia*] correspondiente a su extravío [*plane*].

Y así como ellos no tuvieron a bien reconocer a Dios, Dios los entregó a una mente depravada, para que hicieran las cosas que no convienen [*kathékonta*];

¹⁴ Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, pp. 11-12, 116.

En las páginas siguientes examinaré cada término para demostrar su asociación con el pecado, y no solo con la impureza, en la mente de Pablo. La evidencia es más abundante en unos casos que en otros, pero yo solo puedo estar equivocado en algunas palabras, mientras que Countryman debe desviarlas todas para escapar a la connotación de “pecado”. Es decir, que si puede relacionarse claramente con el pecado *uno solo de los términos* de Romanos 1:24-28 referentes a las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, entonces la tesis de Countryman queda refutada.

Excursus: Una interpretación bíblica responsable

Los lectores con experiencia en la exégesis de textos (búsqueda del sentido del autor) quizás quieran saltarse esta sección y pasar al subsiguiente análisis palabra por palabra. Para el resto, las páginas siguientes pueden tener más sentido después de que ilustre y explique un sencillo principio.

Trasladémonos dos mil años hacia el futuro, a una época en que nuestro idioma sea totalmente desconocido, y en que nuestro profesor de castellano antiguo nos pide que escribamos en un papel el significado de la palabra *amor* tal y como aparece en el primer párrafo del discurso que dio la Madre Teresa cuando le otorgaron el premio Nobel de la Paz. Disponemos únicamente del texto de su discurso, un par de libros suyos sobre la oración, un libro de sermones de Martin Luther King Jr. y las letras de las canciones de Madonna. Desgraciadamente, no ha quedado nada más en castellano.

¿Cómo podemos, sin diccionario, empezar a descubrir el significado de la palabra *amor* en ese primer párrafo de la Madre Teresa? Pues en el mismo párrafo. ¿Cuáles son las claves que nos da el contexto inmediato, es decir, las frases circundantes? ¿Explica ella misma lo que quiere decir por *amor*? ¿Da algún ejemplo? ¿Usa otros términos similares como *caridad* o *bondad* que puedan aclarar su definición de *amor*?

Después de explorar el contexto inmediato, la mejor fuente de información será el resto de su discurso, seguido de los otros libros de la Madre Teresa; ahí buscaremos pasajes similares y nos plantearemos las mismas preguntas de antes. Es muy probable que con las mismas palabras quiera decir lo mismo. Sin embargo, hay que guardar un grado de cautela al estudiar sus otras obras, porque sus ideas pueden haber cambiado un poco con el tiempo y quizás no estemos seguros de si esas obras fueron escritas antes o después del discurso que nos ocupa.

Los escritos de Martin Luther King Jr también nos pueden ser de ayuda, ya que también es un autor cristiano, pero sin embargo el uso que hace de la palabra *amor* puede tener unas connotaciones políticas, que no están presentes en la obra de la Madre Teresa. En cuanto a Madonna, bien, entra dentro del periodo cronológico de la Madre Teresa y también de King, pero la palabra “amor” para ella es un término que expresa primariamente indulgencia erótica.

Esta ilustración no tiene una analogía directa con nuestro análisis de textos bíblicos, pero sí clarifica los principios que intervienen. Como la gente de la época de Pablo no nos dejó diccionarios, la gente de nuestra época debe recopilar y comparar los términos para ver cómo se utilizan y así determinar su significado. El mejor lugar para buscar ayuda para un texto bíblico en concreto es el texto más cercano, seguido por el siguiente más cercano y, así, sucesivamente. Nos pueden ser de gran ayuda las frases del entorno, el mismo libro, otro libro del mismo autor (en el caso de Pablo, disponemos de unos cuantos), autores cristianos contemporáneos, autores judíos contemporáneos que escribieran en griego; todo ello generalmente en este orden.

En la búsqueda del significado, cuanto más nos alejamos del contexto inmediato, más variables entran en juego y más complicado se hace el proceso. Por ejemplo, un libro del Antiguo Testamento puede verter luz sobre las palabras de Pablo, aunque esté escrito en otra lengua y cientos de años antes, porque podemos estar seguros de que Pablo lo conocía y le otorgaba autoridad. Por otro lado, un filósofo de la época de Pablo que escribiera en griego, quizás usara palabras similares a las de Pablo, pero con un sentido totalmente distinto.

Volviendo a mi analogía, toda una serie de escritos a mano por la Madre Teresa pidiendo recursos para las Hermanas de la Caridad quizás nos ayude menos a definir la noción de “amor,” que un tratado medieval en latín sobre la oración. En otras palabras, para afinar el principio de lo que yo denomino *proximidad contextual*, debemos considerar el tipo de escrito y el universo conceptual del autor en cuestión, contrastándolo con el del autor estudiado.

Si aplicamos todo esto a Romanos 1:24-27, podemos empezar a evaluar las propuestas de Countryman y de otros revisionistas en cuanto a las palabras de Pablo. La mejor evidencia es Pablo mismo: sus propias palabras por todo el libro de Romanos, o en otros de sus libros, cuando se sirve de la misma terminología u otra similar para hablar de la moralidad sexual. Después podemos obtener ayuda de contemporáneos judíos o

cristianos que escribieron acerca de la moralidad sexual, especialmente si podemos establecer un vínculo firme entre su pensamiento y el de Pablo. Y si todavía necesitamos más datos, podemos acudir a los autores paganos, teniendo en cuenta la posibilidad de que su moralidad, e incluso su terminología, presenten similitudes con la de Pablo tan solo de modo superficial.

***Epithymia, pathos, orexis*: ¿deseo o lujuria?**

Estas palabras salen en los versículos 24, 26 y 27 respectivamente. En el caso de *epithymia* en general, y en concreto en los casos de *pathos* y *orexis*, son palabras que denotan una inclinación de la voluntad que conduce al sexo con personas del mismo género. En la mente de Pablo, ¿están algunas de estas tres palabras erróneamente vinculadas al pecado?

Countryman da por sentado que Pablo, igual que otros filósofos estoicos de su tiempo, emplea el término *epithymia* “en sentido negativo en la mayoría de los casos,” pero su argumentación se basa en una única referencia, 1 Tesalonicenses 2:17 (el “deseo” de Pablo de visitar a los destinatarios de la carta); *epithymia* podría tener también un sentido positivo y, por lo menos, deberíamos dejar la palabra como “neutra” y no precipitarnos en tomar una decisión sobre la evaluación que Pablo hace de las relaciones entre personas del mismo sexo.¹⁵ Sin embargo, dicho alegato no queda justificado. Las cartas paulinas contienen 17 ejemplos de *epithymia*. Aparte de 1 Tesalonicenses 2:17, solamente uno de estos casos (Flp 1:23, donde Pablo “desear” estar con Cristo) permite una connotación positiva. En los otros ejemplos de *epithymia*, y el número se duplica si contamos el resto del Nuevo Testamento, el término no solamente es “negativo”, sino que está conectado al pecado.¹⁶

Estos datos son importantes, pero todavía lo es más el tipo de escrito en el que aparece *epithymia*. Los dos ejemplos mencionados son narraciones autobiográficas, mientras que las otras quince referencias

¹⁵ Ibíd., pp. 11-12.

¹⁶ Además de los pasajes de Romanos aquí abajo citados, ver también Marcos 4:19; Juan 8:44; Gálatas 5:16, 24; Efesios 2:3; 4:22; Colosenses 3:5; 1 Tesalonicenses 4:5; 1 Timoteo 6:9; 2 Timoteo 2:22; 3:6; 4:3; Tito 2:12; Santiago 1:14-15; 1 Pedro 1:14; 2:11; 4:2-3; 2 Pedro 1:4; 2:10; 2:18; 3:3; Judas 16, 18; 1 Juan 2:16-17; Apocalipsis 18:14. Comparar la forma verbal *epithymeo* en 1 Corintios 10:6 y Gálatas 5:17. El único otro lugar donde aparece con connotaciones positivas o neutras es Lucas 22:15, refiriéndose al “deseo” de Jesús de comer la Pascua con sus discípulos.

paulinas, como Romanos 1:24, se dan en el contexto de la enseñanza moral. Más aún, cuatro de ellos aparecen en el mismo libro de Romanos, justamente el primer lugar al que debemos acudir en busca de evidencias sobre la conexión que Pablo hace entre *epithymia* y pecado.

La evidencia es aplastante. En Romanos 6:12, Pablo ordena: “Por tanto, no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal para que no obedezcáis sus *lujurias* [*epithymia*].” En el capítulo 7:7-8, escribe: “yo no hubiera llegado a conocer el *pecado* si no hubiera sido por medio de la ley; porque yo no hubiera sabido lo que es la *codicia*...Pero el *pecado*, aprovechándose del mandamiento, produjo en mí toda clase de *codicia* [*epithymia*].” En el 13:14, Pablo ordena a los creyentes que no piensen “en proveer para las *lujurias* [*epithymia*] de la carne.”

Más contundente todavía que estos ejemplos de Romanos sea quizás el uso del término *epithymia* en una referencia concreta al pecado sexual, que contiene ecos de Romanos 1 en su comparación con el mundo de los gentiles. En 1 Tesalonicenses 4:5, Pablo manda a los creyentes que expresen su sexualidad “no en *pasión de concupiscencia* [*pathei epithymias*], como los gentiles que no conocen a Dios.” La ecuación entre *epithymia* y pecado sexual aquí es innegable: Pablo acaba de prohibir la inmoralidad sexual (*porneia*, v.3) y define la *pasión de concupiscencia* con el mandamiento del versículo 6 de no *pecar* (*hyperbaino*¹⁷) ni defraudar (*pleonekteo*) al otro.

Filón, un filósofo judío que escribía en griego durante el primer siglo, justo antes del Nuevo Testamento, nos proporciona una conexión todavía más directa entre *epithymia* como pecado y Romanos 1. Es muy poco probable que los autores del Nuevo Testamento leyeran a Filón, pero su voluminosa obra amplía nuestro conocimiento sobre la manera en que se usaban las palabras y sobre el tipo de ideas que circulaban entre los judíos educados en la cultura griega (helenistas), como Pablo. Filón escribe en una ocasión que los hombres de Sodoma estaban abocados a las relaciones sexuales entre ellos, aunque quedaran esterilizados como consecuencia, porque estaban “dominados por la *epithymia*” (*De Abrahamo* 135); en otra ocasión hace referencia a su “*epithymia* antinatural e impía” (*De Fuga et Inventione* 144).

¹⁷ Esta es la única ocasión en que esta palabra se usa en el Nuevo Testamento, pero sí la encontramos en otras fuentes con referencia al pecado o la trasgresión de la ley. Ver Filón, *De Posteritate Caini* 180 y *De Praemiis et Poenis* 77; Platón, *La República* 2.366a; Sófocles, *Antígona* 449, 481, 663. Ver también la discusión en cuanto a la relación entre los versículos 6 y 3-5 en C. A. Wannamaker, *The Epistles to the Thessalonians* (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1990), pp. 154-56; y F. F. Bruce, *1 and 2 Thessalonians* (Waco, Tex.: Word, 1982), pp. 84-85.

Countryman descarta repetidamente todas las referencias a los judíos helenistas como Filón, sobre la base de que Pablo no adoptó del todo su ética de la pureza.¹⁸ Haremos esta concesión; no podemos considerar la evidencia del contexto cultural de Pablo sin mirada crítica. Sin embargo, en Filón encontramos a un judío helenista contemporáneo, que escribe sobre el mismo tema y describe las relaciones sexuales entre hombres como pecaminosas, impuras y repugnantes; y además emplea el término *epithymia* en el mismo contexto. Si esto no es una evidencia de que Pablo, al menos de manera parcial, adoptó el código ético de los judíos helenistas, cuesta decir que presenta una visión diferente en Romanos 1 cuando emplea terminología idéntica a la empleada por un helenista judío contemporáneo. Llegados a este punto, decir que Pablo usa la palabra, pero no la asocia con el pecado, es algo que no se sostiene a la luz del propio uso que Pablo hace de la misma en cada una de las otras ocasiones pertinentes.

Solo sobre la base de *epithymia*, ya deberíamos descartar el argumento entero de Countryman sobre Romanos 1:24-27 y pasar a otras cuestiones. Sin embargo, seguiré con el análisis palabra por palabra, no para cebarme con él, sino para construir una imagen más precisa de lo que Pablo condena y el porqué lo hace.

En los versículos 26-27, Pablo usa otros dos términos para el deseo homosexual: *pathos* y *orexis*. De nuevo Countryman mantiene que estos términos se pueden entender en sentido positivo.¹⁹ Al igual que en el caso de *epithymia*, esto es técnicamente cierto, pero de hecho puede conducir a error a la luz de los usos pertinentes de la palabra. Solamente encontramos dos ejemplos más de *pathos* en el Nuevo Testamento.²⁰ El primero, en 1 Tesalonicenses 4:5, ya lo hemos citado y denota claramente una acción pecaminosa. El otro está en la lista de vicios de Colosenses 3:5. La referencia que hace Countryman a un sentido “positivo” de *pathos* debe derivar o bien del griego clásico, el cual tiene poca relevancia en Pablo, o bien de la palabra *pathema*, que se suele usar en el Nuevo Testamento en

¹⁸ Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, pp. 97-104 y p. 119 n.31.

¹⁹ *Ibid.*, p. 113. Countryman aquí no ofrece ninguna documentación, así que me quedo con la especulación de que su evidencia proviene de fuentes clásicas griegas, muy lejanas al contexto de Pablo.

²⁰ La palabra se emplea ampliamente en los libros apócrifos de los Macabeos y en la obra de Filón, y siempre en sentido negativo, para denotar las emociones que operan en oposición a la razón. Los glosarios clásicos dan numerosos ejemplos de los distintos significados positivos o neutros en contextos que no son de ética.

relación con los sufrimientos padecidos por los creyentes o por Cristo.²¹ Sin embargo, en dos ocasiones en que *pathema* se usa en un contexto de ética, la asociación con el pecado es inequívoca. Romanos 7:5 afirma que “mientras estábamos en la *carne*, las pasiones pecaminosas [*pathema*] ... actuaban en los miembros de nuestro cuerpo.” Gálatas 5:24 loa a quienes “han crucificado la carne con sus *pasiones* y *deseos*” (*pathema* y *epithymia*). Está claro que la evidencia, particularmente en los escritos de Pablo, nos obliga a asociar la palabra *pathos* con el pecado en Romanos 1:26.

En el versículo 27, Pablo emplea *orexis* para referirse al deseo de unos hombres de estar con otros hombres. Éste es el único caso en que esta palabra sale en el Nuevo Testamento, pero la palabra *oregomaí*, que tiene relación con la anterior, se utiliza una vez en un contexto ético (1 Timoteo 6.10); se trata de una advertencia acerca del “afán” por la riqueza. Filón emplea *orexis* catorce veces, siempre con connotaciones negativas, y dos veces en debates sobre el deseo sexual.²² En la versión griega del Nuevo Testamento²³ encontramos tres ejemplos relevantes. Sirácida 18:30 advierte: “no te dejes dominar por tus deseos [*epithymia*], refrena las pasiones [*orexis*].” Sirácida 23:6 contiene la siguiente súplica: “Que ni el apetito [*orexis*] sexual ni el culinario se apoderen de mí” (traducción mía).²⁴ En 4 Macabeos 1:33, 35, el autor vincula el deseo sexual al sensual, abogando por un control razonable de “los impulsos del cuerpo” y de “las emociones de los apetitos [*orexis*].”

Mientras que las referencias a *orexis* como tal son escasas, no deberíamos aislar la palabra del verbo al que modifica en Romanos 1:27, *ekkeiaio*. Pablo escribe que los hombres “se consumían [*ekkeiaio*] de pasión.” Esta imagen tiene una connotación de pecado que Pablo emplea de forma similar en 1 Corintios 7:9 (por medio de otro verbo, *pyroo*).²⁵ En el caso del pecado

²¹ Romanos 8:18; 2 Corintios 1:5-7 (tres veces); Filipenses 3:10; Colosenses 1:24; 2 Timoteo 3:11; Hebreos 2:9-10; 10:32; 1 Pedro 1:11; 4:13; 5:1, 9.

²² *De Orificio Mundi* 80; *Legum Allegoriae* 3.155, 138; *Quod Deus Sit Immutabilis* 113 (del deseo sexual); *De Posteritate Caini* 26, 71, 116; *De Gigantibus* 35; *De Ebrietate* 214, 222; *De Abrahamo* 96; *De Decálogo* 123 (del deseo sexual), 149; *De Virtutibus* 136.

²³ Esta traducción abreviada “la Septuaginta”, que incluye los apócrifos, fue terminada por los judíos de Alejandría, Egipto, unos doscientos años antes que el Nuevo Testamento. La Septuaginta, y no la versión hebrea, era la Biblia que Pablo y otros autores del Nuevo Testamento usaban y citaban casi exclusivamente. De aquí su importancia en el estudio del lenguaje del Nuevo Testamento.

²⁴ La NRSV dice: “Let neither gluttony nor lust overcome me” [“Que ni la glotonería ni la lujuria puedan conmigo!”]

²⁵ Countryman destaca que 1 Corintios 7:9 expresa la disposición de Pablo a “si fuere necesario, aceptar la legitimidad del deseo sexual y su consecuente satisfacción”

sexual, la asociación de la imagen del fuego con la autodestrucción quizás sea obvia, pero con unos cuantos ejemplos se puede demostrar lo común que era en el contexto histórico de Pablo. Sirácida 23:16 hace referencia a la pasión del fornicador que “arde como el fuego” y que “no se apagará hasta consumirse.” Filón advierte que “todos los rebeldes seguirán ardiendo...por su lujuria interna [*epithymia*], que como una llama se apoderará de la vida entera de quienes en ella habitan” (*De Decalogo* 49). En otro lugar, Filón sostiene que “debemos rechazar con desprecio las frivolidades que encienden la lujuria [*epithymia*], la cual con una sola llamarada consume [*kataphlego*] todo lo bueno” (*De Gigantibus* 34).

Como en el caso de *epithymia* y *pathos*, el análisis de *orexis* no da lugar a la “neutralidad”. Cuanto más cercana es la evidencia al contexto de Pablo, tanto más fuerte la convicción de que las tres palabras empleadas por Pablo en Romanos 1:24-27 para referirse a la inclinación de la voluntad hacia las relaciones sexuales con personas del mismo sexo, no tan solo tienen connotaciones negativas, sino que están clara y conscientemente vinculadas al pecado. Queda justificado, pues, en la traducción al inglés el uso de una palabra tan fuerte como *lust* (en castellano, “lujuria”).

***Akatarsia*: ¿codicia o lascivia?**

En el caso de *akatarsia* (v.24), Countryman sostiene que Pablo despoja a la palabra de la connotación de impureza de Levítico y le da un uso especial, convirtiéndola en sinónimo de *codicia*.²⁷ Se trata de una comprensión dudosa de la palabra,²⁸ pero en ningún caso queda disociada del pecado en las mentes de quienes escuchan a Pablo en Romanos 1:24.

(*Dirt, Greed and Sex*, p. 113). Pero Pablo está legitimando el “quemarse” a la vez que presenta el matrimonio como *antídoto*. En ese contexto (vv.2, 5), sus referencias a la tentación dan a entender que hay una relación entre quemarse y el pecado.

²⁶Al igual que aquí la NRSV traduce *epithymia*; la versión King James y la New American Bible traducen *epithymia* y *orexis*; y al igual que The New Internacional Version traduce *pathos* y *orexis*.

²⁷Countryman, *Dirt Greed and Sex*, pp. 105-9.

²⁸El argumento de Countryman pesa mucho sobre algunos enlaces débiles. La única referencia anterior en los escritos de Pablo es 1 Tesalonicenses 4:6, donde la codicia (*pleonekteo*) se usa en proximidad a la *akatharsia* (v.7). Pero este es el único uso metafórico del grupo de palabras en las epístolas de Pablo, y el único lugar en que aparece junto a *akatarsia*. Como corroboración, Countryman postula por las enseñanzas *orales* de Pablo, que tan solo quedan reflejadas en tres pasajes supuestamente

De hecho, es como si en este caso Countryman hubiera quedado atrapado en una seria contradicción. Por un lado, mantiene que la suciedad equivale a la codicia pero no a la impureza, y define el pecado como codicia, pero por otro, cuando se encuentra con la palabra *akatharsia* en Romanos 1:24, entonces sostiene que es lo mismo que la impureza, pero no es pecado. La verdad es que en Pablo y su público unas diferenciaciones tan sutiles se perderían. Si prestamos atención al trasfondo y al uso que hace Pablo de la palabra *akatharsia*, su asociación con el pecado queda demostrada.

En la época de Pablo, los judíos helenistas usaban *akatharsia* con asiduidad cuando hablaban de moral y, en concreto, de la maldad²⁹ sexual, asociación que procedía del uso del término en el Nuevo Testamento y sobre todo por parte de Pablo. De hecho, las únicas referencias claras de *akatharsia* como suciedad ritual en el Nuevo Testamento son: la crítica que hace Jesús a los fariseos (Mt 23-27) y la respuesta de Pedro a una visión de comida impura (Hechos 10:14, 28; 11:8). En el resto de casos la palabra se refiere de manera inequívoca a una conducta pecaminosa.

Hay varios textos particularmente pertinentes. En Romanos 6:19, Pablo hace una correlación entre *akatharsia* e “iniquidad” (*anomia*, literalmente “ilegalidad”) en contraste con “justicia para la santificación.” En 2 Corintios 12:21, Pablo amenaza a aquellos que han “*pecado* anteriormente y no se han *arrepentido* de la *impureza*, *inmoralidad* y *sensualidad* que han practicado.” Quizás 1 Tesalonicenses 4:7, donde Pablo sintetiza su ética sexual, sea todavía más conciso: “Porque Dios no nos ha llamado a *impureza*, sino a *santificación*.”³⁰ En estos ejemplos Pablo está siendo

no paulinos: Efesios 4:19; 5:3, 5; y Colosenses 3:5-6. Solamente el primero de ellos respalda una relación integral entre *akatharsia* y *pleonexia*. En el segundo las palabras quedan separadas por la conjunción disyuntiva o (ε). Además, en el segundo y tercer pasaje se especifica la equivalencia de idolatría (*eidolatria*) con *pleonexia* solamente, no con toda la lista como sugería Countryman (ibid., pp. 108-9).

²⁹ F. Hauck, “*οργή και*” en el *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel y Gerhard Friedrich, 10 vols. (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1967), 5:428; M. Newton, *The Concept of Purity at Qumran and in the Letters of Paul* (Cambridge: Cambridge University Press, 1985), p. 103. Hauck cita del siglo segundo antes de Cristo: el *Testament of the Twelve Patriarchs* (*Testamento de los doce patriarcas*), *Testament of Joseph* (*Testamento de José*) 4:6 y el *Testament of Judah* (*Testamento de Judá*) 14:5, donde *akatharsia* se equipara al adulterio. Para ver la asociación que hacía Filón de *akatharsia/akatharsis* con el pecado sexual, ver *Legum Allegoriae* 2.29, 3.139, 147; *De Migrationi Abrahami* 65; *De Specialibus Legibus* 1.150. Este desarrollo judío helenista que incluye la moralidad en general, y la licencia sexual en particular, es una extensión de las connotaciones más estrechas de impureza ritual de los textos del Antiguo Testamento.

³⁰ Los otros lugares en que aparece en el Nuevo Testamento son Gálatas 5:19; Efesios 4:19; 5:3; Colosenses 2:5; y 1 Tesalonicenses 2:3. Para *akathartos*, ver 1 Corintios

claramente coherente con el sentido contemporáneo y más extendido de *akatharsia*, en el contexto de la ética, como “inmoralidad” y no tan solo “suciedad”. Por tanto, según el contexto sexual de los versículos que siguen a Romanos 1:24, es apropiado traducir la palabra como lascivia.³¹

***Atimia, aschemosyne*: ¿deshonra social u ofensa ética?**

Countryman considera *atimia* y *aschemosyne* como designaciones del estatus social, no de la inmoralidad; las dos son “sinónimo de deshonra, no un término que denote un comportamiento pecaminoso.”³² De nuevo surge la cuestión de si es legítima su neutralización en la terminología de Pablo. Hay que admitir que, en el contexto de Pablo, caer en desgracia social por temas de sexualidad no era siempre el resultado directo de un comportamiento pecaminoso (como era el caso de la menstruación), pero hay que hacerlo con cautela. El lenguaje de la deshonra social puede implicar también comportamientos pecaminosos. En el caso que nos ocupa, el estudio de los usos de estas palabras nos revela dicha conexión.

En el contexto de la ética paulina solamente encontramos dos usos más de *atimia* y *aschemosyne*,³³ pero ambos son instructivos. En 1 Corintios 15:43, Pablo dice que “se siembra en deshonra” y “se resucita en gloria.” Está claro que se está refiriendo a algo más que a la muerte como desgracia social: la muerte es la paga del pecado. El otro uso paulino de *atimazo* lo encontramos justo en el capítulo siguiente de Romanos, en que el apóstol desafía a ciertos judíos: “¿violando la ley deshonras a Dios?” (2:23).³⁴ Aquí el pecado constituye claramente una ofensa a Dios, no una mera desgracia social.

7:14; Efesios 5:5; y sobre todo Apocalipsis 17:4, donde la prostituta de Babilonia levanta una copa que contiene “las inmundicias [*akatharta*] de su inmoralidad.” 2 Corintios 6:17 (ver 6:17 – 7:1) incluye *akathartos* en una cita del Antiguo Testamento y contrasta las acciones de los no creyentes (caracterizadas por la “iniquidad,” 6:14, y “la inmundicia de carne y de espíritu,” 7:1) con la “santidad” (7:1).

³¹Comparar “vileness” (vileza), en la New English Bible, y “filthy things” (cosas sucias) en la Biblia Good news.

³²Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, p. 113, sobre *aschemosyne*; comparar con su argumentación sobre *atimia* de la p. 112.

³³Casos en que se usa *atimia*, *aschemosyne* en contextos sociales: Hechos 5:41; 2 Corintios 6:8; 11:21; y para todos los ejemplos de *atimos*: Mateo 13:57, Marcos 6:4, 1 Corintios 4:10. *Atimia* en el sentido de impureza ritual: Romanos 9:21, 1 Corintios 11:14 y 2 Timoteo 2:20; comparar el uso de *atimos* que se hace en 1 Corintios 12:23.

³⁴Los casos no paulinos en que *atimazo* se usa en este sentido son: Marcos 12:4; Lucas 20:11; Juan 8:49 y Santiago 2:6.

Prevalece un sentido similar para *aschemosyne* en contextos éticos, aunque al tratarse de una palabra rara no hay demasiada documentación. Sin embargo, es significativo el otro único caso en que aparece en el Nuevo Testamento. En Apocalipsis 16:15 se alaba a la persona que “vela y guarda sus ropas, no sea que ande desnudo y vean su *vergüenza*.” La carga ética de esta afirmación queda clara en ese contexto³⁵ y confirmada por otros ejemplos. Sirácida 30:13 recomienda al padre: “Corrige a tu hijo... para que en su necedad no se rebele contra ti.” Filón remarca que “ejemplos de necedad son todas esas acciones indecorosas [*aschemosyne*], cuando la mente desvela cosas vergonzosas [*aischros*] que debería mantener escondidas” (*Legum Allegoriae* 2.66); “en otro lugar iguala la desfachatez de la carne con la pasión” (*Legum Allegoriae* 3.158). Estos usos demuestran que entre los contemporáneos el sentido de *aschemosyne* se extendía del deshonor social a la inmoralidad. Si a eso sumamos la evidencia de *atimia*, dichas observaciones otorgan todavía más fundamento a la visión de que Pablo en Romanos 1 aplica la terminología del pecado a las relaciones entre personas del mismo sexo.

***Ta me kathekonta*: ¿cosas impropias o pecaminosas?**

He comentado antes que la frase “hicieran las cosas que no convienen” (*ta me kathekonta*, v. 28) se refiere básicamente a la lista de pecados de Romanos 1:29-31; observación basada en la estructura y lenguaje del pasaje. Las tres frases de ese texto que incluyen las palabras “Dios los entregó a” se valen de unos términos para la maldad que parecen intercambiables. Pero esto plantea un desafío a la tesis de Countryman, ya que éste sostiene que *ta me kathekonta* quiere decir cosas “impropias”, no pecaminosas, y si aplicamos tal expresión a la lista de los versículos 29-31, su distinción entre impureza y pecado pierde el sentido. Para evitarlo, Countryman se ve forzado a argumentar que *ta me kathekonta*

³⁵ Ver Efesios 4:24-32; 6:14; Colosenses 3:12-17 y 1 Pedro 5:5 en cuanto a la asociación de la imagerie del vestuario con la rectitud. En Apocalipsis 17 hay todavía más alusiones que le dan al texto un cariz particularmente sexual: la prostituta de Babilonia va vestida de escarlata y lleva una copa llena de “las inmundicias de su inmoralidad” (17:4). Naturalmente, la idea de rectitud (rectitud sexual inclusive) (como preparación para el fin) suele estar presente sin la imagerie del vestir: Mateo 24:45-51; Lucas 17:22-27; 21:34-36.

se refiere a las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo de *atrás* en los versículos 26-27.³⁶ Una forma muy extraña de leer el pasaje, pero si es así, lo único que hace es pasar su tesis de la sartén al fuego, ya que la evidencia sugiere que *kathekei* es una palabra que tanto Pablo como quienes le escuchaban asociaban al pecado y no solamente a la impureza.

La única ocasión en que *kathekei* vuelve a salir en el Nuevo Testamento no es concluyente: unos judíos hostiles gritan que no es *katheken* que Pablo viva (Hechos 22:22). Está claro que en este contexto no quiere decir “impureza ritual”, pero “pecado” tampoco encaja bien; en cualquier caso, el contexto es tan distinto que impide comparación alguna.³⁷

Mientras que la palabra *kathekei* es extremadamente rara en contextos judíos helenistas, el grupo de palabras es bastante común en la literatura contemporánea, sobre todo entre los estoicos, para referirse al “deber”. El siguiente pasaje ilustrativo constituye una sólida evidencia de que Pablo tiene en mente los versículos 29-31 cuando escribe *ta me kathekonta*, pero también demuestra el sentido moral de la expresión, aunque solo lo apliquemos a los versículos 26-27:

*Los actos convenientes (kathékonta) son todos aquellos que la razón nos dicta; y este es el caso de honrar a nuestros padres, hermanos y país, así como las relaciones de amistad. Inconvenientes o contrarios al deber son todos aquellos actos que la razón desaprueba, por ejemplo, la indiferencia hacia el prójimo, las disputas entre amigos, desatender los intereses de nuestro país, y así sucesivamente... Vivir de acuerdo con la virtud es siempre un deber.*³⁸

³⁶ Countryman hace esto (*Dirt, Greed and Sex*, pp. 116-7) por medio de una ingeniosa traducción del griego que es técnicamente posible, pero enormemente forzada en su contexto. El hecho de que ningún otro comentarista o traductor haya leído el pasaje de esta manera acrecienta la sospecha de que se están forzando las reglas gramaticales para hacerlas encajar en la teoría. Los gramáticos griegos apreciarán las siguientes peculiaridades: Countryman sugiere que *pepleromenous* es el uso pasado del perfecto y no el más natural intensivo, que se trata de un participio causal y no del más natural circunstancial, y que el antecedente de *toiauta* del versículo 32 queda estrictamente limitado a los versículos 29-31 sin incluir los versículos 26-27.

³⁷ Hay dos usos en la Septuaginta que tampoco son definitivos. 2 Macabeos 6:4, con referencia a la profanación del templo por medio de cosas que “no son aptas” para el sacrificio; se trata de un caso claro de impureza ritual. 3 Macabeos 4:16 cuenta que Antíoco “lanzaba *improperios* contra el Dios Supremo”; refiriéndose posiblemente a palabras impuras, pero tratándose posiblemente de un caso de desafío presuntuoso, lo cual es *moralmente* reprochable.

³⁸ Diógenes, Laercio *Vidas* 7.108-9; ver también 3.24; Epícteto, *Discursos* 2.7.1; 2.14.18; 3.7.25; 4.12.16; *Enchiridion* 30.1; Cicerón, *De Officiis* 3.3. Filón sigue esta línea

Este uso de la palabra entre los gentiles, en contraste a su rareza en los textos judíos helenistas, es justamente lo que nos interesa de su aparición en Romanos 1:28. Pablo emplea la expresión para referirse “a aquello que le es ofensivo al hombre, incluso según el sentido moral popular de los gentiles, aquello que incluso el juicio humano natural considera como vicio y pecado.”³⁹ En otras palabras, lejos de intentar hacer una sutil distinción entre impureza y pecado, Pablo está dando un toque de atención a la inmoralidad de los gentiles valiéndose de *sus propios términos*.

Esta explicación no solo honra la comprensión común de la palabra, sino que también sirve al argumento de Pablo en los versículos 2:14-15, para que quienes no tienen la ley judía aún así puedan tener una idea de moralidad a la que no llegan todavía. En el capítulo 1, con el uso de la terminología de la moralidad de los gentiles, Pablo enfatiza este punto todavía más, y de una manera paralela a su cita del Antiguo Testamento en su acusación a los judíos (3:10-18).

***Para physin*: ¿más allá de la naturaleza o en contra de la naturaleza?**

Esta expresión, traducida como “contra la naturaleza” en la mayoría de versiones modernas de la Biblia, ha generado más debate que ningún otro aspecto de Romanos 1.26-27. Algunos revisionistas sencillamente discrepan de la visión de Pablo de “naturaleza” (*physis*), pero hay otros que reinterpretan la expresión, aparentemente negativa, *para physin*.

John Boswell dice que la expresión *para physin*, en Romanos 1:26 significa “más allá de la naturaleza” sin ninguna connotación de inmoralidad.⁴⁰ De manera parecida, Countryman hace referencia al uso “neutral” que hace Pablo de *Phycis*, para apoyar la reivindicación de que los gentiles sencillamente habían “perdido cierta continuidad con su

y en una ocasión equipara *kathbekonta* con virtud (*Legum Allegoriae* 1.56), en otra lo contraponen a la iniquidad (*adikia*, *Legum Allegoriae* 3.165). En términos generales, Filón usa este grupo de palabras para referirse a las responsabilidades de la vida cotidiana: *Legum Allegoriae* 3.18, 126, 210; *De Cherubim* 14; *De Sacrificiis Abelis et Caini* 43; *De Plantatione* 95, 100.

³⁹ H. Schlier, “καθήκω,” en *Theological Dictionary of the New Testament*, ed. Gerhard Kittel (Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1965), 3:438.

⁴⁰ Boswell, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*, pp. 110-12.

más remoto pasado”⁴¹ al practicar las relaciones homosexuales. Tales actos, según él, van tan en contra de la naturaleza como un apretón de manos (la exposición rudimentaria de nuestro brazo armado); y son igual de dañinos.

Partiendo de este terreno común, Boswell y Countryman se mueven en direcciones distintas. Boswell mantiene que Romanos 1:26-27 describe a heterosexuales individuales que, ocasionalmente, reniegan de su propia “naturaleza” y llevan a cabo actos homosexuales.⁴² El reparo principal de esta interpretación es dar por sentado que se está hablando de actos *individuales*; es decir, todo acto sexual entre personas del mismo sexo exige un “cambio” (v.26) de la verdadera naturaleza de esa persona por una naturaleza falsa. Esta interpretación no solo introduce un concepto moderno y debatible de “naturaleza,”⁴³ sino que también pierde de vista la idea de todo el pasaje (versículos 18-32). Aquí Pablo está describiendo, no acciones individuales, sino la rebelión *colectiva* de la Humanidad contra Dios y los tipos de conductas que conlleva.⁴⁴ Esto queda claro cuando nos fijamos en la palabra *cambio*, que aparece dos veces en el texto (vv. 23, 25) refiriéndose a pasar de alabar a Dios a alabar imágenes. Es absurdo suponer que cada gentil se estuviera reinventando la idolatría; lo que hace Pablo es describir el paso de la Historia. Luego la palabra *cambio* aparece de nuevo en el v. 26 para referirse esta vez a las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo. La cuestión es que este tipo de relaciones son una falsificación *específica* de la conducta correcta (una inmoralidad), facilitadas por la falsificación *general* del pensamiento correcto acerca de Dios (idolatría).

⁴¹ Countryman (*Dirt, Greed and Sex*, p. 114), cita Romanos 2:14; 2:27; 11:24; Gálatas 2:15; pero rechaza 1 Corintios 11:13-15, por pertenecer solamente al “amplio uso social,” un sentido que no serviría al propósito de Pablo en Romanos 1.

⁴² Boswell, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*, pp. 109-13. Para ver más reacciones a este punto, consulta Hays, “Relations Natural and Unnatural,” pp. 196-99.

⁴³ Trataré este tema con más amplitud en el capítulo siete. Por ahora, basta señalar que la postura de Boswell depende de una distinción entre “naturalezas” y “orientaciones”, la cual es totalmente ajena a Pablo; además de simplista desde un punto de vista ético. Afirmar que en la naturaleza se da la intimidad sexual entre personas del mismo sexo no lo convierte automáticamente en algo natural, en el sentido de su aceptación moral; así como llamar a una inclinación “naturaleza” tampoco justifica ni convierte en inevitable el comportamiento al que se inclina la persona. Hagamos esta misma relación con el tema del alcoholismo.

⁴⁴ Ver, por ejemplo, Hays, “Relations Natural and Unnatural,” pp. 190, 200; Cranfield, *Romans 1-8*, p. 104; Dunn, *Romans 1-8*, pp. 53, 74-75.

A Pablo no le preocupan los individuos que reniegan de sí mismos, sino la Humanidad que, primero en general y después en específico (y sexualmente), ha reemplazado una verdad por una falsedad.

Una variante de la mala interpretación a la inculpación colectiva de Pablo es la acusación de que Pablo, equivocadamente, atribuye las relaciones homosexuales a la idolatría, lo cual convierte su condena en irrelevante para una homosexualidad moderna y libre de ídolos.⁴⁵ Pero Pablo no está sugiriendo que una persona adore un ídolo y eso le conduzca a tener relaciones sexuales con personas del mismo sexo. Lo que está sugiriendo es que la rebelión colectiva crea el entorno propicio para la rebelión específica: “por esta razón Dios los entregó a”, no “como resultado de esto ellos hicieron.” No hace falta arrodillarse ante un becerro de oro para participar en la negación humana y colectiva de Dios, ni expresar dicha negación a través de conductas específicas.

Countryman admite que Pablo está describiendo lo que nosotros llamaríamos homosexualidad, pero insiste en el sentido “neutro” de *para physin*. Sin embargo, hay dos estudios minuciosos sobre la diferencia de “contra la naturaleza...y conforme a la naturaleza” (*para physin* y *kata physin*) en relación con el sexo que nos proporcionan una evidencia abrumadora contra dicha traducción “neutra”.⁴⁶ Es decir, aunque Pablo use *naturaleza* o *natural* en muchas ocasiones para referirse a lo acostumbrado, en Romanos 1 usa préstamos de fuentes griegas y judías para evocar un rechazo mucho más substancial de las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo.

Unos cuantos ejemplos bastarán para demostrar, primero, que la terminología de Pablo en Romanos 1 encajaba con el uso contemporáneo de la misma. A Platón (siglo cuarto a.C.) no lo podemos considerar un contemporáneo, pero su influencia se dejó notar durante mucho tiempo. Escribe que “cuando el hombre se une a la mujer para la procreación, el placer experimentado se lo debemos a la naturaleza. Contrario a la naturaleza [*para physin*] es cuando se unen hombres a hombres y mujeres a mujeres, entonces, culpables de tales enormida-

⁴⁵ P. B. Jung y R. F. Smith, *Heterosexism: An Ethical Challenge* (Albany: State University of New York Press, 1993), pp. 80-81.

⁴⁶ Hays, “Relations Natural and Unnatural,” pp. 192-95; J. B. DeYoung, “The Meaning of ‘Nature’ in Romans 1 and Its Implications for Biblical Perspectives of Homosexual Behavior,” *Journal of the Evangelical Theological Society* 31 (1988): 429-47.

des, quedan esclavizados al placer” (Leyes 636C).⁴⁷ Diodoro de Sicilia (50 a.C.) escribe acerca de un caso de relaciones homosexuales equivocadas como *para physin*, explicando que una “mujer” recibió “abrazos antinaturales [*para physin*]” (Historia 32.10.8 – 11). Dionisio de Halicarnaso (30 a.C.) hace referencia al acto homosexual coercitivo como “ejercer violencia sobre los instintos naturales [*kata physin*] del hombre” (Antigüedades romanas 16.4.2 – 3). Plutarco (100 A.D.) contrasta el amor “natural” (te physei) entre hombre y mujer con “la unión antinatural [*para physin*] entre hombres”; luego, unas líneas más abajo repite que quienes “se juntan con hombres” lo hacen *para physin* (Erotikos 751 C, E). Naturalmente, los autores paganos no condenan necesariamente como inmoral aquello que describen como antinatural. La cuestión es que con *para physin* se están refiriendo a algo mucho más profundo que “lo acostumbrado”.

El segundo paso hacia la comprensión del uso que Pablo hace de *para physin* es tomar en consideración la evidencia que nos aportan los autores judíos helenistas. Filón recalca que los hombres de Sodoma “se quitaron de encima la ley de la naturaleza [*physeos nomon*]” (*De Abrahamo* 135) para montarse a hombres, “sin respetar la naturaleza [*physin*] común por la cual la pareja activa actúa sobre la pasiva.”⁴⁸ En otros lugares caracteriza la pederastia como “transformación de la naturaleza [*physin*] masculina” y unas líneas más adelante como *para physin* (*De Specialibus Legibus* 3.37 -42). El historiador judío de finales del siglo primero, Josefo, hace referencia a las relaciones entre personas del mismo sexo en Elis y Tebas como *para physin*, y al cabo de unas líneas enumera una serie de actos como el incesto, característicos de los “placeres monstruosos y antinaturales [*para physin*]” de los gentiles (*Contra Apion* 2.273 -75).⁴⁹ En estas fuentes, que son mucho más cercanas al contexto de Romanos 1 que el uso que Pablo hace de *naturaleza* o *natural* en otros lugares, la expresión específica *para physin* tiene una connotación negativa inequívoca.

⁴⁷ Más tarde, en *Leyes* 839a, Platón revela que por *natural* no se está refiriendo al papel activo o pasivo del sexo, sino a la capacidad reproductora.

⁴⁸ Traducción del autor. La traducción de Loeb Classical Library aquí dice: “sin respeto por la naturaleza sexual que el miembro activo de la pareja comparte con el pasivo.”

⁴⁹ Consultar más ejemplos, tanto paganos como judíos, en Hays, “Relations Natural and Unnatural”; DeYoung, “Meaning of ‘Nature’”; R. Scroggs, *The New Testament and Homosexuality* (Philadelphia: Fortress, 1983), pp. 59-60; V. P. Furnish, *The Moral Teaching of Paul* (Nashville: Abingdon, 1979), pp. 58-67.

Ahora llegamos a un tema crucial sobre este crucial pasaje: la base de la condena de Pablo a las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo. ¿Qué es lo que concretamente quiere decir Pablo con *para physin*? Empecemos por apuntar que muchos judíos de la época de Pablo parecen haber relacionado la distinción entre *kata physin* y *para physin* con sus nociones de la Creación y la Caída. Éste es más claramente el caso de la Sabiduría de Salomón 13 -14 (siglo primero a.C.), que suele ser citado por sus similitudes con Romanos 1:

Faltos por completo de inteligencia son todos los hombres que vivieron sin conocer a Dios; quienes, a pesar de ver tantas cosas buenas, no reconocieron al que verdaderamente existe. ¡A pesar de ver sus obras, no descubrieron al que las hizo! (13:1) Por eso, a los egipcios insensatos, que habían pasado su vida haciendo el mal, los atormentaste con los mismos seres odiosos que adoraban. (12.23)

De la invención de los ídolos derivó la inmoralidad; fue algo que destruyó la vida... no respetan ni la vida ni el matrimonio, sino que un hombre mata a otro a traición o le hace sufrir cometiendo adulterio con su esposa. Todo es confusión, muerte, asesinato, robo, engaño, sobornos, infidelidad, desorden, juramentos falsos, confusión de los valores, ingratitud, corrupción de almas, perversión sexual, destrucción del matrimonio, adulterio e inmoralidad. El culto a ídolos que no son nada es principio, causa y fin de todo mal. (14:12, 23-27)

Pablo puede haber estado o no familiarizado con este texto. La cuestión es que demuestra la idea de muchos judíos de la época de Pablo de que el pecado de los gentiles, incluyendo el sexual, era un resultado de la rebelión colectiva de la Humanidad contra el Creador.⁵⁰

Aún con todo esto, ¿podemos estar seguros de que ése era el tipo de pensamiento subyacente en Romanos 1:18-32? Pablo no *cita* Génesis, pero el pasaje está lleno de alusiones a la Creación y a la Caída de la Humanidad.⁵¹ “Desde la creación del mundo”, empieza el versículo 20,

⁵⁰ S. Dresner (“Homosexuality and the Order of Creation,” *Judaism* 40 [Summer 1991]: 311) comenta toda una serie de textos rabínicos que condenan la homosexualidad, incluyendo *Genesis Rabbah* 26:5 y *Leviticus Rabbah* 23:9. R. Kirchner (“Halakah and Homosexuality: A Reappraisal,” *Judaism* 37 [Fall 1998]: 450) añade *b. Sanhedrin* 58a; *Mishnah Torah Melakhim* 9:5-6; *m. Qiddushin* 4:14; *b. Qiddushin* 82a; *Shulhan Arukh Even ha-Ezer* 24; *Sefer ha-Hinnukh* 209; *Ashei*, Ned 21a; y *Mishnah Torah Issurei Biyah* 21:8. Consultar también *b. Sanedrin* 58^a como se ha citado ya en la nota 14.

⁵¹ Para un examen detallado de la relación entre Romanos 1 y el relato de la creación y también la tradición de la Sabiduría Judía contemporánea, consultar K. W.

el poder de Dios se ha evidenciado “por medio de lo creado.” La Caída implicaba una tentación al conocimiento; de ahí que “profesando ser sabios, se volvieron necios” (v.22). A Dios se le llama “Creador” en el versículo 25. Quizás lo más interesante (pero perdido en la traducción al inglés) sea el hecho de que los versículos 26 – 27 no contienen las palabras más corrientes en griego para denominar al “hombre” y la “mujer”; en su lugar aparecen hembra y varón, como en Génesis 1:27 (“varón y hembra los creó”). Otro detalle lo aporta la poco corriente elección de mencionar primero las relaciones homosexuales entre mujeres: la mujer cayó primero (comparar con 1 Ti 2:14).

Estas observaciones refuerzan la conexión que ya podíamos suponer que hacía Pablo entre “natural” y el relato de la creación de la diferenciación sexual y el matrimonio. Lo que es “antinatural”, entonces, es la negación activa del matrimonio en forma de relaciones homosexuales. Por eso, con el vacío mental dejado por la Caída, la humanidad rebelde se inventa ídolos, y con el vacío mental dejado por dicha adoración vacía, la humanidad rebelde invierte la sexualidad y, consecuentemente, corrompe las relaciones (vv.29-31).

Ahora llegamos al meollo de la cuestión. Es esencial comprender que lo que Pablo afirma aquí es algo poco corriente; único quizás. Como regla general, los autores de la Antigüedad no conectaban las relaciones homosexuales masculinas y femeninas.⁵² Algunos de los coetáneos de Pablo entre los gentiles parecen haber considerado a chicos o (en raras ocasiones) a otros hombres, como alternativa a la gratificación que la mujer ofrece a los impulsos del macho. Teóricamente, tanto gentiles como judíos mostraban interés por la procreación y por ejercer un papel activo o pasivo, distinguido por géneros. Pablo no sigue dicho patrón. Lo que hace es vincular las relaciones homosexuales de hombres y mujeres y luego usar una terminología que denote el deseo mutuo: “se encendieron en su lujuria unos por otros.”

Huggins, “An Investigation of the Jewish Theology of Sexuality Influencing the References to Homosexuality in Romans 1.18-32,” disertación del Doctorado en Filosofía, Southwestern Baptist Theological Seminary, 1986, pp. 200-44.

⁵² Una rara excepción es la referencia de Platón antes citada. Otra la encontramos en las Obras de morales y de costumbres XII, de Plutarco, donde éste afirma que “hasta ahora los deseos de los animales no han conllevado contacto sexual ni de machos con machos, ni de hembras con hembras” (990D), y que darse, se trataría de una “violación de la naturaleza” (990 F). No he podido localizar ninguna otra referencia relacionada con la homosexualidad femenina y masculina. Pseudo-Focilides, *Frases* 190-92, probablemente se refiera no a la homosexualidad, sino a la suposición

Cuando Pablo coloca dicha afirmación en un pasaje lleno de alusiones al relato de la Creación, podemos estar seguros de que su comprensión va mucho más allá de las “costumbres” populares o de la protección del poder masculino. Pablo entiende que “hombre y mujer fueron creados el uno para el otro con sexualidades complementarias basadas en las distintas constituciones de sus órganos sexuales,”⁵³ y que este ajuste ha sido legitimado solamente por el matrimonio desde la Creación. Además, entiende que el deseo de una mujer por otra o de un hombre por otro deshonra dicho ajuste, porque substituye la verdad por una falsedad. Finalmente, entiende que dicha falsedad puede implicar a dos personas de un mismo sexo que actúan voluntariamente para satisfacer sus deseos. En este caso, Pablo está pensando en una práctica que es virtualmente indistinguible de la homosexualidad tal y como la conocemos hoy. Por tanto, de ahora en adelante, cuando me refiera a los escritos de Pablo, voy a utilizar la palabra *homosexualidad*.

Todavía queda por los menos una pregunta. Si a Pablo le preocupa el orden de la Creación y entiende la homosexualidad de manera más amplia que sus coetáneos, ¿por qué usa entonces una expresión con tanta carga como *para physin*? La explicación más plausible es que quiera utilizar una terminología que resulte familiar a los gentiles, para señalar que “no tienen excusa” (v.20), y por eso no deberíamos exigir demasiada precisión a la comprensión que tiene Pablo de este término. Puede haber tenido una visión “híbrida” y adaptar las nociones filosóficas griegas de una humanidad ideal a su teología de la Creación y a su observación de la biología humana. Encontraríamos una analogía moderna a este tipo de imprecisión en la publicidad de un refresco que solo lleva ingredientes “naturales”. No analizamos los ingredientes; simplemente reconocemos que el fabricante quiere que pensemos que el refresco es bueno para nosotros. Así que, del Fabricante original, que proclama que la sexualidad humana es “de lo mejor” (ver Gn 1:31), no aceptemos sucedáneos.

de un papel activo en el acto sexual por parte de la mujer: “No hay que transgredir con sexo ilícito los límites impuestos por la naturaleza. Y es que el contacto sexual entre macho y macho no gusta ni a los animales. Y que las mujeres no imiten el papel sexual de los hombres.”

⁵³ D. F. Wright, “Homosexuality: The Relevance of the Bible,” *Evangelical Quarterly* 61 (1989): 295.

Tenga Pablo una comprensión imprecisa en un aspecto o precisa en otro que no podemos saber con certeza, hay algo de lo que podemos estar seguros: la expresión *para physin* tenía connotaciones negativas entre el público de Pablo, gentiles y judíos, y solamente la persona que prestara menos atención no hubiera percibido la conexión con la teología de la Creación, de Pablo.

Este trato prolongado del uso que hace Pablo de *para physin* tiene implicaciones en el argumento por el que deberíamos rechazar la noción de Pablo de *naturaleza* y *natural* simplemente por su ignorancia de las ciencias sociales, que nos enseñan que cada persona tiene una orientación sexual “natural”. Lógicamente, Pablo no escribía acerca de la “orientación sexual”, pero si aplicamos la categoría a este pensamiento, parece que no da por sentado que cada persona tenga una orientación heterosexual; más bien explica que la *humanidad creada* tiene una orientación heterosexual que se ha visto corrompida por la rebelión contra Dios.

El reconocimiento de la visión colectiva de Pablo sobre la corrupción de la Humanidad también clarifica el papel de la experiencia. Como los individuos homosexuales no son conscientes de rebelarse contra nada más que las expectativas sociales, a pocos, si es que a alguno, les preocupa la noción de que su comportamiento conlleve una falsedad fundamental. Muchos experimentan las relaciones homosexuales como experiencias llenas de amor y de vida. Y esto también es verdad entre muchos pedófilos. Pero la mentira se remonta más allá de su propia experiencia y, por eso, la experiencia no puede ser criterio de verdad o moralidad.

Es extremadamente improbable que Pablo alterara su valoración si conociera las nociones modernas de orientación, a las cuales consideraría simplemente como maneras seculares de describir los resultados de la Caída. De hecho, su falta de distinción entre la homosexualidad masculina y femenina y su reconocimiento del consentimiento mutuo revelan una visión más bien moderna comparándola a la de sus contemporáneos. En el análisis final, la primera preocupación de Pablo no es la motivación, sea descrita en términos modernos o antiguos, sino la práctica acorde con el modelo bíblico del matrimonio. Esto y solo esto es *kata physin* según la naturaleza.

Plane: ¿Error o perversión?

Volvamos ahora a la tesis de Countryman y un último término importante de este pasaje. Cuando Pablo se refiere al “castigo [*antimisthia*] correspondiente a su extravío [*plane*],” la gramática del pasaje dicta que ese extravío es la idolatría, no la homosexualidad, como algunos han supuesto.⁵⁴ La coherente referencia de *plane* y otras palabras relacionadas con la creencia equivocada, más que con la acción⁵⁵ o el deseo inmoral, apunta con mucho peso a que Pablo se refiere aquí a la idolatría, “al cambio de la verdad sobre Dios por una mentira.”

Sin embargo, para entender así la frase, difícilmente se puede ser neutral, ya que el “castigo correspondiente” (*antimisthia*) lleva una fuerte connotación negativa. Esta palabra no sale antes en el Nuevo Testamento, pero se utiliza con sentido neutral en 2 Corintios 6:13. La traducción como “castigo” queda justificada, sin embargo, no solamente por el contexto, sino también por la noción de “deuda” (*misthos*) que encontramos en Romanos 4:4 (comparar con 1 Co 3:8; 9:17-18; Ap 22:12), y la conexión con el pensamiento de Pablo en Romanos 6:23 (“la paga [*opsonion*] del pecado es muerte”).

La noción negativa de “pagar la deuda” queda patente no solo en el vocabulario de la frase,⁵⁶ sino también en la expresión “en sus propias personas” (*en heautois*). Las versiones en inglés la traducen así consistentemente y en contra del intento de neutralización de Countryman, “entre ellos mismos,”⁵⁷ con vistas a centrarse en los gentiles y no en la comunidad homosexual ni en los individuos homosexuales. En otras palabras, Countryman sostiene que la paga por el error de la idolatría es *algo* “entre los gentiles”; es decir, la homosexualidad.

Pero a la luz de la ya citada evidencia procedente de fuentes judías helenistas, es razonable suponer que Pablo tiene en mente algún tipo de castigo en esta vida como producto resultante de la práctica

⁵⁴ Este punto lo toca Countryman (*Dirt, Greed and Sex*, pp. 115-16), que en este caso goza del apoyo de una larga tradición erudita; ver las referencias de Cranfield, *Romans 1-8*, p. 127 n.1.

⁵⁵ Entre los escritos paulinos, consultar: 1 Corintios 6:9; 15:33; Gálatas 6:7; Efesios 4:14; 1 Tesalonicenses 2:3; 2 Tesalonicenses 2:11; 2 Timoteo 3:13; Tito 3:3.

⁵⁶ Dunn (*Romans 1-8*, p. 65) sugiere que se indica “la naturaleza recíproca de la transacción” por medio de los prefijos *anti-* y *apo-* (*apolambanontes*), y hace referencia a *m. Abot* 4.2, “La recompensa de una trasgresión es [otra] trasgresión.”

⁵⁷ Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, p. 115.

homosexual. E incluso suponiendo que Pablo en este tema es totalmente independiente de su propio trasfondo, sigue siendo improbable suponer que iba a usar el lenguaje de la recompensa por la idolatría con una visión neutral de sus consecuencias. El lenguaje que usa aquí nos sugiere que considera la homosexualidad como un subproducto de la idolatría que es malo (y dañino) en sí mismo.

La “terminología de pecado” y Romanos 1

Countryman adopta la postura de que “Pablo no aplicó en absoluto la terminología de pecado [a los actos homosexuales].”⁵⁸ Hemos visto que esto no es verdad. El examen concienzudo de la terminología, especialmente la usada en contextos similares a Romanos 1:24-27, nos revela no solamente un término, lo cual sería suficiente, sino *ocho* términos con connotaciones de pecado; además de otros aspectos del contexto que contribuyen al sentido de que la homosexualidad es pecado. Es verdad, Pablo en los versículos 26-27 no usa la palabra *pecado* (*hamartia*) ni cualquier otra palabra común como sería *iniquidad*, pero nos conduciría a error deducir, como hace Countryman, que Pablo evita dar a la homosexualidad connotaciones de pecado. A lo largo de los dos primeros capítulos de Romanos, la palabra *pecado* no sale por ninguna parte, pero la descripción del pecado es, sin duda, el tema principal.

Además, no deberíamos esperar encontrar la misma terminología en todos los tratamientos del pecado; y menos todavía en una declaración de dos versículos sobre un pecado del que Pablo no habla en ningún sitio más. De hecho, las expresiones como “contra la naturaleza,” “cosas que no convienen,” “lujurias” y “pasiones” se ajustan de manera peculiar a los gentiles, y lo que intenta Pablo aquí es sacar a la luz su pecado en sus propios términos. Romanos 1:26-27, lejos de ser una excepción del horror de Pablo por el pecado es, de hecho, un ejemplo primordial y concreto del mismo.

⁵⁸Ibíd., p. 110.

Resumen

La tesis propuesta por Boswell, y desarrollada más ampliamente por Countryman, de que Pablo considera la homosexualidad como impura, pero no pecaminosa, no se sostiene. El profundo análisis de la condición humana que Pablo hace en Romanos 1 encuentra en la homosexualidad un ejemplo del pecado sexual que falsifica nuestra identidad como seres sexuales, al igual que la idolatría falsifica nuestra identidad como seres creados. El comportamiento homosexual es “rebelde” no porque les resulte así a los heterosexuales, ya que estos deben ocuparse de su propia suciedad (2:22), sino porque compendia en términos sexuales la *sublevación* contra Dios. Es pecado porque vulnera el plan de Dios, presente desde la Creación, de unir al hombre y la mujer en matrimonio.

5 DE SODOMA A SODOMA

El título de este capítulo deriva de la observación de que Génesis 19 y Judas 7, los primeros y últimos textos bíblicos que nos ocupan, ambos hagan referencia a la ciudad de Sodoma. Debemos examinar éstas y otras referencias posibles que haya entre medio, para ver así si se refieren al contacto sexual entre personas del mismo sexo y si son aplicables a los temas modernos sobre la homosexualidad.

¿Falta de hospitalidad u homosexualidad?

Aún no se habían acostado, cuando los hombres de la ciudad, los hombres de Sodoma, rodearon la casa, tanto jóvenes como viejos, todo el pueblo sin excepción. Y llamaron a Lot, y le dijeron: ¿Dónde están los hombres que vinieron a ti esta noche? Sácalos para que los conozcamos. Entonces Lot salió a ellos a la entrada, y cerró la puerta tras sí, y dijo: Hermanos míos, os ruego que no obréis perversamente. He aquí ahora tengo dos hijas que no han conocido varón; permitidme sacarlas a vosotros y haced con ellas como mejor os parezca; pero no hagáis nada a estos hombres, pues se han amparado bajo mi techo. (Gn 19:4-8)

Mientras ellos se alegraban, he aquí, los hombres de la ciudad, hombres perversos, rodearon la casa; y golpeando la puerta, hablaron al dueño de la casa, al anciano, diciendo: Saca al hombre que entró en tu casa para que tengamos relaciones con él. Entonces el hombre, el dueño de la casa, salió a ellos y les dijo: No, hermanos míos, no os portéis tan vilmente; puesto que este hombre ha entrado en mi casa, no cometáis esta infamia. Aquí está mi hija virgen y la concubina de

él. Permitidme que las saque para que abuséis de ellas y bagáis con ellas lo que queráis, pero no cometáis semejante infamia contra este hombre. (Jue 19:22-24)

La visión revisionista del relato de Sodoma, presentada con más detalle en el capítulo dos, es que los hombres de Sodoma no eran culpables de homosexualidad, sino de falta de hospitalidad, puesto que exigían “conocer” si los visitantes de Lot eran espías; y si alguna implicación sexual tiene el pasaje, es que condena la violación pero no las relaciones de mutuo acuerdo.

En el contexto inmediato hay clara evidencia de que los sodomitas eran culpables de pecado sexual. El verbo *conocer* (*yada*), aunque se utiliza muy poco en sentido sexual¹, sí que tiene este sentido justo tres versículos después, cuando Lot ofrece a sus hijas “que no han *conocido* varón” (Gn 19:8). Este mismo verbo es el utilizado en el pasaje tan similar de Jueces (19:22,25) y en este caso el sentido sexual es inequívoco. La repetida promesa de destruir la ciudad de anteriores capítulos del Génesis (13:10-13; 14:21-24; 18:16-33) se entiende como la reacción a un vicio peculiar y poco corriente; de otro modo, deberíamos suponer entonces que los habitantes de Sodoma tenían la costumbre de hacer cosas malas a los extranjeros, pero casualmente, en aquella ocasión concreta, las ofensas tenían naturaleza sexual. Ningún docto intérprete del Génesis ha sugerido jamás un cambio de significado de la palabra *yada* entre los versículos 5 y 8; hecho que respalda la sospecha de que el argumento revisionista, por el bien de una teoría, pone en peligro su credibilidad.²

¿Por qué entonces posteriores autores bíblicos suelen mencionar como el pecado de Sodoma la falta de hospitalidad, y no la perversión sexual? Aquí nos ayudarán ciertas observaciones. Primero, separar la falta de hospitalidad del pecado sexual es una distinción falsa. Las intenciones sexuales de los habitantes de Sodoma y de Jebús constituían “una falta de

¹ Sin embargo, es utilizado varias veces en un sentido sexual cerca de ambos pasajes: Génesis 4:1, 17, 25; 24:16; 38:16; Jue 11:39; 21:12.

² El poder de la repetición entre los revisionistas (por ejemplo, J. Boswell, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality* [New Haven, Conn.: Yale University Press, 1980], pp. 92-97; L. William Countryman, *Dirt, Greed and Sex* [Philadelphia: Fortress, 1988], pp. 30-32; J. J. McNeill, *The Church and the Homosexual* [Boston: Beacon, 1976; 4ª ed. 1993], pp. 42-50) conduce a la remarcable aserción de R. Williams (*Just As I Am: A Practical Guide to Being Out, Proud and Christian* [New York: Crown, 1992], pp. 47-48) de que “virtualmente la corriente principal de eruditos bíblicos” están de acuerdo. Un estudio de los comentarios principales de Génesis (ver J. R. Wright, “Boswell on Homosexuality: A Case Undemonstrated,” *Anglican Theological Review* 66 [Winter 1985]: 82) sugiere que Williams define *corriente principal* como la “principal corriente revisionista.”

hospitalidad agresiva y activa.”³ Un ejemplo evidente lo encontramos en el testimonio de Job: en su casa nadie violó jamás la hospitalidad de un invitado diciendo “¿Quién puede hallar a alguno que no se haya saciado con su carne?” (Job 31:31-32); haciéndose eco del lenguaje de Génesis y Jueces.⁴ Pero este punto no depende de referencias explícitas. Cuando posteriores autores hablan de Sodoma sin mencionar necesariamente el pecado sexual, quizás estén haciendo una generalización de la ofensa en particular. Esto es muy probable si, como parece, la homosexualidad era algo poco común en Israel. Es decir, los autores bíblicos generalizaban para mostrar la aplicación del juicio sobre Sodoma a personas que no habían hecho exactamente lo mismo que los habitantes de aquella ciudad. Ejemplo de ello lo encontramos en Jeremías 49:18, que compara Jerusalén a Sodoma, pero solo destacando como pecado sexual el adulterio.

Segundo, debemos valorar que los judíos eran un pueblo modesto, que solía utilizar giros lingüísticos u otro tipo de códigos para referirse a materias explícitamente sexuales.⁵ Un ejemplo pertinente podemos encontrarlo en el incidente registrado en Génesis 9:20-27, cuando el hijo de Noé, Cam, “vio la desnudez de su padre.” Podría tratarse de una velada alusión a la violación, “un acto tan detestable que el autor no se atreve a pronunciarlo.”⁶ Pero, sea aplicable o no este ejemplo, no podemos descartar la posibilidad de que las referencias generales a la maldad de Sodoma contemplen, al menos de manera parcial o eufemística, el pecado sexual.

Tercero, debemos respetar el contexto de los denominados pasajes sobre la falta de hospitalidad. Uno de los mencionados con más frecuencia, Ezequiel 16:49, se suele citar sin la continuación del versículo siguiente: “se enorgullecieron y cometieron abominaciones delante de

³ S. Niditch, “The ‘Sodomite’ Theme in Judges 19-20: Family, Community and Social Disintegration,” *Catholic Biblical Quarterly* 44 (1982): 369; ver pp. 367-69 para un debate más amplio sobre la relación entre homosexualidad y desintegración social en Génesis y Jueces.

⁴ Ver la explicación de M. Pope, *Job* (Garden City, N.Y.: Doubleday, 1973), p. 267. Pope argumenta persuasivamente (p. 236) que la carne (*basar*) aquí se refiere a sexo y no a comida, como en Ezequiel 16:26; 23:20; y Levítico 15:2-15 (probablemente una descripción de la gonorrea).

⁵ Para ejemplos probables de eufemismo, ver J. B. DeYoung, “A Critique of Prohomosexual Interpretations of the Old Testament Apocrypha and Pseudepigrapha,” *Bibliotheca Sacra* 147 (1990): 437-54; especialmente 453.

⁶ Consultar A. Phillips, “Uncovering the Father’s Skirt,” *Vetus Testamentum* 30 (1980): 38-43. Entre otras evidencias incluye el hecho de que Cam es el padre de Canaan, nación asociada a los vicios homosexuales en Levítico, y la suposición de que este incidente condujo a las de otra manera oscuras referencias a “descubrir la desnudez de su padre” de Levítico 18:7 y Deuteronomio 23:1. Sin embargo, la ausencia de referencias

mí.” Había muchas cosas *abominables*, pero como en el mismo capítulo se usa la misma palabra para describir el pecado sexual (vv.22, 58), y como hace referencia a los mismos hechos sexuales que Levítico 18:22 y 20:13, el pasaje puede implicar justamente lo contrario a lo pretendido por los revisionistas.⁷

Finalmente, es engañoso citar tan solo una parte de la evidencia. Una ojeada a toda la literatura nos muestra que, de hecho, algunos judíos sí relacionaban Sodoma con el pecado sexual.⁸ El hecho de que el autor de Jueces muestre evidencias de depender del relato de Sodoma indica que la tradición empezó muy temprano.⁹ En el periodo griego la tradición simplemente se hizo más concreta como respuesta a la homosexualidad entre los gentiles. El *Testamento de los doce patriarcas*, del siglo segundo antes de Cristo, etiqueta a los habitantes de Sodoma como “sexualmente promiscuos” (*Testamento de Benjamín* 9:1) y hace referencia a que “Sodoma se alejaba del orden de la Naturaleza” (*Testamento de Naftalí* 3:4). Del mismo periodo de tiempo, *Jubileos* especifica que los habitantes de Sodoma se estaban “contaminando entre ellos y fornicando en su carne” (16:5; comparándolo con 20:5-6).¹⁰ Tanto Filón¹¹ como Josefo¹² nombran claramente las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo como vicio característico de Sodoma.

explícitas a esta historia en las subsiguientes condenas de los actos homosexuales, exige que pongamos en duda la cuestión de su familiaridad en la época de Pablo.

⁷ D. S. Bailey (*Homosexuality and the Western Christian Tradition* [London: Archon Books, 1975], p. 10) y G. A. Edwards (*Gay/Lesbian Liberation: A Biblical Perspective* [New York: Pilgrim 1984], pp. 51-54) argumentan que la *abominación* es equiparable a la idolatría sin implicaciones de pecado sexual, pero la terminología del capítulo es tan sexual que, suponer que las personas a quienes iba dirigido el pasaje limitarían así su interpretación, exige un esfuerzo de imaginación monumental.

⁸ Consultar D. F. Wright, “Early Christian Attitudes to Homosexuality,” *Studia Patristica* 18, n° 2 (1989): 329-34.

⁹ Edwards, *Gay/Lesbian Liberation*, pp. 35-39.

¹⁰ Consultar también 2 Enoc 10:4-5 y 34:1-3 ms. P., como posibles representantes de la revisión de los primeros cristianos; *Jubileos* 14:26; 20:5-6; *Testamento de Levi* 17:11; Epístola de Aristeo 152; probablemente la Sabiduría de Salomón 14:26 (“confusión de sexo”). Además, la Septuaginta, en Génesis 19, usa términos que dan a entender que los traductores captaban en el pasaje la connotación de un mismo sexo; ver J. B. DeYoung, “The Contributions of the Septuagint to Biblical Sanctions Against Homosexuality,” *Journal of Evangelical Theological Society* 34 (June 1991): 161-65.

¹¹ *De Abrahamo* 133-41; *Specialibus Legibus* 3.37-39; *De Ebrietate* 222; *De Fuga et Inventione* 144; *De Vita Contemplativa* 59-62; comparar con *De Confusione Linguarum* 27.

¹² *Antigüedades de los Judíos* 1.11.3§194-95.

Admitamos que los pecadores originales de Sodoma y Jebús probablemente no tuvieran lo que hoy en día llamaríamos una orientación homosexual; más bien intentaban humillar a los presuntos espías por medio de la violación masculina. La palabra *Sodoma*, con el tiempo, se convirtió sencillamente en una especie de código de la perversión sexual; en concreto, en la época de Pablo, del tipo de relaciones entre personas del mismo sexo que se daban entre los gentiles. El hecho de que la gente de la época del Nuevo Testamento se imaginara la actividad y la motivación de la gente de Sodoma diferente a la de Génesis, no invalida su rechazo a las relaciones entre personas del mismo sexo. Rechazaban también la adoración a Júpiter y Apolo, citando pasajes del Antiguo Testamento sobre la adoración de los Cananeos, que difería muchísimo en su forma y motivación de las prácticas observadas entre los gentiles. De hecho, hoy citamos esos mismos pasajes sobre la idolatría para objetar la “adoración” al dinero y al ocio. Sea la idolatría, sea el sexo, la forma es secundaria al acto en sí.

Hay grandes diferencias, seguro, entre los pecados de Sodoma y los de San Francisco; tantas que, hablando de moralidad moderna¹³, prefiero no utilizar la ambigua palabra *sodomía*. Pero cuando el tema se centra, como debería, sobre el *acto* en relación con el matrimonio como un bien bíblicamente afirmado, el juicio bíblico incluye tanto a la gente de Sodoma, como a la gente de hoy, cuyas actividades se asocian a los anteriores.

¿Impureza o inmoralidad?

No te acostarás con varón como los que se acuestan con mujer; es una abominación. (Lv 18:22)

Si alguno se acuesta con varón como los que se acuestan con mujer, los dos han cometido abominación; ciertamente han de morir. Su culpa de sangre sea sobre ellos. (Lv 20:13)

¹³ Por ejemplo, las leyes contra la sodomía se aplican diversamente a la cópula homosexual, al contacto heterosexual no vaginal, al sexo oral (felación), a todos juntos o a algunos de ellos por separado; sea de manera forzada o voluntaria. Esta desconcertante situación es el resultado de las variantes regionales de las definiciones tradicionales, algunas de las cuales permanecieron en leyes, mientras que otras fueron redefinidas al ir el término perdiendo su uso popular. La definición popular de ahora la puede adivinar cualquiera.

Los revisionistas suelen estar en contra de la relevancia de estas prohibiciones de Levítico, sobre todo como trasfondo de Romanos 1, sobre la base de que dichos actos son ceremonialmente impuros pero no inherentemente malos, ya que el Evangelio libera a los cristianos de esta parte de la ley Judía.¹⁴ Otros también relacionan este requerimiento de aquí con la prostitución o la violación pero no con las prácticas modernas. Esta segunda objeción a la relevancia del texto descansa sobre la dudosa suposición de que la prohibición está basada solamente en la violencia o en la naturaleza no consensuada de dichas relaciones. Pero, como hemos visto, se trata puramente de una imposición moderna sobre el texto, que no logra tomarse en serio la conexión entre cuerpo y alma que conlleva el concepto bíblico de matrimonio. Es decir, de la misma manera que el matrimonio es algo más que el puro consentimiento mutuo entre adultos, la violación del matrimonio también es algo más que el robo o la falta de igualdad; y ese algo más es el cuerpo.

Además, el texto de Levítico no da pie a entender que la actividad prohibida sea forzada o desigual, simplemente condena al hombre que “se acuesta con varón como los que se acuestan con mujer.” Fuera cual fuera la conducta que tuviere en mente la antigua Israel o en el mundo de Pablo, esta prohibición es lo suficientemente amplia como para incluir toda una gama de posibilidades, incluyendo algunas de hoy que hubieran sido virtualmente desconocidas a los autores bíblicos. De hecho, las palabras no llevan implícito nada relativo a la fuerza o la prostitución (sí se tratan en otros lugares: Dt 22:22-29; 23:17-18), tan solo describen el acto en sí mismo.¹⁵ Especialmente, en conjunción con la prohibición del sexo con animales, que sigue a continuación, es evidente que se está refiriendo a la forma que toma la actividad sexual, no a la motivación. Todo ello nos conduce a pensar que los textos de Levítico *pueden* seguir siendo relevantes, si no reflejan solamente asuntos de pureza ritual.

Entonces, ¿hasta qué punto Levítico sigue siendo normativo para los cristianos? Para responder a esta pregunta, necesitamos preguntarnos si en la mente de Pablo (o entre los otros autores del Nuevo Testamento) existía una distinción entre pureza y moralidad cuando se trataba de sexualidad. En concreto, ¿aislaría la primera generación de cristianos la

¹⁴ Boswell, *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*, p. 102; Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, pp. 86, 107-9, 123.

¹⁵ G. J. Wenham, “The Old Testament Attitude to Homosexuality,” *Expository Times* 102 (Spring 1991):362.

prohibición que hace Levítico de relaciones sexuales entre personas del mismo sexo, por considerarla parte de un criterio de santidad recién considerado obsoleto?

Levítico 18 y 20 nos muestran armónica y sucesivamente el trato del incesto (18:6-18; 20:11-12, 17, 19-21), del sexo durante la menstruación (18:19; 20:18), el adulterio (18:20; 20:10), el sacrificio de niños (18:21; 20:2-5), las relaciones homosexuales (18:22; 20:13) y el bestialismo (18:23; 20:15-16). La lista termina con un resumen y una advertencia contra las “abominaciones” de los cananeos (18:24-30; 20:22-26). Si estos pasajes paralelos se consideran aisladamente, parecen respaldar la idea de que el texto se limita a temas de pureza ritual; salvando las claras excepciones del sacrificio de niños y la poligamia, que no eran temas del primer siglo, y el adulterio, que conlleva también el pecado contra la propiedad (“la mujer de tu prójimo”).

Además, sabemos que los judíos helenistas percibían el incesto y la homosexualidad como vicios característicos de los gentiles; si el bestialismo hubiera sido algo común, probablemente se hubiera incluido en la lista. También sabemos, por los escritos de los rabinos de la época, que la menstruación seguía fascinando a los sabios. Todos estos factores parecen respaldar que Levítico 18 y 20 se centraba en la cuestión de la pureza, aparte de los temas de moralidad. Pero si lo estudiamos más detenidamente, vemos que tal distinción es sumamente sospechosa.

Pablo, antes de ser llamado al apostolado, era un rabino bien preparado, por lo cual es de suponer que se conocía Levítico con profundidad; de hecho, seguramente podía recitarlo todo entero de memoria y en hebreo. Los rabinos se aprendían las Escrituras de memoria, en parte porque las copias escritas eran demasiado caras de producir y usar. Por tanto, muy pocos cristianos debían conocer Levítico con tanto detalle como para hacer el tipo de distinciones que exige la visión revisionista. Pablo esto lo sabía, naturalmente, y hasta el punto en que, cuando habla de la conducta cristiana con relación a las nociones judías de alimentación y pureza, describe su postura con mucho tiento (Ro 14). Consecuentemente, no hay ni evidencia, ni precedente, ni probabilidad que respalde la suposición de que los primeros cristianos descartarían de Levítico las referencias a los actos homosexuales, a menos que se dieran instrucciones contrarias.

Además, el mismo concepto de tipos de prohibiciones, o tipos de razones para las prohibiciones, es una idea moderna que no hubiera tenido sentido ni para Pablo ni para la gente que le escuchaba. Finalmente, y pienso que definitivamente, no hay razón para suponer que Pablo o los

primeros cristianos fueran a relacionar la prohibición de la homosexualidad con, digamos, la prohibición del sexo durante la menstruación, y no con la prohibición del adulterio. Es decir, si estudiaban Levítico, debían de ver gran parte de la ley moral en el contexto, incluyendo el capítulo que hay entre los dos versículos que nos ocupan, junto con las prohibiciones de idolatría, injusticia con los pobres, robo, venganza, etc.; justamente, comportamientos condenados en Romanos 1:29-32.¹⁶

Está claro que el peso de la prueba recae sobre quienes argumentan que Levítico 18 y 20 *no* está detrás de las prohibiciones de sexo homosexual que hay en el Nuevo Testamento. Y, como veremos más tarde, la vinculación de los pasajes de Levítico con la argumentación de Pablo puede estar justificada.

***Kadesh*: ¿Prostituto para qué sexo?**

En el Antiguo Testamento hay seis referencias a los “prostitutos de culto masculinos” (*kadesh*),¹⁷ que en la versión King James se traducen como “sodomitas”. El pasaje citado más a menudo es Deuteronomio 23:17-18:

Ninguna de las hijas de Israel será ramera de culto pagano; tampoco ninguno de los hijos de Israel será sodomita de culto pagano. No traerás la paga de una ramera [zonah, “prostituta”] ni el sueldo de un perro [traducción literal de keleb] a la casa del Señor tu Dios para cualquier ofrenda votiva, porque los dos son abominación para el Señor tu Dios.

Hay diferencias de opinión en cuanto a la actividad de dichas prostitutas y por tanto en cuanto a la relevancia de tales referencias en el debate sobre la homosexualidad. La clave es si los prostitutos eran hombres que vendían sus cuerpos a otros hombres o bien a adoradoras femeninas. En favor de la teoría del sexo opuesto: la prostitución ente personas del mismo sexo era virtualmente desconocida en la Antigüedad; pocos

¹⁶En términos de la relativa severidad del castigo, como indicación de las distinciones entre leyes, es de notar que la violación de las leyes alimentarias de Levítico causa un día de impureza ritual, en el caso del sexo durante la menstruación son siete los días de impureza ritual; pero el sexo entre hombres, al igual que el adulterio, el bestialismo y el incesto en el mismo contexto, conllevan la pena de muerte.

¹⁷Deuteronomio 23:17; 1 Reyes 14:24; 15:12; 22:46; 2 Reyes 23:7; Job 36:14.

hombres, si alguno, hubieran querido tener relaciones sexuales con otro hombre; y no hubiera tenido sentido, en un culto para la fertilidad, que los hombres tuvieran relaciones con otros hombres, mientras que las mujeres querían aparejarse con hombres para curar su esterilidad.¹⁸ En favor de la teoría del mismo sexo: las mujeres israelitas no participaban en el culto de adoración; Deuteronomio 23:17 hace un paralelismo entre *kadesh* y la prostituta (sugiriendo una función paralela); y los ritos de fertilidad no exigían aparejamientos con el sexo contrario, ya que se trataba de un acto meramente simbólico.¹⁹ Además, la etiqueta “abominable” se usa con referencia a prácticas entre personas del mismo sexo (Lv 18:22; 20:13) pero no con referencia a la prostitución del sexo contrario.

La segunda parte del texto aquí citado, Deuteronomio 23:18, saca el debate del contexto del culto para afirmar que la prostitución es pecado en y por sí misma. Si se elimina del argumento el aspecto del culto y las prohibiciones de Levítico, entonces me inclino por definir *qedeshim* (plural) como prostitutas del mismo sexo. La curiosa expresión “perro” (*keleḥ*), como paralelismo de “ramera”, puede evocar la imagen de un animal sucio y acurrucado; justo el tipo de terminología usada con referencia a los homosexuales (pasivos) por fuentes judías y gentiles posteriores.

Hay una última referencia a prostitutos en el Antiguo Testamento que nos puede ofrecer evidencia adicional de que *kadesh* tiene el sentido de actividad homosexual. Según Job 36:14, los impíos son castigados con una muerte temprana: “Mueren en su juventud, y su vida perece entre los sodomitas de cultos paganos [literalmente, entre los *qedeshim*].” Se puede tratar de una conexión temprana entre la homosexualidad y los excesos apasionados, que siempre han venido asociados a una vida corta. En cualquier caso, el versículo solo tiene sentido si se trata de que los *qedeshim* proporcionen sus servicios a otros hombres. Eso inclina mucho la balanza a favor de la asociación de *kadesh* con la prostitución entre personas del mismo sexo.

¹⁸ Bailey, *Homosexuality and the Western Christian Tradition*, pp. 52-53; Boswell, *Christianity, Tolerance and Homosexuality*, p. 99; R. Scroggs, *The New Testament and Homosexuality* (Philadelphia: Fortress, 1983), p. 71.

¹⁹ Edwards, *Gay/Lesbian Liberation*, p. 58; McNeill, *The Church and the Homosexual*, p. 57. Edwards también considera los textos de Levítico como referencias a la prostitución de culto, lo cual, naturalmente, remataría su argumento. Puede que haya una conexión, pero como el pasaje de Levítico no es tan específico, hay que dejar la cuestión abierta.

Curiosamente, D. S. Bailey hace una lista de 5 casos en que se usa *kadesh* pero no hace ninguna referencia a Job 36:14, justo el texto que socava claramente su tesis del sexo opuesto. Es inexcusable; sea una pasada por alto colosal o sea una falsificación de los datos. Encima, autores influyentes como John Boswell y R. Scroggs siguen las conclusiones de Bailey aparentemente sin contrastar su investigación. Como resultado, los autores más recientes suelen dejar fuera del debate el término *qedeshim*.

Probablemente se trate de un caso de despiste acumulativo, no de un engaño. Pero, sea cual sea la causa, la situación acentúa la necesidad de vigilancia constante (de todas las partes), para guardarnos de conclusiones basadas en investigación de segunda mano.

“Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos”: ¿Código de pederastia?

En 1990, un artículo académico llamaba la atención sobre el interesante paralelismo entre Marcos 9:42 – 10:12 (equivalente a Mt 5.27-32) y un pasaje del Talmud babilónico (*b. Niddah* 13b).²⁰ Los posibles puntos de contacto quedan destacados en *italicas*:

El R. Eleazar dijo: “¿Qué quieren decir las Escrituras con ‘vuestras manos están llenas de sangre’ [Isaías 1:15]? Se trata de quienes cometen adulterio con la mano.” En la escuela del R. Ismael se enseñaba: “No comerás adulterio” [Éxodo 20:14], lo cual significa que en ti no debe haber adulterio, ni con la mano ni con el pie.” Nuestros maestros enseñaban: “Los prosélitos y quienes juegan con niños demoran al Mesías.” Entendiendo “prosélitos” como el R. Helbo, quien dijo: “Los prosélitos son para Israel tan duros como una herida”; pero “quienes juegan con niños”, ¿a qué se refiere? Si decimos que a la homosexualidad; se los castigaba con la lapidación [Lv 20:13]; si decimos que a la actividad sexual con las extremidades; fueron castigados con el Diluvio; entonces debemos decir, que se refiere a quienes se casan con jovencitas que no han llegado a la edad de concebir...” En el caso de los hombres debe ser cortada” [m. Niddah 2:1]. Se preguntaba: “¿hemos aprendido una ley o una maldición? ¿Hemos aprendido una ley, como cuando el R. Huna cortaba la mano de alguien, o hemos aprendido

²⁰ W. Deming, “Mark 9.42 – 10.12, Matthew 5.27-32 and b. Nid. 13b: A First Century Discussion of Male Sexuality,” *New Testament Studies* 36 (1990): 130-41.

*una maldición?...El R. Tarfon decía: "La mano que se toca los genitales debe ser cortada, la mano sobre el estómago."..."Está bien que se le parta el estómago, así no bajará al foso de la destrucción."*²¹

Las similitudes pueden sugerir que tanto este pasaje como las enseñanzas de Jesús parten de una misma discusión sobre la actividad sexual desviada. Cabe destacar la similitud de la secuencia, sobre todo si la frase "quienes juegan con niños" es el equivalente a la frase del Evangelio "cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeñitos." La secuencia es entonces: pederastia (Mc 9:42), lujuria (Mt 5:27-28), masturbación (Mt 5:29-30; Mc 9:43-48) y divorcio (Mt 5:31-32; Mc 10:2-12). La conexión establece la pederastia como un pecado, lo cual no es ninguna sorpresa, aunque sí puede sorprendernos el encontrar la referencia en el evangelio de Marcos. Pero aquí hay un punto todavía más importante; el pecado es una violación del matrimonio, no de la pureza:

*La conclusión que yo sugiero es que el propósito de este debate era definir estos actos de mal comportamiento sexual como dirigidos expresamente en contra del matrimonio; es decir, una violación del matrimonio o "adulterio." En otras palabras, aquí nos encontramos con un intento por parte de ciertos judíos y cristianos del primer siglo de entender la sexualidad humana, como algo que solamente tiene sentido y legitimidad dentro de los confines del matrimonio.*²²

Este punto, naturalmente, se toca en otras partes del libro, pero es una repetición. La moralidad sexual del Nuevo Testamento, y de Jesús en particular, trata de proteger y promover nada más y nada menos que el matrimonio entre marido y mujer.

¿Pederastas, prostitutas u homosexuales?

¿O no sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No os dejéis engañar: ni los inmorales, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los malakoí, ni los arsenokoitai, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los difamadores, ni los estafadores heredarán el reino de Dios. (1 Co 6:9-10)

²¹ Citando Ibíd., p. 133; las itálicas son mías.

²² Ibíd., p. 141.

...para los inmorales, arsenokoitai, secuestradores, mentirosos, perjuros, y para cualquier otra cosa que es contraria a la sana doctrina... (1 Ti 1:10)

Estos pasajes son listas de vicios y ambos contienen el plural de la palabra *arsenokoites*. La palabra no aparece en ningún escrito anterior al Nuevo Testamento y no vuelve a aparecer de nuevo hasta pasados doscientos años.²³ Sobre la base de la escasez de evidencia, su uso posterior (y traducción al inglés al castellano, en este caso) como palabra que designa la homosexualidad ha sido motivo de disputa. Algunos eruditos sostienen que la palabra se refiere a prácticas concretas, que los homosexuales modernos condenarían (tales como la pederastia) y que, por tanto, estos versículos no tienen cabida en el debate moral contemporáneo. Scroggs, por ejemplo, mantiene que debemos entender la palabra a la luz de su conexión con la anterior *malakoi* (solamente en 1 Co 6:9); las dos palabras denotan, respectivamente, al miembro pasivo y activo de un contacto sexual entre hombres. Según Scroggs, Pablo tiene en mente particularmente a los pederastas.²⁴ Boswell ofrece una definición del término todavía más forzada, sosteniendo que se refiere a los prostitutos.²⁵ Countryman está con Boswell, en contra de Scroggs, primariamente porque según la visión de Countryman el uso aislado de *arsenokoites* en 1 Ti 1:10 pone en entredicho la suposición de Scrogg sobre la pareja de términos complementarios.²⁶

²³ *Oráculos Sibílicos* 2:73-75 (siglo tercero A.D.), conexión clara con Levítico: “No robéis semillas. Quienquiera que robe será maldito [de generación en generación hasta que la vida se disperse. No practiquéis la homosexualidad, no traicionéis la información, no asesinéis]. Dad su paga al trabajador. No oprimáis al pobre.”

²⁴ Ver sobre todo Scroggs, *The New Testament and Homosexuality*, pp. 62-62, 101-9, 127. Scroggs ve el origen del término en el judaísmo helenista y argumenta que *arsenokoites* es una traducción de la designación rabínica *miskab zakur*, “yacer de un hombre”.

²⁵ Boswell, *Christianity, Tolerance and Homosexuality*, p. 106-7, y ap. 1, pp. 338-53. Según Boswell, *malakoi* seguramente quería decir masturbadores.

²⁶ Countryman, *Dirt, Greed and Sex*, p. 119. Más tarde Countryman sostiene que *arsenokoites* en 1 Timoteo 1:10 son prostitutos por la presencia cercana de *pornois* (“fornicadores”), que presupone el uso de prostitutos (p. 128). Sin embargo, esto implica un giro del usuario del prostituto al prostituto mismo y como es menos probable que Pablo tuviera en mente a los antiguos prostitutos que a los usuarios de prostitutos, lo más plausible es ver una transición de aquellos que rompen el lazo matrimonial con las mujeres hacia quienes los rompen con los hombres. Scroggs (*The New Testament and Homosexuality*, p. 120) sostiene que en 1 Timoteo 1:10, los *pornois* son los prostitutos (el equivalente de *malakoi* en 1 Co 6:9) y los *arsenokoitai* son los hombres que mantienen relaciones sexuales con ellos, pero parece forzar el sentido de *pornois*. En mi opinión, su tesis se sostendría mejor si contendiera que se está hablando de *solicitantes* de sexo

Toda esta especulación tan interesante va encaminada a crear una categoría de pecadores muy concreta, a quienes entonces podemos rechazar sin rechazar la homosexualidad. Pero tales intenciones recibieron una sacudida sencilla y decisiva cuando David Wright demostró en 1984²⁷ que *arsenokoites* era un término acuñado por los judíos helenistas, quizás por Pablo mismo, con procedencia directa del texto de Levítico, del Antiguo Testamento griego:

Meta arsenos ou koimethese koiten gynaikos (Lv 18:22)

Literalmente: con un hombre no te acuestes [como quien] se acuesta [con una] mujer

hos an koimethe meta arsenos koiten gynaikos (Lv 20:13)

Literalmente: cualquiera que se acueste con un hombre [como si] se acostara con una mujer

El origen de la palabra compuesta *arsenokoites* ahora es obvio y el hallazgo es importante en muchos aspectos. Primero, como los pasajes de Levítico no hacen ninguna distinción entre las formas particulares de comportamiento homosexual, es poco probable que el usuario de la palabra compuesta hiciera tal distinción. Naturalmente, esto encaja del todo con la ampliación por parte de Pablo de la lógica de la prohibición de relaciones homosexuales entre mujeres de Romanos 1:26. Además, la conexión con Levítico reclama nuestra atención sobre la referencia que hace Pablo a la pena de muerte en Romanos 1:32, posiblemente haciéndose eco de Levítico 20:13. Ciertamente, hubo otros judíos helenistas que hicieron la misma conexión: “¿Qué son nuestras leyes del matrimonio? La Ley no admite otras relaciones sexuales que la unión natural [*kata physin*] entre marido y esposa, y solamente para la procreación. Aborrece la sodomía [*pros arrenas arrenon*, literalmente “de hombre a hombre”] y

adultos y masculinos (*pornois, arsenokoitai*), bien como designación general para todos los partícipes del vicio, bien porque son quienes con más probabilidad pueden formar parte de la audiencia inmediata a quien va dirigida la carta.

²⁷ D. F. Wright, “Homosexuals or Prostitutes? The Meaning of *Arsenokoitai* (1 Co 6:9, 1 Ti 1:10),” *Vigiliae Christianae* 38 (1984): 125-53, sobre todo 126-29. Ver también P. Zaas, “1 Corinthians 6:9ff.: Was Homosexuality Condoned in the Corinthian Church?” *Society of Biblical Literature Seminar Papers* 17 (1979): 205-12, con relación al argumento (contra Scroggs) según el cual los elementos de la lista de vicios de Pablo eran prácticas reales en Corinto y no simples adopciones del material judío helenista estándar. Ver también E. Cantarella, *Bisexuality in the Ancient World* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1972), pp. 192-93.

castiga con la muerte a cualquier culpable de tal asalto” (Josefo, Contra Apio 2.24 §199).²⁸

Finalmente, la palabra compuesta *arsenokoites* demuestra que la prohibición de relaciones homosexuales se sacó conscientemente de Levítico, quizás originariamente lo hiciera Pablo mismo, aunque en su caso no sobre la base de la impureza ritual, sino sobre la base de la inmoralidad. Esto constituye una demostración más de que Pablo no estaba haciendo una distinción entre impureza y pecado cuando en Romanos 1:26-27 describía la homosexualidad.

Sodoma en 2 Pedro 2:6-7 y Judas 7

...si condenó a la destrucción las ciudades de Sodoma y Gomorra, reduciéndolas a cenizas, poniéndolas de ejemplo para los que habrían de vivir impiamente después; si rescató al justo Lot, abrumado por la conducta sensual de hombres libertinos... (2 Pedro 2:6-7)

Así también Sodoma y Gomorra y las ciudades circunvecinas, a semejanza de aquéllos, puesto que ellas se corrompieron y siguieron carne extraña, son exhibidas como ejemplo al sufrir el castigo del fuego eterno. (Judas 7)

El acercamiento revisionista a estos versículos es el de descartarlos por hacer una interpretación homófoba del Génesis, o el de negar que el primero se refiera al sexo y el segundo al sexo entre hombres. Todos los argumentos en respuesta a la revisión del texto de Génesis se aplicarían, naturalmente, a la revisión de 2 Pedro 2:6-7: deberíamos entenderlo como una generalización de la maldad de Sodoma, incluyendo las relaciones homosexuales, pero no limitándola a ellas. En el caso de Judas 7, por “carne extraña” (traducción literal) es posible entender el deseo que sentían por los *ángeles* los hombres de Sodoma.²⁹ Mientras que, sobre esta

²⁸ Ver también Filón, *Hypothetica* 7.1-2 §357-8: “Si eres culpable de pederastia o adulterio o violación de una persona joven, aunque sea una mujer, ya que no hace falta que mencione el caso de un hombre...Así que, si ultrajas a una persona, sea esclavo o libre...la condena es la misma: la muerte.” Comparar la conexión entre adulterio y homosexualidad en las líneas introductorias de Pseudo-Fóclides: “Fóclides, el más sabio de todos los hombres, dejó estos consejos de Dios con su santo juicio, como dones de bendición. No cometáis adulterio, ni levantéis la pasión homosexual [literalmente, ni excitéis el pene del hombre].”

²⁹ La tradición judía de uniones pecaminosas entre ángeles y humanos, basada en Génesis 6.1-4, se hace aparente en *Jubileos* 7.20-2, el *Testamento de los doce patriarcas*

base, los revisionistas limitan el pecado al deseo de un ser no humano, esa distinción entre el acto y la pretendida víctima suena demasiado bien. ¿Debemos suponer que Judas estaba acusando a sus congéneres de juntarse con ángeles? No, y quizás para mostrar que su acusación es más inclusiva, por eso asocia la “carne extraña” a la “corrupción”.

Ambos pasajes ejemplifican el patrón de los primeros cristianos de tomar prestado, hasta cierto punto, el pensamiento judío contemporáneo en la búsqueda de Escrituras que pudieran dar luz a su confrontación con el mundo. No cabe la menor duda de que los primeros cristianos relacionaban el pecado de Sodoma con el pecado de las relaciones homosexuales, y que usaban el nombre de la ciudad como símbolo del mal comportamiento sexual extremo; incluyendo las relaciones homosexuales, pero no sin limitarlo a las mismas. De la misma manera, Babilonia se convirtió en un símbolo del mal en general, incluyendo el pecado sexual pero no limitándose a éste (Ap 17-18).³⁰

Adenda: *Abominables y perros* en Apocalipsis

Pero los cobardes, incrédulos, abominables, asesinos, inmorales, hechiceros, idólatras y todos los mentirosos tendrán su herencia en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda. (Ap 21:8)

Afuera están los perros, los hechiceros, los inmorales, los asesinos, los idólatras y todo el que ama y practica la mentira. (Ap 22:15)

Estas son las dos únicas listas de vicios que salen en Apocalipsis y en muchos aspectos se parecen claramente a 1 Corintios 6:9-10 y 1 Timoteo 1:10. Es interesante que las dos listas aparezcan muy cerca en el mismo libro, con la diferencia de que la primera incluye a “los cobardes, incrédulos, abominables”, mientras que la segunda incluye a “los perros.” La cobardía y la incredulidad son lo suficientemente claras como referencias a quienes no han “vencido” (Ap 2:7, 11, etc.) y no han

y el *Testamento de Naftalí* 3:4-5. Éste último pasaje menciona a estos ángeles y a los hombres de Sodoma en un mismo contexto como seres que “cambiaron el orden de la naturaleza.”

³⁰Ver los *Oráculos Sibílicos* 5: 143-79 (línea 166 en concreto) y 5:429-40 (línea 430 en concreto), donde se hace mención del adulterio y la pederastia; 4 Esdras 16:46-63, en concreto 47, donde se hace mención de la prostitución; comparar con los *Salmos de Salomón* 2.15-25, el *Apocalipsis de Baruc* 39:5-7 y los *Oráculos Sibílicos* 3:300-14.

perseverado bajo la persecución. ¿Deja esto a “abominables” y “perros” como equivalentes en las dos listas, y como palabras con connotaciones de homosexualidad?

La palabra traducida como “abominables” en el 21:8 es *ebdehlygmenois*, derivada de *bdlygma*, “abominación,” que sale más de cien veces en la Biblia, incluyendo Levítico 18:22 y 20:13 (ver también Ez 16:50). Naturalmente, la palabra puede referirse a muchas cosas que a Dios le parecen inaceptables, pero hay diversas razones para otorgarle aquí un sentido más concreto. Primero, sale en una lista similar a otras listas del Nuevo Testamento (Ro 1:26-32; 1 Co 6:9; 1 Ti 1:10) que incluyen la homosexualidad. Segundo, la palabra abominación en esa época venía asociada comúnmente a la promiscuidad sexual, incluyendo las relaciones homosexuales.³¹ Tercero, a estas alturas de Apocalipsis se nos acaba de dar una descripción detallada de los pecados sexuales de Babilonia, una “ramera” que lleva en la mano una “copa de oro llena de abominaciones y de las inmundicias de su inmoralidad” (17:4). La asociación con Roma y, de manera más general, con el estilo de vida grecorromano hubiera sido obvia entre el público a quien iba dirigido el libro originariamente.

En consecuencia, mientras que la lascivia de la ramera es simbólica de todos los tipos de “engaños” a Dios como esposo, incluyendo la desviación doctrinal, el público de Apocalipsis no limitaría la aplicación a los falsos maestros. En todo caso, darían por sentado que los falsos maestros también podían ser propensos a practicar la inmoralidad sexual (1 Ti 3:5; 2 P 2:14; Judas 8).

Finalmente, debemos considerar la posibilidad de que los “perros” de Apocalipsis 22:15 se refieran a los homosexuales. En los demás lugares del Nuevo Testamento, la palabra se usa para designar a los gentiles (impuros).³² Con esta observación basta para establecer una equivalencia entre “perros” y “abominables” (es decir, impuros), pero los dos términos

³¹ Ver, por ejemplo, 2 *Enoc* 34:2: “Y todo el mundo será reducido a la confusión por sus iniquidades, maldad y abominables fornicaciones, es decir, de amigo a amigo por el ano, además de todo tipo de malvadas impurezas, repugnantes de mencionar”; 2 *Enoc* 10:4: “Este lugar, Enoc, ha sido preparado para quienes no glorifican a Dios, quienes practican en la tierra el pecado que va contra la naturaleza, es decir la corrupción de niños por el ano, a la manera de Sodoma.” La fecha de origen de 2 *Enoc* es motivo de debate, pero el estilo que aquí encontramos es totalmente coherente con el de otros escritos judíos dentro de un margen de doscientos años antes y después de la época de Cristo.

³² Mateo 7:6; 15:26-27; Marcos 7:27-28; Filipenses 3:2.

juntos pueden referirse sencillamente a todos aquellos que persiguen la falsedad, sin ningún tipo de connotación sexual ni homosexual. Una objeción a esta generalidad, además de las mencionadas antes, es que “los cobardes, incrédulos, abominables” parece una lista de generalidades innecesariamente repetitiva. Además, en Deuteronomio 23:18 tenemos probablemente un antecedente a la asociación de “perros” con prostitutas del mismo sexo.³³

Encuentro que la evidencia para la inclusión de Apocalipsis 21:8 y 22:15 en el debate de la homosexualidad es sugestiva pero no obliga. Por esta razón, y por la probable reacción emocional a la etiqueta “perro,” pienso que es mejor dejar estos versículos de lado y no presionar hasta el punto de que, aunque válido, sea contraproducente.

Sumario

Este capítulo ha abundado en la confirmación de la postura avanzada ya en los capítulos tres y cuatro; a saber, que la Biblia considera las relaciones homosexuales como una violación del bien creado por Dios que es la unión marital de hombre y mujer. Los textos bíblicos revelan toda una serie de prácticas homosexuales y de motivaciones, que incluyen la violación, la prostitución, la pederastia y las relaciones de mutuo acuerdo. Algunas referencias son más generales y se pueden aplicar a diferentes prácticas. Los intentos revisionistas de aislar cada texto y de mostrar su desigualdad con la práctica moderna fracasan, porque algunos textos ponen en tela de juicio tales limitaciones y porque los pormenores de las prácticas y de la motivación no acaban de dar la talla.

La clave es sencilla y transcurre como un hilo conductor a través de todos los pasajes debatidos durante los dos últimos capítulos. La clave es el matrimonio. Al evaluar cualquier tipo de acto homosexual (sea con ángeles, prostitutas, niños o adultos de mutuo acuerdo) en relación con la unión matrimonial de hombre y mujer, ninguno da la talla frente al plan de Dios presente desde la Creación. Como bien han señalado

³³ A esta conexión hace referencia R. H. Charles, *The Revelation of St. John* (Edinburgh: T & T Clark, 1990), 2:178. Charles hace la equivalencia con “los corruptos” en 21:8, pero no hace una equivalencia clara de ambos con la homosexualidad. Dicha equivalencia es contemplada por varios comentaristas; entre ellos J.M. Ford, *Revelation* (Garden City, N. Y.: Doubleday, 1975), p. 345.

los revisionistas, es inapropiado que los cristianos tachen tales actos de *impuros* o *repugnantes*. Pero, como los revisionistas no han logrado admitir, los cristianos que tienen la Biblia como autoridad primera y última deben seguir diciendo que estos actos están *mal*.

6

EL PRECIO DEL AMOR

Este será un capítulo nada agradable de leer; como tampoco lo fue escribirlo. Una cosa es considerar las nociones abstractas de todo lo relacionado con las personas, o los usos de las palabras griegas en la Antigüedad, y otra muy distinta es considerar, aquí y ahora, en personas reales, el daño físico y psicológico asociado a la homosexualidad.

Pero no podemos quedarnos en el terreno de lo abstracto porque las personas no son abstracciones. Como expliqué en el capítulo 3, la visión bíblica es que somos almas encarnadas, individuos cuyos cuerpos no son casuales sino que forman parte integral de nuestra identidad, y por tanto, de nuestra moralidad. Este capítulo se centra en las implicaciones de la unión marital, pero aquí el tema es la salud.

El cuerpo de cada individuo forma parte del mundo físico sobre el cual ha sido entregado el dominio a la humanidad. Las Escrituras afirman que es responsabilidad del individuo “sustentar y cuidar” el cuerpo (Ef 5:29). Más concretamente, en términos de conducta sexual, una persona puede pecar contra el cuerpo de otra o contra su propio cuerpo (Ro 6:12; 1 Co 6:13, 18:19; 2 Co 7:1). Este tipo de pecado puede comportar daños diversos, entre ellos, perjudicar la estructura física del cuerpo. En este capítulo exploraremos el fenómeno moderno de las prácticas homosexuales y sostendremos que, en su forma más común, representa un riesgo tal para la salud, incluso al margen del SIDA, que constituye un pecado contra el cuerpo.

Como la investigación que he realizado para este capítulo queda fuera de mi especialización profesional, he tomado ciertas precauciones para que

la información sea precisa. El primer borrador de este capítulo fue revisado por cuatro médicos especialistas a fin de corregir los posibles errores. He evitado todo tipo de fuentes secundarias de información, como periódicos, revistas populares y libros, y tampoco cito a ningún autor cristiano. En cambio, he documentado todos los datos de este capítulo con publicaciones seculares, científicas, médicas y especializadas, así como las investigaciones más recientes a mi disposición en el momento de escribirlo; todas ellas virtualmente neutrales, o más bien a favor de la homosexualidad. Sean cuales sean las conclusiones de la investigación, naturalmente son las mías propias, pero el lector distinguirá fácilmente entre información e interpretación por la presencia o ausencia de documentación.

Gran parte de la descripción de prácticas homosexuales que sigue a continuación pinta un cuadro muy negativo, y me preocupa que alguien pueda hacer uso destructivo de una información, que yo sepa, por primera vez recogida y ampliamente documentada. La aplastante evidencia de que las personas metidas en prácticas homosexuales se están haciendo daño a sí mismas y a los demás, debería causar gran tristeza. Nadie debería usarla de garrote en los discursos de guerra cultural o en los debates de política pública. El único motivo de sacarla a relucir en este capítulo es el de explorar las implicaciones del sufrimiento causado por la moralidad personal. O, para ponerlo en forma de pregunta: ¿Incorre la conducta homosexual en el riesgo de perjudicarse a uno mismo o a los demás, lo suficiente como para que esté mal aunque sólo sea en términos de salud?

El predominio de las prácticas homosexuales

¿Hasta qué punto estas prácticas son algo común? Hago así la pregunta porque hay cierta ambigüedad entre lo que la gente “es” y lo que hace; y tengo que dejar la mayor parte de este debate para el siguiente capítulo. La cuestión moral de la práctica homosexual, sobre todo en lo relacionado con la salud, conlleva algunas preguntas sobre esa práctica sexual en sí: ¿cuánta gente lo hace?, ¿con qué frecuencia?, etc. El término técnico para referirnos a la cantidad es *prevalencia*; del cual hablaré en esta sección. En la siguiente trataré de los *patrones* que distinguen al sexo heterosexual del homosexual. Finalmente entraré a tratar en cierto detalle los *problemas* de salud mental y física más comunes entre los homosexuales.

A principios del 1993, la prensa empezó a divulgar los resultados de numerosos sondeos recientes que contradecían la arraigada noción de que los homosexuales constituían aproximadamente un 10 por ciento de la población.¹ Esa antigua cifra se basaba en un estudio de Alfred Kinsey publicado en el 1948², según el cual el 10 por ciento de las personas entrevistadas habían sido predominantemente homosexuales durante un periodo de hasta tres años entre los 16 y los 65 años de edad. Desde el punto de vista de las técnicas modernas de captación de evidencia, el estudio Kinsey era trágicamente defectuoso (por ejemplo, el 25 por ciento de los sujetos estudiados eran o habían sido reclusos en una prisión).³ De hecho, la cifra misma del 10 por ciento era una distorsión de lo descubierto por Kinsey: el número de hombres que *mantiene* una preferencia homosexual durante toda la vida era un todavía inferior 4 por ciento, y en el caso de las mujeres, más o menos la mitad. Pero pocos leyeron lo suficiente como para distinguir entre las cifras del 10 y del 4 por ciento; y encima, no se disponía de otros datos que pudieran contradecir el informe de Kinsey. Como resultado, la cifra del 10 por ciento se llegó a repetir tanto, que con el tiempo adquirió vida propia y hasta hace muy poco se daba por sentada en la mayoría de debates sobre la homosexualidad. Los números en sí no confieren moralidad a una actividad, pero un número tan grande como el 10 por ciento, el equivalente a veinticinco millones de norteamericanos, parecía añadir un grado de normalidad a la homosexualidad. Así que, de entre la neblina moral de las pasadas décadas, surgió la noción de que el 10 por ciento equivale a normal, normal equivale a natural y natural equivale a aceptable.

Cuesta mucho más mantener esta noción a la luz de más de una docena de estudios recientes, que sitúan consistentemente la incidencia de la práctica homosexual en torno al 1 por ciento. Tres sondeos dis-

¹ Ver, por ejemplo, P. Painton, "The Shrinking Ten Percent," *Time*, April 26, 1993, pp. 27-29; P. Rogers, "How many Gays Are There?" *Newsweek*, February 15, 1993, p. 46.

² A. C. Kinsey, W. B. Pomeroy y C. E. Martin, *Sexual Behavior in the Human Male* (Philadelphia: W. B. Saunders, 1948); comparar A. C. Kinsey, W. B. Pomeroy, C. E. Martin y P. H. Gebhard, *Sexual Behavior in the Human Female* (Philadelphia: W. B. Saunders, 1953).

³ Para una crítica detallada, ver: J. H. Court y J. G. Muir, eds. *Kinsey, Sex and Fraud: The Indoctrination of a People* (Lafayette, LA: Huntington House, 1990).

tintos dirigidos en 1990 por el Nacional Center for Health Statistics^{1NT} encontraron que menos de un 3 por ciento de hombres habían experimentado relaciones homosexuales aunque fuera una sola vez durante los últimos quince años.⁴ Cuatro estudios distintos, llevados a cabo en el ámbito nacional en Estados Unidos en 1970, 1988, 1989 y 1990, dirigidos por el National Opinion Research Center^{2NT} (sobre un total de 7.408 sujetos), llegaron a la conclusión de una mayor incidencia del 1,8 por ciento de hombres que habían tenido relaciones homosexuales durante el año anterior, un 3,3 por ciento de hombres adultos que habían tenido contacto homosexual de manera “ocasional” o “bastante frecuente,” y la estimación de entre un 5 y 7 por ciento que habían tenido un contacto de este tipo alguna vez.⁵ Otro estudio reciente, que incorpora los resultados de los estudios anteriores y tres sondeos adicionales llevados a cabo en EEUU después del 1988, presenta una media del 5,5 entre los hombres y del 2,5 entre las mujeres con relaciones homosexuales durante toda su vida.⁶ El último sondeo importante, realizado entre más de tres mil sujetos, da unas cifras ligeramente más altas: entre las mujeres sexualmente activas, el 1,3 por ciento dicen haber tenido al menos una compañera durante el año anterior (el 3,8 por

^{1NT} Centro nacional de estadísticas de la salud.

^{2NT} Centro nacional de investigaciones de la opinión. Más tarde el autor se referirá al mismo con las siglas NORC.

⁴ D. A. Dawson, *AIDS Knowledge and Attitudes for January-March 1990: Provisional Data from the National Health Interview Survey*, Advanced Data from Vital and Health Statistics 193 (Hyattsville, MD.: National Center for Health Statistics, September 26, 1990), p. 11; J.E. Fitti y M. Cynamon, *AIDS Knowledge and Attitudes for April-June 1990: Provisional Data from the National Health Interview Survey*, Advance Data from Vital and Health Statistics 195 (Hyattsville, MD.: National Center for Health Statistics, December 18, 1990), p. 11; P. F. Adams y A. M. Hardy, *AIDS Knowledge and Attitudes for September 1990: Provisional Data from the National Health Interview Survey*, Advanced Data from Vital and Health Statistics 198 (Hyattsville, MD.: National Center for Health Statistics, April 1, 1991), p. 11.

⁵ Robert Fay et al., “Prevalence and Patterns of Same-Gender Contact Among Men,” *Science* 243 (January 20, 1989): 338-48; S. M. Rogers y C. F. Turner, “Male-Male Sexual Contact in the USA: Findings from Five Sample Surveys, 1970-1990,” *Journal of Sex Research* 28 (November 1991): 491-519. El quinto estudio de Rogers y Turner corresponde a la ciudad de Dallas y registra porcentajes más altos: 8,1 por ciento de contactos entre hombres durante el año previo, 4,6 por ciento durante toda la vida.

⁶ M. Diamond, “Homosexuality and Bisexuality in Different Populations,” *Archives of Sexual Behavior* 22, n° 4 (1993): 291-310 (resumen en la p. 306). Diamond también informa acerca de cinco estudios llevados a cabo en San Francisco (1984) y Nueva York (1985) que daban paso a los porcentajes del 9,9 y del 9 por ciento, que se identificaban como homosexuales y bisexuales respectivamente. Ver también el artículo de S. N. Seidman y R. O. Rieder, “A Review of Sexual Behavior in the United States,”

ciento durante toda la vida, desde la pubertad); entre los hombres sexualmente activos, el 2,8 por ciento dicen haber tenido al menos un compañero durante el último año (el 7,1 por ciento durante toda la vida, desde la pubertad).⁷

Naturalmente, estos números cubren una amplia gama de actividades sexuales y deberíamos entender que algunos homosexuales no experimentan relaciones sexuales durante un año en concreto, mientras que otros que experimentan relaciones homosexuales en un año determinado, no son homosexuales.⁸ Además, el término *bisexual* es un término equivocado sobre el aproximadamente 5 por ciento de adultos que experimentan con ambos sexos. Menos de la mitad del 1 por ciento de la población va en “ambas direcciones” en un año en concreto,⁹ y no disponemos de datos para calibrar la relación entre experiencias ocasionales, a veces separadas por años, y el tipo de deseo que las motiva.¹⁰ No queda nada claro que la bisexualidad sea una *orientación* en el sentido que usamos el término para describir el deseo heterosexual u homosexual. El término más bien denota una *categoría* de gente que vacila en sus prácticas; la vasta mayoría solo ocasionalmente o durante periodos de tiempo, pero no constantemente.¹¹

American Journal of Psychiatry 151 (March 1994): 330-41, el cual menciona otros estudios que corroboran esas cifras y a los que yo no tengo acceso.

⁷ E. O. Laumann et al., *The Social Organization of Sexuality* (Chicago: University of Chicago Press, 1994), p. 294.

⁸ Ver la discusión sobre la interrelación entre práctica, identificación propia y deseo expresado en *ibid.*, pp. 298-301. Según dicho estudio el 2,8 por ciento de los hombres y el 1,4 por ciento de las mujeres dicen tener cierto nivel de identidad homosexual o bisexual (p. 293), pero estos números no se solapan perfectamente con las cifras correspondientes a las experiencias sexuales con personas del mismo género.

⁹ Ver Rogers y Turner, “Male-Male Sexual Contact,” pp. 508-9, tabla 8 (solo hombres) y la argumentación. Ver también Laumann et al., *Social Organization of Sexuality*, tabla 8.3 A (p. 311) y la argumentación (pp. 310-13).

¹⁰ Kinsey constituyó una escala de siete puntos para registrar la orientación manifiesta; el 0 correspondería a los exclusivamente heterosexuales y el 6 a los exclusivamente homosexuales. Para más información sobre las posibilidades y limitaciones de dicha escala, ver, por ejemplo, E. Coleman, “Toward a Synthetic Understanding of Sexual Orientation,” en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S.A. Sanders y J. M. Reinsch, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), pp. 267-76, y F. Klein, “The Need to View Sexual Orientation as a Multivariable Dynamic Process: A Theoretical Perspective,” en el mismo volumen, pp. 277-82.

¹¹ Ver M. S. Weinberg, C. J. Williams y D. W. Pryor, *Dual Attraction: Understanding Bisexuality* (New York: Oxford University Press, 1994). Este estudio es el más detallado hasta la fecha; lo malo es que los datos están basados en una muestra muy pequeña, reclutados en una organización bisexual y en una sola ciudad (San Francisco).

¿Cuál es, entonces, el porcentaje de la población que constantemente desea o practica las relaciones homosexuales? Los datos del NORC nos ofrecen la siguiente estimación: del aproximadamente 6 por ciento que experimentan relaciones homosexuales alguna vez, el número de homosexuales actualmente activos es del 0,6 al 0,7 por ciento de la población adulta en EEUU.¹²

Un estudio llevado a cabo entre el 1986 y 1987, entre 36.741 norteamericanos adolescentes reveló que el 1 por ciento había tenido experiencias homosexuales durante el año previo (el 1,6 por ciento entre chicos y el 0,9 entre chicas), y el número de los que decían tener orientación homosexual era del 0,7 por ciento entre chicos (más el 0,8 por ciento de bisexuales) y del 0,2 por ciento entre chicas (más el 0,9 por ciento de bisexuales).¹³ Según un estudio del 1988, llevado a cabo entre 1.880 chicos de entre quince y diecinueve años, el 0,3 por ciento habían tenido contacto homosexual durante el pasado año (un 1,4 por ciento siempre), y el 0,5 por ciento decía tener orientación homosexual (además de un 1 por ciento de bisexual).¹⁴

Curiosamente, estas cifras guardan coherencia con las obtenidas en otros países occidentales. Según un sondeo británico llevado a cabo en 1990-1991 (entre 19.000 hombres), el 1,1 por ciento había tenido compañeros homosexuales durante el año previo (un 3,6 por ciento, siempre).¹⁵ En los Países Bajos, ampliamente considerados más liberales que la mayoría de países occidentales, un estudio llevado a cabo en el

¹² T. W. Smith, "Adult Sexual Behavior in 1989: Number of Partners, Frequency of Intercourse and Risk of AIDS," *Planning Perspectives* 23 (May/June 1991): 102-7. Ver p. 104, tabla 2. Smith es director del General Social Survey Project del NORC (Universidad de Chicago).

¹³ G. Remafedi et al., "Demography of Sexual Orientation in Adolescents," *Pediatrics* 89, n°4, pt.2 (April 1992): 714-21. Las estadísticas no se solapan: solamente el 27,1 por ciento de los estudiantes con experiencias homosexuales se identificaron a sí mismos como homosexuales o bisexuales (p. 719). La implicación aparente es que a la mayoría de adolescentes que lo prueban, no les gusta.

¹⁴ L. Ku, F. L. Sonenstein y J. H. Pleck, "Patterns of HIV Risk and Preventive Behaviors Among Teenage Men," *Public Health Reports* 107 (March/April 1992): 131-38.

¹⁵ A. M. Johnson et al., "Sexual Lifestyles and HIV Risk," *Nature* 360 (December 3, 1992): 410-12. El anterior estudio piloto entre mil adultos británicos daba cifras más altas: un 9 por ciento entre los hombres y un 4 por ciento entre las mujeres había tenido experiencias homosexuales durante toda la vida, el 5 por ciento de hombres y el 1 por ciento de mujeres había tenido pareja homosexual: K. Wellings et al., "Sexual Lifestyles Under Scrutiny," *Nature* 348 (November 22, 1990): 276-78. Otro estudio británico entre 480 sujetos entregaba un resultado inferior: el 1,7 por ciento había tenido alguna experiencia homosexual durante su vida, y la mitad había tenido una sola experiencia: D. Forman y C. Chilvers, "Sexual Behaviour of Young and Middle Aged Men in England and Wales," *British Medical Journal* 298 (April 29, 1989): 1137-42.

1989 (entre 1,000 sujetos) reveló que el 3,3 por ciento entre los hombres, y el 0,4 por ciento entre las mujeres, declaraban que su *preferencia* durante el año previo había sido predominantemente homosexual (el 12 por ciento entre hombres/el 4 por ciento entre mujeres, siempre).¹⁶ Un estudio francés del 1992 informaba de que un 1,1 por ciento de hombres y un 0,3 por ciento de mujeres habían tenido relaciones homosexuales durante el año anterior, un 1,4 por ciento/0,4 por ciento durante los cinco años previos y un 4,1/2,6 por ciento siempre.¹⁷

Estos estudios recientes contienen controles de parcialidad en la recopilación e información de la evidencia. Los investigadores se aseguran de que las muestras sean aleatorias, y las preguntas neutrales, de que se utilicen técnicas de entrevista y de que se respete el anonimato de los participantes. Ajustan los resultados teniendo en cuenta los rechazos ocasionales a responder preguntas o a responderlas de verdad.¹⁸ Este grado de esmero, unido a la remarcable uniformidad de los números resultantes, confiere un buen grado de certeza a la cuestión de la prevalencia.

Entenderemos mejor las distintas estadísticas mostradas si las consideramos en términos de números en lugar de porcentajes. Lo que la investigación nos dice es que, en un conjunto aleatorio de trescientos adultos, dos de los hombres y una de las mujeres han tenido una relación homosexual durante el año anterior. Tanto como 4 hombres más y dos mujeres más tienen la inclinación, al menos ocasionalmente, pero durante el último año o bien no han podido experimentarla o decidieron no hacerlo. Seis hombres más y tres de las mujeres intentaron en algún momento de su pasado tener relaciones homosexuales, pero decidieron que la experiencia no era lo que querían de manera habitual. El resto del grupo, 282 de los trescientos, practican la heterosexualidad, si es que practican algo. En términos de un deseo exclusivo de relaciones homosexuales aparejado con la práctica predominantemente homosexual, solamente *dos* de las trescientas personas son *homosexuales*.¹⁹

¹⁶ Según Diamond, "*Homosexuality and Bisexuality*," p. 295, tabla 1.

¹⁷ A. Spira et al., "AIDS and Sexual Behavior in France," *Nature* 360 (December 3, 1992): 407-9; P. Aldous, "French Venture Where U.S. Fears to Tread," *Science* 257 (July 3, 1992): 25. Este estudio se hizo entre 20.055 sujetos.

¹⁸ Todos estos estudios describen las técnicas de captación de evidencias y de información: ver sobre todo la discusión de Diamond, "*Homosexuality and Bisexuality*," pp. 303-6, y Laumann et al., *Social Organization of Sexuality*, pp. 35-73.

¹⁹ El número dos procede de Smith, "Adult Sexual Behavior," p. 104, tabla 2, que hace una estimación de la orientación basada en la práctica exclusiva. El número más

Si traducimos estos números a proporciones nacionales, empezaremos con la cifra de la población adulta según el censo de EEUU en 1990, unos 180 millones de personas. De éstas, un número aproximado de dos millones de hombres y de un millón de mujeres participó por lo menos en un acto homosexual durante el pasado año. La población homosexual, es decir, aquellos adultos que practican las relaciones homosexuales de manera exclusiva, es de 1,5 millones. Si añadimos a quienes van en “ambas direcciones” de manera sistemática, y damos por sentado que muchos de ellos tienen, por lo menos en parte, deseos homosexuales, podemos estirar el número hasta los dos millones.

Estos números, naturalmente, quedan muy lejos de los dieciocho millones de adultos sugeridos por la todavía popular cifra del 10 por ciento. Sin embargo, sigue siendo una cifra muy alta. Y, claro está, las estadísticas no importan demasiado cuando tú o algún ser querido está dentro de ese número. Lo que nos interesa es sondear un poco la investigación reciente para así presentar los hechos. Queda por ver si la acusada revisión a la baja de los números afectará a la noción generalizada sobre lo que es “normal”.

Patrones de la práctica

A medida que la homosexualidad entra en la corriente principal de los medios, las actividades homosexuales van siendo diligentemente representadas en todos los aspectos en paralelo a las heterosexuales, exceptuando la diferencia accidental del sexo de la pareja. Desde la famosa película *Filadelfia*, hasta el cuento de niños *Daddy's Roommate*, se presenta a las parejas homosexuales como personas muy atractivas que disfrutan de relaciones estables. Pero la cámara siempre se aleja, o se pasa página, ante cualquier muestra de afecto que vaya más allá de un breve beso o caricia. Sus defensores sostendrán que esos tipos

liberal posible sería el catorce: Fay et al. (“Prevalence and Patterns,” pp. 346-47) estiman que por causas desconocidas podrían llegar a doblar sus cifras ya ajustadas del 3 por ciento para los hombres (y yo añadido el 1,5 por ciento para las mujeres, basándome en los hallazgos consistentes de los investigadores: ver Diamond, “Homosexuality and Bisexuality,” p. 306) que habían tenido contactos homosexuales “bastante a menudo” (1,2 por ciento) o “frecuentemente” (1,8 por ciento). Esto, naturalmente, dando por sentado que “bastante a menudo” se refiere a una experiencia constante, más que episódica o periódica, y que tal contacto tiene siempre una motivación homosexual.

de representación quedan justificados para combatir los estereotipos y la “homofobia,” cuya definición se ha ampliado y ahora incluye la *desaprobación*. Si embargo, si hurgamos un poco, lo que observamos en la práctica homosexual es del todo distinto de la práctica heterosexual, por lo menos en tres aspectos.

1. *La frecuencia del sexo fuera de las relaciones a largo plazo*. El estudio más completo de las relaciones homosexuales hasta la fecha es el de A. P. Bell y M. S. Weinberg en su libro *Homosexualities*.²⁰ Los autores clasifican como “pareja cerrada” lo más aproximado al matrimonio entre los homosexuales, lo cual incluye a cohabitantes en un “casi matrimonio”, en el que “la cantidad de cruces [encuentros sexuales externos a la relación primaria] también tiene que ser baja.”²¹ Solo el 10 por ciento de los sujetos masculinos y el 28 por ciento de los femeninos resultaron caer en dicha categoría.²² Esto encaja con los resultados del censo de EEUU de 1990, que contaba solamente con 145.130 parejas homosexuales que se refirieran a su cohabitador como “pareja no casada.”²³ Aproximadamente el 95 por ciento de estas parejas homosexuales se concentraban en zonas urbanas o metropolitanas; un 33 por ciento en solamente doce ciudades y un 25 por ciento en un solo estado.²⁴ En San Francisco, el número de dichas parejas era sorprendentemente

²⁰ A. P. Bell y M. S. Weinberg, *Homosexualities: A Study of Diversity Among Men and Women* (New York: Simon and Schuster, 1978).

²¹ *Ibíd.*, p. 132.

²² *Ibíd.*, p. 346, tabla 13.5.

²³ US Department of Commerce, *1990 Census of Population: Social and Economic Characteristics* (September 1993), volúmenes por estado. Estas estadísticas, incidentalmente, pueden proporcionar una verificación independiente de la estimación anterior sobre la población homosexual en general. Como hay un 20 por ciento adicional de hombres homosexuales y un 50 por ciento adicional de mujeres homosexuales que se “aparejan” más libremente y en cualquier momento (Bell y Weinberg, *Homosexualities*, pp. 91, 97), podríamos empezar con el número de partida del censo, unos 300.000 y doblarlo generosamente para cubrir los que son reacios a rellenar los formularios con honestidad, y luego multiplicar los hombres por tres y las mujeres por 1,2: el total resultante es de 1,5 millones.

²⁴ *Ibíd.* California cuenta con 23.275 hombres homosexuales y 13.327 mujeres. Otros lugares de interés, donde la información se da por condado en la tabla 151 de los volúmenes por estado que nos ocupan, incluyen el condado de Los Ángeles (Hombre/Mujer 8.080/3.977), Chicago (2.942/1.747), Washington D.C. (1.822/479), San Diego (1.918/949), Boston (1.264/691), Minneapolis-St. Paul (1.244/1.167), Dallas (1.150/412), Filadelfia (888/761), y Atlanta (852/325). El importante volumen sobre New York no estaba disponible en el momento en que lo consulté; hago una estimación de 10.000/5.000 para así alcanzar la cifra del 33 por ciento entre las doce ciudades.

bajo: 5.669 hombres, 1.461 mujeres.²⁵ Estos números parecen verificar las conclusiones anteriores de Bell y Weinberg, de que la vasta mayoría de actividades homosexuales, particularmente entre hombres, se da fuera del contexto de unas relaciones de tipo casi matrimonial.

El fenómeno de la promiscuidad homosexual, sobre todo entre hombres, lo podemos cuantificar de manera más concreta. Los números son asombrosos. Bell y Weinberg descubrieron que el 74 por ciento de los hombres homosexuales decían haber tenido más de 100 parejas durante toda su vida, el 41 por ciento, más de quinientas y el 28 por ciento, más de mil.²⁶ El setenta y cinco por ciento decían que más de la mitad de sus relaciones habían sido con personas extrañas, y el 65 por ciento decían haber tenido sexo con más de la mitad de sus parejas en una sola ocasión.²⁷ Durante el año anterior, el 55 por ciento decían haber tenido veinte parejas o más, el 30 por ciento, 50 o más.²⁸ Entre las mujeres homosexuales, los números eran considerablemente más bajos: el 60 por ciento decía haber tenido menos de 10 parejas en toda su vida y solamente un 2 por ciento decía haber tenido más de cien parejas. Durante el año anterior, solamente el 3 por ciento decían haber tenido 20 parejas o más y un 1 por ciento, cincuenta o más.²⁹

Según el estudio de M. T. Saghir y E. Robins, el 50 por ciento de los hombres homosexuales de más de treinta años, y el 75 por ciento de los hombres homosexuales de más de cuarenta años, *no* habían tenido

²⁵ *Ibíd.*, 2/6:984, tabla 151.

²⁶ Bell y Weinberg, *Homosexualities*, p. 308, tabla 7.

²⁷ *Ibíd.*, pp. 308-9, tabla 7. Para las mujeres, los números correspondientes son del 6 por ciento para quienes decían que la mitad de sus parejas eran desconocidas, y del 8 por ciento para quienes decían haber tenido relaciones sexuales solamente una vez con la mitad de sus parejas.

²⁸ *Ibíd.*, 312, tabla 7.

²⁹ *Ibíd.* Estos números concuerdan con los resultados del sondeo entre 962 mujeres homosexuales de K. Jay y A. Young, *The Gay Report* (New York: Summit, 1979), p. 324, según el cual el número de parejas es de menos de 10 en el 62 por ciento de los sujetos, y de más de 25 en el 13 por ciento. Laumann et al. (*Social Organization of Sexuality*, pp. 178-79, tablas 5.1 B-C) informa que entre la población en general, el 8,6 por ciento (12 por ciento de hombres y 5,9 por ciento de mujeres) dicen haber tenido entre 5 y 10 parejas durante los 5 años anteriores; el 2,7 por ciento (4,2 por ciento de hombres y 1,4 por ciento de mujeres) entre once y veinte; y el 1,7 por ciento (3,3 de hombres y 0,4 de mujeres), más de veintiuna. Entre quienes nunca se han casado, las cifras son del 19,7 por ciento, el 6,4 por ciento y el 3,9 por ciento respectivamente. Durante el año anterior, el 3,2 dicen haber tenido más de cinco parejas (el 5,1 los hombres y el 1,7 las mujeres); entre los no casados, el 9 por ciento dicen haber tenido más de cinco parejas. El estudio no aporta datos comparativos para las parejas del mismo sexo.

relaciones que duraran más de un año.³⁰ Incluso durante los periodos de más vigor sexual (entre los 20 y los 40 años de edad), de entre aquellos pocos que tenían relaciones que duraran más de un año, solamente un 37 por ciento de hombres homosexuales y un 20 por ciento de mujeres homosexuales conseguían una relación de cohabitación de más de tres años.³¹ Aunque eran más las mujeres que conseguían relaciones de por lo menos un año, la media de duración de dichas relaciones era un poco más baja que la de los hombres homosexuales.³² Y en conjunto, solo el 8 por ciento de los hombres homosexuales, y el 7 por ciento de las mujeres homosexuales, habían tenido *alguna vez* relaciones que duraran más de tres años.³³

Según otro sondeo dirigido por K. Jay y A. Young, únicamente el 7 por ciento de los hombres homosexuales habían tenido una relación que durara más de diez años; el 38 por ciento nunca había tenido una relación que durara más de un año; y el 55 por ciento nunca había tenido una relación que durara más de dos años.³⁴ Según un estudio llevado a cabo en Chicago entre varios cientos de parejas masculinas, el índice de “no exclusividad” era del 87 por ciento entre los que habían estado juntos menos de un año, del 78 por ciento entre quienes habían estado juntos entre uno y cinco años, y del 91 por ciento entre quienes habían estado juntos por más de cinco años.³⁵

Se puede objetar que todos estos datos corresponden a finales de los años 70 y que el SIDA ha hecho cambiar radicalmente las prácticas sexuales. Pero hay investigaciones más recientes que confirman la vigencia de dichos números. Según un estudio llevado a cabo en Los Ángeles a finales de los 80, por ejemplo, los hombres homosexuales tenían una media de 20 parejas al año.³⁶ Un estudio llevado a cabo en

³⁰ M. T. Saghir y E. Robins, *Male and Female Homosexuality: A Comprehensive Investigation* (Baltimore: Williams Wilkins, 1973), pp. 56-57.

³¹ *Ibíd.*, p. 57, tabla 4.14; p. 226, tabla 12.11.

³² *Ibíd.*, p. 226.

³³ Este número no lo proporcionan Saghir y Robins (*Male and Female Homosexuality*), sino que deriva de los números de las tablas 4.10, 4.14, 12.7 y 12.11.

³⁴ *Ibíd.*, pp. 339-40. Jay y Young hicieron un sondeo entre 4.329 hombres homosexuales y 962 mujeres homosexuales (*The Gay Report*).

³⁵ J. Harry, *Gay Couples* (New York: Praeger Books, 1984), p. 115, tabla 6.1. Un estudio más reducido de 1980 encontró que el 76,5 por ciento de los homosexuales con relaciones íntimas tenían como mínimo una pareja adicional, el 40 por ciento al menos seis: D. Blasband y L. A. Peplaw, “Sexual Exclusivity,” *Archives of Sexual Behavior* 14 (October 1985): 406, tabla 4.

³⁶ L. Linn et al., “Recent Sexual Behaviors Among Homosexual Men Seeking Primary Medical Care,” *Archives of Internal Medicine* 149 (December 1989): 2685-90.

Boston durante tres años, a finales de los 80, llegó a la conclusión de que el 77 por ciento de los 481 sujetos masculinos estudiados habían tenido más de 10 parejas durante los cinco años previos y el 34 por ciento, más de cincuenta. Lo más trágico quizás, y seguidamente lo documentaré, es que el segmento de la población homosexual masculina con más riesgo es el más promiscuo, el menos propenso a tomar precauciones y el menos propenso a informar a su pareja de su propia infección.

Conviene comparar las cifras de promiscuidad homosexual con las de la población en general, ya que una respuesta común es que los heterosexuales no son menos promiscuos. Un importante estudio publicado en 1993 sobre el comportamiento sexual ente adultos norteamericanos encontró que el 17 por ciento de los hombres y el 10 por ciento de las mujeres habían tenido más de una pareja durante el año anterior.³⁸ Otro estudio que comparaba casos de no monogamia entre diferentes grupos durante el año previo, encontró que entre “parejas cerradas” de hombres homosexuales, el 79 por ciento decían haber

Los autores reconocen la posibilidad de que los resultados no sean representativos de todos los hombres homosexuales, ya que sus 823 sujetos son personas que habían acudido en busca de ayuda médica y podían ser más promiscuos. Pero también hay que tener en cuenta que la mayoría de los otros estudios reclutan a los sujetos en publicaciones y organizaciones gay, con lo cual tampoco son, en cierto grado, del todo representativos (p. 2689).

³⁷ G. R. Seage III et al., “The Relation Between Nitrite Inhalants, Unprotected Anal Intercourse and the Risk of Immunodeficiency Virus Infection,” *American Journal of Epidemiology* 135 (Januray 1, 1992): 5 tabla 1. Un estudio británico de 1990 encontró un 28,4 por ciento de 387 sujetos con relaciones íntimas, porcentaje más alto que el de Bell y Weinberg (*Homosexualities*): F. C. I. Hickson et al., “Maintenance of Open Gay Relationships: Some Strategies of Protection Against HIV,” *AIDS Care* 4, n°4 (1992): 412. Los autores concluyen, sin embargo, que este resultado mantiene coherencia con los de estudios anteriores y no representa una tendencia hacia la exclusividad (p. 409). Un estudio australiano entre 145 sujetos llevado a cabo en 1986-1987 y luego en 1991, descubrió que el porcentaje de quienes habían descrito su práctica sexual como “monógama” había pasado del 22,8 al 25,5: S. Kippax et al., “Sustaining Safe Sex: A Longitudinal Study of a Sample of Homosexual Men,” *AIDS* 7 (February 1993): 260, tabla 2. El resultado combinado de dos estudios holandeses llevados a cabo en 1992 mostraba que el 78 por ciento de 577 sujetos masculinos seleccionados al azar decía haber tenido más de cinco parejas durante el último año, el 45 por ciento más de veinte: P. J. Veugclers et al., “Estimation and Magnitude of the HIV Epidemia Among Homosexual Men: Utilization of Survey Data in Predictive Models,” *European Journal of Epidemiology* 9 (July 1993): 438, tabla 1.

³⁸ C. Leigh, M. T. Temple y K. F. Trocki, “The Sexual Behavior of U.S. Adults: Results from a Nation Survey,” *American Journal of Public Health* 83 (October 1993): 1404, tabla 3.

incurrido en la no monogamia durante el año anterior, comparado al 19 por ciento entre las lesbianas, el 10 por ciento entre los heterosexuales casados y el 23 por ciento entre las parejas de hecho heterosexuales.³⁹ Si proyectamos estos números durante unos cuantos años, el número de hombres homosexuales que experimenta algo parecido a la fidelidad de por vida, estadísticamente hablando, es insignificante.⁴⁰

La promiscuidad entre los hombres homosexuales no es un mero estereotipo, y no es sencillamente la experiencia de la mayoría; es virtualmente la *única* experiencia. Incluso dejando a un lado la infidelidad y aceptando una definición generosa de las “relaciones estables,” como aquellas que duran por lo menos cuatro años, aún así, menos del 8 por ciento de las relaciones homosexuales masculinas o femeninas encajaría en tal supuesto. Resumiendo, en términos de fidelidad y longevidad, no hay prácticamente comparación posible con el matrimonio heterosexual. Trágicamente, la fidelidad de por vida es casi inexistente entre los homosexuales.

2. *Técnicas sexuales.* Aunque sé que a mucha gente le repugnan las prácticas homosexuales, mi intención aquí no es despertar la repulsa sino sencillamente señalar que las prácticas homosexuales son *diferentes* en aspectos que suelen ser dañinos, tanto física como psicológicamente. El mito de la similitud propagado por la imagen discreta de los medios, encubre unas técnicas sexuales características que varían considerablemente de las heterosexuales. La realidad, desafortunadamente, se traducirá lo más seguro en breves encuentros anónimos y actividades físicamente traumáticas con riesgo para la salud.

³⁹ P. Blumstein y P. Schwartz, “Intimate relationships and the Creation of Sexuality,” en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S.A. Sanders y J. M. Reinisch, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), p. 317, tabla 18.2; comparar Seidman y Rieder, “Review of Sexual Behavior,” p.336. Laumann et al. (*Social Organization of Sexuality*, p. 216, tabla 5.15) dice que el 85 por ciento de las mujeres y el 75,5 por ciento de los hombres niegan haber tenido alguna aventura extramarital en toda su vida. En ese mismo estudio, el 14,9 por ciento de parejas de hecho y el 3,8 por ciento de casados dicen haber tenido más de una pareja durante el año anterior. Este estudio no ofrece datos comparativos entre parejas homosexuales.

⁴⁰ D. P. McWhirter y A. M. Mattison (*The Male Couple: How Relationships Develop* [Englewood Cliffs, N.J.: Prentice Hall, 1984] descubrieron que de las 156 parejas de su estudio, ninguna relación de las que habían durado más de cinco años era monógama, y solamente siete parejas mantenían relaciones en exclusividad (p. 253, tabla 34). Hickson et al. confirma este dato en relación con su estudio británico más reciente (“Maintenance of Open Gay Relationships,” p. 412).

El resto de este capítulo se centrará en las prácticas homosexuales masculinas, por la sencilla razón de que las prácticas homosexuales son, cuantitativamente y casi exclusivamente, masculinas. Como dos tercios de los homosexuales son hombres, y como los hombres homosexuales son considerablemente más sexualmente activos,⁴¹ se podría decir que al menos el 80 por ciento de las prácticas homosexuales se dan entre hombres. Como este libro se centra primordialmente en la moralidad de las *prácticas*, una mayor atención a la homosexualidad masculina parece justificada.

Bell y Weinberg⁴² descubrieron que las técnicas sexuales más comunes entre los hombres homosexuales durante el año previo al sondeo eran, por orden de frecuencia, el contacto oral genital (95 por ciento), la masturbación mutua (80 por ciento), el coito anal por inserción (80 por ciento), y coito anal por recepción (70 por ciento). Casualmente, la masturbación mutua no queda limitada a la estimulación genital, sino que incluye toda una variedad de estímulos anales por medio de los dedos y otros objetos variados.⁴³ Entre las mujeres homosexuales las técnicas más comúnmente empleadas eran la masturbación mutua (80 por ciento) y el contacto oral genital (80 por ciento). La actividad sexual preferida de los hombres era el coito anal activo, seguido de cerca por el coito anal pasivo. Para las mujeres la actividad sexual preferida era el contacto oral genital, seguida de lejos por la masturbación pasiva.

El sondeo de Jay y Young ofrecía porcentajes de 4.329 sujetos, que en el año anterior habían practicado el contacto oral genital

⁴¹ Bell y Weinberg (*Homosexualities*, pp. 70-71, 298, tabla 5) informan de un 1,5 aproximado de actividad sexual por parte de los hombres. No dan una media, pero el 50 por ciento aproximado de su muestra de 685 hombres, y aproximadamente el 40 por ciento de su muestra de 282 mujeres decían tener relaciones sexuales más de dos veces por semana. La frecuencia media del coito entre los heterosexuales queda justo por encima de una vez por semana para los hombres, y justo por debajo de una vez por semana para las mujeres (Smith, "Adult Sexual Behavior," p. 103, tabla 1). Varios estudios han descubierto que la frecuencia de relaciones sexuales entre las mujeres homosexuales cae rápidamente en cuanto la relación se estabiliza; hasta el punto en que muchas necesitan tratar su disfunción sexual: M. Nichols, "Lesbian Relationships: Implications for the Study of Sexuality and Gender," en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S. A. Sanders y J. M. Reinisch, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), pp. 357-59.

⁴² Bell y Weinberg, *Homosexualities*, pp. 107-11, y pp. 327-30, tabla 9. Doy porcentajes aproximados sin distinguir entre sujetos blancos y negros como Bell y Weinberg.

⁴³ J. Agnew, "Some Anatomical and Physiological Aspects of Anal Sexual Practices," *Journal of Homosexuality* 12 (Fall 1985): 75-90.

(88 por ciento), la masturbación mutua (71 por ciento), el coito anal por inserción (47 por ciento) o el coito anal pasivo (42 por ciento), “siempre”, “con mucha frecuencia” o “con cierta frecuencia.”⁴⁴ Añaden o especifican prácticas comunes adicionales, tales como meter los dedos en el recto (38 por ciento), el “rimming” o contacto oral con el ano (28 por ciento), el “fisting” o inserción del puño entero en el recto (5 por ciento) y otras prácticas sadomasoquistas como la “lluvia dorada,” es decir, orinarse sobre la pareja (9 por ciento).⁴⁵ En el capítulo sobre sexo “extremo” informan de que entre el 20 y el 40 por ciento de los sujetos habían participado en prácticas sadomasoquistas por lo menos una vez, y tantos como el 15 por ciento habían expresado una actitud “muy positiva” o “algo positiva” hacia dichas prácticas.⁴⁶ También informan de que el 50 por ciento habían participado en orgías, al menos de manera ocasional; el 53 por ciento expresaban una actitud muy positiva o bastante positiva hacia el sexo en grupos grandes.⁴⁷

Saghir y Robins hallaron que el 6 por ciento de sus sujetos habían tenido comportamientos sadomasoquistas con periodicidad.⁴⁸ El veintinueve por ciento de dichos sujetos habían participado en orgías y el 60 por ciento de éstos, en más de cinco ocasiones.⁴⁹ Los encuentros sexuales suelen aparecer aglutinados en secuencias, de manera que algunos hombres participan “en una docena o más de transacciones sexuales durante un mismo día o noche.”⁵⁰

Jay y Young confirman el alto índice de masturbación mutua y contacto bucogenital entre las 952 mujeres sondeadas. Solo el 9 por ciento practicaba el *rimming* con asiduidad y únicamente el 1 por ciento dijo

⁴⁴ Jay y Young, *The Gay Report*, pp. 456, 464, 480.

⁴⁵ *Ibíd.*, pp. 488, 491, 555.

⁴⁶ *Ibíd.*, p. 556. Más específicamente, el 39 por ciento con historial de sadomasoquismo, el 27 por ciento de esclavización, el 23 por ciento de “deportes de agua”, el 11 por ciento de enemas, el 22 por ciento de *fisting*. El 14 por ciento expresaba una actitud muy positiva o algo positiva hacia el sadomasoquismo, el 15 por ciento hacia la esclavización, el 12 por ciento hacia los “deportes de agua”, el 7 por ciento hacia los enemas y el 11 por ciento hacia el *fisting*.

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 587.

⁴⁸ Saghir y Robins, *Male and Female Homosexuality*, p. 83.

⁴⁹ *Ibíd.*, p. 82.

⁵⁰ J. Marmor, “Clinical Aspects of Male Sexuality,” en *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*, ed. J. Marmor (New York: Basic Books, 1980), p. 270. Este número parece increíble dada la incapacidad de la mayoría de hombres homosexuales de llegar al orgasmo más de tres o cuatro veces al día, pero lo he leído repetidamente y anecdóticamente lo he escuchado confirmar. Parte de la explicación reside en el uso de las drogas abajo descritas, que aumentan la potencia sexual.

haber participado en actividades sadomasoquistas frecuentes; aunque el 10 por ciento decía tener una actitud positiva o algo positiva hacia tales prácticas.⁵¹ La creencia popular de que las mujeres homosexuales se valen de penes artificiales o “consoladores” para la estimulación vaginal queda rebatida por el dato de que solamente los utilizan un 3 por ciento; aunque el 78 por ciento valoran mucho y practican con frecuencia la estimulación en el interior de la vagina por medios manuales u orales.⁵²

Estudios más recientes corroboran las cifras de Bell y Weinberg sobre las prácticas más comunes de los hombres homosexuales⁵³ y las de Jay y Young sobre la frecuencia de otras prácticas.⁵⁴ Desde los es-

⁵¹ Jay y Young, *The Gay Report*, pp. 510, 512, 519. Más concretamente, un 2,5 por ciento habían participado en prácticas sadomasoquistas y un 2,5 por ciento en esclavización; un 9 por ciento tenía una opinión positiva del sadomasoquismo, el 11 por ciento de la esclavización y el 8 por ciento del *fisting*.

⁵² *Ibid.*, pp. 544, 388, 414. Se puede advertir que entre el 12 y el 17 por ciento decían tener actitudes positivas hacia los consoladores. Curiosamente, casi un cuarto de los hombres homosexuales los usan (W. Winkelstein et al., “Sexual Practices and Risk of Infection by the Human Immunodeficiency Virus,” *Journal of American Medical Association* 257 [January 16, 1987]: 333, tabla 2).

⁵³ Kippax et al., “Sustaining Safe Sex,” pp. 260-61; Winkelstein et al., “Sexual Practices and Risk,” pp. 321-25; K. L. Schmidt et al., “Sexual Behavior Related to Psycho-social Factors in a Population of Danish Homosexual and Bisexual Men,” *Social Science and Medicine* 34 (May 15, 1992): 1192-27. Saghir y Robins (*Male and Female Homosexuality*, p. 54, tabla 4.9; p. 222, tabla 12.6) encontraron números similares con la excepción de una incidencia significativamente menor de la masturbación mutua entre hombres (cerca del 40 por ciento).

⁵⁴ Kippax et al. (“Sustaining Safe Sex,” pp. 260-61), en un estudio horizontal entre 134 hombres desde el 1986 hasta el 1991, informa de porcentajes aproximados durante los 6 meses previos a 1991 respecto a quienes habían participado en el *rimming* (un 40 por ciento), metido los dedos en el recto (un 60 por ciento), en el *fisting* (un 40 por ciento) e ingerido semen (un 40 por ciento). El porcentaje de *fisting* en esta muestra es mucho más alto que el de otros estudios. L. McKusick et al. (“AIDS and Sexual Behaviors Reported by Gay Men in San Francisco,” *American Journal of Public Health* 75 [1985]: 493-96) dirigió un estudio con una muestra no aleatoria de 655 hombres de San Francisco que no tenía el SIDA e informó de porcentajes de quienes en un mes de 1983 (p. 495, tabla 3) habían practicado el *rimming* (el 25 por ciento), el *fisting* receptivo (el 5 por ciento), “los deportes de agua” (el 5 por ciento), el coito anal sin condón (40 por ciento) y la ingestión de semen (el 40 por ciento). Winkelstein et al. (“Sexual Practices and Risk,” p. 323, tabla 2) informó sobre un estudio aleatorio llevado a cabo durante los años 1984 y 1985 ente 1034 hombres de vecindarios clave de San Francisco. Resultó que el porcentaje de sujetos sexualmente activos que en los últimos dos años habían practicado el *rimming* era del 57 por ciento; el 70 por ciento habían practicado el coito anal, el 88 por ciento practicado los dedos en el recto, el 7,4 por ciento el *fisting* y el 27 por ciento habían usado consoladores. El estudio de B. R. Simon Rosser (*Male Homosexual Behavior and the Effects of AIDS Education* [New York: Praeger Books,

tudios más recientes hasta los de la época anterior al SIDA, todos los números que tienen que ver con las prácticas sexuales de los hombres homosexuales guardan mucha coherencia: contacto bucogenital (90-98 por ciento), masturbación mutua de pene y ano (80-90 por ciento), coito anal (40-70 por ciento), dedos en el recto (40-60 por ciento), *rimming* (30-40 por ciento), *fisting* (5 por ciento) y prácticas sadomasoquistas varias (5-10 por ciento).

De nuevo, no se trata de fomentar la repulsa de los lectores heterosexuales, y por eso limito esta descripción a un sondeo sobre las prácticas más comunes, sin abundar en descripciones y casos de estudio. El lector con estómago para detalles sensacionalistas puede encontrarlos

1991], p. 28, tabla 3.1), un sondeo de 1988 entre 159 neozelandeses homosexuales, daba los siguientes porcentajes: en los últimos dos meses un 30 por ciento habían practicado el *rimming*, un 64 por ciento metido los dedos dentro del recto, un 4 por ciento el *fisting* y un 79 por ciento el coito anal sin condón. McWhirter y Mattison, en *The Male Couple* (p. 277, tabla 44), sondeo entre 312 hombres homosexuales en relación, informaba de que durante el año anterior habían practicado el *rimming* (un 41 por ciento) y diversas formas de sadomasoquismo (un 7 por ciento). L. Corey y K. K. Holmes ("Sexual Transmission of Hepatitis A in Homosexual Men," *New England Journal of Medicine* 302 [Februrary 21, 1980]: 437, tabla 3) detectaron que el 40 por ciento de un grupo de 102 hombres homosexuales de Seattle practicaban el *rimming* con frecuencia. J. Eldford et al. ("Kaposi's Sarcoma and Insertive Rimming," *Lancet* 339 [April 11, 1992]: 938, un estudio longitudinal entre 1085 hombres australianos llevado a cabo entre 1984 y 1991) encontró un 30 por ciento bastante constante de hombres que habían practicado el *rimming* durante los seis meses previos. M. T. Schechter et al. ("Changes in Sexual behavior and Fear of AIDS," *Lancet* 1984 [June 9, 1984]: 1293, sondeo de seguimiento de 388 hombres homosexuales durante dos años en Vancouver) informaba de la práctica pasiva del *rimming* entre un 90 por ciento de los sujetos y de la activa entre un 80 por ciento; el *fisting* entre un 20 por ciento.

La frecuencia de las prácticas de más riesgo parece ser mucho más alta entre los sujetos seropositivos: ver por ejemplo, V. Beral et al., "Risk of Karposi's Sarcoma and Sexual practices Associated with Faecal Contact in Homosexual and Bisexual Men with AIDS," *Lancet* 339 (March 1994, 1992): 633, tabla 1, que muestra el porcentaje de sujetos que decían tener "como mínimo una vez al mes" contacto de la boca con el ano (el 67 por ciento), de los genitales con la boca (el 98 por ciento) y de los genitales con el ano (el 97 por ciento). Más adelante hay más información en la sección sobre el SIDA.

Hay pocos datos directamente comparativos respecto a dichas prácticas entre la población heterosexual. Según Laumann et al. (*Social Organization of Sexuality*, pp. 98-99, tabla 3.6) un 70 por ciento han experimentado el sexo oral alguna vez en la vida y el 22 por ciento en la última ocasión, pero no da los porcentajes correspondientes al año previo. Cerca de un 9 por ciento practicaron el sexo anal durante el año anterior y el 23 por ciento durante toda la vida. No había cifras disponibles sobre la práctica de meter los dedos en el recto, pero el 26 por ciento de hombres y el 16 por ciento de mujeres encontraban la idea "algo atractiva" o "muy atractiva" (pp. 152, 162-63, tablas 4.2-4.3).

fácilmente en las publicaciones médicas y psiquiátricas. Lo que aquí pretendo sencillamente es levantar las sábanas con que los medios de comunicación han cubierto las prácticas homosexuales. Cuando la cámara se ha ido, lo que ocurre es muy distinto a lo que ocurre entre heterosexuales; sobre todo en términos de la vulnerabilidad de estas personas ante el dolor físico y las enfermedades.

3. *Consumo de alcohol y drogas.* Según los investigadores, el porcentaje de consumo de alcohol y drogas es significativamente más alto entre hombres y mujeres homosexuales. Aún al margen del abuso de sustancias, que trataré más adelante, la cantidad de sustancias consumidas por los homosexuales plantea riesgos substanciales para la salud. Un estudio llevado a cabo en Los Ángeles entre 823 hombres homosexuales halló que durante los últimos dos meses el 56 por ciento había consumido al menos tres bebidas alcohólicas en un día, el 45 por ciento había fumado por lo menos dos cigarrillos al día, el 50 por ciento había fumado marihuana, el 26 por ciento había tomado cocaína y el 32 por ciento había usado “poppers.”⁵⁵ Los poppers son inhalantes de nitrato de butilo y amilo, drogas recreativas usadas casi exclusivamente por hombres homosexuales a fin de mejorar su rendimiento sexual. Se aplican por medio de toallitas suaves y relajantes, que congestionan los vasos sanguíneos, bajan la presión sanguínea, causan aturdimiento y acentúan la sensibilidad de la piel.⁵⁶

Un estudio llevado a cabo en San Francisco en 1989 comparó sus resultados con los del 1983 y encontró poca variación en los registros de consumo de drogas: el 89 por ciento tomaba marihuana (el 87 por ciento en 1983; el 25 por ciento en el grupo de control heterosexual), el 50 por ciento tomaba cocaína (69 por ciento en 1983; el 6 por ciento entre los heterosexuales), el 72 por ciento usaba *poppers* (el 73 por ciento en 1983; el 2 por ciento de heterosexuales), el 33 por ciento tomaba barbitúricos (el 38 por ciento en 1993; el 9 por ciento de heterosexuales), el 50 por ciento tomaba LSD (el 29 por ciento en 1983; el 3 por ciento de heterosexuales).⁵⁷ Un estudio llevado a

⁵⁵ Linn et al., “Recent Sexual Behaviors,” p. 2688.

⁵⁶ C. Vourakis, “Homosexuals in Substance Abuse Treatment,” en *Substance Abuse: Pharmacologic, Developmental and Clinical Perspectives*, ed. C. Vourakis y D. S. Wolf (New York: John Wiley & Sons, 1983), p. 407; una descripción similar del efecto se da en B. J. Kramecki, “Medical Perspective of the Homosexual Issue,” en *The Crisis of Homosexuality*, ed. J. I. Yamamoto (Wheaton, Ill.: Victor Books, 1990), p. 119.

⁵⁷ E. A. Holly et al., “Anal Cancer Incidence: Genital Warts, Anal Fissure or Fistula Hemorrhoids and Smoking,” *Journal of the National Cancer Institute* 81 (1989): 1728, tabla 2.

cabo en Boston halló, que entre los años 1985-1988, el 80 por ciento de 481 hombres homosexuales había tomado marihuana, el 70 por ciento *poppers*, el 60 por ciento, cocaína, el 30 por ciento, anfetaminas y el 20 por ciento, LSD.⁵⁸ Un estudio llevado a cabo en Canadá entre el 1988-1989 halló que el 76,3 por ciento de 612 hombres homosexuales tomaba alcohol con frecuencia, el 32,2 por ciento tabaco y el 45,6 por ciento al menos un tipo de droga.⁵⁹ Un estudio a nivel nacional entre 1924 mujeres homosexuales realizado en el año 1984 descubrió que el 83 por ciento tomaba alcohol periódicamente (el 25 por ciento más de una vez por semana, el 6 por ciento cada día), el 47 por ciento fumaba marihuana y el 30 por ciento era fumadoras asiduas.⁶⁰

Siempre que estos estudios buscan conexiones, aparece una relación directa entre número de parejas, consumo de drogas y propensión a las relaciones de riesgo.⁶¹ Más concretamente, otro estudio realizado en Boston halló que, de entre 262 sujetos masculinos, el 49 por ciento consumía drogas con sexo, el 9 por ciento semanalmente; el 57 por ciento consumía alcohol con sexo, el 9 por ciento semanalmente.⁶²

⁵⁸ Seage et al., "Relation Between Nitrite Inhalants," p. 6, tabla 2.

⁵⁹ T. Myers et al., "HIV, Substance Use and Related Behavior of Gay and Bisexual Men: An Examination of the Talking Sex project Cohort," *British Journal of Addiction* 87 (February 1992): 209. La droga más popular de uso frecuente era la marihuana (35,3 por ciento), seguida de los *poppers* (19,1 por ciento) y la cocaína (5,5 por ciento). Comparado con la población general, este estudio encontró que se abusaba 1,5 veces más del alcohol, 3,6 veces más de la marihuana, 4 veces más de los tranquilizantes, 2,3 veces más de la cocaína y 58 veces más de los *poppers*. "Estos resultados muestran una clara relación entre el consumo habitual de sustancias, en particular el de drogas, y el número de parejas sexuales y la actividad sexual" (p. 212).

⁶⁰ C. Ryan y J. Bradford, "The National Lesbian Health Care Survey: An Overview," en *Psychological Perspectives on Lesbian and Gay Male Experiences*, ed. L. D. Garnets y D. C. Kimmel (New York: Columbia University Press, 1993), p. 551.

⁶¹ Ver, por ejemplo, Myers et al., "HIV, Substance Abuse," p. 212 y la bibliografía; Linn et al., "Recent Sexual Behaviors," p. 2686, tabla 1; A. Messiah et al., "Factors Correlated with Homosexuality Acquired Human Immunodeficiency Virus Infection in the Era of 'Safer Sex,'" *Sexually Transmitted Diseases* 20 (January/February 1993): 57; M. McCusker et al., "Use of Drugs and Alcohol by Homosexually Active Men in Relation to Sexual Practices," *Journal of Acquired Immunodeficiency Syndrome* 3, n° 7 (1990): 734.

⁶² J. M. McCusker et al., "Maintenance of Behavioral Change in a Cohort of Homosexually Active Men," *AIDS* 6, n° 8 (1992): 864, tabla 1. Ver también Jay y Young, *The Gay Report*, pp. 431, 496, según el cual, el 44 por ciento de los hombres mezclaban asiduamente el alcohol con el sexo, el 32 por ciento la marihuana y el 21 por ciento los poppers; mientras que en el caso de las mujeres, un 29 por ciento mezclaban el alcohol con el sexo y un 29 por ciento la marihuana. Simon Roger (Male Homosexual Behavior, p. 28, tabla 3.1) informa de que el 25 por ciento de los hombres de su muestra habían usado poppers, y el 21 por ciento otras drogas, junto con el sexo durante los últimos dos meses.

Entre la población general, en cambio, antes o durante las relaciones sexuales, el 8,6 por ciento de hombres consume alcohol asiduamente y el 1,1 por ciento cualquier tipo de droga.⁶³

Como veremos más adelante, el consumo recreativo de drogas es uno de los varios factores que desencadenan la epidemia de enfermedades de transmisión sexual entre los hombres homosexuales; incluyendo el SIDA, entre otras. Aunque las publicaciones profesionales no suelen incluir ninguna recomendación, más allá de “una mejor educación”, como respuesta a los patrones de la práctica homosexual, hay una osada excepción que merece ser citada:

*La mayoría de hombres de nuestra muestra eran conocedores del riesgo de ciertas prácticas sexuales. Aunque la información correcta sea condición importante y a menudo necesaria para el cambio de comportamiento, no suele ser suficiente. Al igual que la mayoría de fumadores conoce los riesgos de salud asociados al consumo de cigarrillos, pero todo y con eso sigue fumando, muchos gay y bisexuales se pueden ver ante problemas de adicción múltiple relacionados con el sexo, las drogas y el alcohol. No es probable que se den cambios de comportamiento sexual, a menos que se trate de manera más directa la naturaleza compulsiva de su conducta sexual así como el consumo múltiple de drogas.*⁶⁴

Trastornos mentales y físicos

En esta sección tomaré en consideración tres categorías de perjuicio asociado a la práctica homosexual: la sicopatología, o trastornos mentales, aflicciones físicas distintas al SIDA, y el SIDA. Mientras que todos estos problemas están en cierto grado presentes entre la población heterosexual, se trata de ver si hay suficientes problemas propios de la práctica homosexual como para cuestionarla en el terreno de la salud.

1. *Sicopatología.* Bell y Weinberg hallaron que los hombres y las mujeres que estaban en “pareja cerrada” o que eran “funcionales” (gran

⁶³ Laumann et al., *Social Organization of Sexuality*, p. 116, tabla 3.7. Los porcentajes eran ligeramente más altos entre quienes nunca se habían casado o no tenían pareja de hecho (el 14 por ciento mezclaba el alcohol con las drogas y el 1,4 por ciento cualquier otra droga) y entre los divorciados, separados y sin pareja (el 12,2 y el 3,3 por ciento).

⁶⁴ Linn et al., “Recent Sexual behaviors,” p. 2689.

promiscuidad y gran amor propio), “no estaban más psicológicamente afligidos que cualquier hombre o mujer heterosexual,”⁶⁵ conclusión generalmente avalada por otros investigadores.⁶⁶ Sin embargo, de ahí no es apropiado derivar en la generalización que los homosexuales están psicológicamente sanos. Primero, Bell y Weinberg limitan su juicio sobre el “ajuste normal” a dos de sus cinco categorías de relaciones, cubriendo así tan solo el 25 y el 38 por ciento de su muestra de hombres y mujeres respectivamente.⁶⁷ Otros investigadores admiten que para los sondeos psicológicos se suelen sacar sujetos de muestras no representativas, como las organizaciones de activistas homosexuales.⁶⁸ En concreto, tratándose de trastornos mentales, la gente que participa en estos estudios es menos probable que los estén sufriendo y sí que es probable que procedan de grupos de terapia de apoyo.⁶⁹

Pero incluso si todas las muestras fueran aleatorias y los resultados aplicados a todos los homosexuales, seguiríamos sin poder usar los términos *ajustado* o *funcional* como medida de salud psicológica. Tales términos son empleados por los psicólogos para medir el nivel de *satisfacción propia*, no de aprobación del terapeuta; ni mucho menos de la conducta apropiada. Los sadomasoquistas, por ejemplo, sacan buena nota en la escala funcional en algunos estudios,⁷⁰ y los pedófilos en otros.⁷¹ Sentirse bien no es necesariamente lo mismo que estar bien.

Aparte de las inquietudes por una mala aplicación del término *funcional* a la salud mental, la evidencia de que ciertos trastornos mentales se dan con mucha más frecuencia entre los homosexuales es apabullante.

⁶⁵ Bell y Weinberg, *Homosexualities*, p. 216.

⁶⁶ Por ejemplo, Saghir y Robins, *Male and Female Homosexuality*, pp. 136, 294; L. A. Peplau y S. D. Cochran, “A Relationship Perspective on Homosexuality,” en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S.A. Sanders y J. M. Reinish, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), pp. 332-34; L. Diamant y R. B. Simono, “The Relationship of Homosexuality to Mental Disorders,” en *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*, ed. L. Diamant (Washington D.C.: Hemisphere, 1987), pp. 171-72.

⁶⁷ Bell y Weinberg, *Homosexualities*, p. 346, tabla 13.5.

⁶⁸ Ver J. C. Gonsiorek, “An Introduction to Mental health Issues and Homosexuality,” *American Behavioral Scientist* 25, n° 4 (1982): 367-84.

⁶⁹ J. B. Williams et al., “Multidisciplinary Baseline Assessment of Homosexual Men with and without Human Immunodeficiency Virus Infection: Part 2, Standardized Clinical Assessment of Current and Lifetime Psychopathology,” *Archives of General Psychiatry* 48 (February 1991): 129.

⁷⁰ N. Breslow, L. Evans y J. Langley, “Comparisons Among Heterosexual, Bisexual and Homosexual Male Sado-masochists,” *Journal of Homosexuality* 13 (Fall 1986): 106.

⁷¹ Ver artículos y bibliografías de G. P. Jones y R. Bauserman en el *Journal of Homosexuality* 20 nos. 1/1 (1990).

Los problemas más ampliamente documentados son los trastornos por abuso de drogas y alcohol, la depresión y el suicidio.

Dados los índices de consumos de drogas y alcohol anteriormente documentados, no es ninguna sorpresa que el índice de abuso de sustancias entre los homosexuales sea mucho más alto que el de la población en general. Los resultados de dos estudios combinados revelan a un 47 por ciento de 405 sujetos homosexuales masculinos con historial de abuso del alcohol (comparado con el 24 por ciento de los hombres en general) y un 51 por ciento con historial de abuso de drogas (comparado con el 7 por ciento de los hombres en general).⁷² Un estudio comparable realizado entre mujeres revelaba que el 35 por ciento tenían historial de abuso de alcohol (comparado con el 5 por ciento entre las mujeres en general).⁷³ Estos y otros estudios tienden a confirmar que el abuso de sustancias por parte de los hombres homosexuales se da episódicamente, o “va y viene”, mientras que el abuso por parte de las mujeres es más constante.⁷⁴ Actualmente, hay consenso entre los investigadores en que un 30 por ciento de los homosexuales (hombres y mujeres) son bebedores con problemas, en contraste al 10 por ciento de la población en general.⁷⁹

Naturalmente, el hecho de que otros estudios encontraran poca diferencia significativa entre los niveles de depresión de las mujeres homosexuales y las heterosexuales⁸⁰ no implica que las mujeres homosexuales no tengan problemas de depresión, sino que las mujeres heterosexuales también lo tienen; aunque quizás sea por razones distintas.

⁷² Williams et al., “Multidisciplinary Baseline Assessment,” p. 127, tabla 2; P. H. Rosenberger et al., “Psychopathology in Human Immunodeficiency Virus Infection: Lifetime and Current Assessment,” *Comprehensive Psychiatry* 34 (May/June 1993): 153, tabla 1; 154, tabla 2. Hay que advertir que ninguno de los sujetos fue remitido al estudio por problemas psiquiátricos (p. 151).

⁷³ Saghir y Robins, *Male and Female Homosexuality*, p. 274, tabla 14.4. El historial de abuso de drogas en este estudio era del 5 por ciento entre las mujeres homosexuales y del 0 por ciento para el resto de mujeres. Ver también C. E. Lewis, M. T. Saghir y E. Robins, “Drinking Patterns in Homosexual and Heterosexual Women,” *Journal of Clinical Psychiatry* 43 (July 1982): 277-79.

⁷⁴ Comparar, por ejemplo, el actual diagnóstico psiquiátrico de Rosenberger et al., “Psychopathology,” p. 154, tabla 2 y Williams et al., “Multidisciplinary baseline Assessment,” p. 126, tabla 1, que revelan un índice similar al de la población general, con la información de Saghir y Robins, *Male and Female Homosexuality*, p. 273, tabla 14.3, que revela un índice diez veces más alto que el del grupo de control femenino.

⁷⁹ Ryan y Bradford, “National Lesbian Health Care Survey,” p. 550.

⁸⁰ Por ejemplo, Bell y Weinberg, *Homosexualities*, pp. 215, 444, tabla 21.9; Saghir y Robins, *Male and Female Homosexuality*, pp. 273-78, tablas 14.3-5.

Otro problema importante es la ideación de suicidio (planteárselo seriamente) y también los intentos de suicidio. Bell y Weinberg⁸¹ descubrieron que el 35 por ciento de los hombres homosexuales o bien se habían planteado seriamente el suicidio o bien lo habían intentado (comparado con el 11 por ciento de los heterosexuales). Entre las mujeres homosexuales, el 31 por ciento se había planteado seriamente el suicidio o lo había intentado (comparado con el 24 por ciento de las mujeres heterosexuales). Jay y Young informaban de que el 40 por ciento de los hombres homosexuales y el 39 por ciento de las mujeres homosexuales habían contemplado seriamente el suicidio o lo había intentado.⁸² Las diferencias resultaban más pronunciadas si se miraba tan solo los intentos de suicidio: el 18 por ciento entre hombres homosexuales y el 23 por ciento entre mujeres homosexuales (comparado con el 3 por ciento entre hombres heterosexuales y el 11 por ciento entre mujeres heterosexuales). En diversos estudios adicionales salen prácticamente los mismos porcentajes en el caso de los hombres homosexuales.⁸³ Entre las mujeres homosexuales, se han hecho pocos trabajos, pero un estudio reciente confirma los porcentajes de Bell y Weinberg: el 21 por ciento habían pensado en el suicidio “algunas veces” o “a menudo,” y el 18 por ciento lo habían intentado.⁸⁴ Esto significa que la tasa de suicidio entre las mujeres homosexuales se duplica y entre los hombres homosexuales se multiplica por seis. Al igual que en el caso de la depresión, la brecha entre las mujeres homosexuales y heterosexuales es menor, no porque el problema sea menor entre las mujeres homosexuales, sino porque entre las mujeres heterosexuales hay un problema más grande.

Todo el mundo está prácticamente de acuerdo en que el abuso de sustancias, la depresión y el suicidio son problemas epidémicos, pero de ninguna manera son los únicos.⁸⁵ Otra preocupación que merece

⁸¹ Bell y Weinberg, *Homosexualities*, p. 450, tabla 21.12.

⁸² Jay y Young, *The Gay Report*, p. 728.

⁸³ Saghir y Robins, *Male and Female Homosexuality*, p. 288; G. Remafedi, et al., “Risk Factors for Attempted Suicide in Gay and Bisexual Youth,” *Pediatrics* 87 (January 1, 1987); S. G. Schneider, N. L. Farberow y G. N. Kruks, “Suicidal Behavior in Adolescent and Young Adult Gay Men,” *Suicide and Life Threatening Behavior* 19 (Winter 1989): 381-90; S. G. Schneider et al., “Factors Influencing Suicide Intent in Gay and Bisexual Suicide Ideators: Differing Models for Men with and Without Human Immunodeficiency Virus,” *Journal of Personality and Social Psychology* 61 (November 1991): 776-88.

⁸⁴ Ryan y Bradford, “National Lesbian Health Care Survey,” p. 550.

⁸⁵ Los estudios de Bell y Weinberg (*Homosexualities*), Saghir y Robins (*Male and Female Homosexuality*), Rosenberg et al. (“Psychopathology”), Williams et al. (“Multidisciplinary

ser tenida en cuenta es el número desproporcionado de hombres homosexuales que prefieren el sexo con niños. Los hombres homosexuales no son necesariamente pedófilos. Sin embargo, según varios estudios, mientras que no más del 2 por ciento de hombres adultos son homosexuales, alrededor del 35 por ciento de los pedófilos son homosexuales.⁸⁶ Además, como los pedófilos homosexuales convierten en víctimas a muchos más niños que los pedófilos heterosexuales (en proporción de 150 a 20),⁸⁷ alrededor de un 80 por ciento de las víctimas de los pedófilos son niños de quienes han abusado hombres adultos. El número de niños convertidos en víctimas es de 3,2 millones aproximadamente.⁸⁸ Es imposible determinar el número de hombres pedófilos, pero pueden llegar a constituir tanto como el 10 por ciento de los hombres homosexuales.⁸⁹

Repito, esto no significa que cualquier hombre homosexual lo más seguro es que sea un pedófilo; únicamente digo que la pedofilia, proporcionalmente es un problema mucho más grande entre los

Baseline Assessment”) y Ryan y Bradford (“National Lesbian Health Care Survey”) detallan algunos otros desórdenes psiquiátricos de carácter afectivo que ocurren con mayor frecuencia entre los homosexuales, como la ansiedad, la tensión, la soledad, la paranoia y los desórdenes alimenticios. Sobre este último, ver D. B. Herzog et al., “Body Image Dissatisfaction in Homosexual and Heterosexual Males,” *Journal of Nervous and Mental Disorders* 179 (June 1991): 356-59.

⁸⁶ K. Freund et al., “Pedophilia and Heterosexuality vs. Homosexuality,” *Journal of Sex and Marital Therapy* 10 (Fall 1984): 197; P. Cameron, “Homosexual Molestation of Children: Sexual Interaction of Teacher and Pupil,” *Psychological Reports* 57 (1985): 27-36.

⁸⁷ K. Freund y R. I. Watson, “The Proportions of Heterosexual and Homosexual Pedophiles Among Sex Offenders Against Children: An Exploratory Study,” *Journal of Sex and Marital Therapy* 18 (Spring 1992): 34-43.

⁸⁸ El único estudio de prevalencia que yo conozco es el de J. M. Siegal et al., “The Prevalence of Childhood Sexual Assault,” *American Journal of Epidemiology* 126 (December 1987): 1141-53. El número de víctimas por homosexual se deriva del hecho de que el 3,8 por ciento de los 3.132 adultos de este estudio eran hombres que decían haber tenido contacto sexual con un adulto durante su infancia; el 93 por ciento con un hombre adulto. Si multiplicamos la población masculina adulta de Estados Unidos por el 3,8 por ciento y luego por el 93 por ciento, así llegamos a los 3,2 millones. Naturalmente, el número todavía puede ser mayor si hay grandes cantidades de adultos que reprimen o no informan de la dolorosa experiencia del abuso.

⁸⁹ Si tomamos el número total de víctimas y lo dividimos por la media de víctimas por pedófilo (150), nos salen 21.333. Pero este número no es preciso, ya que está basado solamente en los pedófilos declarados. A la mayoría quizás nunca se los pilla; en parte quizás porque abusan de menos niños. Si bajamos la tasa de abusos a, digamos, 25 niños por pedófilo, nos encontramos con la horrible cifra de 128.000, lo cual representa más del 10 por ciento de la población homosexual masculina practicante.

homosexuales que entre los heterosexuales. Como ya observé en el capítulo tres, a este problema hay que sumar el hecho de que muchos pedófilos niegan que sea un problema y exigen su inclusión total en el movimiento de liberación homosexual.⁹⁰

La respuesta revisionista a los problemas descritos en este capítulo, desde la promiscuidad hasta la pedofilia, es que su origen no está en la homosexualidad sino en la homofobia.⁹¹ Es decir, los homosexuales, con sus comportamientos autodestructivos, lo que hacen es “interiorizar” las actitudes negativas de la sociedad. Aunque este nivel de negación puede revelar otra forma más de psicopatología, dejaré que sean los expertos quienes separen la política de la realidad; si pueden ponerse de acuerdo en que son cosas distintas.

Pongamos, por el bien del argumento, que todos los problemas que hemos estado estudiando se deben a la presión heterosexual, sea ésta explícita o simplemente esté arraigada en la cultura. Desdichadamente, esta explicación puede servir para canalizar la ira, pero no aporta ninguna solución de verdad. Primero, no es realista si espera que los esfuerzos en relaciones públicas y en exigencias legales vayan a reescribir toda la herencia religiosa y literaria de la humanidad, invertir unas actitudes de la mayoría que se han estado cociendo durante miles de años, y mantener todo esto el tiempo necesario como para reducir el desprecio de la práctica homosexual a un recuerdo curioso. Con la sexualidad humana no va a pasar lo mismo que con lo de la tierra plana.

También debemos admitir que el reconocer a las parejas homosexuales como matrimonios no hará que tengan hijos. Los hijos contribuyen poderosamente a la estabilidad y salud de las parejas heterosexuales; no solamente mantienen unidos a matrimonios con problemas, sino que son partes constituyentes vitales para la construcción de las *familias*.

Finalmente, observamos que las parejas homosexuales invalidan la complementariedad de los impulsos sexuales existentes en las parejas heterosexuales. En otras palabras, la represión social no logra justificar los patrones de comportamiento sexual radicalmente distintos que tienen los homosexuales; patrones que entenderemos mejor como roles de género tradicionales. Es decir, los hombres tienden a tratar el

⁹⁰ Consultar el *Journal of Homosexuality* 20 nos.1/2 (1990), de manera especial los artículos de Bauserman, Brongersma y Jones.

⁹¹ Ver, por ejemplo, G. D. Goss, *Jesus Acted Up: A Gay and Lesbian Manifesto* (San Francisco: Harper, 1993), pp. 28-29; P. B. Jung y R. F. Smith, *Heterosexism: An Ethical Challenge* (Albano, N.Y.: State University of New York Press, 1993), p. 185.

sexo genital como un medio de expresión, intrínseco a su identidad individual; las mujeres tienden a tratar el sexo genital como una de entre varias opciones agradables para expresar su afecto, integrada en su sentido de identidad, mucho más relacional. Es muy probable que surjan problemas, sobre todo entre los hombres, cuando falta el equilibrio del otro género.

Se trata de especulaciones, pero pienso que, a la luz de la evidencia, como mínimo son factibles. En cualquier caso, se trate de una causa o de una culpa, eso de por si no elimina, ni siquiera reduce, los problemas psicopatológicos. Hasta que la poco probable aceptación social del comportamiento homosexual produzca como resultado poco probable la eliminación de la psicopatología homosexual, lo más sensato es no aventurarse a comportamientos que conlleven (o causen) un riesgo tan alto de daños psicológicos.

El abstenerse, naturalmente, acarreará al individuo otros problemas. Pero, a la luz de la apabullante evidencia de que la vida homosexual es de todo menos "gay,"^{3NT} el individuo debe preguntarse si puede haber más esperanza y más integridad en la difícil elección de negarse a si mismos en lugar de ser indulgentes con ellos mismos. A esta elección nos enfrentamos todos en las áreas importantes de nuestra vida; quizás en ninguna de ellas de manera tan dolorosa como en el área de la sexualidad. El dolor que escojamos a la larga puede ser redentor o destructivo y a la hora de elegir debemos tomarnos en serio la salud de la mente y del cuerpo.

2. *Problemas de salud no relacionados con el VIH/SIDA.* Los relacionados con el VIH/SIDA los trataré seguidamente y aparte. Es importante comprender que, aunque se descubriera una cura contra el VIH/SIDA, los hombres homosexuales seguirían pagando por sus prácticas un precio físico muy alto; como antes de que existiera la epidemia. Voy a clasificar estos problemas, en términos del trauma físico, por infecciones no víricas e infecciones víricas.⁹² En algunos de estos problemas

^{3NT} En el sentido inglés de la palabra: alegre.

⁹² Como esta sección contiene menos estadísticas, reduciré la frecuencia de las notas en el texto, reconociendo aquí las fuentes principales: J. Agnew, "Some Anatomical and Physiological Aspects of Anal Sexual Practices," *Journal of Homosexuality* 12 (Fall 1985): 75-90; R. A. Bush y W. F. Owen, "Trauma and Other Non-infectious Problems in Homosexual Men," *The Medical Clinics of North America* 70, n° 3 (1986): 549.66; R. D. Catterall, "Sexually Transmitted Diseases of the Anus and Rectum," *Clinical Gastroenterology* 4 (1975): 659-69; Y. M. Felman, "Homosexual Hazards," *Practitioner* 224 (1980): 1151-56; H. L. Kazal et al., "The Gay Bowel Syndrome: Clinico-pathologic

de salud, el porcentaje de hombres homosexuales afectados se eleva como mínimo al 70 por ciento del total de casos contemplados. Los médicos que trabajan con hombres homosexuales ahora se preparan para tratar al menos quince aflicciones *comunes*, distintas del VIH/SIDA, y este número se podría doblar o triplicar si tuviéramos en cuenta otros problemas menos comunes.⁹³

Antes de seguir adelante, se hace necesaria una sencilla y breve lección de anatomía. No hace falta tener un título de medicina para evaluar el riesgo de infección que comporta el contacto oral externo con el pene o el ano, pero poca gente comprende la susceptibilidad interna del ano a ser dañado. El final del sistema digestivo, el intestino grueso, es un tubo largo formado básicamente por el colon. A unos 15 centímetros del final, el colon da un giro muy pronunciado y se estrecha brevemente, creando otra área denominada recto. El último centímetro del tubo es el canal anal, una zona rica en terminaciones nerviosas, revestida de estratos de células epiteliales cuboidales y rodeada por el esfínter anal. El recto está revestido de una sola capa de células epiteliales cilíndricas diseñadas para absorber líquidos.

La vagina, en cambio, está recubierta de células duras denominadas epitelio escamoso estratificado. Estas células llevan una capa de mucosa que, junto con otras segregaciones y la gruesa y más flexible pared vaginal, protege de la abrasión y las infecciones. La pared rectal no está rodeada de ningún apoyo muscular y segrega una pequeña cantidad de

Correlation in 260 Cases,” *Annals of Clinical Laboratory Science* 6 (1976): 184-92; A. I. Miles et al., “Effect of Anoreceptive Intercourse on Anorectal Functions,” *Journal of the Royal Society of Medicine* 86 (March 1993): 144-47; D. G. Ostrow, “Homosexuality and Sexually Transmitted Diseases,” in *Sexually Transmitted Diseases*, ed. K. K. Holmes et al., 2ª ed. (New York: McGraw-Hill, 1989), pp. 61-69; W. F. Owen, “The Clinical Approach to the Male Homosexual patient,” *The Medical Clinics of North America* 70, n° 3 (1986): 499-535; T. C. Quinn, “Clinical Approach to Intestinal Infections in Homosexual Men,” *The Medical Clinics of North America* 70, n° 3 (1986): 611-34; T. Quinn y W. E. Stamm, “Proctitis, Proctocolitis and Enteritis in Homosexual Men,” en *Sexually Transmitted Diseases*, ed. K. K. Holmes et al., 2ª ed. (New York: McGraw Hill, 1989), pp. 663-83; M. F. Rein, “Clinical Approach to Urethritis, Mucotaneous Lesions and Inguinal Lymphadenopathy in Homosexual Men,” *The Medical Clinics of North America* 70, n° 3 (1986): 587-610; y R. L. Rowan y P. I. Gillette, *The Gay Health Guide* (Boston: Little, Brown, 1978).

⁹³Ver, por ejemplo, Owen, “Clinical Approach to the Male Homosexual,” pp. 505-17; Ostrow, “Homosexuality and Sexually Transmitted Diseases,” pp. 104-5; Quinn, “Clinical Approach to Intestinal Infections,” p. 628; Rowan and Gillette, *Gay Health Guide* (que dedica ocho *capítulos* a enfermedades comunes entre los homosexuales aquí no tratadas).

mucosa que no protege bien contra la abrasión. Pero las diferencias clave entre la vagina y el recto son el tipo de células y el grosor de sus capas. Los dos orificios pueden resultar muy parecidos para los dedos o el pene que ahí se introducen. Pero uno es propenso a repeler y el otro a acoger, sea el microorganismo que sea.

Para que podamos apreciar la diferencia, imaginemos que metemos las dos manos en un cubo lleno de tinta negra, inmediatamente después ponemos una mano dentro de un guante de piel gruesa y la otra dentro de un guante de seda ligera. Las manos sentirán más o menos la misma sensación, pero los guantes no quedarán igual. Del guante de piel puede que salga un poco de tinta, quizás por algún punto débil, como las costuras o una grieta, pero el otro quedará hecho un desastre.

Antes de pasar a considerar la “tinta” de la infección, es importante entender que el trauma físico, o el daño causado a las estructuras corporales, es un problema común entre los homosexuales. Es sencillo, el guante de seda que es el recto no está hecho para el uso industrial que supone la actividad homosexual. El coito anal ensancha la apertura hasta que alcanza el tamaño exigido por el movimiento de los intestinos. El problema, sin embargo, no es el tamaño de la apertura, sino la dirección y repetición del movimiento. El ano es una válvula unidireccional, preparada para abrirse solamente cuando la presión se ejerce desde *dentro*, y preparada para contraerse cuando la presión se ejerce desde fuera. Una penetración súbita o mal lubricada puede rasgar el ano en sí. Pero lo que sucede con más frecuencia es que el efecto acumulado del coito anal provoca la disfunción del esfínter anal en uno de cada tres hombres que lo practica con asiduidad, y como resultado, la incontinencia crónica o la urgencia de defecar.⁹⁴

Eso no es todo. Pasado el ano, el peligro de trauma físico empeora. La irritación de la sensible capa de mucosidad rectal causa multitud de reacciones; incluyendo diarrea, espasmos, hemorroides, problemas de próstata y úlceras o fisuras que abren paso a las infecciones. La fina capa celular del recto es fácil de perforar y su insensibilidad al dolor puede conducir a serias complicaciones antes de que la persona sea consciente de ningún dolor. Solucionar los daños causados por la inserción en el recto del pene, dedo u otros objetos, a menudo requiere importantes intervenciones quirúrgicas.

⁹⁴ Miles, “Effect of Anoreceptive Intercourse,” p. 146.

Además de las complicaciones traumáticas, la población homosexual también se ve afectada multitud de enfermedades de transmisión sexual (ETS). La magnitud del problema no se limita a toda una serie de personas que actualmente están enfermas. Hay personas portadoras de microorganismos (patógenos), que infectan a otros sin ni siquiera haber mostrado ellas mismas ningún síntoma de la enfermedad. Hay otras personas que son asintomáticas (no muestran ningún síntoma), o que muestran los síntomas solo periódicamente, o que contraen la misma enfermedad varias veces. Algunas dolencias no parecen serias de por sí, pero conducen a enfermedades mucho más serias, o aumentan la probabilidad de contraerlas. Otras enfermedades, que normalmente son escasas, adoptan proporciones de epidemia cuando penetran en la población homosexual. La investigación en torno al VIH/SIDA ha permitido descubrir nuevas enfermedades o nuevas formas de otras ya existentes.

Todos estos factores hacen difícil cuantificar el alcance de las enfermedades o saber qué aspecto de dicho alcance contemplar. Parece, por ejemplo, que al menos el 75 por ciento de los hombres homosexuales en la actualidad son portadores de uno o más patógenos,⁹⁵ pero estos hombres no se sienten necesariamente enfermos, ni tienen por qué estar contagiando a otros. Parece que por lo menos también el 75 por ciento tienen historial de, por lo menos, una enfermedad de transmisión sexual,⁹⁶ pero tampoco están necesariamente ni *muy* enfermos, ni *actualmente* enfermos. Parece ser que, al menos el 40 por ciento, se ponen enfermos durante un año dado,⁹⁷ pero tampoco se ponen necesariamente *muy* enfermos. Por otro lado, estimar el número de quienes están enfermos a la vez es subestimar el peligro generalizado de que un homosexual cualquiera contraiga una enfermedad seria; peligro que es constante y acumulativo.

⁹⁵ Quinn, "Clinical Approach to Intestinal Infections," p. 615.

⁹⁶ Bell y Weinberg, *Homosexualities*, p. 336, tabla 11; comparar C. M. Surawicz et al., "Anal Dysplasia in Homosexual Men: Role of Anoscopy and Biopsy," *Gastroenterology* 105 (1993): 662, tabla 1. Las cifras de prevalencia de cada enfermedad, o los porcentajes con historiales de cada enfermedad, se dan más adelante, siempre que estén disponibles.

⁹⁷ Baso esta estimación en McKusick et al., "AIDS and Sexual Behaviors," p. 494, tabla 1, que da una prevalencia del 20-30 por ciento en las afecciones más comunes.

Las *infecciones no víricas* más comunes entre los homosexuales son, en orden de prevalencia, la amebiasis, la giardiasis, la gonorrea, la sigelosis, la clamidia, la sífilis y los ectoparásitos. Estas enfermedades sobrevienen causadas por patógenos que se transmiten por medio del contacto oral con los órganos genitales, el contacto genital con el ano y el contacto oral con el ano. Si se detectan de manera precoz, pueden ser tratadas por medio de agentes antimicrobianos.

La enfermedad más común es la amebiasis, que produce la inflamación del recto y del colon, provocando espasmos y diarrea aguda. Afecta del 25 al 40 por ciento de los hombres homosexuales.⁹⁸ La amebiasis está directamente vinculada al contacto oral con el ano, pero puede producirse indirectamente si la infección se transporta del ano al dedo y del dedo a la boca durante los juegos previos, o bien cuando se usa la saliva para el coito anal como lubricante.

La giardiasis, que afecta del 10 al 30 por ciento de los hombres homosexuales,⁹⁹ también está vinculada al contacto oral con el ano. Afecta al intestino delgado y produce diarrea, hinchazón, espasmos y náuseas.

La gonorrea puede causar dolor y descarga de mucosa del pene o del ano; también puede ser una infección sin síntomas (sobre todo si se da en la boca), con lo cual se puede propagar rápidamente. En los años setenta, aproximadamente un 40 por ciento de hombres homosexuales tenían la gonorrea en su historial médico,¹⁰⁰ pero después de pasar por una periodo de declive, en los años ochenta el índice de infección se llegó casi a doblar.¹⁰¹

⁹⁸ Quinn, "Clinical Approach to Intestinal Infections," p. 621; comparar D. I. Abrams, "The Relationship Between Kaposi's Sarcoma and the Intestinal Parasites Among Homosexual Males in the United States," *Journal of Acquired Immuno Deficiency Syndrome* 3, supp. 1 (1990): 545, tabla 1, que muestra la presencia de amebiasis y otros patógenos infecciosos de cuatro a diez veces más que entre la población heterosexual.

⁹⁹ *Ibid.*, pp. 615, 622.

¹⁰⁰ Jay y Young, *The Gay Report*, p. 691. Messiah et al. registra un 53 por ciento durante los diez años previos ("Factors Correlated with Homosexually Acquired Human Immunodeficiency Virus," p. 53, tabla 2). McKusick et al., "AIDS and Sexual Behaviors," da la cifra del 25 por ciento tan solo para el año previo (p. 494).

¹⁰¹ Ver Quinn y Stamm, "Proctitis, Proctocolitis and Enteritis," p. 675; Holly et al., "Anal Cancer Incidence," p. 1728, tabla 2; Surawicz et al., "Anal Dysplasia," p. 662, tabla 1; J. B. F. de Wit et al., "Increase in Unprotected Anogenital Intercourse Among Homosexual Men," *American Journal of Public Health* 83 (October 1993): 1451-53; V. C. Riley, "Resurgent Gonorrhea in Homosexual Men," *Lancet* 337, n° 8733 (1991): 183; M. Young et al., "Rectal Gonorrhea and Unsafe Sex," *Lancet* 337, n° 8745 (1991): 853.

La sigelosis es la más común de varias infecciones bacterianas similares (como la *salmonella* y el *campilobacter*) que producen fiebre, dolor abdominal, diarrea acuosa o sanguinolenta y úlceras en el recto y en el colon. Al igual que la amebiasis y la giardiasis, estas infecciones están vinculadas al contacto de la boca con el ano. Uno o más de estos patógenos está presente en el 10-20 por ciento de hombres homosexuales.¹⁰²

La clamidia, que afecta al 5,15 por ciento de hombres homosexuales,¹⁰³ es difícil de detectar porque suele carecer de síntomas o suelen ser muy leves. Al igual que la gonorrea, produce una descarga de mucosa del pene y del ano, o dolor de garganta. En los casos más serios, también produce dolor agudo en el recto y el ano, pérdidas de sangre, diarrea y úlceras rectales.

La sífilis desarrolla varias fases. Suele empezar con úlceras indoloras en los genitales o el recto. Más tarde produce fisuras, pólipos y verrugas que se pueden confundir fácilmente con los síntomas de otras ETS. En su fase más avanzada, la sífilis puede atacar al cerebro y al corazón y puede ser letal. Aunque la sífilis se puede tratar en sus fases más tempranas, puede no ser detectada durante un periodo de latencia largo y silencioso, mientras los síntomas se esconden dentro del recto. Como en el caso de la gonorrea, el control de la enfermedad exige la identificación de las personas infectadas y su notificación a la pareja; lo cual es un problema importante en un segmento de la población en que es común tener parejas múltiples y anónimas. Y al igual que con la gonorrea, el índice de infección parece haber aumentado durante los ochenta, con alrededor de un 30 por ciento de hombres homosexuales con historial de sífilis.¹⁰⁴

Los ectoparásitos comunes entre los homosexuales son muy molestos pero no son peligrosos. Los más comunes son el piojo púbico y la sarna.¹⁰⁵ El piojo púbico o “ladillas,” del cual encontramos un historial en el 69 por ciento de hombres homosexuales,¹⁰⁶ se transmite

¹⁰² Quinn, “Clinical Approach to Intestinal Infections,” pp. 615, 620-21.

¹⁰³ *Ibid.*, p. 618.

¹⁰⁴ Holly et al., “Anal Cancer Incidence,” p. 1728, tabla 2; McKusick et al., “AIDS and Sexual Behaviors,” p. 494, tabla 1, registra un 25 por ciento con gonorrea o sífilis durante el año anterior. Jay y Young, *The Gay Report*, p. 691, registran un 12 por ciento con historial de sífilis a finales de los 70.

¹⁰⁵ S. A. Billstein, “Human Lice,” y M. Orkin y H. Maibach, “Scabies,” en *Sexually Transmitted Diseases*, ed. K. K. Holmes et al., 2ª ed. (New York: McGraw-Hill, 1989), pp. 467-71, 473-79.

¹⁰⁶ Jay y Young, *The Gay Report*, pp. 691-92.

básicamente por medio del contacto corporal íntimo. Produce picor e inflamación, pero es de fácil tratamiento por medio de champús y lociones insecticidas. Hay un 22 por ciento de hombres homosexuales con historial de sarna.¹⁰⁷ La sarna son ácaros que causan lesiones producidas por el rascado, nódulos e incrustaciones sobre las partes del cuerpo donde se topa piel con piel. Al igual que el piojo púbico, se puede tratar por medio de insecticidas.

Las infecciones virales más comunes ente los homosexuales, por orden de prevalencia, son el condiloma, el herpes, la hepatitis B y la hepatitis A. Al igual que las infecciones bacterianas, estas enfermedades se transmiten fácilmente por el contacto de la boca con los genitales, de los genitales con el ano y de la boca con el ano.

Los condilomas, o verrugas anales, son ocasionadas por los virus del papiloma humano (VPH), que se transmiten por medio del coito anal. Afectan al 30-40 por ciento de los hombres homosexuales,¹⁰⁸ y el virus está presente en tantos como el 65 por ciento.¹⁰⁹ Las verrugas suelen salir básicamente dentro y alrededor del ano, suelen aparecer por grupos, produciendo picor y quemazón. Aunque los médicos puedan extraerlas por el sistema habitual de cortarlas o quemarlas con hielo, suelen tener una tasa alta de reincidencia. Además, los historiales de verrugas genitales tienen una relación muy estrecha con el cáncer anal, cuya incidencia entre los hombres homosexuales está creciendo rápidamente.¹¹⁰

El herpes afecta al 10-20 por ciento de homosexuales y, como en el caso de algunas otras enfermedades de transmisión sexual, el porcentaje puede estar creciendo.¹¹¹ Por el momento, no hay curación ni vacuna

¹⁰⁷ *Ibíd.*

¹⁰⁸ Quinn, "Clinical Approach to Intestinal Infections," pp. 615, 619; Holly et al., "Anal Cancer Incidence," p. 1728, tabla 2; Surawicz et al., "Anal Dysplasia," p. 662, tabla 1; Messiah et al., "Factors Correlated with Homosexually Acquired Human Immunodeficiency Virus," p. 53, tabla 2; C. L. H. Law et al., "Factors Associated with Clinical and Sub-clinical Anal Human Papillomavirus Infection in Homosexual Men," *Genitourinary Medicine* 67 (April 1991): 94. De nuevo, los números suben en el informe de Jay y Young de finales de los 70 y sale un 17 por ciento con historial de verrugas (*The Gay Report*, pp. 691-92).

¹⁰⁹ law et al., "Factors Associated," p. 94.

¹¹⁰ J. Daling et al., "Sexual Practices, Sexually Transmitted Diseases and the Incidence of Anal Cancer," *New England Journal of Medicine* 317 (1987): 973-77; Holly et al., "Anal Cancer Incidence"; Law et al., "Factors Associated"; Surawicz et al., "Anal Dysplasia," pp. 658-66; D. Wexner, J. W. Milsom y T. H. Dailey, "The Demographics of Anal Cancers Are Changing: Identification of a High-Risk Population," *Diseases of Colon and Rectum* 30 (1987): 942-46.

¹¹¹ Jay y Young (*The Gay Report*, pp. 691-92) registran un 10 por ciento con historial de herpes. Messiah et al. ("Factors Correlated with Homosexually Acquired Human

para el herpes: la persona que lo contrae lo padecerá de por vida. Entre los homosexuales se suele transmitir vía coito anal, aunque la infección también se puede transmitir por el contacto de la boca con el ano, si la persona tiene un herpes bucal. En los hombres homosexuales, el herpes es causa de dolor agudo en el recto y el ano, de dolores de cabeza y de problemas urinarios y de defecación. Los síntomas más severos son las lesiones o úlceras de la región anal y genital, a veces en el interior del recto, que se mantienen abiertas durante dos o tres semanas. Estas úlceras son muy dolorosas y, aunque con menos severidad, suelen repetirse de vez en cuando después de haberse curado por primera vez. Como estas úlceras recurrentes suelen ser asintomáticas, se esconden en el interior del recto sin causar dolor, se convierten en puertas abiertas a la transmisión de otros virus; incluyendo el más letal, el VIH.

Por varias razones, en la población homosexual, la hepatitis infecciosa aparece en dos variantes epidémicas. Las irrupciones de la hepatitis A (VHA) en varias ciudades grandes a principios de los noventa¹¹² nos dan a entender que el índice de prevalencia se ha incrementado mucho en comparación a los estudios anteriores, los cuales mostraban que el virus está en un 40 por ciento de los hombres homosexuales, de los cuales, un 5-7 por ciento contraería la enfermedad en un año; triplicando, por lo menos, dicho índice el de la población en general.¹¹³ Al igual que muchas otras infecciones bacterianas y víricas, el VHA se halla en las heces humanas y está vinculado al contacto de la boca con el ano entre parejas homosexuales. Los primeros síntomas son parecidos a los de la gripe, pero la fiebre, el dolor de cabeza y los vómitos abren paso a la ictericia cuando el hígado queda afectado. Afortunadamente, la enfermedad suele seguir su curso durante una o dos semanas y no producir una enfermedad hepática crónica.¹¹⁴

Immunodeficiency Virus,” p. 53, tabla 2) muestra un 20 por ciento durante los 10 años previos; McKusick et al. (“AIDS and Sexual Behaviors,” p. 494, tabla 1) registra un 30 por ciento con historial de la enfermedad. Surawicz et al. (“Anal Dysplasia,” p. 662, tabla 1) un 10 por ciento.

¹¹² K. Schomer et al., “Hepatitis A Among Homosexual Men – US, Canada and Australia,” *Morbidity and Mortality Weekly Report* 41 (March 6, 1992): 155, 161-64; J. Kani et al., “Hepatitis A Virus Infection Among Homosexual Men,” *British Medical Journal* 302 (June 8, 1991): 1399.

¹¹³ E. B. Keeffe, “Clinical Approach to Viral Hepatitis in Homosexual Men,” *The Medical Clinics of North America* 70, n° 3 (1986): 567-73, 582.

¹¹⁴ S. M. Lemon y J. E. Newbold, “Viral hepatitis,” in *Sexually Transmitted Diseases*, ed. K. K. Holmes et al., 2ª ed. (New York: McGraw-Hill, 1989), pp. 449-66; com-

La hepatitis B (VHB), que está presente en todos los fluidos corporales, incluyendo la saliva, el semen y la mucosa rectal, entre los homosexuales se transmite primariamente por el coito anal.¹¹⁵ Al menos el 65 por ciento de los hombres homosexuales son portadores de esta enfermedad o la han sufrido; y al menos el 16 por ciento la contraen cada año.¹¹⁶ Los síntomas son parecidos a los de la hepatitis A, pero son más severos e incluyen la posibilidad de una enfermedad crónica del hígado y, en casos excepcionales, la muerte. Del 5 al 10 por ciento de quienes contraen la enfermedad se convierten en portadores crónicos, que pueden no mostrar ningún otro síntoma que la fatiga. La hepatitis B no se cura, pero disponemos de una vacuna para prevenirla.

A comparación incluso con el segmento más promiscuo de la población general, destaca el índice del 75 por ciento de incidencia en ETS entre los hombres homosexuales durante toda la vida, así como también el índice de incidencia anual, del 40 por ciento. Entre las personas de la población general que han tenido más de 21 parejas en toda su vida, el 40 por ciento no han sufrido nunca una infección. El seis por ciento de quienes han tenido más de 5 parejas en la vida dicen haber tenido una infección durante el año anterior. Entre la población general la tasa de incidencia en ETS durante toda la vida es del 16,9 por ciento, en el caso de los doce meses anteriores al informe, del 1,6 por ciento.¹¹⁷

Estos problemas de salud se han desenfrenado entre la población homosexual porque se extienden fácilmente a través de la promiscuidad y con la mayoría de prácticas favorecidas por los homosexuales. Parece que algunas enfermedades vayan en aumento, al menos en parte, porque el temor a la infección del VIH ha conducido a los homosexuales a dejar el coito anal a favor del contacto oral con el ano o con los

parar Keeffe, "Clinical Approach to Viral Hepatitis," pp. 571-73. Puede que pronto se disponga de una vacuna activa. Por el momento, la única medida de prevención disponible es una inyección mensual de gammaglobulina.

¹¹⁵ L. A. Kingsley et al., "Sexual Transmission Efficiency of Hepatitis B Virus and Human Immunodeficiency Virus Among Homosexual Men," *Journal of the American Medical Association* 264 (July 11, 1990): 230-34.

¹¹⁶ Keeffe, "Clinical Approach to Viral Hepatitis," pp. 573-82.

¹¹⁷ Laumann et al., *Social Organization of Sexuality*, pp. 381, 385-86, tablas 11.4-11.5. Para infecciones específicas, consultar p. 382, tabla 11.1: por ejemplo, la incidencia de la gonorrea en la población general durante toda la vida es del 6,6 por ciento, de la sífilis, del 0,8 por ciento, de la clamidia, del 3,2 por ciento, de las verrugas genitales, del 4,7 por ciento, del herpes, del 2,1 por ciento y de la hepatitis, del 1,1 por ciento.

genitales, prácticas que conllevan su propio riesgo de enfermedades, si no fatales, si debilitadoras.

Pablo escribió en Romanos 1:27 que los homosexuales recibieron “en si mismos el castigo correspondiente a su extravío.” No queda claro a qué se refería con el “castigo” en aquel entonces, pero cuesta no relacionar sus palabras con la crisis de salud de la que somos testigos. La liberación sexual ha sacado a los homosexuales del armario y los ha puesto a la sombra del dolor físico y con una cuantas enfermedades al acecho. Y por si eso fuera poco tenebroso, el espectro todavía más mortal del VIH oscurece todavía más esa sombra; no solo para el número cada vez mayor de los que mueren, sino también para todos aquellos que quedan atrás, lamentándose y preguntándose quien será el siguiente.

3. *VIH/SIDA: causa y pronóstico.* El origen del virus de inmunodeficiencia humana (VIH) es desconocido, pero fue detectado por primera vez en los años 50.¹¹⁸ Empezó a propagarse rápidamente entre los heterosexuales africanos en las décadas de los 60 y 70 por medio de la prostitución, que es extremadamente común en África, y ahora ya alcanza al 10 por ciento de la población de algunos países africanos; Al menos seis millones de africanos son seropositivos (están infectados). A escala mundial, el número de personas infectadas por el VIH es de más de doce millones; un millón de ellos en los Estados Unidos. El VIH pudo haber llegado a la población homosexual norteamericana desde Haití, ya que en los años 60 y 70 era uno de los principales destinos turísticos de los homosexuales de Nueva York. En 1981 los científicos descubrieron por primera vez que entre los homosexuales se repetía un patrón de muertes similares; muy poco después, la epidemia ya era del dominio público. A finales de 1994 se había cobrado unas 350.000 vidas en EEUU y podríamos decir que ha seguido cobrándose más de 50.000 al año.¹¹⁹ Unas 250.000 personas (el 70 por ciento) percidas en 1994

¹¹⁸ Acerca de la historia del SIDA, consultar M. Essex, “Origin of AIDS,” J. M. Mann y S. L. Welles, “Global Aspects of the HIV Epidemia,” y S. Y. Chu, R. L. Berkelman y J. W. Curran, “Epidemiology of HIV in the United Status,” en *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*, ed. V. T. DeVita et al. (Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992), pp. 3-12, 89-98, 99-108. Un tratamiento amplio del tema desde una perspectiva cristiana es el de G. G. Wood y J. E. Dietrich, *The Aids Epidemic: Balancing Compassion and Justice* (Portland, Ore.: Multnomah Press, 1990).

¹¹⁹ Centros de control de enfermedades, “Projections of the Numbers of Persons Diagnosed with AIDS and the Number of Immunosuppressed HIV-Infected persons – United status, 1992-94,” *Morbidity and Mortality Weekly Report* 41 (December 25, 1992):

eran hombres que habían tenido relaciones sexuales con hombres; en la actualidad hay muchos más homosexuales infectados con el VIH. El nivel de infección entre los hombres homosexuales es aproximadamente del 30 por ciento; las estimaciones van del 20 por ciento registrado en un estudio hecho en Pittsburg hasta el 50 por ciento según otro llevado a cabo en San Francisco.¹²⁰

El VIH está presente en toda una serie de tejidos, pero solamente la sangre y el semen se han visto implicados con certeza en la propagación de esta infección entre los hombres.¹²¹ Entre los homosexuales se transmite por medio de un contacto sexual que facilite a la sangre o al semen penetrar en el cuerpo a través de cortes, rasguños o superficies mucosas. El coito anal conlleva la transmisión de manera particular debido a las peculiares propiedades de la pared rectal. El

1-29; Centros de control de enfermedades, "Update: Acquired Immunodeficiency syndrome - U.S. 1991," *Morbidity and Mortality Weekly Report* 41 (July 3, 1992): 463-68.

¹²⁰A. J. Silvestre et al., "Changes in HIV Rates and Sexual Behavior Among Homosexual Men, 1984-1988/92," *American Journal of Public Health* 83 (April 1993): 578-80; Winkelstein et al., "Sexual Practices and Risk," pp. 321-25. Este último estudio también mostró variaciones importantes respecto al número de parejas sexuales: un 32 por ciento habían tenido de dos a nueve parejas durante los dos años previos, un 54 por ciento, entre diez y 49 parejas, y un 71 por ciento, más de 50 parejas. La cifra del 30 por ciento la dan T. A. Peterman, D. C. Des Jarlais y J. N. Wasserheit, "Prevention of the Sexual Transmission of HIV," en *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*, ed. V. T. DeVita et al. (Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992), pp. 444, tabla 23-1, basada en Centers for Disease Control, "National HIV Sero-prevalence Sero-surveys: Summary of Results - Data from Serosurveillance Activities Through 1989" (Washington, D.C.: U.S. Government Printing Office, 1990). Comparar el estudio holandés de P. J. Veuglers et al., "Estimation of the Magnitude of the HIV Epidemic Among Homosexual Men: Utilization of Survey Data in Predictive Models," *European Journal of Epidemiology* 9 (July 1993): 436-41.

¹²¹Aquí me limito a debatir la transmisión entre homosexuales. Del treinta al treinta y cinco por ciento de los casos de SIDA se deben al uso de drogas intravenosas, las transfusiones de sangre y la transmisión perinatal (del 20 al 30 de las mujeres infectadas transmiten la enfermedad a sus hijos). El coito heterosexual es el responsable de tan solo un 5 por ciento de los casos en Estados Unidos, aunque parte de este 5 por ciento se podría deber al abuso de drogas o a alguna conducta homosexual. Ver, por ejemplo, M. A. Fumento, "AIDS: Are heterosexuals at Risk?" *Commentary*, November 1987, pp. 21-27. El virus no se extiende por inhalación, ni por ingestión, ni por medio de insectos. La transmisión de madre a hijo es particularmente trágica: la vasta mayoría de estos niños no solo se convierten en huérfanos al poco tiempo de nacer, sino que ellos mismos mueren en un término de dos años. En estos momentos, en Estados Unidos, debe de haber unos 20 mil niños en tales condiciones; y en África quizás veinte veces este número. Ver, por ejemplo, H. B. Peterson y M. F. Rogers, "Perinatal Transmisión of HIV," en *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*, ed. V. T. DeVita et al. (Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992), pp. 471-78.

riesgo se combina con la presencia de numerosos desgarros, úlceras y abrasiones escondidas en el recto, ano o pene como resultado de una herida o de otras ETS. También se cuenta ahora con la suficiente evidencia como para afirmar que hay posibilidad de contagio por medio del contacto de la boca con los genitales.¹²² Se había tratado siempre de una posibilidad teórica, ya que la boca contiene multitud de pequeños desgarros, que podrían facilitar la transmisión del virus, pero era algo difícil de probar sin la evidencia de que los sujetos hubieran tenido contacto sexual únicamente entre la boca y los genitales.

Cuando el VIH entra en el torrente sanguíneo, ataca a células que son parte fundamental del sistema inmunológico del cuerpo.¹²³ Inicialmente, los síntomas mostrados por la infección pueden ser muy leves, pero el virus entra en el sistema linfático y se va reproduciendo durante 9 ó 10 años. Con el tiempo se hace lo suficientemente fuerte como para destruir el sistema inmunológico del cuerpo. Llegados a ese punto decimos que se tiene el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA), que es sencillamente la etapa final o la forma sintomática del VIH. En esta situación de colapso del sistema, el cuerpo sufre un deterioro agudo de

¹²² L. P. Keet et al., "Oro-genital Sex and the Transmission of HIV Among Homosexual Men," *Acquired Immunodeficiency Syndrome* 6 (February 1992): 223-26; A. R. Lifson et al., "HIV Seroconversion in Two Homosexual Men After Receptive Oral Intercourse with Ejaculation: Implications for Counseling Concerning Safe Sex Practices," *American Journal of Public Health* 80 (1990): 1509-11; A. B. Murray et al., "Coincident Acquisition of Neisseria Gonorrhea and HIV from Fellatio," *Lancet* 338 (September 28, 1991): 830; M. Quatro et al., "HIV transmission by Fellatio," *European Journal of Epidemiology* 6, n° 3 (1990): 339-40; W. Rozenbaum et al., "HIV Transmission by Oral Sex," *Lancet* 1988, n° 1 (1988): 1395; S. K. Gill, C. Loveday y R. I. Gibson, "Transmission of HIV-1 Infection by Oroanal Intercourse," *Genitourinary Medicine* 68 (August 1992): 254-57.

¹²³ Las principales fuentes de información sobre el VIH/SIDA para las siguientes descripciones son R. E. Chaisson, J. L. Gerberding y M. A. Sande, "Opportunistic Infections in AIDS," A. T. Haase, "Biology of Human Immunodeficiency Virus and Related Viruses," y P. A. Volberding, "AIDS-Related Malignancies," de *Sexually Transmitted Diseases*, ed. K. K. Holmes et al., 2ª ed. (New York: McGraw-Hill, 1989), pp. 691-701, 305-15, 685-90; A. R. Lifson, "Transmission of the Human Immunodeficiency Syndrome," A. M. Levine, "Lymphoma and Other Miscellaneous Cancers," B. Safai y J. J. Schwartz, "Kaposi's Sarcoma and the Acquired Immunodeficiency Syndrome," y P. A. Volberding, "Clinical Spectrum of HIV Disease," todo en *SIDA: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*, ed. V. T. DeVita et al. (Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992), pp. 11-22, 225-36, 209-24, 123-40; R. J. Biggar et al., "Risk of Other Cancer Following Kaposi's Sarcoma: Relation to Acquired Immunodeficiency Syndrome," *American Journal of Epidemiology* 139 (February 15, 1994): 362-68; L. P. Jacobsen et al., "Changes in Survival After Acquired Immunodeficiency Syndrome (AIDS): 1984-91," *American Journal of Epidemiology* 183 (December 1, 1993): 952-64.

su capacidad de combatir toda una serie de enfermedades denominadas infecciones oportunistas. La media de tiempo de supervivencia con el SIDA actualmente es de unos dieciocho meses.

La infección oportunista más común, con diferencia, es la neumonía por *Pneumocistic carinii*, que afecta a un 85 por ciento de los pacientes de SIDA con dolores en el pecho, fiebre, tos seca y fatiga. Más del 50 por ciento sufre de infecciones bacterianas debilitantes, que causan diarrea crónica, y de candidiasis bucal, la cual causa lesiones en la boca. Otros sufren de distintas aflicciones en el hígado, el cerebro y el sistema digestivo. Un 15 por ciento aproximadamente contrae el sarcoma de Kaposi, un cáncer que produce tumores rojizos o azulados bajo la piel, que se van haciendo más grandes, se propagan y pueden llegar a desfigurar a la persona. El linfoma Non-Hodgings es otro cáncer común que ataca el sistema nervioso o linfático. EL VIH suele actuar junto a otras ETS con la capacidad de reforzarse mutuamente. Es decir, no solo es que otras ETS incrementen la susceptibilidad de una persona al VIH, sino que el VIH empeora otras ETS y contribuye a su propagación.¹²⁴

A pesar de los esfuerzos enormes de movilización, no se ha podido encontrar una cura o inmunización del VIH. El virus presenta problemas inusuales. Se da en distintas cepas, cada una de las cuales debe ser tratada separadamente. Aunque los investigadores puedan desarrollar una vacuna, los ensayos presentan un importante dilema ético: los investigadores deben ensayar con seres humanos vacunados por medio de la exposición repetida al virus. Por el momento, lo único que pueden esperar los médicos es a prolongar la vida del paciente a base de tomar medidas de salud general y de la prevención y el tratamiento de las infecciones oportunistas.

Los registros encontrados entre la población homosexual como respuesta al VIH epidémico no son coherentes. A partir de mediados de los 80, aumentó el uso del condón y disminuyó la práctica del coito anal. Desgraciadamente, esa tendencia no duró mucho y a mediados de los 90, docenas de estudios mostraban ya un marcado aumento de las prácticas sexuales de más riesgo.¹²⁵ El VIH y las ETS volvieron

¹²⁴ Además de las fuentes antes mencionadas, consultar A. Wald et al., "Influence of HIV Infection on Manifestations and Natural History of Other Sexually Transmitted Diseases," *Annual Review of Public Health* 14 (1993): 19-42.

¹²⁵ S. M. Adib y D. G. Ostrow, "Trends in HIV/AIDS Behavioral Research Among Homosexual and Bisexual Men in the United States: 1981-1991," *AIDS Care* 3, n° 3

a aumentar y el enorme esfuerzo y gasto realizado para fomentar la prevención entre los hombres homosexuales no tuvo demasiado éxito. Uno de los informes concluía:

*El dato más sorprendente de este estudio es, que las tasas de infección por VIH entre 1984, 1988 y 1992 no habían variado....Es estimulante saber que se han extendido unos cambios significativos de comportamientos sexuales, pero una proporción substancial de gays y hombres bisexuales de esta muestra seguían participando o habían recaído en conductas de riesgo que podían desembocar en una infección por VIH. Esto nos indica que los niveles actuales de cambio no son suficientes para reducir la epidemia y ni mucho menos terminar con ella.*¹²⁶

Otro estudio descubrió que, en los dos meses previos al mismo, tan solo el 9 por ciento de los sujetos sondeados encajaban en la categoría de conducta “segura,” y un 10 por ciento adicional lo hacía en la de “posiblemente segura”. Además, aquellos que decían haber participado al menos en una práctica “peligrosa,” incluían al 40 por ciento de quienes ya estaban infectados con el VIH.¹²⁷ Un estudio holandés calculó que la probabilidad de infección de un miembro de

(1991): 281-87; S. M. Abib et al., “Relapse in Sexual Behavior Among Homosexual Men: A Two Year Old Follow-up from the Chicago MACS/CCS,” *Acquired Immunodeficiency Syndrome* 5 (June 1991): 757-60; Centers for Disease Control, “Patterns of Sexual Behavior Change Among Homosexual/Bisexual Men – Selected U.S. Sites, 1987-90,” *Morbidity and Mortality Weekly Report* 40 (1991): 792-94; P. M. Davies et al., “Risk of HIV Infection in Homosexual Men,” *British Medical Journal* 307 (September 11, 1993): 681; J. B. F. de Wit et al., “Increase in Unprotected Anogenital Intercourse Among Homosexual Men,” *American Journal of Public Health* 83:10 (October 1993): 145-53; L. S. Doll et al., “Homosexual Men Who Engage in High-Risk Sexual Behavior: A Multicenter Comparison,” *Sexually Transmitted Diseases* 18 (July-September 1991): 67-75; M. L. Ekstrand y T. J. Coates, “Maintenance of Safer Sexual Behavior and Predictors of Risky Sex: The San Francisco Men’s Health Study,” *American Journal of Public Health* 80 (1990): 973-77; A. J. Hunt et al., “Changes in Sexual Behavior in a Large Cohort of Homosexual Men in England and Wales, 1988-89,” *British Medical Journal* 302 (March 2, 1991): 505-6; Kippax et al., “Sustaining Safe Sex,” pp. 257-63; M. McCusker et al., “Maintenance of Behavioral Change in a Cohort of Homosexually Active Men,” *AIDS* 6 (1992): 861-68; K. L. Schmidt et al., “Sexual Behavior Related to Psycho-social Factors in a Population of Danish Homosexual and Bisexual Men,” *Social Science and Medicine* 34 (May 15, 1992): 1119-27.

¹²⁶ Silvestre et al., “Changes in HIV Rates,” p. 579.

¹²⁷ Linn et al., “Recent Sexual Behaviors,” pp. 2685-90: el 64% había participado en por lo menos una práctica sexual de riesgo, incluyendo aproximadamente la mitad de quienes ya habían dado positivo en el VIH.

la pareja era del 6,1 por ciento entre quienes practicaban el coito anal sin condón.¹²⁸ Aunque nadie se subiría a un avión si supiera que tiene una probabilidad entre diecisiete, o una entre cien, de que el avión se caiga, decenas de miles de hombres homosexuales se suben a ese avión una y otra vez; las consecuencias son trágicas.

¿Por qué la campaña por un “sexo seguro” se convirtió en una campaña por un “sexo más seguro,” y ahora parece haber tenido tan poco éxito en frenar la oleada de VIH y de otras ETS? Esta pregunta ha generado otra serie de artículos que intentan explicar la falta de resultados a día de hoy, así como recomendar todavía más esfuerzos educativos.¹²⁹ Pero no hace falta ser un especialista para adivinar la mayoría de razones de este fracaso. A los hombres no les gusta llevar condones. No hacen falta muchas excusas para dejar de usarlos, sobre todo con el calentón del momento. Además, a los hombres no les gusta que los sermoneen sobre la abstinencia y el control de su conducta. ¿Aunque sus propias vidas estén en peligro? Sí, incluso así y por varias razones. Algunos se sienten invulnerables, sobre todo si su pareja principal no está infectada. Otros piensan que los intentos de controlar su conducta sexual limitan su libertad, que se trata de otro tipo de homofobia. Otros piensan que basta con someterse a chequeos periódicos y llevar una vida sana en general. Otros esperan que los investigadores médicos encuentren una solución técnica y rápida. Y

¹²⁸ J. B. F. de Wit et al., “Safe Sexual Practices Not Reliably Maintained by Homosexual Men,” *American Journal of Public Health* 82 (April 1992): 615-16.

¹²⁹ W. W. Darrow y K. Siegel, “Preventive Health Behavior and STD,” en *Sexually Transmitted Diseases*, ed. K. K. Holmes et al., 2ª ed. (New York: McGraw-Hill, 1989), pp. 85-92; J. B. F. de Wit et al., “Why Do Homosexual Men Relapse into Unsafe Sex? Predictors of Resumption of Unprotected Anogenital Intercourse with Casual Partners,” *AIDS* 7 (August 1993): 1113-18; M. L. Ekstrand et al., “Safer Sex Among Gay Men: What Is the Ultimate Goal?” *AIDS* 7 (February 1993): 281-82; M. L. Ekstrand et al., “Safer Sex Maintenance Among Gay Men: Are We Making Any Progress?” *AIDS* 6 (August 1992): 875-76; R. S. Gold y M. J. Skinner, “Situational Factors and Thought Processes Associated with Unprotected Intercourse in Young Gay Men,” *AIDS* 6 (September 1992): 1021-30; F. C. I. Hickson et al., “Maintenance of Open Gay Relationships: Some Strategies for Protection Against HIV,” *AIDS Care* 4, n° 4 (1992): 409-19; J. A. Kelly y D. A. Murphy, “Some Lessons Learned About Risk Reduction After Ten Years of the HIV/AIDS Epidemic,” *AIDS Care* 3, n° 3 (1991): 251-57; L. Ku et al., “Patterns of HIV Risk and Preventive Behaviors Among Teenage Men,” *Public Health Reports* 107 (March/April 1992): 131-38; G. Marks et al., “HIV-Infected Men’s Practices in Notifying Past Sexual Partners of Infection Risk,” *Public Health Reports* 107 (January/February 1992): 100-105; R. Stall et al., “Relapse from Safer Sex: The Next Challenge for AIDS Prevention Efforts,” *Journal of Acquired Immunodeficiency Syndrome* 3 (1990): 1181-87.

otros son sencillamente fatalistas, para ellos el riesgo de contraer la enfermedad forma parte de la vida de un homosexual.

Si los condones se usaran más y mejor, sin duda reducirían la epidemia del VIH y las ETS, pero no son una solución infalible.¹³⁰ Los estudios realizados sobre la reciente recaída general revelan que las personas más promiscuas son las menos dispuestas a cooperar en los esfuerzos de control de la enfermedad; es decir, informar a sus parejas de que se han infectado e informar de quienes han estado en contacto con ellas; si saben quienes son. Aunque en las condiciones de laboratorio los condones no se rompan, la gente no tiene sus relaciones sexuales en un laboratorio. En la vida real, los condones se suelen guardar mal, poner mal, lubricar mal, no acompañarlos de espermicidas y extraerse mal, demasiado vigorosamente. Y naturalmente, si el VIH se transmite oralmente o de alguna otra manera, incluso la abstención completa del coito anal es ineficaz.

Uno y otro estudio recomiendan “más educación,” como solución a las ETS y el VIH ente la población homosexual, pero pocos autores son realistas en cuanto a la conducta del ser humano en general y a las lecciones del pasado reciente, en particular. Las autoridades en salud pública, por ejemplo, recomiendan la localización y aislamiento de todas las parejas sexuales afectadas, quienes deben mantener la abstinencia durante el tratamiento. Pero aunque los médicos pudieran asegurar su cooperación, muchas de las ETS son virtualmente indetectables en sus primeras etapas, y la peor infección, el VIH, puede llegar mantenerse asintomática durante 10 años.

Además, las recomendaciones generales sobre el sexo más seguro no logran reunir las recomendaciones específicas de los distintos estudios.

¹³⁰ Sobre los problemas relacionados con el uso de los preservativos, consultar J. A. Catania et al., “Changes in Condom Use Among Homosexual Men in San Francisco,” *Health Psychology* 10, n° 3 (1991): 190-99; Centers for Disease Control, “Update: Barrier Protection Against HIV Infection and Other Sexually Transmitted Diseases,” *Morbidity and Mortality Weekly Report* 42 (August 6, 1993): 589-91; J. B. F. de Wit et al., “The Effectiveness of Condom Use Among Homosexual Men,” *AIDS* 7 (May 1993): 751-52; D. J. Martin, “Inappropriate Lubricant Use with Condoms by Homosexual Men,” *Public Health Reports* 107 (July/August 1992): 468-73; J. L. Peterson et al., “High Risk Sexual Behavior and Condom Use Among Gay and Bisexual African-American Men,” *American Journal of Public Health* 82 (November 1992): 1490-94; J. L. P. Thompson et al., “Estimated Condom Failure and Frequency of Condom Use Among Gay Men,” *American Journal of Public Health* 83 (October 1993): 1409-13; P. Weatherburn et al., “Condom Use in a Large Cohort of Homosexually Active Men in England and Wales,” *AIDS Care* 3, n° 3 (1991): 31-41.

En otras palabras, un estudio toma en consideración, pongamos, las enfermedades infecciosas resultantes del contacto bucal con el ano, y por tanto recomienda que se eduque en dicha conducta (es decir, que se debe evitar). Otro estudio hace lo mismo sobre el coito anal, otro sobre el contacto bucal genital, y así sucesivamente. Cuando se tomen en cuenta todas las recomendaciones, resultará que todas las prácticas (incluso los besos) que conlleven un intercambio de fluidos corporales, son prácticas de riesgo para los hombres homosexuales. Pero este mensaje es tan poco acogedor e irrealista como el recomendar la abstinencia. Desdichadamente, los homosexuales solamente se limitan a abrazos y caricias en los mundos de ensueño de las películas, la televisión y de algunos organismos públicos de salud. En la vida real, y llevados por la pasión, los abrazos y los besos inevitablemente abren el camino a unas prácticas que son nocivas y pueden ser letales.

Conclusión

The Center of Disease Control^{4NT} publicó en portada en el número del 12 de noviembre de 1993 del *Morbidity and Mortality Weekly Report* un artículo sobre el patrocinio por parte de la American Cancer Society de la campaña Great American Smokeout, cuarenta días de abstinencia del tabaco, así como un artículo sobre los esfuerzos por aconsejar a los fumadores que dejaran esa práctica que se lleva tantas vidas consigo. La portada del siguiente número (del 19 de noviembre de 1993) trataba sobre el Día Mundial del SIDA y de “la necesidad de actuar contra la pandemia” del VIH/SIDA. También incluía otro artículo sobre los programas de reducción del riesgo del VIH, como la distribución de condones y la educación en un sexo más seguro.

Tal es la moda actual, que en un caso atacamos la práctica (el fumar) que produce la enfermedad, pero en el otro atacamos solamente la enfermedad (VIH). En un caso nos interesa la prevención, pero en otro nos interesa solo la cura. Los condones no resuelven estas incongruencias. Funcionan mejor que los filtros de los cigarrillos, pero crean una ilusión de seguridad parecida entre quienes los usan y quienes los recomiendan. Como mucho, son una solución parcial a una parte del problema. La crisis de salud entre los homosexuales

^{4NT} El centro de control de enfermedades

incluye una amplia gama de problemas de salud y el VIH está entre ellos, pero no es el único.

La manera más penetrante de resumir el bombardeo de estadísticas y descripciones de este capítulo es traducirlas en una ilustración. Supongamos que nos tenemos que trasladar a vivir a San Francisco, a una casa grande, con un grupo de diez treintañeros homosexuales escogidos al azar. Según las fuentes de investigación científica más recientes, cuyos autores sin excepción o bien aceptan la práctica homosexual o bien se declaran neutrales, y registrando siempre las estadísticas a la baja, la salud física y humana del grupo resultaría algo así:

Cuatro de los diez hombres ya tienen una relación, pero solamente uno de ellos es fiel a su pareja; aunque dejará de serlo dentro de un año. Cuatro de ellos no han tenido nunca una relación que durara más de un año, y solamente uno de ellos ha tenido una relación que ha durado más de tres años. Seis de ellos suelen tener relaciones sexuales con extraños, y la media del grupo es de dos parejas por persona y por mes. De manera ocasional, tres de ellos participan en orgías. Uno es sadomasoquista. A uno le gustan más los niños que los hombres.

Tres de ellos son alcohólicos en la actualidad, cinco han abusado del alcohol en el pasado, y cuatro de las drogas. Tres fuman cigarrillos en la actualidad, cinco consumen al menos una droga ilegal con asiduidad y tres de ellos toman múltiples drogas. Cuatro han pasado por una depresión aguda, tres han contemplado el suicidio en serio y dos lo han intentado. Ocho han tenido enfermedades de transmisión sexual, ocho son portadores de patógenos infecciosos en la actualidad, y tres sufren de achaques digestivos o urinarios provocados por dichos patógenos. Al menos tres están infectados con el VIH y uno tiene el SIDA.

Creo que este grupo no puede ser *gay* en el sentido en que definen el término los antiguos diccionarios. Hay quien puede objetar que los estudios citados no son representativos de la homosexualidad tal y como esta persona la observa o experimenta. Yo solo puedo apelar a la evidencia: casi doscientas fuentes, fuentes múltiples en puntos clave y cubriendo distintas zonas geográficas, diferentes momentos, muestras clínicas y no clínicas, aleatorias y escogidas. Habrá quien piense que he hinchado las cifras o eliminado las evidencias más positivas, esperando que nadie se vaya a tomar la molestia de comprobar tantas fuentes técnicas. Aunque hubiera sido tan tendencioso como para falsificar los datos, se hubiera tratado de una estrategia bien pobre, ya que doy por sentado que los escépticos *van* a cuidarse de comprobar mis fuentes

y a lanzarse sobre cualquier ejemplo concreto de parcialidad para así levantar la sospecha sobre la totalidad del libro. Todo y con eso, invito al escéptico a dar por sentado que todos los estudios son tendenciosos o que he estado exagerando las cifras y a que por tanto reduzca a la mitad todas las tasas de enfermedad que he dado. Aun así, lo que queda de la evidencia revela una crisis de salud de facetas múltiples y de proporciones de epidemia.

Además, aún tomando la mitad de las cifras documentadas, los problemas están demasiado extendidos entre ese grupo de población como para atribuirlos a una minoría pequeña e irresponsable de dentro del grupo. Demasiados de los problemas afectan a tres, cuatro o incluso ocho de cada diez personas, y es extremadamente improbable que todos los problemas se estén solapando. En otras palabras, es improbable que el pedófilo del grupo sea a la vez el sadomasoquista, tenga cinco o seis patógenos contagiosos, abuse de las drogas, sea alcohólico y tenga un flujo constante de parejas anónimas. No, desafortunadamente, estos problemas y otros se distribuyen entre toda la población homosexual de tal manera que, la minoría, evidentemente una minoría muy pequeña, la forman quienes *no* sufren ninguna crisis de salud.

Cuando he tenido ocasión de hablar y comunicar esta información, mucha gente responde sorprendida: “¿Por qué nadie nos explica todo esto?” Los fundamentalistas llevan años diciendo algunas cosas, pero la sustancia de su mensaje se pierde demasiado a menudo, a causa de su abrasivo estilo; parece que disfruten mostrando la pecaminosidad de los demás. También tienden a socavar la verdad general de sus reivindicaciones por concentrarse en ejemplos sensacionalistas y no en la investigación concienzuda.

Las noticias y los espectáculos puede que contengan los hechos, ciertamente tienen la habilidad de descubrirlos, pero parecen estar más interesados en los asuntos de derechos civiles (tal y como los perciben) que en los asuntos de salud pública. Solo los desesperadamente *naïf* dudan que el periodismo sea ahora una actividad cohibidamente política.

¿Y qué pasa con el sector de la medicina? Todos los médicos saben lo que está ocurriendo, informan con imparcialidad, pero su política profesional de publicaciones les impide las editoriales sobre sus descubrimientos; además, ¿quién lee las revistas especializadas en medicina a parte de ellos? Y estos profesionales, si es que no van ya sobrecargados de trabajo, tampoco tienen necesariamente talento como para escribir

o hablar en público. Y aunque lo tengan, quizás no quieran poner en peligro su reputación, carrera y seguridad, por adoptar una postura que no es popular. Muchos deben pensar que basta con reparar lo que se ha roto, sin invertir más tiempo en el esfuerzo aparentemente fútil de impedir que las cosas se rompan. ¿Por qué molestarse en persuadir moralmente cuando casi nunca sirve de nada? En el momento en que una persona entra en la consulta del médico con una enfermedad, es poco probable que el sermón del doctor, aunque esté dispuesto a darlo, vaya a producir cambios de comportamiento importantes.

Un especialista me dijo que, con los pacientes, prefiere hablar en privado de su desaprobación de las prácticas homosexuales, si ellos sacan el tema, en lugar de arriesgarse a tener pacientes que evitan estas prácticas por el previo conocimiento de su opinión. Lo entiendo. Por otro lado, me pregunto cuánta gente se ha puesto terriblemente enferma, o ha muerto, porque los médicos en masa han retenido su considerable poder fuera del debate moral.

¿Y qué pasa con los líderes morales como los pastores y los educadores? Al igual que los médicos, suelen ser especialistas, ir sobrecargados de trabajo y vacilar en comprometerse con temas complejos. Lo sé muy bien, consume muchísimo tiempo rastrear la información de fuentes fidedignas. A los moralistas les suele bastar con mantenerse en su propio campo sin tener que ojear los *Archivos de medicina interna*. Los moralistas también tienden al pensamiento abstracto. La mejor prueba de ello es la ausencia de algún tratamiento de la homosexualidad, sea por parte de revisionistas o de tradicionalistas, que explore las dimensiones morales del VIH, de otras ETS, del trauma o de la psicopatología. Pero son dimensiones que deben ser exploradas, sea desde la postura secular de que el cuerpo forma parte del entorno, o sea desde la postura cristiana de que el cuidado del cuerpo es una parte importante de la mayordomía personal.

Quienes desean fomentar una visión revisionista del comportamiento homosexual preferirían que no imagináramos nada más allá de, en palabras de L. William Countryman, “una clase entera de seres humanos [que tienen el] derecho, en paz y sin perjudicar a otros, de buscar el tipo de sexualidad que se corresponda con su naturaleza.”¹³¹ Pero no hay mirada honesta a la actual investigación científica que dé pie a

¹³¹L. William Countryman, *Dirt, Greed and Sex* (Philadelphia: Fortress, 1998), p. 257.

considerar las prácticas homosexuales como pacíficas e inocuas. Para la vasta mayoría de hombres homosexuales, y para un número significativo de mujeres homosexuales, incluso al margen de la plaga del SIDA, el comportamiento sexual es obsesivo, psicopatológico y destructivo con el cuerpo. Si no existiera ningún principio bíblico concreto de conducta sexual, bastaría con estas consideraciones para constituir un argumento convincente en contra de las prácticas homosexuales. Nuestros cuerpos no deben ser mártires de nuestros deseos.

7

EL GRAN DEBATE: NATURALEZA O ENTORNO

Cuando tenía unos trece años, empecé a fijarme en las chicas; o quizás debería decir que justo entonces empecé a fijarme en poca cosa más. Veinticinco años más tarde, esta inclinación ha quedado ya un poco más refinada, un poco más controlada; pero solo un poco. Dondequiera que esté, me fijo en las mujeres, y me fijo en ciertas partes en particular. A menudo albergo pensamientos efímeros, a veces más dilatados, de cómo disfrutaría teniendo relaciones sexuales con mujeres que jamás he conocido. Después de todo, se trata de algo natural.

¿Lo es? ¿Es que nací con una inclinación a tener relaciones sexuales con varias mujeres atractivas distintas cada día y durante trece años dicha inclinación se había mantenido durmiente? ¿Es que mi padre, cuyos deseos son muy similares a los míos, me enseñó a pensar en las mujeres de determinada manera? ¿Es que soy el producto de una exposición continuada a la publicidad, las películas y la música popular? ¿Es que el trauma del divorcio de mis padres, cuando yo tenía tres años, o la manera de actuar de mi madre durante mi infancia, han despertado en mi unos deseos o necesidades sexuales particulares?

Son preguntas todas ellas genuinamente interesantes. Sin embargo, no se trata de cuestiones *morales*. Las cuestiones morales tienen que ver con la rectitud o no de mis acciones, al margen del origen o la fuerza de mis deseos. Puedo atribuir lo que sea a mis genes, mis padres o mi cultura, pero ninguna de estas cosas puede forzarme, en el momento crucial, a convertir una mirada en una fantasía, o una fantasía en un coqueteo,

o un coqueteo en un acto sexual. Ahí entra mi *voluntad*, y justo ahí se demuestra mi obediencia y madurez como cristiano. Por muy bien que me sienta con mi conducta, o por muy profundamente arraigado que esté mi deseo de actuar de cierta manera, ninguno de estos factores es medida de obediencia. De hecho, la mayoría de las veces es la medida en que se engaña uno mismo.

Está claro que hoy está noción no está de moda. El apabullante mensaje de la cultura popular, con el cual nos taladran miles de películas y cientos de miles de canciones de amor, es que para llevar una vida plena debemos buscar la aventura, beber de la copa de la pasión, obedecer al corazón. “Amarte no puede ser malo,” canturrea una voz, “¡me hace sentir tan bien!” Queremos creerlo. Indirectamente, incluso nos podemos emocionar de ver lo bien que sale en las películas. Pero en nuestros mejores momentos, sabemos que no es así. Sabemos, incluso sin la necesidad que nos lo digan las Escrituras, que “más engañoso que todo, es el corazón,” (Jer 17:9), que las experiencias positivas y los fuertes deseos nunca pueden legitimizar la inmoralidad. Lo sabemos cuando un pedófilo describe sus relaciones con los niños. Lo sabemos cuando una mujer adúltera se queja del aburrido de su marido. Lo sabemos cuando un pornógrafo reivindica su derecho a la libre expresión. Lo sabemos cuando una stripper justifica su explotación.

Explicaciones y justificaciones

También sabemos que apelando a la naturaleza no vamos a justificar nuestra conducta. Un cómico mal marido de una película de Woody Allen dice a su esposa: “Y tanto que te voy a pegar. Soy así; eso no quiere decir que no te quiera. Además siempre te aviso primero.” Pero la creciente epidemia de violencia doméstica, de matanzas entre bandas y de luchas raciales no tiene nada de gracioso. Sea cual sea la causa, no podemos excusar la violencia de una persona que se justifica diciendo “es que yo soy así.”

Ciertamente, debemos trabajar en el ámbito general para reducir los factores que contribuyen a generar violencia, pero también es cierto que debemos trabajar con el individuo, fomentando el autocontrol. Pero si al final resulta que la persona violenta “es realmente así,” la encerramos por el bien de todos los demás.

Este argumento no pretende criminalizar ni meter en la cárcel a los homosexuales, se trata de una analogía con la relación entre unas

inclinaciones fuertes y la responsabilidad moral. Fácilmente podríamos aplicar la defensa del “soy así” a toda una serie de problemas sociales que tienen que ver con causas de profundo arraigo (incluso biológicas), como la violencia, el abuso de sustancias, el racismo, la esquizofrenia o la pedofilia, pero no lo hacemos, porque reconocemos que una *explicación* de un comportamiento no es una *justificación* del mismo.

Es frustrante, casi *antinatural*, que un hombre violento intente dar una salida a su ira que no sea el hacer daño a otra persona. Si dicha inclinación está muy arraigada, no quedará satisfecho con otras posibles salidas, como el hablar o hacer ejercicio. Así de *antinatural* es para el pedófilo intentar tener relaciones significativas con adultos, o para el drogadicto hacer frente a los problemas con la cabeza despejada, o para el racista el ver más allá del color de la piel. De la misma manera, a mí me resulta *antinatural* ser fiel a una mujer.

Pero la palabra *natural* en el sentido que la he estado usando no tiene nada que ver con la moralidad, y es el sentido moral el que da Pablo en Romanos 1 a la palabra *natural*. Debemos tener clara esta distinción y no dejarnos confundir, cambiando de sentido el tema constantemente. *Natural* se puede referir a algo que se da repetidamente en la naturaleza, es decir, en el mundo. En tal caso, no podemos otorgarle juicio moral alguno. En la naturaleza ocurren cosas: por ejemplo, las arañas matan y se comen a otras arañas, incluyendo a su pareja.

Pero como categoría moral, *natural* se refiere a algo que está en armonía con la intención de Dios. Las acciones son buenas o malas: por ejemplo, hay personas que a veces matan y se comen a otras personas. Pero el hecho de que el canibalismo exista en el mundo, quizás como satisfacción de unas creencias muy arraigadas o de unos peculiares gustos culinarios, no lo convierte en *natural* en el sentido de acorde a la voluntad de Dios. En resumen, aquello que es *natural* según la experiencia humana o el deseo humano, no es necesariamente *natural* según el diseño moral de Dios.

El lector debería entender que este capítulo trata de la naturalidad del deseo y la conducta homosexual en el primer sentido, preguntándonos sencillamente por qué se da en la experiencia humana. Espero elevar el debate de la causalidad por encima del humo de la batalla causada por la confusión de ambas partes en torno a la palabra *natural*. Una parte propone ciertas teorías de la causalidad para justificar la homosexualidad (“mira lo *natural* que es”), y otras intentan rebatir dichas teorías para así conservar su condena de la homosexualidad (“esa no es la causa, por tanto se trata de maldad *antinatural*”).

Como separo la explicación de la conducta de la moralidad de la misma, no me veo en la necesidad de probar o refutar ni una de las teorías de la causalidad. De hecho, y quizás sea bueno revelar esto ahora, pienso que probablemente haya varios factores que, combinados en diverso grado, sean responsables de los deseos homosexuales de un individuo cualquiera. Intentaré mostrar algunas de las posibilidades y limitaciones de cada una de las principales teorías de la causalidad para después proponer lo que yo denomino un “modelo de múltiples variantes.” Al igual que en el capítulo seis, toda la información relativa a la causalidad proviene de fuentes profesionales seculares y recientes.

Animales y humanos en otro tiempo y lugar

Mi distinción entre explicación y justificación se aplica a la evidencia de la conducta homosexual en otras especies, tiempos y culturas. Si la investigación resulta aportar poca evidencia de actividad homosexual, el escéptico argumentará que habría más evidencia si los investigadores o sus fuentes no fueran homófobas. Si, por otro lado, la evidencia resulta ser abundante, eso aportará poco o nada a la cuestión moral. En cualquiera de los casos, encuentro que el tema es interesante pero queda muy alejado de la cuestión moral contemporánea. Algunos mamíferos se comen a sus propias crías, y algunas de las culturas más avanzadas de la historia practicaban los sacrificios humanos, el genocidio o la esclavitud. Los tan civilizados griegos convirtieron el abuso infantil en un estilo de vida. No todas estas prácticas son moralmente comparables a la homosexualidad moderna, pero son *naturales* en el sentido de que son prácticas observables: se dan en la naturaleza. La cuestión es que algo no es moral por el hecho de que los hombres o los animales lo practiquen.

Hay numerosos estudios del reino animal que revelan una conducta de copulación indiscriminada, normalmente para expresar roles de dominio y sumisión, pero los animales no experimentan uniones homosexuales prolongadas como los humanos.¹ Algunos monos o simios

¹ R. H. Denniston, “Homosexuality in Animals,” en *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*, ed. J. Marmor (New York: Basic Books, 1980), pp. 25-40. Puede que haya algunos ejemplos de apareamiento entre pájaros del mismo género, pero los huevos exigen cierta “promiscuidad”: J. D. Weinrich, “The Kinsey Scale in Biology,” en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts for Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S. A. Sanders y J. M. Reinisch, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), pp. 133-34.

se montan y restriegan unos a otros hasta alcanzar la excitación, pero incluso este comportamiento conlleva numerosas calificaciones: lo más importante es que dicho comportamiento no continúa cuando el individuo madura y dispone de una opción heterosexual.² Hay consenso entre los investigadores en que “no ha surgido todavía ninguna evidencia, que sugiera que algún primate no humano estudiado hasta la fecha haya sacado un 6 [exclusivamente homosexual] en la escala de Kinsey sobre la heterosexualidad/homosexualidad.”³

A lo largo de la historia de las culturas humanas, ninguna sociedad ha aprobado la homosexualidad tal y como la conocemos ahora: relaciones prolongadas y por decisión propia entre adultos.⁴ Como hemos visto ya, hubo un periodo de tiempo durante el cual los hombres romanos y griegos de clase alta alternaban mujeres y niños para su gratificación sexual, pero dicha aprobación no se hacía extensiva al sexo entre adultos, parejas pasivas o relaciones a largo plazo. Por todo lo demás, hasta la era moderna, muchas referencias a la homosexualidad en occidente son probablemente ataques estandarizados a gentes desconocidas, no descripciones de una conducta real. El grueso de la evidencia histórica de las prácticas homosexuales proviene del mundo del monasticismo, ya que se forzaba a los hombres y las mujeres a estar en compañía de personas del mismo sexo, sin una salida heterosexual. Al igual que en el caso de los navegantes y los presos, es difícil discernir bajo tales circunstancias si la práctica era resultado del deseo homosexual o de la falta de compañeros del sexo opuesto.

En su libro, *Same Sex Unions in Premodern Europe*,^{5NT} John Boswell intenta probar que, en Europa, sobrevivió cierto tipo de ceremonia pseudomatrimonial entre hombres, vestigio de la cultura romana en el Imperio Oriental, hasta principios de la Edad Media. Pero el argumento de Boswell, en cada uno de sus puntos clave, depende de citas sacadas

² R. D. Nadler, “Homosexual Behavior in Nonhuman Primates,” en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S. A. Sanders y J. M. Reinisch, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), pp. 138-70.

³ L. A. Rosenblum, “Primates, *Homo Sapiens* and Homosexuality,” en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts for Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S. A. Sanders y J. M. Reinisch, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), pp. 172-73.

⁴ A. Karlen, “Homosexuality in History,” en *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*, ed. J. Marmor (New York: Basic Books, 1980), 75-90; y D. Greenberg, *The Construction of Homosexuality* (Chicago: University of Chicago Press, 1988), pp. 89-396.

^{5NT} Uniones del mismo sexo en la Europa premoderna.

de contexto, dudosas traducciones y especulaciones destinadas a cubrir unos vacíos considerables entre pequeños elementos de evidencia. Lo que ha “descubierto” es una ceremonia de hermandad ritual, que ha tomado prestados unos cuantos elementos de las ceremonias del matrimonio. Aunque la homosexualidad puede haber estado presente en tales relaciones, no hay evidencia de que la asociación sexual (o incluso el matrimonio no sexual) fuera ratificado por la ceremonia, la iglesia o la cultura. De hecho, la ceremonia en cuestión incluye típicamente oraciones para que ambos hombres eviten la “ofensa”, el “escándalo” y la “tentación;” palabras que Boswell traduce en la promesa de dos hombres homosexuales de mantener relaciones sexuales solamente entre ellos. Pero, incluso haciendo esta concesión y la de otros ejemplos de la tan disfrazada interpretación que hace Boswell de la ceremonia, el hecho sigue siendo que no puede encontrar datos históricos que respalden su interpretación, que apoyen la reivindicación de que tales ceremonias reflejaban la aceptación social y eclesiástica del matrimonio homosexual.

La escasez de información se extiende hasta el Renacimiento, a pesar de los desesperados intentos de algunos apologetas por aferrarse a la más mínima inferencia posible, para así sugerir que toda una serie de genios creativos eran homosexuales (como Michelangelo, da Vinci, Marlowe o Shakespeare). El incremento de la evidencia de conductas homosexuales coincide con el levantamiento de la Europa industrial en el siglo diecisiete, pero no hay consenso en torno a la causa. ¿Se trató de un desarrollo tardío del Renacimiento, la popularización de la idea de que el hombre es la medida de todas las cosas? ¿Se trató de una reacción a las restricciones legalistas de los puritanos (y más tarde los victorianos)? ¿Se desmoronó la institución de la familia debido a la industrialización y la urbanización? Todas estas preguntas son candidatas a una explicación histórica, pero todas coinciden en la imposibilidad de rastrear el cambio de práctica sexual. Todas las conjeturas que podamos hacer sobre el pasado se basan en estudios e influencias del presente, y dichas influencias pueden no haber funcionado de la misma manera hace cientos ni miles de años.

En la actualidad, incluso aquellas pocas sociedades que aprueban ciertas formas de conducta homosexual, excluyen a la homosexualidad tal

⁵ John Boswell, *Same Sex Unions in Premodern Europe* (New York: Villard Books, 1994). Para un repaso detallado y excelente, consultar B. D. Shaw, “A Groom of One’s Own?” *The New Republic*, July 18-25, 1994, pp. 33-41.

y como la conocemos.⁶ Algunas sociedades aprueban la homosexualidad *transgeneracional*, es decir, que miembros mayores de un grupo entren en intimidad sexual con miembros más jóvenes como rito de paso a la *edad adulta*; la homosexualidad *transgénica*, adoptar el papel de género del sexo opuesto (como el *bardajo* de las tribus nativas americanas); y más raramente, la homosexualidad *igualitaria*, tolerada por unas pocas culturas como una fase que se suele dar en la adolescencia. Entre las principales religiones del mundo,⁷ solamente el Budismo adopta una postura doctrinal neutra frente a la homosexualidad. El Hinduismo, el Islam, el Confucionismo y el Taoismo se unen al Judaísmo y el Cristianismo en la prohibición de la práctica. Los japoneses tienen una historia de tolerancia, debida primariamente a la religión sintoísta, que menosprecia a la mujer por “contaminada” (pero necesaria como vasija de concepción). En China y la India hindú, cuya población constituye la mitad de la de todo el mundo, la homosexualidad es virtualmente desconocida, excepto como “vicio occidental.”

Naturalmente, todo esto no quiere decir que la homosexualidad no exista en otros tiempos o culturas, ni que la práctica humana se ajuste siempre a los requisitos oficiales de la religión predominante. Sin embargo, sí que sugiere que el alcance de la práctica puede variar considerablemente según el lugar y la época, y esto a la vez puede implicar que la cultura es una variable importante en la formación de la identidad sexual de una persona.

Teorías biológicas de la causalidad

Los medios han dado mucha cobertura a toda una serie de recientes intentos de investigadores, de asociar la conducta homosexual a ciertas estructuras cerebrales, hormonas o genes. Dichas explicaciones biológicas pueden tener relación unas con otras, ya que las estructuras cerebrales pueden desarrollarse bajo la influencia de las hormonas, que a su vez operan bajo las instrucciones del código genético. La investigación

⁶ Ver J. M. Carrier, “Homosexual Behavior in Cross-Cultural Perspective,” en *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*, ed. J. Marmor (New York: Basic Books, 1980), pp. 100-22; *Homosexuality and The World Religions*, ed. A. Swidler (Valley Forge, Penn.: Trinity Press International, 1993); y Greenberg, *Construction of Homosexuality*, pp. 25-88.

⁷ Consultar artículos relevantes y bibliografía sobre cada tradición religiosa en Swidler, *Homosexuality and The World Religions*.

se encuentra tan solo en el principio y las primeras teorías han acaparado la atención de los medios, pero todavía no han superado la prueba crucial que supone la réplica de otros investigadores. Si existe una “isla perdida de causalidad biológica”, los distintos investigadores pueden haber divisado los picos de las montañas, la jungla o el litoral, pero todavía queda mucha cartografía por hacer. Por las razones que describiré a continuación, no hay consenso en la comunidad científica ni siquiera en que dicha isla esté por descubrir.

En el año 1991, el neurobiólogo S. LeVay diseccionó los cerebros de treinta y cinco cadáveres masculinos, incluyendo los de diecinueve homosexuales declarados que habían muerto de SIDA, y descubrió que una parte del hipotálamo, en los cerebros de los hombres homosexuales (INAH3) era de media más pequeña que la de los otros hombres, y del mismo tamaño que la de las mujeres.⁸ La muestra era reducida y seis de los otros dieciséis hombres diseccionados para comparar habían muerto de SIDA, lo cual despierta recelos sobre su heterosexualidad (LeVay no tenía información al respecto). Es muy posible que el SIDA afectara al volumen del INAH3 de los sujetos homosexuales, reduciendo los niveles de testosterona durante largas fases de la enfermedad.

Si el resultado de LeVay se contrasta con otro estudio que incluía a homosexuales sin el SIDA, todavía nos tendremos que preguntar, si el volumen del INAH3 influye sobre la conducta sexual o a la inversa. Sabemos que el cerebro masculino y femenino se desarrolla de manera distinta en el periodo crucial de la primera infancia, hasta los cuatro años, y durante toda la vida, debido a factores químicos y sociales que afectan a dicho desarrollo.¹⁰ Si, por otro lado, el hipotálamo ejerce una influencia

⁸ S. LeVay, “A Difference in Hypothalamic Structure Between Heterosexual and Homosexual Men,” *Science* 258 (August 39, 1991): 1034-37.

⁹ Para la crítica aquí avanzada, consultar de manera especial a W. Byne y B. Parsons, “Human Sexual Orientation: The Biologic Theories Reappraised,” *Archives of General Psychiatry* 50 (March 1993): 228-29, 234-35; R. C. Friedman y J. Downey, “Neurobiology and Sexual Orientation: Current Relationships,” *Journal of Neuropsychiatry and Clinical Neurosciences* 5 (Spring 1993): 148; y M. Barinaga, “Is Homosexuality Biological?” *Science* 253 (August 30, 1991): 956-57.

¹⁰ Ver D. F. Swaab, L. J. G. Gooren y M. A. Hofman, “Gender and Sexual Orientation in Relation to Hypothalamic Structures,” *Hormone Research* 38, supp. 2 (1992): 51-61; Byne y Parsons, “Human Sexual Orientation,” pp. 229, 236; A. Gibbons, “The Brain as ‘Sexual Organ,’” *Science* 253 (August 30, 1991): 957-59. Swaab, Gooren y Hofman no intentaron rebatir lo descubierto por LeVay, sino que encontraron que otra región del hipotálamo, el núcleo dimórfico sexual, era idéntico en los hombres homosexuales y heterosexuales, mientras que el núcleo supraquiasmático (de función desconocida) era más grande en los hombres homosexuales.

sobre la conducta sexual, debemos preguntarnos cuál es la fuerza de la misma. Aunque el hipotálamo afecta al comportamiento sexual de los roedores, la región del hipotálamo en cuestión no ejerce una clara relación; e incluso si los investigadores llegaran a establecer dicha relación, no podríamos comparar la conducta sexual humana con la de los roedores. Las ratas son una especie por la que siento una gran admiración en muchos aspectos; pero espero que no se sientan ofendidas si sugiero que la inteligencia, la cultura, la formación, la experiencia, la reflexión moral y la obra del Espíritu Santo convierten la sexualidad humana en algo mucho más complejo de lo que podemos llegar a explicar comparándola con las secreciones del hipotálamo de una rata.

Un año después de la publicación del estudio de LeVay, el equipo de científicos de L. S. Allen y R. A. Gorski informaba de que un racimo de fibras nerviosas de la comisura anterior del cerebro, entre los dos hemisferios, era de media más grande en treinta y cuatro hombres homosexuales.¹¹ Aunque esta parte del cerebro, que se sepa, no está conectada con la conducta sexual, algunos investigadores sospechan que sí hay una conexión con el hecho de que los hombres homosexuales tienen mucha más tendencia a ser zurdos, disléxicos y tartamudos; factores relacionados todos ellos con el desarrollo de los hemisferios cerebrales.¹² Pero los científicos no pueden explorar el significado de sus hallazgos sin la réplica correspondiente, y el único estudio alternativo, acerca del tamaño de la comisura anterior con relación al sexo, dio el resultado opuesto.¹³ Además, la *media* resultante de Allen y Gorski disfraza la variación tremenda que hubo *dentro* de su misma muestra, que se solapaba de manera significativa con el grupo heterosexual.¹⁴ Finalmente, el hecho de que se valieran de sujetos con el SIDA despierta las mismas preguntas respecto a la dirección de la influencia, que el estudio de LeVay sobre el hipotálamo.

Hay numerosos estudios sobre los niveles actuales de hormonas en los homosexuales, que no han logrado demostrar ninguna diferencia

¹¹ L. S. Allen y R. A. Gorski, "Sexual Orientation and the Size of the Anterior Commissure in the Human Brain," *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* 89 (August 1, 1992): 7199-202.

¹² K. O. Götestam, T. J. Coates y M. Ekstrand, "Handedness, Dyslexia and Twinning in Homosexual Men," *Internacional Journal of Neuroscience* 63 (1992): 179-86.

¹³ S. Demeter, J. L. Ringo y R. W. Doty, "Morphometric Analysis of the Human Corpus Callosum and Anterior Commissure," *Human Neurobiology* 6 (1988): 219-26.

¹⁴ Byne y Parsons, "Human Sexual Orientation," p. 235.

con el de los heterosexuales.¹⁵ Se ha descubierto que las secreciones hormonales prenatales influyen más tarde sobre las posturas sexuales de los roedores, pero no ejercen la misma influencia sobre los primates, y todavía son mucho más difíciles de aplicar a la complejidad y diversidad de la sexualidad humana.¹⁶ Hay consenso, incluso entre los científicos que sospechan de una influencia hormonal previa al nacimiento o justo después del mismo, en que la influencia no queda claramente definida y ciertamente no *causa ni determina* la orientación.¹⁷

Los estudios genéticos sobre la sexualidad fueron noticia tras la publicación del estudio de gemelos de J. M. Bailey y J. C. Pillard.¹⁸ Comparando 110 hombres homosexuales que eran gemelos monocigóticos (idénticos) y dicigóticos (mellizos), Bailey y Pillard descubrieron que el 52 por ciento de los sujetos monocigóticos, pero solamente el 22 por ciento de los sujetos dicigóticos, tenían gemelos homosexuales, mientras que la tasa de homosexualidad entre hermanos no gemelos era del 9,2 por ciento. Comparando a 108 mujeres, J. M. Bailey y sus colaboradores descubrieron que el 48 por ciento de los sujetos monocigóticos, pero solamente el 16 por ciento de los sujetos dicigóticos tenían gemelas homosexuales, mientras que la tasa de homosexualidad entre hermanas no gemelas era del 14 por ciento.¹⁹ Se obtuvieron resultados similares en otro estudio reciente.²⁰

¹⁵ B. A. Gladue, "Psychobiological Contributions," en *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*, ed. L. Diamant, Series in Clinical and Community Psychology (Washington, D. C.: Hemisphere, 1987), pp. 132-34; Byne y Parsons, "Human Sexual Orientation," pp. 231-32.

¹⁶ Ver L. Gooren, "Biomedical Theories of Sexual Orientation: A Critical Examination," en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S. A. Sanders y J. M. Reinish, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), pp. 71-87; Byne y Parsons, "Humans Sexual Orientation," pp. 230-34; Friedman y Downey, "Neurobiology and Sexual Orientation," pp. 134-36.

¹⁷ Gladue, "Psychological Contributions," p. 143, comparar pp. 134-43. Ver también J. Bancroft, "Commentary: Biological Contributions to Sexual Orientation," en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S. A. Sanders y J. M. Reinish, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), p. 109; J. Money, "Sin, Sickness or Status? Homosexual Gender Identity and Psychoneuroendocrinology," en *Psychological Perspectives on Lesbian and Gay Male Experiences*, ed. L. D. Garnets y D. C. Kimmel (New York: Columbia University Press, 1993), pp. 162-63.

¹⁸ "A Genetic Study of Male Sexual Orientation," *Archives of General Psychiatry* 48 (1991): 1089-96; J. M. Bailey et al., "Heritable Factors Influence Sexual Orientation in Women," *Archives of General Psychiatry* 50 (March 1993): 217-23.

¹⁹ En el estudio entre mujeres también había treinta y cinco hermanas adoptivas, dos de las cuales (el 6 por ciento) eran homosexuales.

²⁰ La tasa de concordancia era del 65 por ciento entre los treinta y cuatro pares monocigóticos y del 30 por ciento entre los veintitrés pares dicigóticos según F. L. Whitam, M. Diamond y J. Martin, "Homosexual Orientation in Twins: A Report on

Si estas cifras son correctas, parecen indicar algún tipo de asociación genética, al menos la mitad de las veces, puesto que solamente los gemelos monocigóticos comparten el mismo material genético. Sin embargo, tal y como W. Byne y B. Parsons señalan, estos estudios contienen algunos fallos. Hay dudas sobre la representatividad de las muestras, ya que los investigadores reclutaron a los sujetos por medio de solicitudes a organizaciones y publicaciones homosexuales. Hay otros estudios de gemelos que contradicen los resultados de Bailey y Pillard, entre ellos uno reciente que ha encontrado un grado de concordancia del 25 por ciento entre monocigóticos y del 12,5 entre dicigóticos.²¹ La tasa doble de gemelos dicigóticos, comparada con la de los hermanos no gemelos, no tiene ningún sentido genético, ya que los gemelos dicigóticos no comparten entre sí más material genético que con cualquier otro hermano. De hecho, este resultado, así como la alta tasa de homosexualidad entre hermanos no gemelos, en comparación con la población general, nos conduce hacia factores *del entorno* compartidos, más que hacia factores biológicos.²² Y naturalmente, si la copa de la concordancia está medio llena, también está medio vacía, y los investigadores siguen preguntándose por qué no *todos* los gemelos monocigóticos comparten una misma orientación sexual.²³

Poco menos de un año después de los estudios de Bailey sobre gemelos, un equipo científico dirigido por D. Hamer publicó un informe sobre la relación de la homosexualidad masculina con un pequeño tramo de ADN del cromosoma X.²⁴ El conocido en los medios de comunicación como “gen gay”, en realidad no tenía nada de gen, se trataba de la observación de que treinta y tres de las cuarenta parejas de hermanos no

Sixty-one Pairs and Three Triplet Sets,” *Archives of Sexual Behavior* 22, n° 3 (1993): 187-206. Comparar con las cifras similares de la muestra más reducida de N. Buhrich, J. M. Bailey y N. G. Martin, “Sexual Orientation, Sexual Identity and Sex-Dimorphic Behaviors in Male Twins,” *Behavior Genetics* 21 (January 1991): 75-96.

²¹ M. King y E. McDonald, “Homosexuals Who Are Twins: A Study of Forty-six Proband,” *British Journal of Psychiatry* 160 (1992): 407-9; más bibliografía en Byne y Parsons, “Human Sexual Orientation,” p. 229.

²² N. Risch, E. Squires-Wheeler y B. J. B. Keats, “Male Sexual Orientation and Genetic Evidence,” *Science* 262 (December 24, 1993): 2063.

²³ Algo de especulación en este sentido que protege la causalidad biológica nos la proporciona W. J. Turner, “Comments on Discordant Monozygotic Twinning in Homosexuality,” *Archives of Sexual Behavior* 23 (February 1994): 115-19. Turner sugiere la posibilidad de que en la matriz, tras la separación de los gemelos, se produzca un suministro desigual de sangre y unos cambios genéticos.

²⁴ D. Hamer et al., “A Linkage Between DNA Markers on the X Chromosome and Male Sexual Orientation,” *Science* 261 (July 16, 1993): 321-27.

gemelos homosexuales tenían parientes homosexuales por parte de la madre, que fueron localizados con marcadores de ADN en la misma región cromosómica, llamada Xq28.

Las reacciones de la comunidad científica han ido desde el cauto optimismo (acompañado de llamamientos a la réplica y la ampliación de la investigación) hasta la crítica feroz. El primer problema es la falta del gen teórico en sí: hay millones de pares base en la región Xq28, en cambio no se ha podido aislar ni un solo gen; si es que solamente hay uno. Los investigadores obtuvieron poca información de los parientes presuntamente heterosexuales,²⁵ y no contaban con datos de grupo de control,²⁶ especulando con la existencia del gen (¿con qué amplitud?), sin que éste se “disparara” (¿por qué no?) en la población general.²⁷ Además, si el determinante de la homosexualidad es genético, ¿por qué no lo mostraron siete parejas de hermanos? ¿Se trataba de una muestra lo suficientemente amplia? Teorías similares sobre la depresión, la esquizofrenia y el alcoholismo han ido pasando tras no poderse confirmar los descubrimientos iniciales.²⁸

Finalmente, la correlación entre un gen y la homosexualidad no equivale a causalidad. El gen o genes pueden, por ejemplo, incrementar la tendencia de hermanos gemelos a identificarse el uno con el otro, de manera que si uno se hace homosexual, es muy probable que el otro siga sus pasos.²⁹ Otra posibilidad es que un gen potencie la búsqueda de cosas nuevas, la huida del dolor, o la dependencia; rasgos que pueden interactuar con el entorno del niño y fomentar ciertas conductas.³⁰ Alternativamente, el gen o genes pueden dar a las madres la tendencia a reprimir a sus hijos; fenómeno tradicionalmente asociado con las teorías del “entorno” más que de la “naturaleza.”³¹

²⁵ M. Baron, “Genetic Linkage and Male Homosexual Orientation: Reasons to Be Cautious,” *British Medical Journal* 307 (August 7, 1993): 337. Comparar con M. King, “Sexual Orientation and The X,” *Nature* 364 (July 22, 1993): 288. King, en otros aspectos, está a favor de la investigación de Hamer.

²⁶ A. Fausto-Sterling y E. Balaban, “Genetics and Male Sexual Orientation,” *Science* 261 (September 3, 1993): 1257.

²⁷ J. Maddox, “Wilful Public Misunderstanding of Genetics,” *Nature* 364 (July 22, 1993): 281.

²⁸ Baron, “Genetic Linkage,” p. 338; L. Pool, “Evidence for Homosexuality Gene,” *Science* 261 (July 16, 1993): 291-2.

²⁹ A. Fausto-Sterling y E. Balaban, “Genetics and Male Sexual Orientation,” p. 1257.

³⁰ Byne y Parsons, “Human Sexual Orientation,” pp. 236-37.

³¹ Maddox, “Wilful Public Misunderstanding,” p. 281. Los especialistas agradecerán el intercambio en varios asuntos técnicos de investigación genética entre N. Risch et al.

Aquí solamente repaso los acercamientos biológicos a la orientación sexual más interesantes que se han publicado. El campo de estudio está en plena infancia, incluso se están formando todavía las preguntas, y los resultados acarrearán una carga política y emocional sin precedentes. Dos psiquiatras de la Universidad de Columbia, Byne y Parsons, ofrecen el siguiente resumen de su visión sobre el estado actual de la investigación:

*De momento no hay evidencia que sustancie una teoría biológica, así como no hay evidencia que obligue a respaldar ninguna explicación psicológica en particular. Aunque todo comportamiento tiene a fin de cuentas un substrato biológico, la apelación a explicaciones biológicas puede derivarse más de la falta de satisfacción con el estatus actual de las explicaciones psicológicas, que de un cuerpo de datos experimentales convincentes. Un análisis crítico muestra que faltan evidencias a favor de una teoría biológica.*³²

No es solo la comunidad científica la que es lenta en subirse al tren de la Biología. Los mismos homosexuales expresan su preocupación de que el aislamiento de un gen pueda conducir con el tiempo a la cirugía genética para así “corregir” la homosexualidad, o bien al aborto del feto homosexual, una vez decubierto el rasgo genético a través de la amniocentesis. Sería un vuelco interesante ver a los activistas homosexuales delante de las clínicas de planificación familiar junto a los manifestantes antiabortistas.

Pero todavía hay otro vuelco que sorprenderá a muchos lectores. Un gran número de activistas homosexuales aplauden las teorías de la causalidad biológica por su efecto sobre la opinión pública,³³ pero están comprometidos filosóficamente con la *elección personal*, en contra de cualquier teoría determinista, biológica o medioambiental. Por ejemplo, veamos la perspectiva de Darrel Yates Rist, cofundador de Gay and Lesbian Alliance Against Defamation:^{6NT}

y D. Hamer, que encontramos en *Science* 262 (December 24, 1993): 2063-65. Confieso mi incompetencia para declarar a alguno ganador del debate.

³² Byne y Parsons, “Human Sexual Orientation,” p228.

³³ Si hubiera alguna duda de que la opinión pública sobre la moralidad se deja influir por los estudios de causalidad biológica, un estudio lo demostró con un grupo de estudiantes: J. Piskur y D. Degelman, “Effect of Reading Summary of Research About Biological Bases of Homosexual Orientation on Attitudes Toward Homosexuality,” *Psychological Reports* 71, n° 3, pt.2 (December 1992): 1219-25.

^{6NT} Alianza gay y lesbiana contra la difamación.

En el verano de 1991, la revista Science informaba de las diferencias anatómicas entre los cerebros de los hombres homosexuales y heterosexuales. Los medios, esos grandes suministradores de mitos culturales, enfáticos, se salieron de madre... Los periodistas se apoderaron triunfantes de la renovada presunción de que los humanos ya no somos tan responsables de nuestra opción sexual como de cualquier otra cosa que decidamos hacer, que los cromosomas nos empujan a actuar... Pero [el trabajo de LeVay], como toda investigación, se trata de un intento fútil de convencer a unas personas que intuitivamente saben que sus hijos no pueden ser atraídos por ideas gays bajo ninguna circunstancia, a no ser que lleven el impulso encastado en el cerebro desde su nacimiento...

*Al final la ciencia puede llegar a descubrir alguna manera de describir el intrincado juego de genes y entorno que nos incita a esas sutiles elecciones que a lo largo de la vida nos conducen a unas expresiones particulares, sexuales o de otro carácter, en una cultura apesadumbrada por el conformismo. Bien. Aunque, a fin de cuentas, me parece una cobardía renunciar a nuestra responsabilidad individual sobre la construcción de nuestros deseos sexuales. Es más honesto y valeroso, un acto de libertad absoluta, rechazar la conveniencia de la mentira e insistir, en cambio, en el derecho a realizarnos afectivamente; sea cual sea la dirección en que nos empujen nuestras necesidades, por muy contraria que sea a la norma social.*³⁴

Naturalmente, Rist no aplaudiría las suposiciones o conclusiones de este libro, y quiero calificar esta cita con cuidado. Rist sostiene, por ejemplo, que todos nosotros somos bisexuales en esencia, y que los heterosexuales se esconden detrás de la causalidad biológica para protegerse de sus propias fantasías homoeróticas. Lo he citado para demostrar que el debate de la causalidad biológica no es una simple cuestión de Tradición frente a Ciencia. En mi propio caso, por ejemplo, suelo sostener una postura moral tradicional, pero estoy convencido (a pesar del prudente trato anterior) de que las teorías biológicas prometen lo suficiente como para contar como una de las varias influencias probables sobre la conducta sexual del individuo. La explicación exclusiva, denominada a veces “esencialismo biológico,” parece ir mucho más allá de lo permitido por una evidencia incompleta y contradictoria.

³⁴ D. Y. Rist, “Are Homosexuals Born That Way?” *The Nation*, October 19, 1992, pp. 424-29.

El constructivismo social

En algunos sentidos, el opuesto exacto del esencialismo biológico es la noción de que el individuo es una vasija esperando ser colmada de cultura y entorno; un mecanismo social en contraposición a un mecanismo biológico. Ruego a los especialistas que sean indulgentes conmigo, ya que en esta sección he decidido generalizar; los demás deberían advertir que hay una diversidad en este enfoque que los lectores pueden descubrir si consultan las fuentes que facilito.³⁵

El constructivismo social parte de la premisa de que la conducta sexual tiene un origen social; es decir, la gente aprende la sexualidad como cualquier otra cosa. Las diferencias de sexo son de nacimiento, las diferencias de género (“masculino” y “femenino”) son enteramente cuestión de formación; las fuerzas sociales conforman la conducta sexual. Historicamente, la evidencia la encontramos en la diversidad de conductas y actitudes sexuales a lo largo de las distintas épocas y culturas. Los constructivistas no necesariamente deducen de esto que las reglas sexuales son tan arbitrarias que pueden cambiar siempre que cambie la gente en el poder,³⁶ pero tampoco someten estas reglas a las tradiciones morales ni a los límites universales. Lo que ocurre es que cada cultura produce sus propios límites de cambio por medio de la interacción de tradición, religión, política y otros factores. La homosexualidad tal y como la conocemos, es decir, relaciones prolongadas entre adultos y por mutuo acuerdo, sencillamente no existía hasta el siglo diecinueve, cuando

³⁵ Las mejores explicaciones de la teoría de construcción social con relación al individuo las dan R. C. Troiden, “The Formation of Homosexual Identities,” en *Psychological Perspectives on Lesbian and Gay Male Experiences*, ed. L. D. Garnets y D. C. Kimmel (New York: Columbia University Press, 1993), pp. 191-217 y V. C. Cass, “The Implications of Homosexual Identity Formation for the Kinsey Model and Scale of Sexual Preference,” en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S. A. Sanders y J. M. Reinsch, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), pp. 239-66. Para una comparación directa con las teorías biológicas, ver J. P. De Cecco y J. P. Elia, “A Critique and Synthesis of Biological Essentialism and Social Constructionist Views of Sexuality and Gender,” *Journal of Homosexuality* 24, nos 3 / 4 (1993): 1-26. Sobre la dimensión histórica, consultar a D. F. Greenberg, *The Construction of Homosexuality* (Chicago: University of Chicago Press, 1988), pp. 1-21, 482-99, y M. Foucault, *The History of Sexuality*, vol. 1, *An Introduction* (New York: Vintage, 1980).

³⁶ Esta es la postura de Foucault y presumiblemente la de G. D. Goss (ver arriba, capítulos dos y tres); otra crítica constructivista la encontramos en la de Greenberg en *Construction of Homosexuality*, pp. 489-99.

fue inventada por los científicos para convertir en *condición* patológica una conducta raramente practicada (previamente conocida como “sodomía”). La construcción de dicha condición hizo posible que cada vez más personas se identificaran con ella y con el tiempo reaccionaran contra su condición de patología.

Este breve trasfondo histórico nos permite explicar, general y sociológicamente hablando, cómo se forma la identidad de un individuo homosexual. Hay cuatro fases: sensibilización, confusión de identidad, asunción de identidad y compromiso. Primero, antes de la pubertad, todas las personas piensan que son heterosexuales, pero algunas personas se ven *afectadas* por sentimientos de marginación (percepciones de ser distintos a las otras personas del mismo sexo; “marimachos” o “mariquitas”). Durante la adolescencia, una persona puede empezar a asociar esta marginación con la homosexualidad, soportando años de confusión y desarrollando estrategias dirigidas a afrontar las percepciones negativas de sí misma, las experiencias sexuales diversas, el estigma social y la ignorancia acerca de la homosexualidad. Al final de la adolescencia, el individuo puede progresar hasta asumir su identidad, una fase caracterizada por la aceptación de la homosexualidad y una más amplia asociación sexual y social con otros homosexuales. Finalmente, el individuo puede experimentar el compromiso, una fase que suele desarrollarse durante toda la vida e implica el estar satisfecho con la identidad homosexual, tener relaciones homosexuales prolongadas y declararse homosexual libremente ante quienes no lo son.

Las críticas a la teoría del constructivismo social dependen hasta cierto punto del grado en que el teórico en particular descarta otros factores. Algunos teóricos son bastante chovinistas sobre su disciplina y reducen toda la verdad a términos sociológicos, convirtiendo a la gente en recipientes pasivos de las influencias culturales. Por tanto, como en el caso de las teorías de la causalidad, el constructivismo social puede ser determinista; es decir, puede dar a entender que la conducta es el resultado de fuerzas impersonales e invisibles, sobre las cuales el individuo no tiene control.

A título individual, mientras que el constructivismo puede ofrecer una descripción plausible del proceso de formación de la identidad homosexual, cuando se llega a las causas que hay detrás, el enfoque parece muy vago, sobre todo en las primeras fases. Por ejemplo, ¿qué es lo que provoca que una persona resuelva de cierta manera su confusión respecto a su identidad sexual? O, retrocediendo más atrás todavía, ¿por

qué y cómo socializan los padres a un niño para que no esté conforme con su identidad de género? ¿Es que los niños son en realidad pizarras en blanco, sobre las cuales quienquiera que tenga la tiza en la mano escribe ideas sobre la masculinidad y la feminidad? Obviamente, las respuestas sociológicas a tales preguntas suelen competir directamente con las respuestas biológicas; y ambas compiten con la noción de que la reflexión y la voluntad individual tienen en ciertos momentos una participación importante.

El entorno de la primera infancia

Las teorías del “entorno” más comunes, en lo que a causalidad se refiere, se centran en las profundas alteraciones de la relación padre-hijo durante los primeros años de vida.³⁷ Según la clásica explicación psicoanalítica, toda criatura se mueve hacia el padre del sexo opuesto, y la inevitable frustración de dicho deseo le conduce a resolver el conflicto acudiendo al progenitor del mismo sexo (a esto se le llama “complejo de Edipo” y suele aparecer hacia los cuatro años). Pero en el caso de los homosexuales algo no anda bien en la relación con el progenitor del mismo sexo, de manera que el individuo permanece en la inmadurez e

³⁷ En mi opinión, los mejores son Lawrence J. Hatterer, *Changing Homosexuality in the Male: Treatment for Men Troubled by Homosexuality* (New York: McGraw-Hill, 1970) y E. Moberly, “Homosexuality: Restating the Conservative Case,” *Salmagundi* 58/59 (Fall 1982/Winter 1983): 281-99. Otros libros importantes que reflejan la variedad que hay en la perspectiva desarrollista son los de R. T. Barnhouse, *Homosexuality: A Symbolic Confusion* (New York: Seabury Press, 1977); I. Bieber et al., *Homosexuality: A Psychoanalytic Study* (New York: Basic Books, 1962), pp. 44-117; B. Burch, “Heterosexuality, Bisexuality and Lesbianism: Rethinking Psychoanalytic Views of Women’s Sexual Object Choice,” *Psychoanalytic Review* 80 (Spring 1993): 88-89; R. Fine, “Psychoanalytic Theory,” en *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*, ed. L. Diamant, Series in Clinical and Community Psychology (Washington D. C.: Hemisphere, 1987), pp. 81-95; R. C. Friedman, “Contemporary Psychoanalysis and Homosexuality,” *Experimental and Clinical Endocrinology* 98, n° 2 (1991): 155-60; E. Moberly, *Psychogenesis: The Early Development of Gender Identity* (Longdon: Routledge & Kegan Paul, 1983); F. Morgenthaler, *Homosexuality, Heterosexuality, Perversion* (Hillsdale, N. J.: Analytic, 1988); C. W. Socarides, “The Homosexualities: A Psychoanalytic Classification,” en *The Homosexualities: Reality, Fantasy and the Arts*, ed. C. W. Socarides y V. D. Volkan (Madison, Conn.: International University Press, 1991), pp. 9-46 (ver también los libros de Socarides que salen en mi bibliografía general); y M. Sternlicht, “The Neo-Freudians,” en *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*, ed. L. Diamant, Series in Clinical and Community Psychology (Washington, D. C.: Hemisphere, 1987), pp. 97-107.

insatisfacción sexual, deseando a personas del mismo sexo (normalmente, de manera inconsciente) y hostil hacia las del sexo opuesto.

No todas las teorías “desarrollistas” emplean el lenguaje del psicoanálisis, pero todas se benefician de una enorme catidad de datos que asocian la homosexualidad masculina adulta con la presencia en la infancia de un padre distante y poco disponible, y de una madre intensamente afectiva, dominante e intimante.³⁸ Alternativamente, la pérdida de padre o madre por muerte o divorcio también puede perturbar la relación. Es curioso que tanto en el caso de los hombres homosexuales como en el de las mujeres homosexuales, la pérdida del *padre* por muerte o divorcio se da en una frecuencia poco corriente. M. T. Saghir y E. Robins, por ejemplo, encontraron que el 18 por ciento de hombres homosexuales y el 35 por ciento de las mujeres homosexuales habían perdido a su padre por muerte o divorcio antes de los diez años de edad.³⁹

Quizás como consecuencia de un trauma tan prematuro, el crío puede empezar a manifestar conductas de géneros cruzados en los años de la preadolescencia. Aunque pocos adultos homosexuales se ajusten al estereotipo de hombre afeminado o de mujer masculina, la vasta mayoría (hasta un 70 por ciento) se describen a sí mismos de niños como “mariquitas” o “marimachos.”⁴⁰ Curiosamente, aquellas que durante la infancia son percibidas como “marimachos” suelen estar contentas de ser mujeres, mientras que quienes son percibidos como “mariquitas” sí que quieren ser niñas. Esto se debe casi con seguridad al hecho de que la cultura estigmatiza a los mariquitas pero no a las marimachos, lo cual de paso explicaría el número de homosexuales masculinos en contraste con

³⁸ M. Siegelman cita veintitrés estudios, “Kinsey and Others: Empirical Input,” en *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*, ed. L. Diamant, Series in Clinical and Community Psychology (Washington D. C.: Hemisphere, 1987), p. 51. Ver de manera especial la amplia muestra de estudios de M. T. Saghir y E. Robins, *Male and Female Homosexuality: A Comprehensive Investigation* (Baltimore: Williams Wilkins, 1973); Bieber et al., *Homosexuality*, pp. 79, 114; y A. Bell, M. Weinberg y S. Hammersmith, *Sexual Preference: Its Development in Men and Women* (Bloomington: Indiana University Press, 1981), pp. 41-62, 117-34.

³⁹ Saghir y Robins, *Male and Female Homosexuality*, pp. 139, 296-97, comparado con el 9 y el 4 por ciento respectivamente en los controles heterosexuales; comparar D.

⁴⁰ Ver, por ejemplo, Saghir y Robins, *Male and Female Homosexuality*, pp. 17-31, 191-203; R. Green, The “Sissy Boy” Syndrome and the Development of Homosexuality (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1987); G. Phillips y R. Over, “Adult Sexual Orientation in Relation to Memories of Childhood Gender Conforming and Gender Nonconforming Behaviors,” *Archives of Sexual Behavior* 21, n° 6 (1992): 543-58; y Bell, Weinberg y Hammersmith, *Sexual Preference*, pp. 74-81, 145-52. Hay que advertir que Bell et al. no se valen de estos datos para respaldar la teoría psicoanalítica clásica.

el de femeninos. El niño que está en esta situación puede ser socializado como niña, asociándose con ellas, y como las niñas crecen deseando a los niños, pues él también. De manera alternada puede desear el amor de los hombres, habiendo crecido con el rechazo de los mismos.

Las distintas estadísticas sobre la pérdida de progenitores y la aceptación de la condición de marimacho, son dos indicadores de que el desarrollo de la identidad homosexual en las mujeres puede no representar el reverso exacto del desarrollo de la misma en los hombres.⁴¹ Otras diferencias incluyen la alta tasa de trauma sexual infantil entre las mujeres que se convierten en lesbianas⁴² y naturalmente las distintas maneras en que las mujeres desean y expresan la sexualidad (sean aprendidas o innatas).

El resultado final es que en el caso de *tanto* hombres como mujeres homosexuales, el problema del entorno puede implicar una dificultad de reconciliación con la masculinidad. Ciertamente, esta es la explicación dominante para los teóricos desarrollistas en el caso de los hombres homosexuales, cuyo deseo como adultos no es ser una mujer sino identificarse con un hombre. El deseo sexual es una secuela comprensible de esta intensa necesidad, pero la satisfacción sexual no cubre la necesidad subyacente. Para muchos hombres homosexuales, el ciclo de la necesidad, temporalmente cubierta por la gratificación sexual, y una frustración más profunda prepara el escenario psicológico para una conducta sexual obsesiva y compulsiva, casi siempre en forma de promiscuidad.

Los críticos de la teoría desarrollista, al igual que los de las teorías biológicas, señalan la incoherencia de los resultados de la investigación, así como los casos que no encajan en la teoría. ¿Cómo se explica que una persona cuyos padres se llevan bien, no experimenta ningún trauma infantil, no manifiesta en su adolescencia ninguna conducta de género cruzado, sin embargo opte por una preferencia homosexual (e incluso no recuerde haber tenido otra)? Además, ¿es la evidencia del trauma en la primera infancia tan desbordante? Está basada mayormente en las impresiones de los terapeutas o en las lejanas memorias de los sujetos, y como tal puede haber sido elaborada a la medida de la teoría del momento.⁴³

⁴¹ Para obtener más documentación sobre las relaciones paternas con relación a las mujeres homosexuales, ver el resumen de 10 estudios de G. J. M. van den Aardweg en *On The Origins and Treatment of Homosexuality* (New York: Praeger, 1986), pp. 183-84.

⁴² Peters y Cantrell ("Factors Distinguishing Samples," pp. 2-3) citan diez estudios anteriores que documentan la alta incidencia del incesto, la violación y el abuso; pero su propio estudio no confirma dicho patrón.

⁴³ Este argumento naturalmente corta ambos caminos: como la teoría desarrollista ya no está de moda, a los homosexuales ya no se les pregunta acerca de sus problemas en

En lo que se refiere a los mismos padres, recientemente algunos eruditos se han inclinado más por el huevo que por la gallina, sosteniendo que los progenitores del mismo sexo *reaccionan* ante los niños prehomosexuales, manteniéndose distantes y pasivos.⁴⁴ Así que los mismos teóricos desarrollistas pueden leer unos mismos datos de maneras distintas. Otros pueden incluso releer su propia disciplina: algunos psicoanalistas se han revelado, arguyendo que se debe eliminar de la disciplina la terminología negativa como “complejo de Edipo” o “inmadurez,” para así dejar claro que “los temas acuciantes son la actitud positiva hacia uno mismo y la capacidad para relacionarse, no el género de nuestras uniones.”⁴⁵ En este mundo feliz^{7NT}, ni siquiera Sigmund Freud es sagrado.

Entorno moral

Aunque no compite por ocupar un lugar en la actual literatura profesional sobre la etiología (causalidad) de la homosexualidad, el entorno moral merece ser reconocido como un factor de influencia en la formación de la sexualidad del individuo. La conciencia humana por ser más bien ambigua no es menos real. Para algunas personas no es más que una vocecita que por la parte de atrás de su cabeza le susurra las reglas aprendidas en la infancia; quizás la última voz que se oye antes de entrar en el olvido de la pasión. Para otras es el producto de una reflexión ética deliberada y madura.

Las Escrituras afirman que la conciencia del cristiano está sujeta a la “limpieza” del Espíritu de Dios (Heb 9:14, 22; 1 P 3:21), lo cual

la infancia, o ni siquiera los “recuerdan.” Ciertamente, es sospechoso que, por lo que yo sé, desde los años 80 no se ha llevado a cabo ni un solo estudio sobre la primera infancia de los homosexuales. ¿Es que a nadie le interesa? ¿O es que las becas destinadas a la investigación van ligadas a los intereses políticos? Para una argumentación más extensa sobre la teoría desarrollista como expresión de homofobia, consultar a K. Lewes en *The Psychoanalytic Theory of Homosexuality* (New York: Simon & Schuster, 1988) y a R. C. Friedman en *Archives of Sexual Behavior* 19 (June 1990): 293-301. En el mismo número (pp. 303-7), Lewes revisa la defensa de la teoría desarrollista publicada por Friedman: *Male Homosexuality: A Contemporary Psychoanalytic Perspective* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1988).

⁴⁴ Por ejemplo, Siegelman, “Kinsey and Others,” pp. 53-54; Bell, Weinberg y Hamersmith, *Sexual Preference*, p. 218.

^{7NT} Con referencia a la novela de Aldous Huxley: “*Brave New World*”; traducida en castellano como “*Un mundo feliz*.”

⁴⁵ Burch, “Heterosexuality, Bisexuality and Lesbianism,” p. 97.

entiendo que significa que Dios opera en y a través de las experiencias para desarrollar una mayor facilidad en el discernimiento moral (ver, por ejemplo, Col 1:9-10; Heb 5:14).

Algunas personas, no por sus propios méritos, terminan en una familia, iglesia, o entorno educativo o matrimonial que fomentan y recompensan la madurez y la fuerza moral. Otras personas reconocen que necesitan dichos estímulos y deciden rodearse a sí mismas de un entorno edificante, leer buenos libros, esforzarse en oración por el crecimiento y practicar la bondad. Las personas sabias son concientes de que la justicia no se desarrolla en un vacío social o espiritual. Saben que la conciencia es contagiosa.

Sería un error, entonces, incluso en plena revisión de las teorías etiológicas sexuales, *sobre todo* en medio de tal revisión, dejar fuera la influencia de la conciencia en la formación de la identidad sexual del individuo. Si el entorno moral de una persona envía el mensaje de que todo vale, cualquier cosa puede ocurrir. Alternativamente, si el entorno moral de una persona es frívolo y represivo, esa persona puede rebelarse contra unas normas que parecen tan vacías como la gente que trata de imponerlas. Si, por otro lado, el entorno moral de una persona contiene principios sólidos, reforzados por el amor, y razonables como criterio de conducta sexual, esa persona es muy probable que actúe conforme a dichos principios.

Refuerzo conductual

La psicología conductual, afín en algunos aspectos a la teoría del constructivismo social, mantiene que aprendemos de sexualidad (y de todo lo demás) por medio de experiencias de refuerzo.⁴⁶ A diferencia de la mayoría de enfoques psicoanalíticos o desarrollistas, el conductismo no asigna valores al entorno o a la conducta. Se limita a observar que la gente procura repetir las experiencias agradables y evitar las dolorosas. Siempre que el refuerzo es inmediato, y así suele suceder (sea negativa

⁴⁶ J. Greenspoon y P. A. Lamal, "A Behaviorist Approach," en *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*, ed. L. Diamant, Series in Clinical and Community Psychology (Washington D. C.: Hemisphere, 1987), pp. 109-28. Ver también M. Storms, "A Theory of Erotic Orientation Development," *Psychological Review* 88 (1981): 340-53.

o positivamente) en el caso del sexo, éste ejerce una influencia enorme sobre los futuros patrones de conducta.

En la infancia se pueden empezar a tener experiencias eróticas con el mismo sexo muy básicas, si el crío hace una fuerte asociación del progenitor de su mismo sexo con la estimulación de los genitales durante el baño o al cambiar los pañales. Más adelante, los padres pueden encontrar al crío “jugando a médicos” y reaccionar tan bruscamente que éste asocie el sexo opuesto con el dolor. Muchos niños son seducidos por hombres o entran en el juego sexual con otros niños y disfrutan de la experiencia; algunos hacen de ello la base de sus fantasías sexuales hasta que empiezan a definirse como homosexuales y ya de adultos se deciden por ello. Otros, de ambos sexos, tienen experiencias negativas con personas del sexo opuesto y deciden acudir a los de su mismo sexo en busca del placer (esto es más común y suele ocurrir en una etapa más adulta de las mujeres). Para otros es sencillamente el no poder acceder a personas del sexo opuesto.

Tras algunas experiencias satisfactorias con personas del mismo sexo, el refuerzo negativo que representa el estigma social asociado a la homosexualidad, puede ocasionar que algunas personas regresen a la heterosexualidad, o por lo menos a transigir con la bisexualidad. Pero hay quienes consiguen permanecer en la homosexualidad rodeándose de los refuerzos de una pareja a largo plazo, de una red de amigos que les apoyan y de una imagen positiva de si mismos.

La psicología conductual está sujeta a algunas de las mismas críticas que la teoría del constructivismo social. En concreto, no consigue explicar totalmente por qué una persona experimenta en una dirección, y otra en la opuesta. Además, parece descartar la voluntad y la reflexión, reduciendo la actividad humana a una serie de reacciones a los estímulos externos. En parte, como resultado, el conductismo ha desarrollado una reputación terrible, sobre todo entre los activistas homosexuales, debido a sus técnicas terapéuticas, en especial aquellas que consiguen la aversión mediante el castigo físico a las respuestas eróticas homosexuales.⁴⁷

⁴⁷ Ver, por ejemplo, Goss, *Jesus Acted Up*, p. 44; J. J. McNeill, *The Church and the Homosexual* (Boston: Beacon, 1976; 4ª ed. 1993), pp. 122-23.

Excursus: ¿Se puede reclutar a homosexuales?

Aparentemente, por lo que hemos visto hasta ahora, la formación de una actividad sexual es en la mayoría de los casos demasiado compleja como para producirse sencillamente por la seducción de un homosexual. Por ejemplo, los temores populares de que los maestros se dediquen al reclutamiento pueden ser exagerados. Todo y con eso, hay cierta evidencia de reclutamiento en la infancia y primera adolescencia, que es preocupante y que puede encajar con algunas de las teorías tratadas.

En el capítulo seis he citado datos que muestran lo desproporcionado del problema de las vejaciones de niños entre los hombres homosexuales. El haber sufrido abusos no conlleva en sí una relación directa con la identidad sexual de un niño. Sin embargo, es preocupante encontrar que, aunque los niños víctimas de abusos por parte de hombres son menos del 4 por ciento, un reciente estudio descubrió que la tasa de abuso infantil entre hombres homosexuales y bisexuales era casi diez veces más alta (del 35 por ciento).⁴⁸ También es notable que el 75 por ciento de hombres homosexuales digan que tuvieron su primera experiencia homosexual antes de los dieciséis años; en contraste con el 22 por ciento de hombres heterosexuales respecto a su primera experiencia heterosexual.⁴⁹

Esto puede tener diversas explicaciones. Desde la perspectiva biológica o desarrollista, se puede argumentar que los niños prehomosexuales tienen más posibilidades de convertirse en blanco de abusos. Desde el punto de vista sociológico o conductista, se puede argumentar que los niños que han vivido tales experiencias son más propensos a la confusión sobre su identidad sexual y más tarde a definirse a sí mismos como homosexuales. Según la perspectiva del entorno moral, se puede argumentar que una sociedad con una visión cada vez más neutra sobre la conducta homosexual pondrá cada vez menos frenos, y más débiles, a quienes asocian la experiencia homosexual con la identidad homosexual.

⁴⁸ L. S. Doll et al., "Self-Reported Childhood and Adolescent Sexual Abuse Among Adult Homosexual and Bisexual Men," *Child Abuse and Neglect* 16 (1992): 855-64. El estudio se realizó entre mil adultos en Chicago, Denver y San Francisco durante 1989-1990.

⁴⁹ D. P. McWhirter y A. M. Mattison, *The Male Couple: How Relationships Develop* (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice Hall, 1984), p. 269, tabla 41 (312 sujetos); p. 271 para los heterosexuales. Cabe advertir que la mayoría de las experiencias que este estudio relata se refieren a la intimidación con niños más que con hombres, y hay que reconocer que los hombres heterosexuales pueden estar menos dispuestos a informar de tales experiencias. Obviamente, se debe tener mucha precaución con cualquier estadística basada en recuerdos de la infancia.

Y encima, las actitudes de liberalización hacia la pedofilia y los crecientes índices de abusos (aprobados o no) contribuyen a convertir un número todavía más grande de niños en candidatos a ser influenciados. Además, solo he tomado en consideración el impacto de la *experiencia* sexual sobre el joven. Debemos tomar en consideración también el impacto de la creciente divulgación de la educación prohomosexual o de valor-neutral intrusivo.

Tal y como nos demuestra la historia y la comparación entre culturas, no es que haya un porcentaje constante de personas homosexuales por nacer en cada sociedad, independientemente de los factores que fomenten la homosexualidad o disuadan de ella. Teniendo en cuenta que que la experiencia y la educación homosexual en la infancia y la juventud contribuyen a la formación de la identidad homosexual, debemos tomarnos muy en serio la influencia de quienes, de una u otra forma, reclutan a los jóvenes.

Opción individual

Algunos de quienes ponen objeciones a los extremos deterministas de algunos teóricos biológicos o sociológicos, se van al extremo opuesto, argumentando que la orientación es un mito de justificación y que la homosexualidad es una elección, pura y simple. Como he advertido al principio de este capítulo, hay de hecho un momento en que el individuo debe escoger entre tener relaciones sexuales o no con otra persona. También se dan condiciones en que una persona se puede ver abocada a relaciones homosexuales sin sentir un profundo y permanente deseo por las mismas. Los reclusos, por ejemplo, suelen prestarse a relaciones sexuales con personas del mismo sexo sin considerarse a sí mismos homosexuales; al abandonar la cárcel cesan dicha actividad y encuentran pareja del sexo opuesto. Los adolescentes y quienes van contracultura puede optar por prácticas homosexuales como expresión dramática de independencia, individualidad o libertad frente a la autoridad. Otros pueden experimentarla por curiosidad o fascinación por lo prohibido. Algunas feministas encuentran que la conclusión lógica de su rechazo a la cultura patriarcal es buscar la satisfacción de todas las áreas importantes de la vida, incluyendo la sexual, entre hermanas.

Estas son algunas de las circunstancias más comunes en que una persona puede optar por la práctica homosexual, al menos durante un

tiempo, sin tener una inclinación dictada por la biología, la socialización, el entorno o el refuerzo precoz. La verdad es que una persona que opta por dejar el camino asfaltado de la monogamia heterosexual puede encontrar muchos caminos que conducen a la gratificación sexual. Pero pienso que debemos distinguir entre quienes abandonan la carretera pensando que se van a encontrar algo mejor y quienes la abandonan porque para ellos es una carretera extraña e inaceptable. Es decir, parece haber suficiente evidencia de que algunas personas no desean tener intimidad física con personas del sexo opuesto, en cambio sí desean tener intimidad física con personas de su mismo sexo. Además, algunas personas conocen este deseo desde siempre.

Dudo en llamar a esto *orientación*, palabra que he intentado evitar en este libro la mayor parte de veces, ya que para muchas personas esta palabra ha pasado a implicar una conducta inevitable y, por tanto, justificada. En otras palabras, mucha gente piensa que la *orientación* indica lo que una persona *es*, y naturalmente, según esto, debemos *actuar* conforme a lo que *somos*. Por eso, en dos sencillos pasos, el que una persona con orientación homosexual ejerza la práctica homosexual se convierte en algo no solo moralmente justificable, sino casi moralmente obligatorio.

Aquí la falacia reside en la ecuación entre orientación sexual y *ser*. Piensen lo que piensen Freud, Foucault y la mayoría de publicistas, el deseo de sexo no es ni central ni necesario para el ser de nadie.⁵⁰ No debería controlar a la persona. Mi camión tiene tracción delantera y trasera; sin embargo, no debería esperar librarme de una denuncia, explicándole a la patrulla de policía que mi vehículo estaba explorando un terraplén de la autopista ¡porque me empujaba la *tracción*! Igualmente, cuando uso el término *orientación*, me refiero solamente a los *deseos* de la persona, no a lo que dicha persona tenga derecho a hacer, ni mucho menos a lo que se vea obligada a hacer como expresión de su ser.

Un modelo de variantes múltiples

Con una insistencia tediosa, los proponentes de las distintas teorías etiológicas piden más investigación para establecer un vínculo claro entre

⁵⁰ La sexualidad, como ya dije en el capítulo tres, es de hecho algo central en la persona, pero es mucho más amplia y profunda que la actividad sexual, y no necesariamente se expresa en dicha actividad.

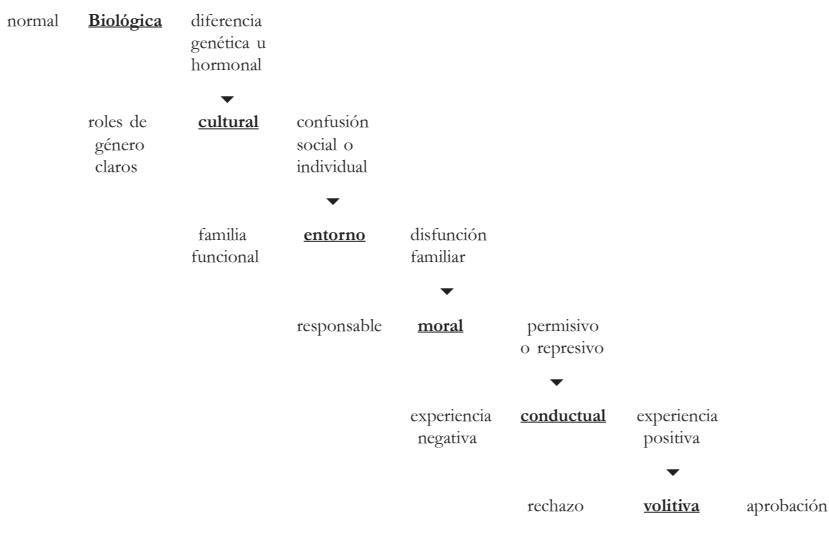
los datos y su teoría. Este enfoque puede hacer que el dinero de las becas siga llegando, pero es altamente probable que vaya a aparecer suficiente evidencia como para establecer una de las teorías a expensas de las otras. Hasta cierto punto, cada teoría depende de una información irrecuperable del pasado o de los misteriosos funcionamientos de la mente humana. Y hasta cierto punto, cada teoría es una manzana a la naranja que lo es otra. Por ejemplo, ¿es que la evidencia de que algunas personas tengan una propensión genética descarta la posibilidad de que otras hayan sido socializadas? Es más, si un estudio demuestra que cincuenta de cada cien sujetos tienen propensión genética y otro estudio demuestra que cincuenta de cada cien sujetos han sido socializados, ¿significa eso que las dos teorías responden a todos los casos? ¿O responden ambas a los mismos cincuenta?

Quizás sea inevitable, como reacción a tantas preguntas por responder o sin respuesta, que algunos eruditos se inclinen a teorías de causalidad combinada.⁵¹ Me parece que no se trata solamente de hacer concesiones a la confusión, sino de una valoración oportuna de la complejidad de las causas. En otras palabras, si fuera posible dejar de lado las emociones y la política asociadas a las diversas teorías, probablemente encontraríamos que sobre cada individuo se ejercen diversas influencias de fuerza diversa.

Así que, en lugar de forzar una explicación o descartar otra, yo propondré un modelo que las trata de igual manera y en secuencia. Tal modelo, necesariamente, simplifica demasiado, ya que las variables pueden variar en fuerza o en dirección en cada uno de los individuos. Mi propósito, sencillamente, es demostrar que varias teorías pueden converger. En la figura 1, los términos subrayados representan teorías de influencia o causalidad en la secuencia aquí descrita. A ambos lados de cada teoría hay unas variables específicas que permiten (en la derecha) o impiden (en la izquierda) pasar a la siguiente categoría de influencia.

⁵¹ Byne y Parsons ("Human Sexual Orientation," pp. 236-37) llaman a esto "modelo de interacción"; De Cecco y Elia ("Critique and Synthesis," pp. 1-19) describen una "síntesis" del esencialismo biológico y el constructivismo social; y la mayoría de teóricos desarrollistas reconocen la posibilidad de que haya un factor biológico subyacente.

Figura 1. Modelo de variantes múltiples en la formación de la identidad homosexual



A simple vista secuencial, cada variable permite pasar a la siguiente. Supongamos, siguiendo la ilustración, que un niño con una propensión biológica a la conducta de disconformidad con su género, nace en una cultura confusa que asocia dicha conducta con la homosexualidad. Tiene una familia desestructurada en que la madre desborda y el padre pasa desapercibido. El niño crece sin más formación moral que la necesaria para no meterse en problemas en casa y la escuela. Como adolescente tiene experiencias homosexuales que le aportan placer y compañerismo. Al entrar en la edad adulta, opta por trasladarse a una gran ciudad donde pueda abrirse camino en la subcultura homosexual.

La sucesión puede quedar interrumpida en cualquier momento por la introducción de una fuerte variable de sentido contrario. Si, por ejemplo, el niño nace en un entorno cultural tradicional, o si al entrar en la adolescencia, experimenta una enérgica conversión al cristianismo en una comunidad cristiana madura, puede que de adulto su identidad sea heterosexual.

Sin embargo, repito que el modelo del esquema es demasiado sencillo como para responder a todos los casos. Quizás faltan niveles, o una

variable puede estar presente con tal fuerza que supere la ausencia de otras. Otro niño, por ejemplo, puede no haber tenido predisposición hasta que en la adolescencia tiene una experiencia sexual que le convence de que es homosexual. Otro puede haber sido tan sumamente afeminado desde la primera infancia que ni la influencia de una familia normal y corriente ni un entorno moral adecuado puedan protegerle de la asunción social (y con el tiempo, su propia percepción) de que es un marikita y por tanto, homosexual. Y todavía puede haber otro niño que experimente todas las influencias que apuntan a la homosexualidad, pero finalmente, con fuerza de voluntad, pueda decirse a sí mismo “No, es demasiado peligroso,” y opte por lo contrario.⁵²

Las combinaciones y fuerzas relativas de las variables proporcionan una variedad casi infinita de explicaciones. Por lo tanto, se puede decir con mucha seguridad, que es simplista aplicar una sola teoría a un solo individuo. El mismo modelo de variantes múltiples está pensado para ayudar a la conceptualización, no para explicar casos concretos, ya que la falta de memoria y las conjeturas sobre la fuerza de las variables siempre nublarán la imagen. Todo y con eso, admitiendo que la imagen es nublada, siempre será mejor que ninguna imagen, si tenemos en cuenta la poderosa tendencia a comprender y aceptar nuestra propia identidad sexual; o a cambiarla.

Programas de terapia y curación: ¿truco o tratamiento?

Las estrategias para ayudar a los individuos a alterar su conducta u orientación homosexual difieren según la opinión de los consejeros sobre si la homosexualidad en sí es un trastorno y, en tal caso, qué teoría de la causalidad es la pertinente. Durante los últimos veinte años, la postura oficial de la American Psychiatric Association^{8NT} ha pasado de ser que la homosexualidad es un trastorno mental, a la postura de que tan solo es un trastorno cuando el individuo no la desea, hasta la postura de que nunca se trata de un trastorno.⁵³ La mayor parte de la literatura y de la

⁵² Esto ocurre: ver K. Siegel y V. H. Raveis, “AIDS-Related Reasons for Gay Men’s Adoption of Celibacy,” *AIDS Education and Prevention* 5 (Fall 1993): 302-10.

^{8NT} Asociación americana de Psiquiatría

⁵³ Ver la introducción de L. Diamant a *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*, ed. K. Diamant, Series in Clinical and Community Psychology (Washington, D. C.: Hemisphere, 1987), pp. 1-15.

educación actual se centran en la necesidad de ayudar a los homosexuales a acoger su sexualidad y hacer frente a la homofobia.⁵⁴ Ahora los consejeros cooperan con las escuelas y empresas para sensibilizar (a menudo obligatoriamente) a la gente contra el heterosexismo. Cada vez más terapeutas se unen a los activistas homosexuales para proclamar que la homosexualidad es inmutable, que el denominado cambio es un mito o una cruel imposición temporal sobre las vidas de unos cuantos individuos vulnerables.⁵⁵ Algunos miembros de la American Psychiatric Association ahora reclaman la prohibición oficial de la terapia reparadora.⁵⁶

Frente a esta presión, muchos terapeutas seculares siguen ofreciendo ayuda a los clientes que deseen cambiar. El liderazgo en este empeño corre a cargo de la National Association for Research and Therapy of Homosexuality (NARTH)^{9NT} fundada en 1991 por los prominentes psiquiatras C. W. Socarides y B. Kaufmann. Según los investigadores que han hecho estudios de seguimiento, del 30 al 50 por ciento de pacientes han conseguido un cambio significativo y duradero de conducta o de orientación.⁵⁷

⁵⁴ Ver, por ejemplo, R. A. Isay, "Psychoanalytic Theory and Therapy of Gay Men," en *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*, ed. D. P. McWhirter, S. A. Sanders y J. M. Reinisch, Kinsey Institute Series 2 (New York: Oxford University Press, 1990), pp. 283-303.

⁵⁵ Ver, por ejemplo, D. C. Haldeman, "Sexual Orientation Conversion Therapy for Gay Men and Lesbians: A Scientific Examination," en *Homosexuality: Implications for Public Policy*, ed. J. C. Gonsiorek y J. D. Weinrich (Newbury Park, Calif.: Sage, 1991), pp. 149-60. Haldeman es particularmente crítico con los ministerios cristianos entre homosexuales, a los cuales considera como una estratagema antiprofesional e ineficaz al abrigo de "los formidables auspicios de la iglesia cristiana."

^{9NT} Asociación nacional de investigación y terapia de la homosexualidad

⁵⁶ C. W. Socarides y B. Kaufman, "Reparative Therapy" (letter and replies), *American Journal of Psychiatry* 151 (January 1994): 157-59.

⁵⁷ Para un debate general sobre los esfuerzos de tratamiento y los índices de éxito, ver F. S. Berlin et al., "Media Distortion of the Public Perception of Recidivism and Psychiatric Rehabilitation," *American Journal of Psychiatry* 148 (November 1991): 1572-76. L. Diamant, "The Therapies," en *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*, ed. L. Diamant, Series in Clinical and Community Psychology (Washington D. C.: Hemisphere, 1987), pp. 199-217 (robé el inteligente subtítulo de Diamant para esta sección); y J. Marmor, "Clinical Aspects of Male Homosexuality," en *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*, ed. J. Marmor (New York: Basic Books, 1980), pp. 275-79. Para informes detallados sobre las técnicas y los resultados obtenidos, ver J. Bieber et al., *Homosexuality: A Psychoanalytic Study* (New York: Basic Books, 1962); L. Birk, "The Myth of Classical Homosexuality: Views of Behavioral Psychotherapists," en *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*, ed. J. Marmor (New York: Basic Books, 1980), pp. 376-90; A. Ellis, "The Effectiveness of Psychotherapy with Individuals Who Have Severe Homosexual Problems," en *The Problem of Homosexuality in Modern Society*, ed. H. M. Ruenbeck (New York: E. P. Dutton, 1965), pp. 175-82; M. P. Feldman y M. J. MacCulloch, *Homosexual Behavior: Therapy and Assessment* (Oxford: Pergamon,

Por ejemplo, W. Masters y V. Jonson llevaron a cabo un estudio entre cincuenta y cuatro hombres y trece mujeres que habían expresado el deseo de convertirse o regresar a una orientación heterosexual.⁵⁸ Los terapeutas escogieron a los candidatos por su grado aparentemente alto de motivación y por ir acompañados de una pareja comprensiva del sexo opuesto, que podía servir de apoyo durante el periodo de transición. El formato del tratamiento consistía en un programa intensivo de dos semanas más luego un seguimiento periódico durante cinco años. La pareja de clientes trabajaba con un equipo de terapia hombre-mujer, que se centraba en la identificación no enjuiciante y en la explicación de las influencias que habían provocado la conducta homosexual del cliente. Entonces los terapeutas trabajaban la manera de reducir tales influencias dentro del contexto del sistema de valores del cliente y fomentaban la función heterosexual por parte de su pareja. Cerca del 20 por ciento fracasaron durante el periodo inicial del tratamiento, pero los cinco años de seguimiento revelaron que no más del 30 al 45 por ciento fracasaron del todo, mucho menos de lo que Masters y Jonson jamás hubiera esperado.⁵⁹

La terapia conductual, en conformidad con la teoría conductivista de la causalidad, requiere un refuerzo negativo inmediato de las respuestas homosexuales del cliente y un refuerzo positivo de las respuestas heterosexuales. En los comienzos de la terapia conductual, la técnica anterior, también conocida como terapia de aversión, a veces se valía del castigo físico. Estos métodos demostraron ser ineficaces y se dejaron de usar, pero siguen vivos en las gráficas acusaciones de los revisionistas que comparan dicha terapia con Auschwitz.⁶⁰ Las técnicas

M. J. MacCulloch, *Homosexual Behavior: Therapy and Assessment* (Oxford: Pergamon, 1971); Hatterer, *Changing Homosexuality in the Male*, pp. 465-83 (y el debate anterior sobre la técnica en pp. 49-387); H. E. Kaye et al., "Homosexuality in Women," *Archives of General Psychology* 17 (1967): 626-34.

⁵⁸ W. H. Masters y V. E. Johnson, *Homosexuality in Perspective* (Boston: Little, Brown, 1979). Los candidatos a la conversión eran aquellos que no tenían ninguna experiencia heterosexual previa o muy poca; los candidatos a la reversión eran aquellos que con una anterior experiencia heterosexual considerable, ahora estaban practicando la homosexualidad (p. 333). Sobre la técnica terapéutica, ver especialmente las pp. 255-60.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 401. Para una crítica sobre este estudio, que se centra en que la información ofrecida por Master y Johnson es incompleta, consultar a Haldeman en "Sexual Orientation Conversion Therapy," pp. 154-55.

⁶⁰ Ver, por ejemplo, Goss, *Jesus Acted Up*, p. 44; McNeill, *The Church and the Homosexual*, pp. 122-23. Ambos presentan comparaciones explícitas entre la terapia de aversión y los campos de concentración nazis. Ver Birk, "Myth of Classical Homosexuality," pp. 378-79, Diamant, "The Therapies," pp. 208-9 y Greenspoon y Lamal, "Behaviorist Approach," pp. 122-23. sobre el abandono de las técnicas de aversión física.

conductivistas modernas se valen de cómplices preparados, estímulos visuales, representaciones, formación en la asertividad y de toda una variedad de técnicas de refuerzo verbal y no verbal por parte de los mismos terapeutas.⁶¹

Hay otra estrategia terapéutica que encuentra fuera de lugar y, de hecho, contraproducentes todos estos esfuerzos por reemplazar la función homosexual por la heterosexual, puesto que el problema esencial es un desarrollo detenido, que condena al cliente a la incapacidad de relacionarse de manera apropiada con las personas del *mismo* sexo.⁶² Según esta estrategia, el cliente debe trabajar en la formación de su identidad con un terapeuta del mismo sexo y así restablecer la identificación tanto tiempo desligada con el progenitor del mismo sexo y desarrollar amistades del mismo sexo apropiadas y no sexuales.

La motivación del cliente es, naturalmente, un factor importante en todos los casos de éxito. Otras variable positivas son la juventud (tener menos de 30 años), la ansiedad por su condición homosexual, la entrada reciente en la actividad homosexual, alguna experiencia heterosexual, un nivel bajo de afeminación en los hombres o de masculinidad en las mujeres, un nivel educativo alto, la soledad y el deseo de contraer matrimonio y tener hijos.⁶³

Los programas de terapia cristianos beben mucho de técnicas terapéuticas seculares (en concreto, la psicoterapia) y de programas de recuperación como el de Alcohólicos Anónimos. Un ejemplo de este polifacético enfoque lo encontramos en el Spring Forth Ministry,⁶⁴ en Cincinnati, que aplica un programa de entre seis meses y dos años y medio, valiéndose de consejería en grupos pequeños (no de uno en uno), la revelación de la historia personal, el inventario de personalidad, grupos de apoyo de doce pasos y cursos reiterados sobre los sistemas familiares

⁶¹ Greenspoon y Lamal, "Behaviorist Approach," pp. 124-26; Birk, "Myth of Classical Homosexuality," pp. 380-9.

⁶² Moberly, "Homosexuality: Restating the Conservative Case," pp. 291-93.

⁶³ Hatterer (Changing Homosexuality in the Male, pp. 445-64) proporciona el catálogo de variables más detallado. Ver también a D. S. Sanders, "A Psychotherapeutic Approach to Homosexual Men," en *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*, ed. J. Marmor (New York: Basic Books, 1980), pp. 342-56, sobre todo la p. 346; Marmor, "Clinical Aspects of Male Homosexuality," pp. 277-8; J. R. Cavanaugh, *Counseling the Homosexual* (Huntington, Ind.: Our Sunday Visitor, 1977), p. 240.

⁶⁴ La organización paraguas para tales ministerios entre homosexuales es Exodus International, la cual proporciona una actualización mensual y por regiones de las agencias afiliadas o de referencia: P. O. Box 2121, San Rafael, CA 94912.

y el pensamiento cristiano. Después de escuchar recientemente en una conferencia la emotiva historia del director, Hal Scholl, y la descripción de su programa, enseguida le formulé la pregunta obvia sobre los índices de éxito. Respondió cándidamente que el índice de abandono es alto. En quince años, habrán resistido todo el programa unas doscientas personas; pero por cada persona que lo sigue hasta el final, entran y salen otras veinte. Por otro lado, comentó que su índice de éxito es similar al de los programas de dependencia química.

Durante el consiguiente debate entre congresistas, uno de ellos hizo una declaración profunda sobre el tema de los índices de éxito; había sido homosexual y hacía ya diez años que había cambiado de estilo de vida. Explicó que “los activistas homosexuales quieren convencer no solo al público, sino también *a sí mismos* de que el cambio nunca ocurrirá, ya que *si yo existo, a cada uno de ellos les debe rondar la posibilidad de que también pueden encontrar poder para cambiar.*”

A pesar de las acusaciones de los críticos, de que los ministerios cristianos entre homosexuales están dirigidos por manipuladores no profesionales, que hacen grandiosas y falsas reivindicaciones sobre el éxito de sus métodos, pienso que el observador imparcial sacará otras conclusiones. Tal y como lo demuestran numerosos libros de dirigentes de ministerios, su enfoque es el cambio de conducta, son honestos sobre la probabilidad de unas tentaciones continuadas y reconocen que el crecimiento es un proceso que se prolonga durante toda la vida, no una reparación rápida. Naturalmente, hacen hincapié en lo positivo y dan ejemplos de sus logros (incluyéndose a sí mismos), puesto que intentan dar ánimos a las personas que están luchando. No facilitan estadísticas “científicas” sobre los índices de éxito, pero no estoy seguro de que eso fuera a suponer algo. Los escépticos se opondrían a cualquier intento de ofrecer cifras de personas que cambian de *conducta*, acusándolas de mentir o de perjudicarse a sí mismas por reprimir su orientación. De igual manera, los escépticos se opondrían también a cualquier intento de facilitar cifras de personas que cambian de *orientación*, alegando que el cambio no es permanente, ni completo, ni verificable por el mismo que lo experimenta (que es el resultado de un lavado de cerebro), ni por la impresión del consejero (que es el resultado que a éste le gustaría ver).

También se lanzan este tipo de acusaciones contra respetables terapeutas seculares, y dichas acusaciones permiten a los revisionistas propagar el non sequitur de que el restablecimiento no se ha podido verificar empíricamente (según sus criterios imposibles) y por tanto el

restablecimiento es un mito.⁶⁵ A partir de ahí es fácil pasar a exigir la marginación o criminalización de quienquiera que intente perpetuar el mito efectuando el cambio; sobre todo si se hace de manera “no profesional.”

Sería interesante aplicar la misma lógica a Alcohólicos Anónimos (que, curiosamente, se niega a registrar estadísticas). Las estadísticas pueden ser útiles para medir eventos observables, pero son notablemente imprecisas cuando se trata de medir la voluntad humana los pensamientos y los deseos. Sin embargo, por muy frustrante que sea, sobre todo para algunos científicos sociales, no es legítimo concluir que por nuestra incapacidad de demostrar una cosa (el cambio total de orientación homosexual a heterosexual) quede probada otra distinta (la imposibilidad de cómo mínimo un cambio substancial).

Los testimonios de personas reales cuyas vidas han cambiado nos sugieren que el distintivo del enfoque de consejería cristiano es el *poder* y la Persona que lo *proporciona*. Hay un momento crucial en la terapia en que el consejero debe intentar infundir fuerza en el cliente para que éste pueda trasladar a su mundo real la visión obtenida en la terapia. Los grupos de apoyo suelen ayudar, pero hay momentos en que toda persona debe hacer frente a la tentación y la oportunidad sin personas a su alrededor sobre las que apoyarse. Según la perspectiva cristiana, el Consejero fundamental está siempre presente ofreciendo su poder, perdón y esperanza; e incluso un modelo de paternidad saludable.

Me han impresionado mucho el tipo de consejería de algunos autores cristianos y el espíritu de amor con que comunican su sabiduría. Escriben con la autoridad de su experiencia en consejería, en algunos casos su propia experiencia homosexual, y como resultado sus obras están cargadas de esperanza. El propósito primero de mi libro es tratar la cuestión moral y

⁶⁵ Este es el método de P. B. Jung y R. F. Smith (Heterosexism: An Ethical Challenge [Albano, N. Y.: State University of New York Press, 1993]), que disputan un estudio (Master y Jonson) y un método pasada de moda (la terapia de shock conductista), concluyendo que “no se ha documentado ningún éxito en la reorientación de homosexuales” (p. 19), y luego se sienten con la libertad de generalizar sobre “el conocimiento científico que tenemos sobre la sexualidad humana” (p. 83). Confío en que los autores tengan más conocimientos que los que revelan, pero su método de argumentar es irresponsable. Ya es suficientemente objetable que estos autores nieguen el peso de las pruebas en casi cada uno de los puntos, pero en este caso, su aparente aceptación de dicho peso es un espejismo. Parece que lo que describen como falta de evidencia es, de hecho, una aserción de que no les convence (lease: no están dispuestos a convencerse) una evidencia contraria a sus asunciones.

sería injusto con estos otros autores si repitiera en forma abreviada todo aquello que ellos mismos comunican con mucho más detalle; sobre todo los testimonios reales. Simplemente voy a llamar la atención sobre lo más destacado de los libros que yo considero mejores, con la esperanza de que mis breves comentarios ayuden al lector a escoger futuras lecturas en una dirección más concreta.

The Broken Image,⁶⁶ de Leanne Payne, resalta el papel de tipos concretos de oración para que se produzca el perdón y el restablecimiento de relaciones. El libro emana la visión amorosa del verdadero sanador y una experiencia substancial. Antes de conocer la importancia de su trabajo, tuve la inolvidable experiencia de encontrarme con Payne en el banco de un parque de Oxford, Inglaterra. En pocos minutos me di cuenta de que me encontraba ante un canal del amor de Dios extraordinariamente profundo. Después de aquella conversación de dos horas, estaba listo para dejarme impresionar por su libro, y no me decepcionó.

Andrew Comiskey, quien reconoce a Payne como influencia primaria, escribió uno de los libros más populares sobre la curación de la homosexualidad, *Pursuing Sexual Wholeness*.⁶⁷ Comiskey, habiendo sido él mismo homosexual y estando ahora casado con cuatro hijos, dirige el ministerio Desert Stream en el área de Los Ángeles. Ofrece un relato honesto y refrescante de su propio recorrido y el trabajo con la persona que está dejando la homosexualidad está centrado en el respaldo de la comunidad cristiana y la necesidad de rendir cuentas.

Coming Out of Homosexuality,⁶⁸ de Bob Davies y Lori Rentzel, destaca no tanto por lo que pueda añadir a Payne y Comiskey, como por su minuciosidad y legibilidad. Davies encontró ayuda en su lucha contra los deseos homosexuales a través del ministerio Love in Action de San Francisco hace quince años y ahora es director ejecutivo de Exodus Internacional; Rentzel ha trabajado con Love in Action desde el 1977. Su libro contiene gran riqueza de detalles prácticos sobre cómo hacer frente a la tentación, cómo tratar con el pasado, cómo establecer relaciones saludables y cómo tomar en consideración el matrimonio.

⁶⁶ Leanne Payne, *The Broken Image* (Westchester, Ill.: Crossway, 1981); ver también Leanne Payne, *The Healing of the Homosexual* (Westchester, Ill.: Crossway, 1984), que es esencialmente una condensación del libro anterior.

⁶⁷ Andrew Comiskey, *Pursuing Sexual Wholeness* (Lake Mary, FL.: Creation House, 1989). También hay una guía de estudio para grupos pequeños.

⁶⁸ Bob Davies y Lori Rentzel, *Coming Out of Homosexuality* (Downers Grove, Ill.: Intervarsity Press, 1993).

Haré una breve referencia a unos cuantos libros útiles más. *Counseling the Homosexual*⁶⁹ de Michael Saia ofrece muchos de los aspectos de los libros ya mencionados, pero con un toque algo más teológico. *Counseling the Homosexual*⁷⁰ de J. R. Cavanaugh presenta la perspectiva católicoromana y acentúa la importancia de la terapia para aminorar la culpa y estimular la heterosexualidad. *Homosexuality and Hope*,⁷¹ de G. J. M. van den Aardweg destaca el papel que juegan la esperanza y la fe para la persona en transición. Finalmente, recomendando *How Do I Tell My Mother?*,⁷² que es la conmovedora autobiografía de Jerry Arterburn; escrita cuando moría de SIDA y suplementada por su hermano Steve, quien está al cargo del New Life Treatment Center en Laguna Beach, Florida.

Conclusión

Termino la parte del libro dedicada a la investigación de la misma manera en que empecé, con una muestra de la literatura reciente. El contraste entre los libros que acabo de mencionar y los revisionistas sumariados en el capítulo dos es significativo y nos conduce a una recomendación.

Los revisionistas destacan repetidamente que son más importantes las historias personales que las teorías abstractas. Aunque he sostenido antes, y lo repito ahora, que no debemos separar la realidad de la teoría, de momento haré esta concesión. Comparemos historias. Consideremos los relatos más articulados de las distintas experiencias a cada lado del debate moral. Por un lado, leamos la historia de Mel White, o Gary Comstock, o Robert Williams, junto al argumento del experimentado pastor y psiquiatra John McNeil a favor de la homosexualidad.⁷³ Por el otro lado,

⁶⁹ Michael Saia, *Counseling the Homosexual* (Minneapolis: Bethany House, 1988).

⁷⁰ J. R. Cavanaugh, *Counseling the Homosexual* (Huntington, Ind.: Our Sunday Visitor, 1977).

⁷¹ G. J. M. van den Aardweg, *Homosexuality and Hope* (Ann Arbor, Michigan: Servant, 1985). Van den Aardweg también ha escrito un libro clínico, citado anteriormente (n.41), que contiene un útil apéndice (pp. 169-77) con orientaciones para los padres sobre cómo fomentar la heterosexualidad en sus hijos.

⁷² J. Arterburn, *How Do I Tell My Mother?* (Nashville: Oliver-Nelson, 1988; rev. 1990).

⁷³ M. White, *Stranger at The Gate* (New York: Simon & Schuster, 1994); G. D. Comstock, *Gay Theology Without Apology* (New York, Pilgrim, 1993); R. Williams, *Just As I Am: A Practical Guide to Being Out, Proud and Christian* (New York: Crown, 1992); J. J. McNeill, *The Church and The Homosexual* (Boston: Beacon, 1976; 4ª ed. 1993).

leamos la historia de Andrew Comiskey, o Bob Davies o Jerry Arterburn, junto con el argumento del experimentado pastor y consejero Leanne Payne a favor de la curación de la homosexualidad. Como mínimo, quedémonos en una librería lo suficiente como para leer las dos últimas páginas de cada uno de estos libros.

Aquí nos encontraremos con una comparación ente “manzanas y manzanas;” a personas que ya llevan mucho tiempo fuera del armario junto con personas que ya llevan mucho tiempo fuera de ese estilo de vida. No a teóricos como yo, escribiendo desde su torre de marfil, sino a personas que han pasado un tiempo considerable en los calabozos descritos por ellos mismos; sean los de la homofobia o los de la homosexualidad. Cualquier lector sensible, al margen de su postura moral, leyendo estos libros en una secuencia seguida, descubrirá una notable diferencia no tanto en la calidad de los *argumentos* (eso, de momento, mejor dejarlo a los de las torres de marfil), sino en las cualidades de los *autores*.

Seré más concreto. En el primer grupo de autores, hay un inconfundible quejido de victimización a lo largo de toda la narrativa; en el segundo grupo, hay un igualmente inconfundible salmo de liberación. El primer grupo arde de ira; el segundo irradia paz. En el primer grupo, el autor es invariablemente un héroe; en el segundo grupo Jesús es invariablemente el héroe. El primer grupo proclama abiertamente su voluntad de poder, el espíritu de realización, el dios de esta época; el segundo grupo proclama abiertamente su voluntad de servir, el Espíritu de Jesús, el Dios de la época por llegar.

¿Puede el sufrimiento de los autores justificar el primer paquete de cualidades? Hasta cierto punto, quizás. ¿Pueden los otros, engañando o engañándose a sí mismos, fingir el segundo paquete de cualidades? Hasta cierto punto, quizás. ¿Quedan ahí fuera todavía libros sin escribir por homosexuales humildes y sosegados? Espero que sí: el movimiento es joven. ¿Hay otros libros escritos por conservadores homófobos con actitudes inmundas? Me temo que sí: el movimiento es viejo. Finalmente, ¿es de veras una comparación entre “manzanas y manzanas” el hecho de confrontar la experiencia de resistencia a las normas culturales con la experiencia de acceso a las mismas? Quizás no: quizás estos distintos tipos de experiencias nos fuerzan a regresar a las cuestiones complejas y abstractas relacionadas con la importancia relativa que tiene para los cristianos la adquisición de la justicia y la renuncia al poder.

Por eso las palabras de la experiencia, como las teorías de la causalidad, nos dejan con preguntas difíciles y quizás sin respuesta. Mientras tanto,

tenemos que tomar en consideración las mejores palabras que encontremos en ambas partes y discernir, con la ayuda de Dios, el espíritu que hay en ellas.

Habiendo llegado a mis propias conclusiones sobre las palabras disponibles respecto al tema de la curación, termino este capítulo con lo que considero algunas de las mejores palabras, de entre las últimas publicadas por Jerr Arterburn. Estas palabras marcan la transición final de un hombre, pero se podrían aplicar proféticamente a todos aquellos que facilitan la curación a los homosexuales:

Solo Dios conoce mi futuro aquí en la Tierra. No me importan los días, meses o años que tengo en Su plan. Solo sé que preferiría vivir un solo día tal y como soy ahora que toda una eternidad tal y como era antes...

Para mí, durante estos tiempos difíciles de lucha, cuanto más se oscurece el día, más cerca está la nueva aurora. Estar cerca del Dios que amo me da una paz sobrehumana y una sensibilidad que me mantienen lleno de esperanza para un día nuevo y mejor.⁷⁴

⁷⁴ Arterbrun, How Do I Tell My Mother? pp. 127, 181.

8

HOMOSEXUALIDAD:

compasión y claridad en el debate

De niño nunca me convencía cuando al desafiar una orden de mis padres, ellos me decían “*porque lo digo yo*”; así que cuando nació mi hija, decidí que siempre iba a darle razones que ella pudiera entender. Lo que no tenía previsto fue que ese noble empeño fuera a producir un cerebro de 18 kilos cargado de un arsenal de técnicas argumentativas, además de citas de autoridades opuestas, transformaciones de asertos en hechos por mera repetición, sutil alteración de la evidencia, memoria selectiva de precedentes y destacada facilidad para el llanto. En la actualidad sus florecientes poderes los emplea en causas como poderse quedar hasta más tarde viendo la tele. Con el tiempo los temas irán adquiriendo seriedad y sus argumentos capacidad de persuasión. Habrá orgullo por ambas partes y los enfrentamientos serán más intensos. Aún así, nuestros desacuerdos se darán sobre la superficie, pero debajo habrá un fundamento inamovible de amor y un recorrido de autoridad *razonada*. Así pienso que debe funcionar el amor parental, ya que es así como funciona el amor de Dios.

En mi tarea académica, que trata del “porqué” de las afirmaciones y exigencias bíblicas, no deja de asombrarme la manera en que la moralidad bíblica fluye de la sabiduría de Dios y de la persona y el ejemplo de Jesús. Este patrón me ha enseñado a confiar en el camino de Dios, aunque me lo esté cuestionando, ya que puede ser un camino estrecho, pero nunca estrecho de miras.

A lo largo de este libro he intentado comunicar la firmeza y la Gracia que he visto en mi Padre del cielo, a quien quiero imitar en mi papel como

padre en la Tierra. El título de este libro^{11NT} juega con unas palabras que suelen ir asociadas a la moral conservadora: en el actual clima cultural, exigir que la gente sea *derecha*^{12NT} y no sea gay equivale a ser considerado una persona *estrecha de miras*. He intentado demostrar que las opciones *estrechas* de actividad sexual no emanan necesariamente de una mente *estrecha*. Por lo menos, espero que quienes estén en desacuerdo con mis conclusiones, me concedan que dichas conclusiones son creíbles; es decir, que se trata de implicaciones razonadas de acuerdo con la evidencia disponible.

Está claro que mi parcialidad queda patente en ciertos momentos, como también lo hace la de los revisionistas. Pero en el debate moral no se llega a ninguna parte con limitarnos a exponer los prejuicios de cada cual. Debemos evaluar los argumentos del otro y debemos hacerlo en una atmósfera de respeto. Espero que mi esfuerzo anime a otros a elevar el nivel del debate al de confrontación de argumentos y no de personalidades, de interés común por las personas y no por las causas.

Manifestaciones a modo de sumario

Tras haber sometido al lector a una atiborrada argumentación saltando por encima de montones de documentos, pienso que será útil dar un repaso a los puntos principales, antes de pasar a debatir sus implicaciones prácticas en la vida cristiana.

1. *Las Escrituras deben ser nuestra autoridad primera y última en temas de moralidad sexual*. En el proceso de interpretación participan la tradición, la razón, la experiencia y las Escrituras, pero solamente éstas ocupan el lugar de la revelación entre el resto de interlocutores. Por tanto, La Biblia no es un interlocutor más, sino que es el maestro de la conversación. No podemos pasar por alto este mensaje sin correr un gran riesgo de incoherencia y arbitrariedad, lo cual se hace patente en muchas de las propuestas revisionistas sobre la homosexualidad.

2. Las prácticas homosexuales, según Romanos 1:26-27 (con el respaldo de otros tantos pasajes bíblicos), se apartan del único camino aceptable para la plena expresión de la sexualidad, el matrimonio heterosexual. El

^{10NT} Título original “Straight & Narrow,” literalmente “Derecho & estrecho.”

^{11NT} La palabra en inglés equivalente a derecho/a, “straight”, se usa en contraste a la de gay, para referirse a los heterosexuales.

relato de la Creación de Génesis nos proporciona la base primaria de la perspectiva bíblica sobre la sexualidad, y tanto Jesús como Pablo citan el Génesis para respaldar su afirmación de que el matrimonio es una unión permanente de marido y mujer. El profundo análisis que Pablo hace sobre la condición humana en Romanos 1, sostiene que la homosexualidad falsifica nuestra identidad como seres sexuales, de la misma manera que la idolatría falsifica nuestra identidad como seres creados. Para Pablo, el comportamiento homosexual epitomiza, en términos sexuales, la rebelión de la humanidad contra Dios. Es pecado porque viola el plan de Dios, presente desde la Creación, para la unión de hombre y mujer en matrimonio.

3. *Las prácticas homosexuales constituyen una negación activa del matrimonio, no una mera variante de la expresión de la sexualidad.* Las prácticas homosexuales comunican la rebelión contra la diferenciación sexual, incluyendo su aspecto físico; algo fundamental para la persona en sí. Tales prácticas son, en esencia, falsas o incompletas en lo que se refiere a los bienes interdependientes que son la complementariedad física, la procreación y la responsabilidad hacia la comunidad humana. Mientras cada uno de estos bienes por separado sería razón suficiente como para prohibir las prácticas homosexuales, combinados, justifican una distinción entre la homosexualidad y otras variantes legítimas como el no tener hijos y el celibato.

4. *Las prácticas homosexuales comportan una alta probabilidad de fenómenos asociados que son perjudiciales: la promiscuidad, el abuso de sustancias, la depresión, el suicidio y la pedofilia.* En parte, podemos atribuir algunos de dichos fenómenos al estigma social que se ha colocado sobre los homosexuales, pero la naturaleza misma de la homosexualidad está también implicada, sobre todo en lo relacionado con la promiscuidad y la pedofilia. En cualquier caso, el darles la culpa de estos fenómenos no hace que desaparezcan. Ciertamente seguirán existiendo a corto plazo; y es extremadamente irrealista esperar, que a la larga, se den unas condiciones ideales de tolerancia que algunos esperan que terminen con cualquier experiencia negativa asociada.

5. *Algunas de las prácticas homosexuales masculinas son injuriosas para el cuerpo y conllevan un alto riesgo de contraer enfermedades infecciosas.* El sexo bucogenital, genital anal y oral anal es el responsable de una crisis de salud multifacética de grandes proporciones entre los hombres homosexuales. Hay más de una docena de enfermedades comunes y un montón de problemas más, que dan fe de que el SIDA es solamente la aflicción más mortal y de la que más se habla entre una variedad de las mismas. La educación sobre

sexo seguro no ha logrado reducir el problema general de salud, ni el problema específico del SIDA, el cual no deja de crecer año tras año entre los hombres homosexuales. La certeza casi segura de contraer problemas de salud (junto con la alta probabilidad de las aflicciones asociadas arriba mencionadas) exige la conclusión de que las prácticas homosexuales características conllevan pecar contra el cuerpo, tanto del mismo individuo como el del compañero.

6. *La orientación homosexual puede ser el resultado para cada individuo de una combinación de varios factores, pero cada cual es moralmente responsable de sus acciones.* No hay un consenso académico en cuanto a la causalidad. En la formación de la identidad homosexual pueden intervenir variables biológicas, sociológicas, de desarrollo, de moral, de conducta y de voluntad. Algunos de los factores concretos que pueden contribuir son en si mismos patológicos o de moral sospechosa: la confusión cultural, una familia desestructurada, la alienación durante la infancia, el acoso, la permisividad o la represión, la aversión al sexo opuesto y la contenciosidad. Aunque los factores, negativos o neutros, por separado o combinados, puedan *explicar* los deseos y las acciones homosexuales, nunca podrán *justificar* los deseos y las acciones homosexuales, porque la causalidad no es una categoría moral.

7. *El cambio es posible.* Los investigadores están en desacuerdo sobre el grado en que una orientación homosexual puede convertirse en orientación heterosexual. Como estos desacuerdos suelen enmascarar argumentos morales subliminales y como no hay un criterio consensuado que sirva para medir la alteración de los deseos, es difícil cuantificar dicho cambio. Sin embargo, muchos terapeutas seculares y muchos ministerios cristianos dan fe de la posibilidad de un cambio substancial, por lo menos de conducta, en las personas que lo desean. La fe cristiana y la comunidad cristiana en particular ofrecen un apoyo único y potente a las personas en estado de transición.

Orientación y pecado

Hay dos cuestiones importantes que he omitido hasta este momento. La primera es la cuestión de la responsabilidad: ¿se condena a la persona con deseos homosexuales por su inclinación o por su orientación? Tan solo puedo dar respuesta a esta pregunta tomando en consideración la naturaleza del juicio de Dios.

Dios quiere que yo sea bueno, pero puestos a valorar mi bondad, no le interesa hasta qué punto cumplo con el criterio universal, y mucho menos si soy mejor que el vecino o no. En cambio, a Dios sí le interesa si soy mejor de lo que era antes. Esta verdad debería hacerme adoptar una postura muy cauta en mi valoración general de las otras personas, ya que desconozco cuál es el punto de partida de cada persona respecto a Dios. Otro cristiano puede estar seis centímetros por debajo de mi en la regla de la justicia, pero no tengo manera de saber si esa persona empezó dos centímetros por encima de mi o 18 por debajo. Para un pedófilo, clamar por el poder de Dios para controlarse y abstenerse de un abuso puede ser una mayor demostración de obediencia, que la de un médico misionero que, habiendo adquirido el hábito de obedecer a Dios, actúa salvando las vidas de una docena de niños enfermos.

No nos equivoquemos: esta perspectiva no altera la *moralidad*. La pederastia estará siempre mal, será retroceder unos centímetros en la regla; la caridad siempre estará bien, se tratará de un movimiento hacia delante. Además, tengo la responsabilidad de proclamar la moralidad y de que los creyentes rindan cuentas (1 Co 5:11-13). Esta perspectiva del juicio de Dios, entonces, no altera mi capacidad de valorar las *acciones* de otra persona, pero sí altera mi capacidad de valorar el *corazón* de dicha persona.

Si aplicamos esta perspectiva a mi inclinación por el pecado sexual, entiendo que Dios me toma ahí donde esté y empieza a rehacerme. La materia prima con la que trabaja lleva consigo una combinación de actitudes, inclinaciones y hábitos, que a la vez son una combinación, por mi parte, de naturaleza, entorno, cooperación e iniciación. Es imposible, y probablemente no tiene sentido, asignar aun grado de opción personal al deseo sexual. Por eso no ayuda el hablar de la pecaminosidad de una orientación de la misma manera en la que hablamos de la pecaminosidad de una acción.

Con esto no quiero decir que nuestras orientaciones sean moralmente neutras, sino que no las escojemos de la misma manera en que escojemos nuestras acciones. Un *deseo* sexual puede comportar distintos niveles de responsabilidad para distintas personas, y solo Dios está capacitado para determinar la culpabilidad en ese terreno invisible y complejo. Según Romanos 2:14-16, Dios juzga a cada persona conforme al ejercicio de la conciencia de dicha persona en relación con sus propias acciones. Si nosotros vemos algo, solamente se puede tratar de las acciones, por tanto lo apropiado es dejar que sea Dios quien evalúe la orientación o el deseo y nos centremos en si la conducta es correcta o no.

Un acto sexual puede ser calificado de pecaminoso sencillamente por tener lugar fuera del contexto del matrimonio. Eso no significa que todos los actos sexuales que se dan en el contexto del matrimonio sean buenos, ni que todos los hechos extramatrimoniales sean igual de dañinos, pero como mínimo nos proporciona un criterio común como punto de partida. De ahí podemos crecer en dos direcciones: hacia adentro, redirigiendo nuestros deseos en la dirección apropiada, y hacía afuera, acomodando nuestras acciones a la voluntad de Dios.

El celibato: ¿un don o un premio de consolación?

Al centrarnos en las acciones, nos encontramos con otra cuestión que introduce como argumento revisionista en el capítulo dos y que todavía no he tocado: ¿es que la persona con deseos homosexuales tiene que vivir la vida en celibato? La postura revisionista es la siguiente: el celibato es un don especial del Espíritu y como tal no debemos forzarlo en toda una categoría de gente solo porque tengan ciertos deseos. Hay individuos homosexuales que pueden tener este don, pero no deberíamos condenar al resto a la frustración sexual y la soledad. ¿No escribió Pablo en 1 Corintios 7:9 que es mejor casarse que quemarse? Deberíamos permitir una componenda similar a las personas homosexuales: deberíamos reconocer sus uniones fieles y estables de manera análoga a nuestro reconocimiento de los matrimonios heterosexuales.

Encontramos varios problemas a esta postura. Primero, la falsa ecuación entre celibato y abstinencia. La abstinencia no es un don para unos pocos, sino una responsabilidad para todos aquellos que no están casados. No solemos hablar de los adolescentes como “célibes,” pero les enseñamos la abstinencia como la conducta apropiada durante los años ardientes del fin de la adolescencia y el principio de la edad adulta, hasta que llegan al matrimonio. Según el argumento revisionista, dicha comparación no es justa ya que la gente joven puede aguantarse con la expectativa de dar salida a su deseo sexual tarde o temprano. Quienes piensan que dicha expectativa fomenta el control de uno mismo hace demasiado tiempo que dejaron de ser adolescentes, y quienes piensan que, basta el matrimonio como desahogo de los deseos sexuales, siguen teniendo mucho de adolescentes. Para todos nosotros, el problema no es aguantarnos durante treinta años, sino aguantar durante treinta minutos, contra la creencia generalizada de que la gratificación sexual es algo esen-

cial a la persona. Quienes se resisten, heterosexuales y homosexuales, conocerán un placer físico inimaginable ese Día en que recuerden como un parpadeo su largo sufrimiento en la tierra. Ciertamente, las bienaventuranzas de Jesús (Mt 5:3-12) prometen a los sufridores que recibirán, de manera precisa y multiforme, todo aquello que abandonaron por el evangelio.

El segundo problema que argumentar que “el celibato no es razonable,” es que parece otorgar al deseo prioridad sobre la rectitud. El celibato “no es razonable” tampoco para el pedófilo, pero no oímos (de momento) en la Iglesia voces que reclamen el reconocimiento de las uniones intergeneracionales. La razón, obviamente, es que nadie pone en duda la inicuidad de tales uniones. Por tanto, lo que en realidad hay detrás del argumento revisionista sobre el celibato no es la creencia de que la frustración sea intolerable, sino la creencia de que los actos homosexuales son tolerables. Si no lo son, no hay deseo que valga. No podemos, pues, equiparar las uniones homosexuales al matrimonio de 1 Corintios 7. En dicho contexto, Pablo compara un bien (el matrimonio) a un bien mayor (centrarse en el ministerio); no pone en tela de juicio un bien con algo que condena en todas partes.

Un tercer problema es que la solución propuesta, el reconocimiento de las uniones fieles y estables, puede ser una imposición mal recibida de cristianos de buena fe, que quiere crear un tipo de unión lo más parecida posible a al matrimonio heterosexual. Este tipo de unión no solamente planta cara a la mayoría de prácticas homosexuales e ideologías, sino que también refuerza de manera manifiesta los criterios de unión heterosexual. Los argumentos de fidelidad y estabilidad quedan considerablemente debilitados cuando los hijos no son una opción y cuando no se valora la complementariedad. Además, en tanto que el deseo homosexual conlleva la necesidad de absorber la masculinidad (o para las lesbianas, la feminidad) de la propia pareja, la inevitable frustración de dicha necesidad provocará la búsqueda de otra pareja, y luego de otra. Puede haber otras causas o motivos para la promiscuidad, pero sean cuales sean, queda la duda razonable de que el reconocimiento legal de las uniones homosexuales vaya a producir cambios importantes. ¿Por qué iban los incentivos económicos a lograr algo que la perspectiva de enfermedad y muerte no ha conseguido?

Finalmente, la objeción al celibato descansa sobre la falsa suposición de que la persona homosexual queda confinada con ello a la soledad. Esto es falso en al menos tres aspectos. Primero, las relaciones íntimas

nos tienen por qué implicar sexo, como pueden dar fe los millones de heterosexuales que tienen amigos o amigas del sexo opuesto. Segundo, no tiene por qué darse una relación íntima entre miembros del sexo tentador, como dan fe millones de heterosexuales con amigos del mismo sexo. Tercero, los homosexuales no tienen por qué experimentar una conversión total a la heterosexualidad para poder disfrutar de la intimidad, e incluso del matrimonio, con parejas del sexo opuesto. Lo mínimo que necesitan es la capacidad de funcionar heterosexualmente y la de controlar su conducta homosexual. Si después de un esfuerzo honesto por desarrollar deseos heterosexuales, la persona sigue en el 6 de la escala Kinsey (exclusivamente homosexual), y aceptando que el deseo puede ser inmutable para mucha gente, esa persona deberá aprender a disfrutar de la intimidad sin sexo.

Sospecho que muy poca gente recibe mensajes no ambiguos de Dios con el “llamamiento” a ser pastores o misioneros; o célibes. Terminología piadosa al margen, Dios hoy raramente habla en voz audible. La gente descubre la voluntad de Dios y sus dones concretos mediante la reflexión en oración de las Escrituras, las circunstancias, las capacidades y los acontecimientos. Muchas personas heterosexuales solamente se plantean el celibato tras haber sufridos fracasos en sus relaciones o el rechazo del sexo opuesto. La visión cínica, por supuesto, es que el celibato es espiritualizar la situación de personas que no encajan en la sociedad, haciendo de la necesidad virtud. Si el celibato simplemente fuera cosa de ver la copa medio llena y no medio vacía, quizás habría algo de verdad en dicha acusación. Pero la tradición cristiana del celibato confirma que hay algo distinto en dicha copa: un líquido rico, cercano en cierto modo al ejemplo del mismo Jesús, más fácil de ser derramado en lugar de otros.

En este sentido, la experiencia o la orientación que impide a una persona disfrutar de la unión heterosexual puede ser un don. De la misma manera que mucha gente sorda afirma que no querrían oír, si eso implicara perder su aguzado sentido del tacto y su solidaridad con otras personas sordas, también la gente soltera puede desarrollar unos dones extraordinarios de servicio y de comprensión. La tradición monástica y sacerdotal del cristianismo, tanto romano como ortodoxo, ofrece una vasta experiencia y literatura sobre el don y la disciplina del celibato.

Este es solamente uno de los posibles caminos de sabiduría. No pretendo entender plenamente las posibilidades presentadas a la persona célibe. Pero de algo estoy seguro: no se trata solamente de una aberración de nuestra propia arrepentida generación, intentado equiparar la ausencia

de la gratificación sexual a la ausencia de la plenitud como personas, la negación del ser o la privación del gozo.

Moralidad relativa

La preocupación más grande de este libro ha sido la conducta de la persona con deseos homosexuales. Pero uno de los temas más importantes para dicha persona, esté o no practicando su homosexualidad, es el de comunicarla a su familia; sobre todo a las personas que seguramente la desaprobarán. Los parientes, sobre todo los padres, de las personas que “salen del armario” suelen sentirse culpables de su pasado y con incertidumbre por el futuro. Los familiares de personas que son homosexuales, o que sospechan que lo son, pueden tomar ciertas precauciones que facilitarán la sanación de las relaciones a diversos niveles.

Para empezar, los padres de personas homosexuales no deben torturarse a sí mismos con el pasado. Los padres cristianos pueden ser particularmente propensos a ello, ya qué tienden a adherirse a la teoría desarrollista de la causalidad, y porque se toman en serio el mandato bíblico de “educar al niño en el camino a seguir.” Responda o no el temprano desarrollo de la criatura a la descripción avanzada en el capítulo siete, los padres deben recordar que hay otros factores en juego (incluso desde una perspectiva estrictamente desarrollista) sobre los cuales no tienen ningún control. También deben recordar que cualquier problema del que se estén culpando a sí mismos no tiene el origen solamente en ellos, ni en sus padres, ni en sus abuelos. Si regresamos a los orígenes, el resentimiento se convierte en una tontería: ¿cómo vamos a estar enfadados en realidad con Adán y Eva? Está claro que cada uno de nosotros tiene su parte de culpa de los problemas del mundo, y de los de nuestras familias, pero no cargamos solos con ella. Y no cargamos con ella para siempre; ¡aleluya!, otra Persona lo ha hecho.

Esta gloriosa verdad nos libera de torturarnos, pero no nos libera del doloroso trabajo de la confesión y de examinarnos a nosotros mismos. Los padres de quienes se sienten cómodos con su homosexualidad normalmente no deberían confesarse con su hijo, ya que (por muy buena que sea la intención) con ello, en la mayoría de los casos, parecería un intento de manipulación. En cambio, la aceptación de la culpabilidad en su justa medida fomentaría la humildad y la sensibilidad.

Estas cualidades, que son nada más y nada menos que aspectos del amor, son necesarias en la familia con un miembro homosexual. Aún en

las mejores circunstancias, a un joven adulto le resulta difícil distinguir el amor incondicional de la aprobación incondicional. Está intentando abrirse camino en el mundo como individuo independiente y en su interior quiere ese sí que solo los padres pueden decir; aunque por fuera diga que no a tantas cosas que los padres representan. A cualquier padre o madre le resulta difícil ofrecer amor sin seguirse aferrando a algunas de las riendas. Por eso suelen ser los hermanos quienes reciben las confidencias de otros hermanos, en lugar de los padres. Los hermanos y las hermanas representan la seguridad de la familia sin la culpa de la autoridad de los padres.

Es importante tener en cuenta estos factores cuando un homosexual “sale del armario.” Desdichadamente, el capítulo seis lo ha dejado claro, el mundo homosexual es de todo menos seguro, tanto en lo físico como en las relaciones. Esta verdad capitaliza la ya de por sí intimidadora tarea que tiene el joven adulto de independizarse en el mundo. Se saque provecho o no de la oferta, siempre te sostiene el pensamiento de saber que hay un lugar dónde encontrar descanso, dónde te son familiares la comida y los alrededores, y lo más importante, dónde las personas siempre te aceptarán y te apoyarán sencillamente por ser de la *familia*.

Naturalmente, no hay hogar terrenal que sea más que una sombra del Lugar que realmente deseamos. Pero este lado del cielo, aunque solo sea una visión fugaz de ese hogar, o solo la intención, incluso la esperanza del mismo, puede hacer girar los pasos de un hijo pródigo. Y el camino al Hogar puede pasar por una casa de aspecto bien normal.

Notas para un manifiesto

Aunque algunos lectores puedan estar luchando directamente con alguna preocupación familiar o personal, la mayoría se han acercado a este libro para profundizar en su comprensión de temas morales. Pero los cristianos no pueden relegar los temas morales al estudio. Cada uno de nosotros debe preguntarse: “¿Qué papel juego yo en el drama moral de nuestro tiempo?” Por eso al final de este libro me dirijo a aquellas personas que son probablemente la mayoría de mis lectores: aquellas personas que buscan sugerencias prácticas para trasladar de manera eficaz la teoría moral a la vida. A mis sugerencias las llamo nada más y nada menos que “notas para un manifiesto,” esperando que el debate y la sabiduría de la comunidad cristiana las refinarán y ampliarán.

1. *Debemos llevar el Evangelio a los individuos.* Parece algo obvio en lo que la mayoría de cristianos estará de acuerdo, pero mirado más de cerca puede dar pie a la controversia. Cuando se trata de asuntos morales, a muchos creyentes les cuesta distinguir entre su responsabilidad como creyentes y su responsabilidad como ciudadanos americanos. En el capítulo introductorio me referí a esto como advertencia, para no confundir la *causa* de Cristo con el *camino* de Cristo. Lo que quiero decir a la práctica es que los cristianos deberían tener cuidado con los debates de política general, ya que tienden a estar orientados a los temas y no a las personas.

No tiene por qué ser una cosa o la otra; pero por lo que he observado, quienes quedan atrapados en el aspecto político de un tema moral suelen adoptar una actitud simplista de nosotros/ellos mismos y toda una serie de tácticas basadas en la adquisición de poder. Quizás salen adelante, pero el precio pagado puede ser la pérdida de la humildad, la ternura y la integridad. Hay notables excepciones, pero aquellos que *no* son excepciones no parecen darse cuenta. No me opongo de ninguna manera al trabajo en el proceso político para legislar la moralidad: se trata del proceso democrático. Pero sí quiero advertir de que se trata de una meta limitada y limitadora. El evangelio, a fin de cuentas no va de cambiar leyes, sino de cambiar vidas.

Hace poco escuché un potente testimonio de servicio cristiano. Se trataba de una anciana que junto a su marido psiquiatra había dedicado toda su vida al servicio de los pacientes, abriéndoles su hogar. “La cocina debe ser el centro del amor,” solía decir (y lo demostraba con su vida), “ya que se conoce a Jesús en el partimiento del pan.” Palabras verdaderas y convincentes para aquellos de nosotros que percibimos un hogar abierto, una conversación pausada y el compañerismo en la mesa como elementos nostálgicos de otra generación de cristianos. Palabras verdaderas y convincentes para aquellos de nosotros que se dispondrían a luchar en la guerra cultural; dejando a Lázaro en la puerta.

El llamamiento es claro. Si queremos seguir el camino de Jesús, no es la familia nuclear lo que debemos promover sino la familia hospitalaria. No necesitamos a personas que amen los valores de la familia, lo que sí necesitamos son familias que valoren el amor a las personas.

2. *Debemos entender la relación entre moralidad y verdad.* A nos ser que haya un improbable cambio de signo filosófico, o que Jesús vuelva, en los próximos treinta años nuestra cultura se alejará rápidamente de la noción de verdad absoluta, a la par que la última generación moderna se desvanece

y la primera generación postmoderna se hace con el poder. La gente verá la moralidad y la verdad sujetas a los antojos cambiantes de las personas en el poder, y las acusaciones de relativismo no saldrán adelante porque la gente dejará de percibir las acusaciones, sino como descripciones detalladas del funcionamiento de la verdad y la moral.

La indicación más clara al respecto es la observación de que muchos americanos, si no la mayoría, ya valoran mucho más la tolerancia que la verdad. La razón es que las únicas verdades absolutas son las de la religión y la religión se considera un asunto privado; por tanto, la moralidad pública deja la tolerancia como la única virtud. Quizás llegará el día en que incluso la tolerancia sea considerada como un valor arbitrario, abriendo camino así al gobierno de la chusma o del tirano.

Si los cristianos estamos en desacuerdo, si creemos que Dios se ha revelado a sí mismo y Su camino en un libro, debemos poner límites a nuestra tolerancia por el bien de la verdad. No debemos esperar que esta idea predomine; ni siquiera que nuestra cultura la tolere por mucho tiempo. Pero en lugar de menear la cabeza y de suspirar por el lamentable estado del mundo, deberíamos darnos cuenta de que la Verdad no existe para ser aplaudida sino para ser clavada en cruces. Y más nos valdría conocer bien la Verdad. Eso significa, ante todo, conocer a Jesús. También significa conocer la Biblia, por delante y por detrás, y de manera mucho más profunda de lo que la mayoría de iglesias exigen. Y por último, pero no menos importante, conocer bien las grandes ideas que compiten por ocupar las mentes y los corazones de las personas.

Hace un tiempo Darwin pilló al cuerpo de Cristo con los pantalones bajados. Con el paso de los años, la dignidad quedó restaurada pero los pantalones se rasgaron y a veces parece que estén al revés. Me pregunto si ahora estamos preparados para una intrusión mucho más seria, que no solamente cuestione las palabras de las Escrituras en relación con la ciencia, sino la relación de ambas con la misma verdad. No soy optimista en el sentido de que los cristianos estén dispuestos a trabajar lo suficiente como para estar preparados. Al final, incluso como profesor universitario, te sientes tan intimidado por todo... Prefiero leerme una buena novela del siglo dieciséis o salir a dar un paseo por la playa y que me dejen en paz. Pero no es posible.

3. *Debemos expresar que desaprobamos la práctica homosexual, en el contexto de nuestra propia falibilidad sexual.* A menos que reconozcamos que *todos* necesitamos la Gracia y la sanidad de Dios en nuestra sexualidad, seguiremos impidiendo que los homosexuales y otros nos escuchen, porque solamente

escucharán nuestro temor y nuestra repulsa, no nuestro amor ni nuestra similar necesidad. Ciertamente el tema de la homosexualidad justifica nuestra atención como tema de ardiente actualidad, pero deberíamos trazar siempre una conexión con las acciones y deseos inapropiados que practica la mayoría heterosexual.

Este enfoque deja sin sustento la defensa de la homofobia; pero lo importante es que es lo correcto. Jesús dijo a la mujer cogida en adulterio: “Vete; desde ahora no peques más” (Jn 8:11), pero primero hizo marchar a sus acusadores sugiriendo que ellos no estaban libres de pecado. Sus acusadores no eran necesariamente adúlteros, pero necesitaban entender que la rectitud es mucho más que castigar a los pecadores. Solamente tendremos derecho de confrontar a otros con su pecado, si primero demostramos estar más preocupados por el nuestro. Esto no es tolerancia. Es justicia.

Nuestro pecado heterosexual incluye el pecado del odio a los homosexuales. En este libro no he escrito casi nada acerca de la victimización de los homosexuales porque no creo que tenga una relevancia directa sobre la moralidad del acto homosexual. Pero ocurre. No me refiero a la discriminación en el sentido económico tradicional, ya que los homosexuales suelen ser más ricos, tener mejores empleos y mejores casas que la mayoría de la gente, sino en el sentido de la actitud. Siempre que iniciamos o toleramos términos ofensivos, chistes degradantes o comentarios discriminatorios, sin pensarlo, estamos enviando el claro mensaje de que estas personas, por quienes Jesús murió, son en términos de derechos civiles, *negros*, o en términos bíblicos, *samaritanos*. Con ello convertimos el eslogan “odia el pecado y ama al pecador” en una mentira. Dicho eslogan, conocido y despreciado por los homosexuales, está desgastado y debe ser reemplazado. Deberíamos probar algo así como “mírate al espejo antes de mirar por la ventana.”

Lo último que quiero tocar con relación a la expresión apropiada tiene que ver con las personas que se expresan. Voy a ser descortés. Los cristianos que todavía no pueden tratar los temas con calma y compasión es mejor que mantengan la boca cerrada, y deberían mantenerse alejados de la primera línea de ministerio y del debate de política general; por no mencionar los programas de televisión. Son personas difíciles de alcanzar porque sospechan que quienes les pedimos cuentas somos “blandos con el pecado.” Deben convencerse de que el camino de Jesús es el camino del Sanador Herido, no del Santo Terror.

4. *Debemos trabajar para encontrar cauces de ministerio coherentes con nuestra postura moral.* Las iglesias se enfrentan a un embarazoso dilema. Excluir

del culto y del ministerio a los homosexuales practicantes puede alejarlos del cristianismo; pero incluirlos en todos los ámbitos de la vida de iglesia puede comunicar un mensaje de aprobación de la conducta homosexual. La política moralmente ambigua de “no digas, no preguntes,” que no satisface a ninguna parte entre militares, en la iglesia resulta francamente cobarde. El mejor camino es que los líderes de iglesia recuerden periódicamente desde el púlpito (y privadamente en casos concretos) que la iglesia representa el perdón y el poder para cambiar, y también ejercita una disciplina redentora en los casos de desobediencia sexual, incluyendo las prácticas homosexuales. Si esto se hace de manera inclusiva y con humildad, según la idea anterior, tiene que ser bien recibido por todos. Hal Scholl, director de Spring Forth Ministry de Cincinnati, sufrió un cambio radical en su vida en el momento en que un pastor decidió alejarse del texto del sermón y hablar del amor de Jesús por los homosexuales.

No estoy diciendo que la única (ni la principal) responsabilidad de la iglesia sea proclamar su postura desde el púlpito. El cuerpo de Cristo no es solamente una boca. Las iglesias, los grupos y los individuos deberían planificar sus propias estrategias específicas teniendo en cuenta los distintos dones. Mencionaré tan solo unas cuantas posibilidades, de las más indirectas a las más directas.

La educación es un imperativo en la iglesia. Muy pocos cristianos parecen darse cuenta de que un paseo por la zona universitaria o por la calle tiene tanto de viaje misionero como navegar en un barco por el Amazonas; con lenguas, creencias y costumbres extranjeras incluidas. ¿Por qué preparar para la comunicación entre culturas solamente a los misioneros? Necesitamos saber a qué nos enfrentamos. Más aún, necesitamos saber qué defendemos. Hay muchos cristianos capaces, con estudios superiores, que mantienen en cambio un penoso y bajísimo nivel de interpretación bíblica y ética cristiana.

Hay toda una variedad de necesidades y capacidades que pueden cubrirse a través de clases, seminarios, conferenciantes invitados, grupos de debate y tertulias literarias. No todos los cristianos necesitan dominar el desarrollo de la filosofía desde la Ilustración para poder abordar los aspectos morales que nos presenta la homosexualidad. Algunas personas pueden sacar provecho de seminarios sobre la paternidad, mientras que otras pueden dedicarse a educar a los hijos de miembros de la iglesia en temas de moralidad, contrarrestando algunos de los efectos nocivos del sistema de valores neutro de la escuela pública.

No todos los cristianos pueden lanzarse al discurso moral, ni a dar consejos, pero todos deberían estar preparados para facilitar referencias en cualquier momento. Las iglesias deberían poner a disposición de sus miembros listas con nombres y números de contacto de las agencias de consejería locales y de ministerios cristianos de buena reputación, así como de los recursos de que dispone la misma iglesia, incluyendo los grupos de apoyo y las oportunidades de consejo. Dicha información debería estar tan ampliamente distribuida y fácilmente disponible como... los condones.

Finalmente, y de ninguna manera menos importante, los cristianos deberíamos ser conocidos por el tipo de servicio de imposición de manos que caracterizó el ministerio de nuestro Señor. Las personas con el SIDA, en particular, son los leprosos de nuestro tiempo. Estas personas pierden su trabajo, su seguro médico y finalmente la capacidad de cuidarse a sí mismas; todo ello antes de ponerse lo suficientemente enferma como para ser hospitalizadas. Suelen necesitar encargos, ayuda doméstica en lo básico y comidas caseras. En las áreas donde no hay un servicio hospitalario, puede que necesiten dinero o un lugar donde vivir. Pero más que nada, necesitan la simple compañía humana. Cuando se da una relación de confianza, entonces pueden abrirse a la ayuda espiritual. No hay ninguna garantía de que esto ocurra y no deberíamos convertirlo en una condición para el servicio.

A muchos de ellos podemos verlos como enemigos y suele tratarse de un sentimiento mutuo. Pero en una guerra, ¿dejaríamos al enemigo morir solo en el campo de batalla, alegando que se merece tal destino y no debe absorber los preciosos recursos de “nuestro bando”? Entiendo que quienes aplauden estas muertes proclaman, por tanto, que su bando no es el de Jesús, sino el de Satanás, y las mismas palabras de Jesús lanzan una adecuada imprecación: “Os digo que en aquel día será más tolerable el castigo para Sodoma que para aquella ciudad” (ver Lc 10:12).

Palabras de esperanza

Para mí, este párrafo representa el fin de una larga búsqueda de palabras para comunicar la fuerza de la convicción en un espíritu de compasión. Para algunos lo habré conseguido, para otros no. Termino tal y como empecé, imaginando los rostros de unos amigos homosexuales que me miran por encima del hombro mientras escribo, preguntándome si les ha

servido de ayuda, de enojo, de estímulo, de confusión o de información. Probablemente de cada una de estas cosas en un momento u otro.

¿Qué palabra final puedo ofrecerles? Solamente esto. Por encima y más allá de sus rostros, puedo ver otro Rostro que conoce infinitamente, cuida íntimamente y ama invenciblemente. Le confío todas mis palabras de antes, y por fin ofrezco éstas, que son Suyas:

Venid a mí, todos los que estáis cansados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es fácil y mi carga ligera. (Mt 11:28-30)

Posdata: Carta a un amigo

Aunque jamás haya conocido a alguien llamado Nick, la carta siguiente no acaba de ser del todo ficción. “Nick” es una combinación de varias personas que he conocido, que son cristianas con deseos homosexuales. Por cierto, Mabel era bastante real.

Querido Nick,

No creo en el “problema del dolor” tal y como la gente lo trata en las clases de religión. A ese nivel, no hay problema, es jugar debaritarlo. El problema del dolor se da en ese dolor que sufre una sola persona en un momento dado. El dolor es un problema mucho más serio cuando lo reducimos a su ajustado tamaño personal. Dios no envió un terremoto a Guatemala; más bien, Pedro, que vive allí, perdió a su mujer en un terremoto y busca la voluntad de Dios en dicha situación.

Para mí, entonces, unas inundaciones o un terremoto son simplemente fenómenos de interés al margen de su impacto sobre las personas, de una en una, que se han visto perjudicadas o que sufren por otros que lo han sido. Naturalmente, la vasta mayoría de fenómenos causantes de dolor son resultado de que unas cuantas personas con intereses egoístas crean un mundo que perjudica a otros. Me viene a la mente la guerra, la esclavitud y la pornografía. La última en toda su amplitud, incluyendo a cualquier representación de gente que sirva para inducir a la lujuria. Nuestra sociedad es muy incoherente cuando, por ejemplo, acusa de negligencia a un fabricante de juguetes por un producto que *podría* perjudicar a los niños, en caso de romperse o de tragárselo, y sin embargo, el más mugriento y vil mercader, cuyo producto ya está de

entrada (espiritualmente) roto, solo debe rendir cuentas si se puede demostrar un perjuicio directo; una virtual imposibilidad legal. Claro está, este es el caso más obvio; huelga mencionar la legión de productores de cine, video y televisión, y sobre todo los publicistas, cuyos productos pueden ser legalmente inocuos, pero degradan a la mujer y manipulan las mentes de los hombres sistemáticamente.

Podría seguir abundando en el tema de la maldad sexual en la sociedad, pero sería algo demasiado parecido a quejarme sobre las inundaciones o los terremotos. La verdad es que no me afecta demasiado el que los publicistas ejerzan su privilegio diabólico de bombardearme con imágenes de mujeres espectaculares, que caerán en mis brazos si bebo esa determinada cerveza o me afeito con esa determinada cuchilla. Lo que realmente me molesta es, que parece que no pueda dejar de pensar en esas mujeres espectaculares. En mi caso, naturalmente, se considera algo “normal.” ¿No son así la mayoría de tíos? Y después de todo, tengo el tema más controlado que la mayoría.

Lo que me duele entonces no es la desaprobación de la gente; en eso nos diferenciamos tú y yo. Por otro lado, tú no estás sujeto a un constante asalto de imágenes idealizadas por los medios y que juegan con tus debilidades; eso quizás iguale un poco el terreno de juego de la tentación.

En cualquier caso, sospecho que nuestro terreno más común es la profunda naturaleza del dolor. El dolor, en pocas palabras, es no poder tener lo que quiero. El matrimonio no me lo proporciona, y no necesito un terapeuta para decirme que todas esas mujeres tampoco me lo proporcionarían, en el caso de que pudiera tenerlas. Tampoco necesito un terapeuta para que me diga lo que en realidad quiero, o cómo he llegado a quererlo, o hasta qué punto es más profundo que la sexualidad. Todo esto ya lo sé. Pero no se te pasa el hambre escuchando una conferencia sobre la fisiología de la digestión.

Soy testigo de primera mano de la gran resistencia a la gran tentación, pero de una manera muy distinta a la que yo experimento cada día. Conocí a una anciana que se estuvo muriendo durante veintiocho años; ciega, deformada por tumores cancerígenos, sin poder levantarse de la cama y sola en una institución estatal. Estuve visitando a Mabel durante tres años, sobrecogido por su espíritu generoso y agradecido, y llegué a saber cómo se sostenía. Oraba y cantaba himnos. Eso era todo; virtualmente y hasta dónde yo sé, sin parar.

Una vez le pregunté en qué estaba pensando durante todo el día. Hace ya más de veinte años, pero lo recuerdo como si fuera ahora; el hedor

de la habitación, el gemido de su compañera de habitación al fondo y la larga pausa previa a que salieran de su torcida boca unas palabras lentas y deformadas, pero deliberadas: “Pienso en mi Jesús. Pienso en lo bueno que ha sido conmigo.” Y entonces empezó a cantar: “Jesús es todo mi mundo, mi vida, mi alma, mi todo; Él es mi fuerza día a día; sin Él me caería.” Diez mil días seguidos, Nick. Diez millones de minutos. No cayó.

Bien, si mi única fuente de información sobre Mabel fuera otra persona, me hubiera emocionado, pero no estoy seguro de que fuera a creerme la historia. En gran parte, por esa misma razón casi nunca hablo de ella. Otra razón es que casi siempre me pongo a llorar cuando hablo de ella, o tan solo con pensar en ella. Pero tú sabes que no lloro por Mabel. En lo que se refiere a ella, no tengo ningún “problema con el dolor”, porque sé que ella tuvo la respuesta al dolor durante cada uno de aquellos diez millones de minutos; lo ví con mis propios ojos, durante tres años. No. Lloro por *mí*. No espero que haya muchas Mabels en mi vida; lo que sí voy a tener son muchos millones de minutos para aplicar lo aprendido. Lloro porque esos minutos pasan tan rápido y desperdicio tantos de ellos...Lloro porque temo pagar el precio con un dolor y una resistencia que me hagan ser más parecido a Mabel.

Te preguntarás a dónde quiero ir a parar. ¿Esperas que pretenda comparar lo que Mabel soportó con lo que yo te pueda pedir que soportes tú, y que esté revelando parte de mi propio dolor para asegurarme de que me comunico el nivel de empatía necesario para rematar el argumento?

No, Nick. Resulta que en aquella institución estatal, cada semana, antes de visitar a Mabel, visitaba a otra persona; a Frank. Se estaba muriendo debido a un enfisema y estaba irritable, a veces lleno de amargura, a veces se compadecía de sí mismo; solía ser un difícil compañero de conversación y se parecía más a mí que a Mabel. Era simplemente un amigo a quien iba a visitar. Durante nuestro primer encuentro, pensaba en que desconocía lo que debe representar que la familia te abandone en una institución a los ochenta años, mientras la tos te consume los pulmones. No tenía respuestas a una situación así. Había respuestas lo suficiente verdaderas, pero no era apropiado que *yo* las diera; aunque Frank me lo hubiera pedido. Solíamos hablar de otras cosas.

Entonces, ¿por qué te estoy escribiendo de esta manera, ante todo el mundo, al final de un libro como éste? No sé si te lo has leído todo hasta aquí o simplemente has mirado el índice de contenidos y has saltado directamente a esta carta. Ni siquiera estoy seguro de querer que te leas el libro. Lo escribí, básicamente, para fomentar un pensamiento más pro-

fundo y elaborado entre algunas personas de ambas partes del debate moral. Pero una persona como tú, cuyo corazón está implicado, necesita algo más que argumentos. Necesitas saber que la gente se preocupa de ti, no tan solo que evalúan tu conducta dentro de un marco ético coherente.

Para mí, parte del problema es, naturalmente, que una vez el libro pasa a manos de la editorial, pierdo el control sobre el momento y el contexto de su recepción individual. Tragárselo tal cual puede ser como una píldora amarga. Por eso pido a Dios que, por cada persona homosexual dispuesta a oír, ponga a una persona con un corazón dispuesto a atenderla.

Yo puedo ofrecerme a unos pocos, como a ti. Que sepas que puedes contar con mi amor y mis oraciones, hagas lo que hagas con tu sexo y desees lo que desees. Que sepas que puedo empatizar aunque sea solo un poco; quizás más de lo que la gente pueda sospechar, dado lo diferentes que somos en la superficie. El dolor puede ser un gran ecualizador; sobre todo si ponemos un poco de nuestra imaginación y confiamos en destacar lo que tenemos en común sobre aquello que nos divide.

Tenemos un gran ejemplo de ello en una de las epístolas de Pablo. Los cristianos de Corinto cayeron en ciertas herejías y le desairaron, pero más tarde respondieron al emisario que había enviado de la provincia de Asia y volvieron a él. Bien, pues Pablo, en lugar de sermonearles, en lugar de mostrarse condescendiente, empieza su carta a los corintios asemejando el dolor de éstos (la vergüenza de haberle hecho daño) con el suyo (el desear lo mejor para ellos). Le cito en toda su amplitud porque su contenido es muy relevante:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en toda tribulación nuestra, para que nosotros podamos consolar a los que están en cualquier aflicción con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios. Porque así como los sufrimientos de Cristo son nuestros en abundancia, así también abunda nuestro consuelo por medio de Cristo. Pero si somos atribulados, es para vuestro consuelo y salvación; o si somos consolados, es para vuestro consuelo, que obra al soportar las mismas aflicciones que nosotros también sufrimos. Y nuestra esperanza respecto de vosotros está firmemente establecida, sabiendo que como sois copartícipes de los sufrimientos, así también lo sois de la consolación. Porque no queremos que ignoréis, hermanos, acerca de nuestra aflicción sufrida en Asia, porque fuimos abrumados sobremedida, más allá de nuestras fuerzas, de modo que hasta perdimos la esperanza de salir con vida. De hecho, dentro de nosotros

mismos ya teníamos la sentencia de muerte, a fin de que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos, el cual nos libró de tan gran peligro de muerte y nos librará, y en quien hemos puesto nuestra esperanza de que El aún nos ha de librar, cooperando también vosotros con nosotros con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don que nos ha sido impartido por medio de las oraciones de muchos.

No deja de sorprenderme que éste hombre, Pablo, con toda su reputación de provisor de teología creativa y de moralidad estricta, tuviera tal capacidad de poner el amor por la gente en acción. Sólo puedo atribuir esto a Dios, que usó el dolor para enseñar a Pablo la humildad, para pulir esos cantos tan duros sin debilitar la esencia de su creencia y moralidad. Lo que más me toca de este pasaje es su expresión de *dependencia* de los corintios, la afirmación de que están dando respaldo a su trabajo a través de sus oraciones.

Sabes lo que deseo para ti, Nick, y no voy a insistir en ello ahora. Lo que quizás no sepas es, que junto al mensaje de convicción, poder y esperanza, también te ofrezco *necesidad*. Nick, somos *nosotros*, no tú, quienes necesitamos el perdón y la ayuda de Dios para transformar nuestra sexualidad. ¿Podemos ayudarnos mutuamente? “Cooperando también vosotros con nosotros con la oración, para que por muchas personas sean dadas gracias a favor nuestro por el don que nos ha sido impartido por medio de las oraciones de muchos.”

Escríbeme, por favor. Este tipo de carta siempre deja en ascuas (¿en Asia?) a quien la escribe hasta que sabe cómo ha sido acogida.

Con amor,

Tom.

BIBLIOGRAFÍA DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN INGLÉS

Para facilitar la consulta, la bibliografía aparece ordenada por temas. La sección 1, “Teología y Ética,” cubre los capítulos del dos al cinco. La sección 2, “Prevalencia y salud,” cubre el capítulo seis. La sección 3, “Causalidad y cambio,” cubre el capítulo siete. “Para leer más” da una lista de fuentes no técnicas con una perspectiva similar a la de este libro.

En la bibliografía, el asterisco (*) indicará que se trata de una fuente particularmente importante, bien por ser representativa de una postura influyente, o bien por contener amplia información sobre el tema.

Sección 1, “Teología y Ética”

*Bailey, S. *Homosexuality and the Western Christian Tradition*. London: Green, 1955.

Barth, K. *Church Dogmatics* 3/4. Edinburgh: T & T Clark, 1961.

Bauserman, R. “Objectivity and Ideology: Criticism of Theo Sandfort’s Research of Man-Boy Sexual Relations,” *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 297-312.

*Boswell, J. *Christianity, Social Tolerance and Homosexuality*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1980.

Brongersma, E. “Boy-Lovers and Their Influence on Boys: Distorted Research and Anecdotal Observations.” *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 145-73.

- Brooten, B. J. "Patristic Interpretations of Romans 1:26," *Studia Patristica* 18:2 (1985) 287-91.
- _____. "Paul and the Law: How Complete Was the Departure?" *Princeton Seminary Bulletin* supp. 1 (1990): 83.
- _____. "Paul's Views on the Nature of Women and Female Homoeroticism." In *Immaculate and Powerful: The Female in Sacred Image and Social Reality*. Edited by C. W. Atkinson, C. H. Buchanan and M. R. Miles. Boston: Beacon, 1985.
- Bruce, F. F. *1 & 2 Thessalonians*. Waco, Tex.: Word, 1982.
- Cahill, L. S. "Moral Methodology: A Case Study." In *A Challenge to Love: Gay and Lesbian Catholics in the Church*. Edited by R. Nugent. New York: Crossroad, 1983.
- Cantarella, E. *Bisexuality in the Ancient World*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1972.
- Charles, R. H. *The Revelation of St. John*. Edinburgh: T & T Clark, 1920.
- Charlesworth, J. H., ed. *The Old Testament Pseudepigrapha*. 2 vols. Garden City, N.Y., Doubleday, 1983-1985.
- Christ, C. P. "Why Women Need the Goddess: Phenomenological, Psychological and Political Reflections." In *Womanspirit Rising: A Feminist Reader in Religion*. Edited by C. P. Christ and J. Plaskow. San Francisco: Harper & Row, 1979.
- Comstock, G. D. *Gay Theology Without Apology*. New York: Pilgrim, 1993.
- *Countryman, L. William. *Dirt, Greed and Sex*. Philadelphia: Fortress, 1988.
- Cranfield, C. E. B. *The Epistle to the Romans*. Edinburgh: T & T Clark, 1975.
- Deming, W. "Mark 9.42-10.12, Matthew 5.27-32 and *b. Nid.* 13b: A First Century Discussion of Male Sexuality." *New Testament Studies* 36 (1990): 130-41.
- DeYoung, J. B. "The Contributions of the Septuagint to Biblical Sanctions Against Homosexuality." *Journal of the Evangelical Theological Society* 34 (June 1991): 157-77.
- _____. "A Critique of Prohomosexual Interpretations of the Old Testament Apocrypha and Pseudepigrapha." *Bibliotheca Sacra* 147 (1990): 437-54.
- _____. "The Meaning of 'Nature' in Romans I and Its Implications for Biblical Perspectives of Homosexual Behavior." *Journal of the Evangelical Theological Society* 31 (1988): 429-47.

- Dover, K. *Greek Homosexuality*. 2nd ed. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1989.
- Dresner, S. "Homosexuality and the Order of Creation." *Judaism* 40 (Summer 1991): 309-21.
- Dunn, J. D. G. *Romans 1-8*. Waco, Tex.: Word, 1988.
- Edwards, G. A. *Gay/Lesbian Liberation: A Biblical Perspective*. New York: Pilgrim, 1984.
- Elshtain, J. B. "Homosexual Politics." *Salmagundi* 58/59 (Fall 1982/Winter 1983): 252-80.
- Farley, M. A. "An Ethic for Same-Sex Relations." In *A Challenge to Love: Gay and Lesbian Catholics in the Church*. Edited by R Nugent. New York: Crossroad, 1983.
- Fiorenza, E. Schussler. "Toward a Feminist Biblical Hermeneutics: Biblical Interpretation and Liberation Theology." In *The Challenge of Liberation Theology*. Edited by B. Mahan and L. D. Richesin. Maryknoll, N.Y.: Orbis, 1981.
- Ford, J. M. *Revelation*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1975.
- Foucault, M. *The History of Sexuality*. Vol. 1, *An Introduction*. New York: Vintage, 1980.
- . *Language, Counter-Memory, Practice*. Ithaca, N.Y. Cornell University Press, 1977.
- Furnish, V. P. *The Moral Teaching of Paul*. Nashville: Abingdon, 1979.
- Goss, R. *Jesus Acted Up: A Gay and Lesbian Manifesto*. San Francisco: Harper, 1993.
- Grenz, S. *Sexual Ethics*. Dallas: Word, 1990.
- Guinan, M. D. "Homosexuals: A Christian Pastoral Response Now." In *A Challenge to Love: Gay and Lesbian Catholics in the Church*. Edited by R. Nugent. New York: Crossroad, 1983.
- Hampson, M. D. *Theology and Feminism*. Cambridge, Mass.: Blackwell, 1990.
- Hanigan, J. P. *Homosexuality: The Test Case for Christian Ethics*. New York: Paulist, 1988.
- *Hays, R. B. "Relations Natural and Unnatural: A Response to John Boswell's Exegesis of Romans 1." *Journal of Religious Ethics* 14 (1986): 186-95.
- Huggins, K. W. "An Investigation of the Jewish Theology of Sexuality Influencing the References to Homosexuality in Romans 1:18-32." Ph.D. diss., Southwestern Baptist Theological Seminary, 1986.
- Jones, G. P. "The Study of Intergenerational Intimacy in North America: Beyond Politics and Pedophilia." *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 275-95.

- Jung, P. B., and R F. Smith. *Heterosexism: An Ethical Challenge*. Albany: State University of New York Press, 1993.
- Kirk, M., and H. Madsen. *After the Ball: How America Will Conquer Its Fear and Hatred of Gays in the 90s*. New York: Plume Books, 1989.
- Kirschner, R. "Halakah and Homosexuality: A Reappraisal." *Judaism* 37 (Fall 1988): 450-58.
- Lance, D. "The Anthropological Context of Genesis 19 and Judges 19." Paper presented at the 1992 annual meeting of the Society of Biblical Literature, San Francisco, 1992.
- Li, C. "'The Main Thing Is Being Wanted': Some Case Studies on Adult Sexual Experiences with Children." *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 129-43.
- McNeill, J. J. *The Church and the Homosexual*. 4th ed. Boston: Beacon, 1993 (1st ed. 1976).
- Maguire, D. "The Morality of Homosexual Marriage." In *A Challenge to Love: Gay and Lesbian Catholics in the Church*. Edited by R. Nugent. New York: Crossroad, 1983.
- Niditch, S. "The 'Sodomite' Theme in Judges 19-20: Family, Community and Social Disintegration." *Catholic Biblical Quarterly* 44 (1982): 365-78.
- Novak, D. "Before Revelation: The Rabbis, Paul, and Karl Barth." *Journal of Religion* 71 (January 1991): 50-66.
- O'Donovan, O. "Transsexualism and Christian Marriage." *Journal of Religious Ethics* 11 (Spring 1983): 135-62.
- Petersen, W. L. "Can ΑΡΣΕΝΟΚΟΙΤΑΙ Be Translated by 'Homosexuals'? (1 Cor. 6.9; 1 Tim 1.10)." *Vigiliae Christianae* 40 (1986): 187-91.
- Phillips, A. "Uncovering the Father's Skirt." *Vetus Testamentum* 30 (1980): 38-43.
- Pope, M. *Job*. Garden City, N.Y.: Doubleday, 1973.
- *Pronk, P. *Against Nature? Types of Moral Argumentation Regarding Homosexuality*. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1993.
- Sandfort, T. "Pedophilia and the Gay Movement." *Journal of Homosexuality* 13 (Winter 1986/Spring 1987): 89-110.
- Scott, D. A. "The Hermeneutics of Marriage." *Anglican Theological Review* 72 (Spring 1990): 168-71.
- Scroggs, R. *The New Testament and Homosexuality*. Philadelphia: Fortress, 1983.
- Scruton, R. *Sexual Desire: A Moral Philosophy of the Erotic*. New York: Free Press, 1986.
- Swidler, A., ed. *Homosexuality and World Religions*. Valley Forge, Penn.: Trinity Press International, 1993.

- Thorstad, D. "Man/Boy Love and the American Gay Movement." *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 251-74.
- Ukleja, P. M. "The Bible and Homosexuality, pt. 2: Homosexuality in the New Testament." *Bibliotheca Sacra* 140 (1983): 350-58.
- _____. "Homosexuality and the Old Testament." *Bibliotheca Sacra* 140 (1983): 259-66.
- van Zessen, G. "A Model for Group Counseling with Male Pedophiles." *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 189-98.
- Wannamaker, C. A. *The Epistles to the Thessalonians*. Grand Rapids, Mich.: Eerdmans, 1990.
- Wenham, G. J. "The Old Testament Attitude to Homosexuality." *Expository Times* 102 (Spring 1991): 359-63.
- Westermann, C. *Genesis 1-11*. Minneapolis: Augsburg, 1984.
- White, M. *Stranger at the Gate*. New York: Simon & Schuster, 1994.
- Williams, R. *Just As I Am: A Practical Guide to Being Out, Proud and Christian*. New York: Crown, 1992.
- _____. "Toward a Theology for Lesbian and Gay Marriage." *Anglican Theological Review* 72 (Spring 1990): 134-57.
- Wright, D. F. "Early Christian Attitudes to Homosexuality." *Studia Patristica* 18, no. 2 (1989): 329-34.
- _____. "Homosexuality: The Relevance of the Bible." *Evangelical Quarterly* 61 (October 1989): 291-300.
- *_____. "Homosexuals or Prostitutes? The Meaning of *Arsenokoitai* (1 Cor 6:9, 1 Tim. 1:10)." *Vigiliae Christianae* 38 (1984): 125-53.
- Wright, J. R. "Boswell on Homosexuality: A Case Undemonstrated." *Anglican Theological Review* 66 (Winter 1985): 79-94.
- Zaas, P. "Catalogues and Context: 1 Corinthians 5 and 6." *New Testament Studies* 34 (October 1988): 622-29.
- _____. "1 Corinthians 6:9ff.: Was Homosexuality Condoned in the Corinthian Church?" *Society of Biblical Literature Seminar Papers* 17 (1979): 205-12.

Sección 2, "Prevalencia y Salud"

- Abib, S. M., et al. "Relapse in Sexual Behavior Among Homosexual Men: a Two-Year Follow-up from the Chicago MACS/CCS." *Acquired Immunodeficiency Syndrome* 5 (June 1991): 757-60.

- Abib, S. M., and D. G. Ostrow. "Trends in HIV/AIDS Behavioural Research Among Homosexual and Bisexual Men in the United States: 1981-1991." *AIDS Care* 3, no. 3 (1991):281-87.
- Abrams, D. I. "The Relationship Between Kaposi's Sarcoma and the Intestinal Parasites Among Homosexual Males in the United States." *Journal of Acquired Immune Deficiency Syndrome* 3, supp. 1 (1990): 544-46.
- Adams, P. F., and A. M. Hardy. *AIDS Knowledge and Attitudes for July-September 1990: Provisional Data from the National Health Interview Survey*. Advance Data from Vital and Health Statistics 198. Hyattsville, Md.: National Center for Health Statistics, April 1, 1991.
- *Agnew, J. "Some Anatomical and Physiological Aspects of Anal Sexual Practices." *Journal of Homosexuality* 12 (1986): 75-96.
- Aldous, P. "French Venture Where U.S. Fears to Tread." *Science* 257 (July 3, 1992): 25.
- Bauserman, R. "Objectivity and Ideology: Criticism of Theo Sandfort's Research of Man-Boy Sexual Relations." *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 297-312.
- *Bell, A. P., and M. S. Weinberg. *Homosexualities: A Study of Diversity Among Men and Women*. New York: Simon & Schuster, 1978.
- Beral, V., et al. "Risk of Kaposi's Sarcoma and Sexual Practices Associated with Faecal Contact in Homosexual and Bisexual Men with AIDS." *Lancet* 339 (March 14, 1992): 632-35.
- Berkelman, R. L., et al. "Epidemiology of Human Immunodeficiency Virus Infection and Acquired Immunodeficiency Syndrome." *The American Journal of Medicine* 86 (1989): 761-70.
- Biggar, R. J. "Risk of Other Cancers Following Kaposi's Sarcoma: Relationship to Acquired Immunodeficiency Syndrome." *American Journal of Epidemiology* 139 (February 15, 1994): 362-68.
- Billstein, S. A. "Human Lice." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw-Hill, 1989.
- Blasband, D. and L. A. Peplaw. "Sexual Exclusivity." *Archives of Sexual Behavior* 14 (October 1985): 395-412.
- Bloomfield, K. "A Comparison of Alcohol Consumption Between Lesbians and Heterosexual Women in an Urban Population." *Drug and Alcohol Dependence* 33 (October 1993): 257-69.
- Blumstein, P. and P. Schwartz. "Intimate Relationships and the Creation of Sexuality." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.

- Breslow, N., L. Evans and J. Langley. "Comparisons Among Heterosexual, Bisexual and Homosexual Male Sadomasochists." *Journal of Homosexuality* 13 (Fall 1986): 83-107.
- Brongersma, E. "Boy-Lovers and Their Influence on Boys: Distorted Research and Anecdotal Observations." *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 145-73.
- Bush, R. A., and W. F. Owen. "Trauma and Other Non-infectious Problems in Homosexual Men." *The Medical Clinics of North America* 70, no. 3 (1986): 549-66.
- Butler, K M., and P. A. Pizzo. "HIV Infection in Children." In *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita, et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.
- Cameron, P. "Homosexual Molestation of Children: Sexual Interaction of Teacher and Pupil." *Psychological Reports* 57 (1985): 1227-36.
- Catania, J. A., et al. "Changes in Condom Use Among Homosexual Men in San Francisco." *Health Psychology* 10, no. 3 (1991): 190-99.
- Catterall, R. D. "Sexually Transmitted Diseases of the Anus and Rectum." *Clinical Gastroenterology* 4 (1975): 659-69.
- Centers for Disease Control. "Patterns of Sexual Behavior Change Among Homosexual/Bisexual Men-Selected U.S. Sites, 1987-90." *Morbidity and Mortality Weekly Report* 40 (November 22, 1991): 792-94.
- _____. "Projections of the Numbers of Persons Diagnosed with AIDS and the Number of Immunosuppressed HIV Infected Persons-United States, 1992-94." *Morbidity and Mortality Weekly Report* 41 (December 25, 1992): 1-29.
- _____. "Update: Acquired Immunodeficiency Syndrome-U.S. 1991." *Morbidity and Mortality Weekly Report* 41 (July 3, 1992): 463-68.
- _____. "Update: Barrier Protection Against HIV Infection and Other Sexually Transmitted Diseases." *Morbidity and Mortality Weekly Report* 42 (August 6, 1993): 589-91.
- Chaisson, R. E., J. L. Gerberding and M. A. Sande. "Opportunistic Infections in AIDS." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw-Hill, 1989.
- Chu, S. Y., R. L. Berkelman and J. W. Curran. "Epidemiology of HIV in the United States." In *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.
- Coleman, E. "Toward a Synthetic Understanding of Sexual Orientation." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.

- Corey, L., and K. K. Holmes. "Sexual Transmission of Hepatitis A in Homosexual Men." *New England Journal of Medicine* 302 (February 21, 1980): 435-38.
- Court, J. H., and J. G. Muir, eds. *Kinsey, Sex and Fraud: The Indoctrination of a People*. Lafayette, La.: Huntington House, 1990.
- Daling, J. R., et al. "Sexual Practices, Sexually Transmitted Diseases and the Incidence of Anal Cancer." *New England Journal of Medicine* 317 (1987): 973-77.
- Darrow, W. W., and K. Siegel. "Preventive Health Behavior and STD." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw-Hill, 1989.
- Davies, P. M. "Safer Sex Maintenance Among Gay Men: Are We Moving in the Right Direction?" *AIDS* 7 (February 1993): 279-80.
- Davies, P. M., et al. "Risk of HIV Infection in Homosexual Men." *British Medical Journal* 307 (September 11, 1993): 681.
- Dawson, D. A. *AIDS Knowledge and Attitudes for January-March 1990: Provisional Data from the National Health Interview Survey*. Advance Data from Vital and Health Statistics 198. Hyattsville, Md.: National Center for Health Statistics, September 26, 1990.
- de Wit, J. B. F., et al. "The Effectiveness of Condom Use Among Homosexual Men." *AIDS* 7 (May 1993): 751-52.
- *_____. "Increase in Unprotected Anogenital Intercourse Among Homosexual Men." *American Journal of Public Health* 83 (October 1993): 1451-53.
- _____. "Why Do Homosexual Men Relapse into Unsafe Sex? Predictors of Resumption of Unprotected Anogenital Intercourse with Casual Partners." *AIDS* 7 (August 1993): 1113-18.
- Diamant, L., and R. B. Simono. "The Relationship of Homosexuality to Mental Disorders." In *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*. Edited by L. Diamant. Washington, D.C.: Hemisphere, 1987.
- Diamond, M. "Homosexuality and Bisexuality in Different Populations." *Archives of Sexual Behavior* 22, no. 4 (1993): 291-310.
- *Doll, L. S., et al. "Homosexual Men Who Engage in High-Risk Sexual Behavior: A Multicenter Comparison." *Sexually Transmitted Diseases* 18 (July-September 1991): 170-75.
- Ekstrand, M. L. "Safer Sex Maintenance Among Gay Men: Are We Making Any Progress?" *AIDS* 6 (August 1992): 875-76.
- Ekstrand, M. L., and T. J. Coates. "Maintenance of Safer Sexual Behavior and Predictors of Risky Sex: The San Francisco Men's Health Study." *American Journal of Public Health* 80 (1990): 973-77.

- Ekstrand, M. L., et al. "Safer Sex Among Gay Men: What Is the Ultimate Goal?" *AIDS* 7 (February 1993): 281-82.
- Elford, J., et al. "Kaposi's Sarcoma and Insertive Rimming." *Lancet* 339 (April 11, 1992): 938.
- *Essex, M. "Origin of AIDS." In *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.
- Fay, R., et al. "Prevalence and Patterns of Same-Gender Contact Among Men." *Science* 243 (January 20, 1989): 338-48.
- Felman, Y. M. "Homosexual Hazards." *Practitioner* 224 (1980): 1151-56.
- Fitti, J. E., and M. Cynamon. *AIDS Knowledge and Attitudes for April-June 1990: Provisional Data from the National Health Interview Survey*. Advance Data from Vital and Health Statistics 195. Hyattsville, Md.: National Center for Health Statistics, December 18, 1990.
- Forman, D., and C. Chilvers. "Sexual Behaviour of Young and Middle Aged Men in England and Wales." *British Medical Journal* 298 (April 29, 1989): 1137-42.
- *Freund, K., and R. J. Watson. "The Proportions of Heterosexual and Homosexual Pedophiles Among Sex Offenders Against Children: An Exploratory Study." *Journal of Sex and Marital Therapy* 18 (Spring 1992): 34-43.
- Freund, K., et al. "Pedophilia and Heterosexuality vs. Homosexuality." *Journal of Sex and Marital Therapy* 10 (1984): 193-200.
- Fumento, M. A. "AIDS: Are Heterosexuals at Risk?" *Commentary*, November 1987, 21-27.
- Gellin, B. G., and D. E. Rogers. "Technical Successes and Social Failures: Approaching the Second Decade of the AIDS Epidemic." In *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.
- Gill, S. K., C. Loveday and R. J. Gibson. "Transmission of HIV-1 Infection by Oroanal Intercourse." *Genitourinary Medicine* 68 (August 1992): 254-57.
- Gold, R. S., and M. J. Skinner. "Situational Factors and Thought Processes Associated with Unprotected Intercourse in Young Gay Men." *AIDS* 6 (September 1992): 1021-30.
- Gonsiorek, J. C. "An Introduction to Mental Health Issues and Homosexuality." *American Behavioral Scientist* 25, no. 4 (1982): 367-84.
- Haase, A. T. "Biology of Human Immunodeficiency Virus and Related Viruses." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw Hill, 1989.
- Hall, J. M. "Lesbians and Alcohol: Patterns and Paradoxes in Medical Notions and Lesbians' Beliefs." *Journal of Psychoactive Drugs* 25 (April-June 1993): 109-19.

- Harry, J. *Gay Couples*. New York: Praeger Books, 1984.
- Herron, M. "Living with AIDS." *Whole Earth Review*, Fall 1985, pp. 34-53.
- Herzog, D. B., et al. "Body Image Dissatisfaction in Homosexual and Heterosexual Males." *Journal of Nervous and Mental Disorders* 179 (June 1991): 356-59.
- Hickson, F. C. I., et al. "Maintenance of Open Gay Relationships: Some Strategies for Protection Against HIV." *AIDS Care* 4, no. 4 (1992): 409-19.
- Holly, E. A., et al. "Anal Cancer Incidence: Genital Warts, Anal Fissure or Fistural, Hemorrhoids and Smoking." *Journal of the National Cancer Institute* 81 (1989): 1726-31.
- Hunt, A. J., et al. "Changes in Sexual Behavior in a Large Cohort of Homosexual Men in England and Wales, 1988-89." *British Medical Journal* 302 (March 2, 1991): 505-6.
- *Israelstam, S., and S. Lambert. "Homosexuality as a Cause of Alcoholism: A Historical Overview." *International Journal of the Addictions* 18, no. 8 (1983): 1085-1107.
- Jacobsen, L. P., et al. "Changes in Survival After Acquired Immunodeficiency Syndrome (AIDS): 1984-91." *American Journal of Epidemiology* 183 (December 1, 1993): 952-64.
- Jacobsen, L. P., et al. "Incidence of Kaposi's Sarcoma in a Cohort of Homosexual Men Infected with the Human Immunodeficiency Virus Type I." *Journal of Acquired Immunodeficiency Syndrome* 3, supp. 1 (1990): S24-31.
- *Jay, K., and A. Young. *The Gay Report*. New York: Summit, 1979.
- Johnson, A. M., et al. "Sexual Lifestyles and HIV Risk." *Nature* 360 (December 3, 1992): 410-12.
- Jones, G. P. "The Study of Intergenerational Intimacy in North America: Beyond Politics and Pedophilia." *Journal of Homosexuality* 20, nos. 1/2 (1990): 275-95.
- Kani, J., et al. "Hepatitis A Virus Infection Among Homosexual Men." *British Medical Journal* 302 (June 8, 1991): 1399.
- Kazal, H. L., et al. "The Gay Bowel Syndrome: Clinico-Pathologic Correlation in 260 Cases." *Annals of Clinical Laboratory Science* 6 (1976): 184-92.
- Keeffe, E. B. "Clinical Approach to Viral Hepatitis in Homosexual Men." *The Medical Clinics of North America* 70, no. 3 (1986): 567-86.
- Keet, I. P., et al. "Orogenital Sex and the Transmission of HIV Among Homosexual Men." *Acquired Immunodeficiency Syndrome* 6 (February 1992): 223-26.
- Kelly, J. A., and D. A. Murphy. "Some Lessons Learned About Risk Reduction After Ten Years of the HIV/AIDS Epidemic." *AIDS Care* 3, no. 3 (1991): 251-57.

- Kingsley, L. A., et al. "Sexual Transmission Efficiency of Hepatitis B Virus and Human Immunodeficiency Virus Among Homosexual Men." *Journal of the American Medical Association* 264 (July 11, 1990): 230-34.
- Kinsey, A. C., W. B. Pomeroy and C. E. Martin. *Sexual Behavior in the Human Male*. Philadelphia: W. B. Saunders, 1948.
- Kinsey, A. C., et al. *Sexual Behavior in the Human Female*. Philadelphia: W. B. Saunders, 1953.
- Kippax, S., et al. "Sustaining Safe Sex: A Longitudinal Study of a Sample of Homosexual Men." *AIDS* 7 (February 1993): 257-63.
- Klamecki, B. J. "Medical Perspective of the Homosexual Issue." In *The Crisis of Homosexuality*. Edited by J. I. Yamamoto. Wheaton, Ill.: Victor Books, 1990.
- Klein, F. "The Need to View Sexual Orientation as a Multivariable Dynamic Process: A Theoretical Perspective." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.
- Ku, L., et al. "Patterns of HIV Risk and Preventive Behaviors Among Teenage Men." *Public Health Reports* 107 (March/April 1992): 131-38.
- Laumann, E. O., et al. *The Social Organization of Sexuality*. Chicago: University of Chicago Press, 1994.
- Law, C. L. H., et al. "Factors Associated with Clinical and Sub-clinical Anal Human Papillomavirus Infection in Homosexual Men." *Genitourinary Medicine* 67 (April 1991): 92-98.
- Leigh, B. C., M. T. Temple and K. F. Trocki. "The Sexual Behavior of U.S. Adults: Results from a Nation Survey." *American Journal of Public Health* 83 (October 1993): 1400-8.
- Lemon, S. M., and J. E. Newbold. "Viral Hepatitis." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw-Hill, 1989.
- Levine, A. M. "Lymphoma and Other Miscellaneous Cancers." In *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.
- Lewis, C. E., M. T. Saghir and E. Robins. "Drinking Patterns in Homosexual and Heterosexual Women." *Journal of Clinical Psychiatry* 43, no. 7 (1982): 83-95.
- *Lifson, A. R. "Transmission of the Human Immunodeficiency Virus." In *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.

- Lifson, A. R., et al. "HIV Seroconversion in Two Homosexual Men After Receptive Oral Intercourse with Ejaculation: Implications for Counseling Concerning Safe Sex Practices." *American Journal of Public Health* 80 (1990): 1509-11.
- *Linn, L., et al. "Recent Sexual Behaviors Among Homosexual Men Seeking Primary Medical Care." *Archives of Internal Medicine* 149 (December 1989): 2685-90.
- McCusker, M., et al. "Maintenance of Behavioral Change in a Cohort of Homosexually Active Men." *AIDS* 6 (August 1992): 861-68.
- _____. "Use of Drugs and Alcohol by Homosexually Active Men in Relation to Sexual Practices." *Journal of Acquired Immunodeficiency Syndrome* 3, no. 7 (1990): 729-36.
- McKusick, L., et al. "AIDS and Sexual Behaviors Reported by Gay Men in San Francisco." *American Journal of Public Health* 75 (1985): 493-96.
- McWhirter, D. P., and A. M. Mattison. *The Gay Couple: How Relationships Develop*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1984.
- Mann, J. M., and S. L. Welles. "Global Aspects of the HIV Epidemic." In *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.
- Marks, G., et al. "HIV-Infected Men's Practices in Notifying Past Sexual Partners of Infection Risk." *Public Health Reports* 107 (January/February 1992): 100-105.
- Marmor, J. "Clinical Aspects of Male Homosexuality." In *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*. Edited by J. Marmor. New York: Basic Books, 1980.
- Martin, D. J. "Inappropriate Lubricant Use with Condoms by Homosexual Men." *Public Health Reports* 107 (July/August 1992): 468-73.
- Messiah, A., et al. "Factors Correlated with Homosexually Acquired Human Immunodeficiency Virus Infection in the Era of 'Safer Sex.'" *Sexually Transmitted Diseases* 20 (January/February 1993): 51-58.
- Miles, A. J., et al. "Effect of Anoreceptive Intercourse on Anorectal Function." *Journal of the Royal Society of Medicine* 86 (March 1993): 144-47.
- Murray, A. B., et al. "Coincident Acquisition of Neisseria Gonorrhea and HIV from Fellatio." *Lancet* 338 (September 28, 1991): 830.
- Myers, T., et al. "HIV, Substance Use and Related Behavior of Gay and Bisexual Men: An Examination of the Talking Sex Project Cohort." *British Journal of Addiction* 87 (February 1992): 207-14.
- Nichols, M. "Lesbian Relationships: Implications for the Study of Sexuality and Gender." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.

- Orkin, M., and H. Maibach. "Scabies." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw-Hill, 1989.
- *Ostrow, D. G. "Homosexual Behavior and Sexually Transmitted Diseases." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw-Hill, 1989.
- *Owen, W. F. "The Clinical Approach to the Male Homosexual Patient." *The Medical Clinics of North America* 70, no. 3 (1986): 499-535.
- Parra, W., et al. "Patient Counseling and Behavior Modification." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw-Hill, 1989.
- Peplau, L. A., and S. D. Cochran. "A Relationship Perspective on Homosexuality." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.
- Peterman, T. A., D. C. Des Jarlais and J. N. Wasserheit. "Prevention of the Sexual Transmission of HIV." In *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.
- Peterson, H. B., and M. F. Rogers. "Perinatal Transmission of HIV." In *AIDS: Etiology Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.
- Peterson, J. L., et al. "High Risk Sexual Behavior and Condom Use Among Gay and Bisexual African-American Men." *American Journal of Public Health* 82 (November 1992): 1490-94.
- Quatro, M., et al. "HIV Transmission by Fellatio." *European Journal of Epidemiology* 6, no. 3 (1990): 339-40.
- *Quinn, T. C. "Clinical Approach to Intestinal Infections in Homosexual Men." *The Medical Clinics of North America* 70, no. 3 (1986): 611-34.
- Quinn, T. C., and W. E. Stamm. "Proctitis, Proctocolitis and Enteritis in Homosexual Men." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw-Hill, 1989.
- Rein, M. F. "Clinical Approach to Urethritis, Mucotaneous Lesions and Inguinal Lymphadenopathy in Homosexual Men." *The Medical Clinics of North America* 70, no. 3 (1986): 587-610.
- Reisman, J. A., and E. W. Eichel. *Kinsey, Sex and Fraud*. Lafayette, La.: Loch-invar- Huntington House, 1990.
- Remafedi, G., et al. "Demography of Sexual Orientation in Adolescents." *Pediatrics* 89, no. 4, pt. 2 (April 1992): 714-21.
- Remafedi, G., et al. "Risk Factors for Attempted Suicide in Gay and Bisexual Youth." *Pediatrics* 87 (January 1, 1987): 869-75.

- Riley, V. C. "Resurgent Gonorrhea in Homosexual Men." *Lancet* 337 (1991): 183.
- *Rogers, S. M., and C. F. Turner. "Male-Male Sexual Contact in the U.S.A: Findings from Five Sample Surveys, 1970-1990." *Journal of Sex Research* 28 (November 1991): 491-519.
- Rosenberger, P. H., et al. "Psychopathology in Human Immunodeficiency Virus Infection: Lifetime and Current Assessment." *Comprehensive Psychiatry* 34 (May/June 1993): 150-58.
- Rothenberg, R B., and J. J. Potterat. "Strategies for Management of Sex Partners." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw Hill, 1989.
- Rowan, R. L., and P. J. Gillette. *The Gay Health Guide*. Boston: Little, Brown, 1978.
- Rozenbaum, W., et al. "HIV Transmission by Oral Sex." *Lancet* 1988, no. 1 (1988): 1395.
- Ryan, C., and J. Bradford. "The National Lesbian Health Care Survey: An Overview." In *Psychological Perspectives on Lesbian and Gay Male Experiences*. Edited by L. D. Garnets and D. C. Kimmel. New York: Columbia University Press, 1993.
- Safai, B., and J. J. Schwartz. "Kaposi's Sarcoma and the Acquired Immunodeficiency Syndrome." In *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.
- Saghir, M. T., and E. Robins. *Male and Female Homosexuality: A Comprehensive Investigation*. Baltimore: Williams and Wilkins, 1973.
- Schechter, M. T., et al. "Changes in Sexual Behavior and Fear of AIDS." *Lancet* 1984 (June 9, 1984): 1293.
- Schmidt, K. L., et al. "Sexual Behavior Related to Psycho-social Factors in a Population of Danish Homosexual and Bisexual Men." *Social Science and Medicine* 34 (May 15, 1992): 1119-27.
- Schneider, S. G., N. L. Farberow and G. N. Kruks. "Suicidal Behavior in Adolescent and Young Adult Gay Men." *Suicide and Life Threatening Behavior* 19 (Winter 1989): 381-90.
- Schneider, S. G., et al. "Factors Influencing Suicide Intent in Gay and Bisexual Suicide Ideators: Differing Models for Men with and Without Human Immunodeficiency Virus." *Journal of Personality and Social Psychology* 61 (November 1991): 776-88.
- Schomer, K., et al. "Hepatitis A Among Homosexual Men-U.S., Canada and Australia." *Morbidity and Mortality Weekly Report* 41 (March 6, 1992): 155, 161-64.

- Seage, G. R, III, et al. "The Relation Between Nitrite Inhalants, Unprotected Anal Intercourse and the Risk of Immunodeficiency Virus Infection." *American Journal of Epidemiology* 135 (January 1, 1992): 1-11.
- Seidman, S. N., and R. O. Rieder. "A Review of Sexual Behavior in the United States." *American Journal of Psychiatry* 151 (March 1994): 330-41.
- Siegal, J. M., et al. "The Prevalence of Childhood Sexual Assault." *American Journal of Epidemiology* 126 (1987):1141-53.
- *Silvestre, A. J., et al. "Changes in HIV Rates and Sexual Behavior Among Homosexual Men, 1984 to 1988/92." *American Journal of Public Health* 83 (April 1993): 578-80.
- Simon Rosser, B. R. *Male Homosexual Behavior and the Effects of AIDS Education*. New York: Praeger Books, 1991.
- Smith, T. W. "Adult Sexual Behavior in 1989: Number of Partners, Frequency of Intercourse and Risk of AIDS." *Family Planning Perspectives* 23 (May/June 1991): 102-7.
- Spira, A., et al. "AIDS and Sexual Behavior in France." *Nature* 360 (December 3, 1992): 407-9.
- *Stall, R, et al. "Relapse from Safer Sex: The Next Challenge for AIDS Prevention Efforts." *Journal of Acquired Immunodeficiency Syndrome* 3 (1990): 1181-87.
- Surawicz, C. M., et al. "Anal Dysplasia in Homosexual Men: Role of Anoscopy and Biopsy." *Gastroenterology* 105 (1993): 658-66.
- Task Force on Pediatric AIDS. "Perinatal Human Immunodeficiency Virus Infection." *Pediatrics* 82 (1988): 941-44.
- Thompson, J. L. P., et al. "Estimated Condom Failure and Frequency of Condom Use among Gay Men." *American Journal of Public Health* 83 (October 1993): 1409-13.
- U.S. Department of Commerce. *1990 Census of Population. Social and Economic Characteristics*. Washington, D.C.: Government Printing Office, September 1993.
- _____. *Statistical Abstract of the United States 1990*. Washington, D.C.: Government Printing Office, 1990.
- Veugelers, P. J., et al. "Estimation of the Magnitude of the HIV Epidemic Among Homosexual Men: Utilization of Survey Data in Predictive Models." *European Journal of Epidemiology* 9 (July 1993): 436-41.
- Volberding, P. A. "AIDS-Related Malignancies." In *Sexually Transmitted Diseases*. Edited by K. K. Holmes et al. 2nd ed. New York: McGraw-Hill, 1989.
- _____. "Clinical Spectrum of HIV Disease." In *AIDS: Etiology, Diagnosis, Treatment and Prevention*. Edited by V. T. DeVita et al. Philadelphia: J. B. Lippincott, 1992.

- Vourakis, C. "Homosexuals in Substance Abuse Treatment." In *Substance Abuse: Pharmacologic, Developmental and Clinical Perspectives*. Edited by C. Vourakis and D. S. Woolf. New York: John Wiley & Sons, 1983.
- Wald, A., et al. "Influence of HIV Infection on Manifestations and Natural History of Other Sexually Transmitted Diseases." *Annual Review of Public Health* 14 (1993): 19-42.
- Weatherburn, P., et al. "Condom Use in a Large Cohort of Homosexually Active Men in England and Wales." *AIDS Care* 3, no. 3 (1991): 31-41.
- Weinberg, M. S., C. V. Williams and D. W. Prior. *Dual Attraction: Understanding Bisexuality*. New York: Oxford University Press, 1994.
- Wellings, K., et al. "Sexual Lifestyles Under Scrutiny." *Nature* 348 (November 22, 1990): 276-78.
- Wexner, D., J. W. Milsom and T. H. Dailey. "The Demographics of Anal Cancers Are Changing: Identification of a High-Risk Population." *Diseases of Colon and Rectum* 30 (1987): 942-46.
- Williams, J. B. W., et al. "Multidisciplinary Baseline Assessment of Homosexual Men With and Without Human Immunodeficiency Virus Infection: Part 2, Standardized Clinical Assessment of Current and Lifetime Psychopathology." *Archives of General Psychiatry* 48 (February 1991): 124-30.
- Winkelstein, W., et al. "Sexual Practices and Risk of Infection by the Human Immunodeficiency Virus." *Journal of the American Medical Association* 257 (January 16, 1987): 321-25.
- Wood, G. G., and J. E. Dietrich. *The Aids Epidemic: Balancing Compassion and Justice*. Portland, Ore.: Multnomah Press, 1990.
- Young, M., et al. "Rectal Gonorrhea and Unsafe Sex." *Lancet* 337 (April 6, 1991): 853.

Sección 3, "Causalidad y Cambio"

- Allen, L. S., and R. A. Gorski. "Sexual Orientation and the Size of the Anterior Commissure in the Human Brain." *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* 89 (August 1, 1992): 7199-202.
- Arterburn, J. *How Will I Tell My Mother?* Nashville: Oliver-Nelson, 1988; rev. 1990.
- *Bailey, J. M. and R. C. Pillard. "A Genetic Study of Male Sexual Orientation." *Archives of General Psychiatry* 48 (1991): 1089-96.
- *Bailey, J. M., et al. "Heritable Factors Influence Sexual Orientation in Women." *Archives of General Psychiatry* 50 (March 1993): 217-23.

- Bancroft, J. "Commentary: Biological Contributions to Sexual Orientation." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.
- Barinaga, M. "Is Homosexuality Biological?" *Science* 253 (August 30, 1991): 956-57.
- Barnhouse, R. T. *Homosexuality: A Symbolic Confusion*. New York: Seabury Press, 1977.
- Baron, M. "Genetic Linkage and Male Homosexual Orientation: Reasons to Be Cautious." *British Medical Journal* 307 (August 7, 1993): 337-38.
- *Bell, A., M. Weinberg and S. Hammersmith. *Sexual Preference: Its Development in Men and Women*. Bloomington: Indiana University Press, 1981.
- Berlin, F. S., et al. "Media Distortion of the Public's Perception of Recidivism and Psychiatric Rehabilitation." *American Journal of Psychiatry* 148 (November 1991): 1572-76.
- Bieber, I. *Psychogenesis: The Early Development of Gender Identity*. London: Routledge & Kegan Paul, 1983.
- *Bieber, I., et al. *Homosexuality: A Psychoanalytic Study*. New York: Basic Books, 1962.
- Birk, L. "The Myth of Classical Homosexuality: Views of a Behavioral Psychotherapist." In *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*. Edited by J. Marmor. New York: Basic Books, 1980.
- Boswell, J. *Same-Sex Unions in Premodern Europe*. New York: Villard Books, 1994.
- Buhrich, N., J. M. Bailey and N. G. Martin. "Sexual Orientation, Sexual Identity and Sex-Dimorphic Behaviors in Male Twins." *Behavior Genetics* 21 (January 1991): 75-96.
- Burch, B. "Heterosexuality, Bisexuality and Lesbianism: Rethinking Psychoanalytic Views of Women's Sexual Object Choice." *Psychoanalytic Review* 80 (Spring 1993): 83-89.
- *Byne, W., and B. Parsons. "Human Sexual Orientation: The Biologic Theories Reappraised." *Archives of General Psychiatry* 50 (March 1993): 228-39.
- Carrier, J. M. "Homosexual Behavior in Cross-Cultural Perspective." In *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*. Edited by J. Marmor. New York: Basic Books, 1980.
- Cass, V. C. "The Implications of Homosexual Identity Formation for the Kinsey Model and Scale of Sexual Preference." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.

- Cavanaugh, J. R. *Counseling the Homosexual*. Huntington, Ind.: Our Sunday Visitor, 1977.
- *Davies, B., and L. Rentzel. *Coming Out of Homosexuality*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1993.
- De Cecco, J. P., and J. P. Elia. "A Critique and Synthesis of Biological Essentialism and Social Constructionist Views of Sexuality and Gender." *Journal of Homosexuality* 24, nos. 3/4 (1993):1-26.
- Demeter, S., J. L. Ringo and R. W. Doty. "Morphometric Analysis of the Human Corpus Callosum and Anterior Commissure." *Human Neurobiology* 6 (1988): 219-26.
- Denniston, R. H. "Homosexuality in Animals." In *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*. Edited by J. Marmor. New York: Basic Books, 1980.
- Diamant, L. "Introduction." In *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*. Edited by L. Diamant. Series in Clinical and Community Psychology. Washington, D.C.: Hemisphere, 1987.
- _____. "The Therapies." In *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*. Edited by L. Diamant. Series in Clinical and Community Psychology. Washington, D.C.: Hemisphere, 1987.
- Doll, L. S., et al. "Self-Reported Childhood and Adolescent Sexual Abuse Among Adult Homosexual and Bisexual Men." *Child Abuse and Neglect* 16 (1992): 855-64.
- Ellis, A. "The Effectiveness of Psychotherapy with Individuals Who Have Severe Homosexual Problems." In *The Problem of Homosexuality in Modern Society*. Edited by H. M. Ruilenbeck. New York: E. P. Dutton, 1965.
- Fausto-Sterling, A., and E. Balaban. "Genetics and Male Sexual Orientation." *Science* 261 (September 3, 1993): 1257.
- Feldman, M. P., and M. J. MacCulloch. *Homosexual Behavior: Therapy and Assessment*. Oxford: Pergamon, 1971.
- Fine, R. "Psychoanalytic Theory." In *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*. Edited by L. Diamant. Series in Clinical and Community Psychology. Washington, D.C.: Hemisphere, 1987.
- *Foucault, M. *The History of Sexuality. Vol. 1, An Introduction*. New York: Vintage, 1980.
- Friedman, R. C. "Contemporary Psychoanalysis and Homosexuality." *Experimental and Clinical Endocrinology* 98, no. 2 (1991): 155-60.
- _____. *Male Homosexuality: A Contemporary Psychoanalytic Perspective*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1988.
- _____. Review of K. Lewes, *The Psychoanalytic Theory of Male Homosexuality* (New York: Simon & Schuster, 1988). *Archives of Sexual Behavior* 19 (June 1990): 293-301.

- *Friedman, R. C., and J. Downey. "Neurobiology and Sexual Orientation: Current Relationships." *Journal of Neuropsychiatry and Clinical Neurosciences* 5 (Spring 1993): 131-53.
- Gibbons, A. "The Brain as 'Sexual Organ.'" *Science* 253 (August 30, 1991): 957-59.
- *Gladue, B. A. "Psychobiological Contributions." In *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*. Edited by L. Diamant. Series in Clinical and Community Psychology. Washington, D.C.: Hemisphere, 1987.
- Gooren, L. "Biomedical Theories of Sexual Orientation: A Critical Examination." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.
- Götestam, K. O., T. J. Coates and M. Ekstrand. "Handedness, Dyslexia and Twinning in Homosexual Men." *International Journal of Neuroscience* 63 (1992): 179-86.
- Green, R. *The "Sissy Boy" Syndrome and the Development of Homosexuality*. New Haven, Conn.: Yale University Press, 1987.
- *Greenberg, D. *The Construction of Homosexuality*. Chicago: University of Chicago Press, 1988.
- *Greenspoon, J., and P. A. Lamal. "A Behaviorist Approach." In *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*. Edited by L. Diamant. Series in Clinical and Community Psychology. Washington, D.C.: Hemisphere, 1987.
- Haldeman, D. C. "Sexual Orientation Conversion Therapy for Gay Men and Lesbians: A Scientific Examination." In *Homosexuality: Implications for Public Policy*. Edited by J. C. Gonsiorek and J. D. Weinrich. Newbury Park, Calif.: Sage, 1991.
- *Hamer, D., et al. "A Linkage Between DNA Markers on the X Chromosome and Male Sexual Orientation." *Science* 261 (July 16, 1993): 321-27.
- *Hatterer, L. J. *Changing Homosexuality in the Male: Treatment for Men Troubled by Homosexuality*. New York: McGraw-Hill, 1970.
- Isay, R. A. "Psychoanalytic Theory and the Therapy of Gay Men." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.
- Karlen, A. "Homosexuality in History." In *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*. Edited by J. Marmor. New York: Basic Books, 1980.
- Kaye, H. E., et al. "Homosexuality in Women." *Archives of General Psychology* 17 (1967): 626-34.

- King, M. "Sexual Orientation and the X." *Nature* 364 (July 22, 1993): 288-89.
- King, M., and E. McDonald. "Homosexuals Who Are Twins: A Study of Forty-six Proband." *British Journal of Psychiatry* 160 (1992): 407-9.
- *LeVay, S. "A Difference in Hypothalamic Structure Between Heterosexual and Homosexual Men." *Science* 258 (August 30, 1991):103437.
- Lewes, K. *The Psychoanalytic Theory of Homosexuality*. New York: Simon & Schuster, 1988.
- _____. Review of R. C. Friedman, *Male Homosexuality: A Contemporary Psychoanalytic Perspective* (New Haven, Conn.: Yale University Press, 1988). *Archives of Sexual Behavior* 19 (June 1990): 303-7.
- McWhirter, D. P., and A. M. Mattison. *The Gay Couple: How Relationships Develop*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1984.
- Maddox, J. "Willful Public Misunderstanding of Genetics." *Nature* 364 (July 22, 1993): 281.
- Marmor, J. "Clinical Aspects of Male Homosexuality." In *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*. Edited by J. Marmor. New York: Basic Books, 1980.
- Masters, W. H., and V. E. Johnson. *Homosexuality in Perspective*. Boston: Little, Brown, 1979.
- *Moberly, E. "Homosexuality: Restating the Conservative Case." *Salmagundi* 58/59 (Fall 1982/Winter 1983): 281-99.
- _____. *Psychogenesis: The Early Development of Gender Identity*. London: Routledge & Kegan Paul, 1983.
- Money, J. "Sin, Sickness or Status? Homosexual Gender Identity and Psychoneuroendocrinology." In *Psychological Perspectives on Lesbian and Gay Male Experiences*. Edited by L. D. Garnets and D. C. Kimmel. New York: Columbia University Press, 1993.
- Morgenthaler, F. *Homosexuality, Heterosexuality, Perversion*. Hillsdale, N.J.: Analytic, 1988.
- Nadler, D. "Homosexual Behavior in Nonhuman Primates." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.
- Payne, L. *The Broken Image*. Westchester, Ill.: Crossway, 1981.
- *_____. *The Healing of the Homosexual*. Westchester, Ill.: Crossway, 1984.
- Peters, D. K., and P. J. Cantrell. "Factors Distinguishing Samples of Lesbian and Heterosexual Women." *Journal of Homosexuality* 21, no. 4 (1991):1-15.
- Peters, T. "On the Gay Gene: Back to Original Sin Again?" *Dialog* 33 (Winter 1994): 30-38.

- Phillips, G., and R. Over. "Adult Sexual Orientation in Relation to Memories of Childhood Gender Conforming and Gender Nonconforming Behaviors." *Archives of Sexual Behavior* 21, no. 6 (1992): 543-58.
- Piskur, J., and D. Degelman. "Effect of Reading a Summary of Research About Biological Bases of Homosexual Orientation on Attitudes Toward Homosexuality." *Psychological Reports* 71, no. 3, pt. 2 (December 1992): 1219-25.
- Pool, L. "Evidence for Homosexuality Gene." *Science* 261 (July 16, 1993): 291-92.
- Risch, N. E. Squires-Wheeler and B. J. B. Keats. "Male Sexual Orientation and Genetic Evidence." *Science* 262 (December 24, 1993): 2063-64.
- Rist, D. Y. "Are Homosexuals Born That Way?" *The Nation*, October 19, 1992, 424-29.
- Rosenblum, L. A. "Primates, *Homo sapiens* and Homosexuality." In *Homosexuality-Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.
- Saghir, M. T., and E. Robins. *Male and Female Homosexuality: A Comprehensive Investigation*. Baltimore: Williams and Wilkins, 1973.
- Saia, M. *Counseling the Homosexual*. Minneapolis: Bethany House, 1988.
- Sanders, D. S. "A Psychotherapeutic Approach to Homosexual Men." In *Homosexual Behavior: A Modern Reappraisal*. Edited by J. Marmor. New York: Basic Books, 1980.
- Shaw, B. D. "A Groom of One's Own?" *The New Republic*, July 18-25, 1994, pp. 33-41.
- Siegel, K., and V. H. Raveis. "AIDS-Related Reasons for Gay Men's Adoption of Celibacy." *AIDS Education and Prevention* 5 (Fall 1993): 302-10.
- Siegelman, M. "Kinsey and Others: Empirical Input." In *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*. Edited by L. Diamant. Series in Clinical and Community Psychology. Washington, D.C.: Hemisphere, 1987.
- Socarides, C. W., and B. Kaufman. "The Homosexualities: A Psychoanalytic Classification." In *The Homosexualities: Reality, Fantasy and the Arts*. Edited by C. W. Socarides and V. D. Volkan. Madison, Conn.: International Universities Press, 1991.
- *_____. *Homosexuality*. New York: Jason Aronson, 1978.
- _____. *Homosexuality: Psychoanalytic Therapy*. Northvale, N.J.: Jason Aronson, 1989.
- _____. "Reparative Therapy" (letter and replies). *American Journal of Psychiatry* 151 (January 1994): 157-59.

- Sternlicht, M. "The Neo-Freudians." In *Male and Female Homosexuality: Psychological Approaches*. Edited by L. Diamant. Series in Clinical and Community Psychology. Washington, D.C.: Hemisphere, 1987.
- Storms, M. "A Theory of Erotic Orientation Development." *Psychological Review* 88 (1981): 340-53.
- Swaab, D. F., L. J. G. Gooren and M. A. Hofman. "Gender and Sexual Orientation in Relation to Hypothalamic Structures." *Hormone Research* 38, supp. 2 (1992): 51-61.
- Swidler, A., ed. *Homosexuality and the World Religions*. Valley Forge, Penn.: Trinity Press International, 1993.
- *Troiden, R. C. "The Formation of Homosexual Identities." In *Psychological Perspectives on Lesbian and Gay Male Experiences*. Edited by L. D. Garnets and D. C. Kimmel. New York: Columbia University Press, 1993.
- Turner, W. J. "Comments on Discordant Monozygotic Twinning in Homosexuality." *Archives of Sexual Behavior* 23 (February 1994): 115-19.
- van den Aardweg, G. J. M. *Homosexuality and Hope*. Ann Arbor, Mich.: Servant, 1985.
- . *On the Origins and Treatment of Homosexuality*. New York: Praeger Books, 1986.
- Weinberg, M. S., C. J. Williams and D. W. Pryor. *Dual Attraction: Understanding Bisexuality*. New York: Oxford University Press, 1994.
- Weinrich, J. D. "The Kinsey Scale in Biology." In *Homosexuality/Heterosexuality: Concepts of Sexual Orientation*. Edited by D. P. McWhirter, S. A. Sanders and J. M. Reinisch. Kinsey Institute Series 2. New York: Oxford University Press, 1990.
- Whitam, F. L., M. Diamond and J. Martin. "Homosexual Orientation in Twins: A Report on Sixty-one Pairs and Three Triplet Sets." *Archives of Sexual Behavior* 22, no. 3 (1993): 187-206.

Sección 4: Para leer más

- Arterburn, J. *How Will I Tell My Mother?* Nashville: Oliver-Nelson, 1988; rev. 1990.
- Bergner, M. *Setting Love in Order: Hope and Healing for the Homosexual*. Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1995.
- Comiskey, A. *Pursuing Sexual Wholeness*. Lake Mary, Fla.: Creation House, 1989.
- Davies, B., and L. Rentzel. *Coming Out of Homosexuality*. Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 1993.

- Grenz, S. *Sexual Ethics*. Dallas: Word, 1990.
- Hanigan, J. P. *Homosexuality: The Test Case for Christian Ethics*. New York: Paulist, 1988.
- Hays, R. B. "Relations Natural and Unnatural: A Response to John Boswell's Exegesis of Romans 1." *Journal of Religious Ethics* 14 (1986):186-95.
- Klamecki, B. J. "Medical Perspective of the Homosexual Issue." In *The Crisis of Homosexuality*. Edited by J. I. Yamamoto. Wheaton, Ill.: Victor Books, 1990.
- O'Donovan, O. "Transsexualism and Christian Marriage." *Journal of Religious Ethics* 11 (Spring 1983):135-62.
- Payne, L. *The Broken Image*. Westchester, Ill.: Crossway, 1981.
- Saia, M. *Counseling the Homosexual*. Minneapolis: Bethany House, 1988.
- Wood, G. G., and J. E. Dietrich. *The AIDS Epidemic: Balancing Compassion and Justice*. Portland, Ore.: Multnomah Press, 1990.
- Wright, D. F. "Homosexuality: The Relevance of the Bible." *Evangelical Quarterly* 61 (October 1989): 291-300.



Escribiendo desde una perspectiva cristiana evangélica y con una profunda empatía, Schmidt trata el debate actual sobre la homosexualidad:

La definición bíblica de la homosexualidad

Lo que la Biblia dice sobre la homosexualidad

¿Se puede nacer con orientación homosexual?

Las recientes reconstrucciones pro gay de la Historia y de la Biblia

Los efectos del comportamiento homosexual sobre la salud

Debido a toda la investigación que el autor ha realizado y a todos los argumentos que presenta, este libro es la respuesta cristiana actual más convincente y completa que existe en cuanto al tema de la homosexualidad.

Thomas E. Schmidt es profesor de Nuevo Testamento y de Griego en Westmont College, Santa Bárbara, California, EE.UU.

COLECCIÓN TEOLÓGICA CONTEMPORÁNEA es una serie de estudios bíblicos y teológicos dirigida a pastores, líderes de iglesia, profesores, estudiantes y laicos interesados en el estudio serio de la Biblia. Su propósito es proveer de las herramientas necesarias para tratar el texto bíblico, para conocer el contexto teológico de la Biblia, y para reflexionar sobre la puesta en práctica de todo lo anterior en el transcurrir de la vida cristiana.

La colección se divide en tres áreas:

- * Estudios Bíblicos*
- * Estudios Teológicos*
- * Estudios Ministeriales*



- CLASIFIQUESE: 0800 HOMOSEXUALIDAD •
- CTC 02-09-0800-03 • REF 224673 •

ISBN 978-84-8267-543-5



9 788482 675435